

LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
2
JULIO
1941
RAUL VALENCIA
EN ESTE NUMERO:
MENTO NEGRO, novela de aventuras por EMILIO SALGARI
CANCION DEL PERAL, cuento famoso de PAUL FEVAL
DIME QUE TIENES EN LOS BOLSILLOS Y TE DIRE QUIEN ERES,
reportaje a OLINDA BOZAN, JAIME SARLANGA,




Asociándose a la celebración de la INDEPENDENCIA de nuestra patria y
misión de ayudar a todos los jóvenes que anhelan progresar y conquistar su
dencia económica, la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, Instituto
ñanza por Correspondencia, inaugura una extraordinaria CONSCRIPCION DE
NOS, ofreciendo a todos los que se inscriban durante este mes y el mes de
las siguientes ventajas excepcionales:

**1** **EXENCION DEL PAGO DE LA MATRICULA!**

Todas las inscripciones que se reciban dentro del plazo arriba
libres de gastos de matriculación!

**2** **20 % DE DESCUENTO SOBRE EL PRECIO DE CUALQUIER CURSO!**

Todos los que inicien AHORA sus estudios, obtendrán un descuento
sobre el precio de cualquier curso que elijan!

**3** **40 BECAS PARA LOS MEJORES ALUMNOS!**

Entre todos los alumnos ingresados durante esta CONSCRIPCION
buirán 40 BECAS para los que rindan los mejores exámenes!
Las becas se distribuyen: una para cada Provincia y Gobernación
y una para cada país Centro y Sudamericano.

**4** **GRATIS** como siempre y a pesar de haberse suprimido el pago de
el lujoso Carnet del Estudiante y un "Diccionario Enciclopédico Castel
Farmacia en Casa".

Mándenos HOY MISMO el cupón adjunto, pidiendo mayores detalles! ¡Decí
con todo entusiasmo, que así una de nuestras becas podrá ser suya y entonces
le resultará GRATIS!

(*) *Para los países centro y sudamericanos se admitirán inscripciones en la*
*esta Conscripción hasta fines de septiembre.*

**IMPORTE DE LOS CURSOS COMPLETOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES.**

| | | | |
|---|---|---|---|
| Tenedor de Libros | $ 60 | Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes | $ 65 |
| Contador General | $ 190 | Aceites y Grasas | $ 65 |
| Contador Mercantil | $ 160 | Dibujo Artístico | $ 100 |
| Jefe Oficina | $ 100 | Dibujo Industrial y Comercial | $ 105 |
| Empleado Bancario | $ 105 | Radiotelefonía | $ 155 |
| Cajero | $ 40 | Electrotécnico | $ 100 |
| Empleado de Comercio | $ 40 | Construcción | $ 170 |
| Corresponsal | $ 40 | Arquitectura | $ 185 |
| Secretariado | $ 95 | Mecánico Automóvil | $ 140 |
| Mecanografía | $ 18 | Mecánico Aviación | $ 160 |
| Taquigrafía | $ 43 | Motores a Explosión | $ 140 |
| Taqui-mecanógrafo | $ 50 | Perito Agrónomo | $ 195 |
| Caligrafía | $ 30 | Adm. de Estancias | $ 100 |
| Aritmética Comercial | $ 28 | Técnico Tambero | $ 60 |
| Redacción y Ortografía | $ 37 | Mecánico Agrícola | $ 65 |
| Martillero Público | $ 54 | Avicultura | $ 45 |
| Administrador de Hoteles | $ 115 | Jardinería y Arboricultura | $ 78 |
| Procuración | $ 145 | Corte y Confección | $ 39 |
| Prep. Idóneo Farmacia | $ 130 | Técnico en Argumentos del Cine Nacional | $ 170 |
| Química Industrial | $ 125 | Publicidad | $ 135 |
| Técnico en Vinos y Licores | $ 110 | | |
| Jabones y Perfumes | $ 110 | | |

**IDIOMAS:** Estudie con el modernísimo sistema *"Fono - Maestro Argentino"* de enseñanza por discos.

Estudie TELEGRAFIA y RADIOTELEGRAFIA por medio de nuestro práctico y sencillo método por discos.

***Los alumnos de la Capital Federal, pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.***

# UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA
HACIA ADELANTE

Envíenos este cupón y recibirá junto con nuestras BASES, el importantísimo libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA". Rivadavia
Aires. Remítame GRATIS y sin compromiso las BASES DE SU GRAN CONSCRIPCION DE ALUMNOS.

NOMBRE ..................................................

DIRECCION ..................................................

LOCALIDAD ..................................................

PROVENTAS

# LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.° 78.920

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

ESMERALDA 116
U. T. 34-4067 - Buenos Aires

AÑO VIII • N.° 169
2 JULIO 1941

LAS FUENTES ILUMINADAS se titula la sugestiva nota gráfica que aparece en la página 8 del presente sumario y a la cual corresponde esta bella fotografía.

## Sumario



... en la página 60 ... cuento SEDUCCIÓN, ... Raúl Auernheimer.



Ilustraciones de RAUL VALENCIA, BERNABO, ARISTIDES RECHAIN, FAIRHURST y DOMINGO VILLAFAÑE. Fotografías de ANGEL CASTELLANO, JULIO PODESTA, FLORENCIO ROMERO y PEDRO CONESA.

*En el próximo número:*

**COLOMBA**
la magnífica novela de PROSPERO MERIMEE.

**COMO SE ENGAÑA A LAS MUJERES**
cuento famoso por TEODORO DE BANVILLE.

**LA REBELION DE LOS NEGROS**
crónica de J. Luis Lanuza.

y

**UN JUGADOR** emocionante relato de PAUL BOURGET.

LEOPLÁN APARECE el 16 de JULIO



COMO VIVE Y COMO PINTA SALVADOR DALI, una interesante nota que se inserta en este número en la página 52.



Peggy Diggins es la más estatuaria de las figuras norteamericanas, y se luce en los deportes y en cualquier postura que adopte. Aquí está en pose.

# La mujer estatua

Pero miss Peggy Diggins, la estatua de Hollywood, desafía al fotógrafo, y lo deja hacer, mientras ella se dedica a su juego favorito: el criquet.



Peggy mira cómo [illegible]
lota de madera [illegible]
pe. Es una gran [illegible]
con ella es perder, [illegible]
atiende al juego [illegible]



Peggy sigue jugando, y en sus movimientos se advierte la seguridad de que todos sus momentos son felices; no se desarmoniza; es una "estatua" magnífica.



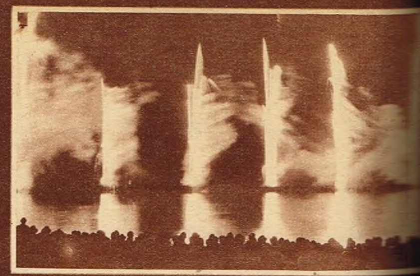
# Del viejo mundo

BUDA, Pest. Dos nombres [illegible] tiguos y exóticos, en los [illegible] descansan muchos siglos [illegible] historia, unidos por sobre [illegible] aguas de un río legendario, [illegible] ra nombrar una de las [illegible] bellas capitales del viejo [illegible] do: Budapest. A la [illegible] Buda, con sus residencias [illegible] laciegas y sus castillos y [illegible] parques señoriales; a la [illegible] quierda, Pest, en la que [illegible] desarrolla un intenso [illegible] comercial, y en la cual [illegible] sible apreciar, aún hoy, [illegible] del *Belvaros*, la ciudad [illegible] gua, rodeada antes por [illegible] pesa muralla. En la [illegible] nota gráfica se destacan [illegible] cuatro hermosas [illegible] otros tantos aspectos [illegible] de la bella ciudad húngara. [illegible] esta página, arriba, una [illegible] sión tradicional de [illegible] Cristi, pasando por la [illegible] vieja. Abajo, el palacio [illegible] tilo medioeval del [illegible] Agricultura, en el [illegible] Municipal. En la otra [illegible] arriba, una vista de Pest, [illegible] el monumental edificio del [illegible] lamento, y, abajo, un [illegible] chero húngaro con su [illegible] so tronco de caballos [illegible]





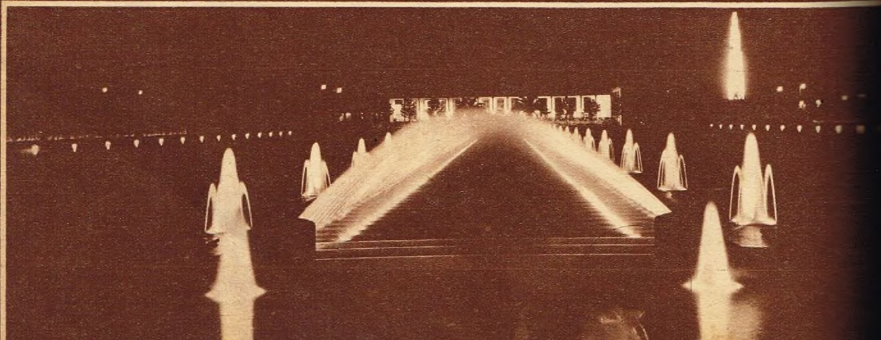
Trazando en las tinieblas su trayectoria luminosa, las fuentes proyectan a chorros, en la noche, su rauda fantasía multicolor. He aquí una de estilo simple y gracioso.

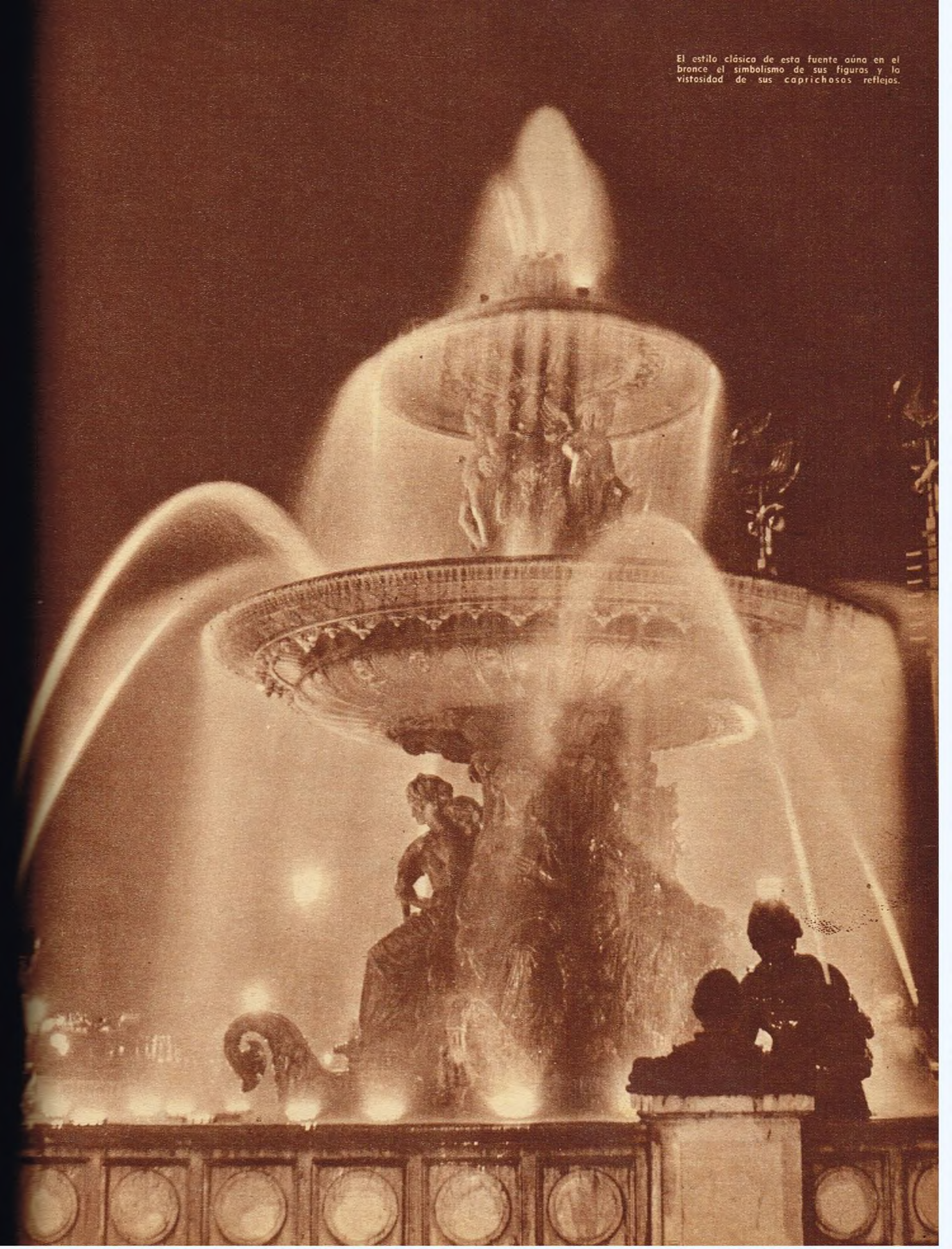


Parece la realización de un sueño fantástico esta gigantesca coreografía, un palacio encantado de las "Mil y una noches". La vista no se cansa de

# Las fuentes iluminadas

De proporciones monumentales, esta fuente —diamante y ópalo engarzados en el joyero de la noche—, que lanza sus raudales espumosos hasta las mantiene tensa la atención de los espectadores que se adivinan en las sombras. Abajo, una escalinata que parece flanqueada por inmóviles fantasmas de





El estilo clásico de esta fuente aúna en el bronce el simbolismo de sus figuras y la vistosidad de sus caprichosos reflejos.



## Novedad para los fumadores

¡PIPAS de mazorca! Cuando ya nadie cre que alguna vez podría ser reempla la raíz de "bruyere" o el palo de guinda en fabricación de pipas, he aquí que aparece tierna espiga de maíz, desgranada, como mater lleno de virtudes para dicho objeto. Según Fi rello H. La Guardia, inventor y fabricante la rara nueva pipa, la mazorca presenta las ve



ajas de ser liviana, de tener un dibujo natural decorativo, dar un buen gusto al tabaco y de absorber la nicotina. quí podemos ver tales pipas, su inventor y las distintas es de esta curiosa industria que prospera, naturalmente, los Estados Unidos. Pero..., ¿no se romperán pronto estas pas? ¿No se quemarán a poco de fumar en ellas? ¿No se vertirán en seguida en sutil humo? Su inventor, el popu- y dinámico alcalde de Nueva York, asegura que no. ◈



# Los potentados se divierten



Para aquellos que, tomando demasiado al pie de la letra la parábola bíblica, afirman rotundamente que los comerciantes no saben apreciar lo bello, [illegible] tacular fotografía y las otras dos de la página de enfrente serán, sin duda, toda una revelación. Se trata de algunas de las coristas y bataclanas [illegible] ron con su presencia y sus danzas, cantos y otras habilidades afines, la cena anual del "Pobre Ricardo", que los potentados de las finanzas norteameric[illegible] bran anualmente en Nueva York, para recordar sus tiempos de juventud, cuando tenían muchas ilusiones en la cabeza y pocos dólares en el bolsillo. En [illegible] Wilma Kaspar, Luba Chaiken y Harriet Gibbons posan y sonríen de una manera que..., en fin, que hace pensar en que no sólo el vino marea. En [illegible] gina, arriba, Evelyn Lampshire, otra sugestiva animadora, y abajo, de nuevo, Luba Chaiken, que, como está a la vista, bien se merece los honores de [illegible]









TE LO JURO, MAMITA!... Y ME DIJO QUE SI VOS FUERAS A VER AL DENTISTA POR TU-TU MAL ALIENTO, PAPITO VENDRIA A CASA TEMPRANO!

**EN LO DEL DENTISTA**

COMPROBACIONES HECHAS, DEMUESTRAN QUE EN LA MAYORIA DE LOS CASOS EL MAL ALIENTO PROVIENE DE LOS RESIDUOS DE ALIMENTOS Y DE LA SALIVA QUE SE DEPOSITA ENTRE LOS DIENTES LIMPIADOS A MEDIAS. LE RECOMIENDO LA **CREMA DENTIFRICA COLGATE**. SU PENETRANTE ESPUMA ELIMINA ESOS RESIDUOS QUE CAUSAN OLORES, ES POR ESO QUE..



...COLGATE COMBATE EL MAL ALIENTO.. ...DA BRILLO A SUS DIENTES!

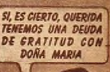


La Crema Dentífrica COLGATE contiene un ingrediente limpiador especial que usan muchos dentistas. Su espuma se introduce entre los dientes, *aún donde el cepillo no toca* y limpia bien, desaloja las partículas que allí se depositan y destruye la película salivar que causan, a menudo, mal aliento.

Use siempre Crema Dentífrica Colgate que devuelve a los dientes el brillo y resplandor naturales, refresca la boca y perfuma el aliento.

**DESPUES - GRACIAS A COLGATE**









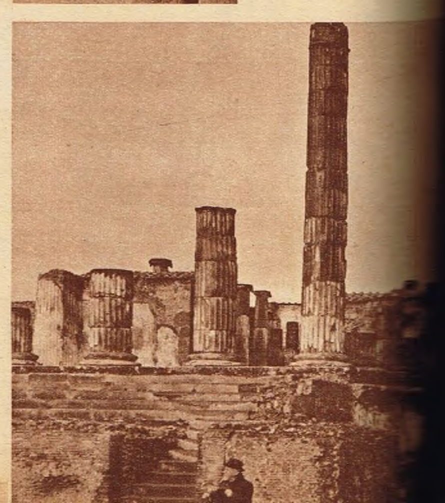
Sintonice: El Teatro Radial COLGATE por LR 3 Radio Belgrano y la 1ra. Cad. Arg. de Broad. Todos los días, 10.15 hs.





## Las ruinas

POR los restos de Pompeya podemos hoy admirar la magnificencia de la civilización grecorromana. En el año 79, Pompeya quedó sepultada por el Vesubio bajo una capa de lava y ceniza de 6,50 m de espesor, y así permaneció, ignorada, durante





## de Pompeya



toda la Edad media. Pero hoy, luego de sucesivas excavaciones practicadas desde 1748, tenemos a la luz las ruinas de sus templos y otras construcciones que nos hablan con toda claridad de la elevación de espíritu en que culminó la cultura antigua. ◈



Un cuento de ***GABRIEL y GALÁN***

ILUSTRACIONES DE PAUL VALEN

# MAJADABLANCA



**EL** *tío Pelao* nos estropeó la vida: nos interrumpió la dulce siesta espiritual que dormíamos en el regazo blando y tranquilo del mundo honrado...

El maestro de escuela, el cura y yo vivíamos en Majadablanca como tres príncipes, como tres príncipes de Majadablanca, por supuesto. El lugarejo era chico y estaba escondido; por eso era *nuestro;* nuestro en el sentido amoroso de la palabra; por *dominio natural* de buena casta, porque era hijo de nuestra mayor cultura, puesta con nobleza de oro al servicio del mayor bien de las gentes del lugar. Tenían éstas sus riñas y sus miserias, pero eran pocas y no de las de la médula. En fin, en Majadablanca era de lo mejorcito que quedaba en este mundo, porque el mundo no la había visto.

Pero al *tío Pelao,* que era el tío más holgazán y más malignamente curioso del pueblo, se le metió en la cabeza que un muchacho de ocho años que tenía saliera a "probal del mundo", y para ello se lo llevó a la ciudad y se lo dió a un albañil. Se lo dió, así como suena; porque en el fondo lo que el *tío Pelao* quería era "echal costo de casa", y aunque nadie le quedaba más que el chico, que vendría a costarle, a todo tirar, doscientos reales al año, mejor estaba sin él, porque a la holgazanería y al hambre les place mucho la soledad.

Se fué el muchacho, y nosotros tuvimos que resignarnos a que el padre no se fuera detrás de él. Por supuesto, lo teníamos a raya, porque la gente era nuestra, y el *tío Pelao* no tenía agallas para desmandarse solo, y menos desde que le hicimos trizas un proyecto de soez concubinato con una infeliz mendiga medio ciega y medio imbécil.

El *Pelinos,* como llamaban en el lugar al hijo del *tío Pelao,* estuvo por allá cinco o seis años, y cuando ya nadie se acordaba del santo de su nombre se presentó un día en la aldea, hecho un grosero guiñapo, sin oficio, sin pan y sin vergüenza. Lo encontramos en nuestro habitual paseo vespertino por el camino más ancho del pueblo. Me costó trabajo conocerlo. Había crecido mucho, venía flaco, venía amarillo, venía insolente, venía perdido. Al llegar junto a nosotros, fumando un cigarrillo maloliente, nos miró un momento con osadía, con impertinencia, y pasó sin saludar, como diciendo que buena cosa le importaríamos nosotros a él.

—¿Quién es ése? —preguntó en seguida el cura.

—¿Ese? — contestó el maestro —; pues ése es el hijo del *tío Pelao;* como si dijéramos: el demonio, que viene a darnos que hacer.

El mozalbete, en efecto, era un caso de estupenda perdición. En pocos días dió algo de todo: baile y cante de tangos desbaratados en la taberna, a cambio de unos sorbos de aguardiente que le daban cuatro viejos socarrones; raterías descaradas en huertos y gallineros; lenguaje perversamente achulado, bárbara jerga de los últimos períodos de la chulería degenerada, que no ha degenerado, ¡ay!, para morir, sino para acabar de atormentar el buen gusto de las personas decentes; blasfemias en plena calle, y mayores si pasaba cerca el cura... En fin, el mozuelo era un caso patológico, un precoz alcoholizado dañino, un impulsivo, un frenético... El cura estaba inconsolable y aterrado; el pedagogo estaba furioso, y yo llegué a acariciar el loco proyecto de pegarle al podrido adolescente una paliza brutal en la soledad del campo. ¡Nos contaban unas cosas...!

Una tarde de julio, cuando yo andaba engolfado en los trajines de la siega, pasé junto a una gran charca de las cercanías del pueblo, y mi caballo quiso ir a beber en ella. Y mientras él embaulaba desde una orilla cántaros de agua caliente, verdosa y fétida, observé lo que en la orilla opuesta ocurría. Ocho o diez chicos, sin escrúpulos de higiene, se bañaban, bajo el sol achicharrante, en las cenagosas aguas de la laguna y se divertían arrojándose unos a otros puñados de fango y limo, que se adherían a la piel cobriza y reluciente de aquellos huesosos cuerpecillos escaldados. En el grupo de combatientes había uno que ya pasaba de niño. La distancia y la desnudez no me dejaron por el momento reconocer a *Pelinos* en aquel sátiro anguloso, con miembros de adolescente enflaquecido por las miserias más horribles de la carne y del espíritu; de acentuada inclinación dorsal hacia adelante, iniciada ya en las ingles; brazos larguísimos y flacos; blandos meneos de mi...

Uno de los rapaces, en el calor de la refriega, lev... demasiado la puntería y le ... so a *Pelinos* entre los la... una bola de fango pega... El agredido lo escupió con ... cas de perro hidrófobo y ... vuelto en una blasfemia ... espantosa, tan criminal y ... bárbara, que todos los com... tientes se quedaron aterr... inmóviles, en las diversas ... titudes semitrágicas en que ... grito horripilante les hir... el oído y en el alma. Y ... dijo al inocente agresor ... voz de saña asquerosa:

—¡Oye tú, *voceras!* ... ti te...!

Y yo, que todo lo oí, en ... ta de que no es lícito re... a un innoble bicho huma... jo las patas de un caballo, ... es un animal muy noble, ... al mío por la senda pol... que conducía a los triga... siega, sin volver atrás los ... por no ver otra vez al ... chado canallita.

Pues no pasó una sem... ¡y otra vez se me puso ... te el mozalbete! Era ya ... obsesión que estaba ha... me daño.

Fué una mañana, a la ... da del sol. Yo había pa... noche — una noche her... cálida, de espléndida ... na — en la orilla de la ... esperando el paso de ... reja de jabalíes que se ... grandes festines de tri... las hacinas.

Iba a salir el sol. Yo ... naba distraído, ya ... lugar, y al cruzar una ... bordeada de zarzales y ... el caballo se espantó, ... respingo de costado, y estuve a punto de ... por el suelo pedregoso.

Una mozuela rechoncha, colorada, ... flor de aldea, mal peinada, mal vestida y ... calza, venía huyendo, iracunda y ... como loba herida, con un pedrusco en ... no, mirando hacia atrás y apostrofan... rabia. Al verme cerca cobró ánimos, ... dió la huída y, parada en firme, re... invectivas. El sátiro se replegó cont... ¡Era *Pelinos!* No tuvo ni el pudor ... prenderse. Miró a la moza con ira y a ... odio. La muchacha lo miraba desde las ... bres de la cólera triunfante...

Yo tenía el alma cargada todavía de ... zas exquisitas, destiladas en el seno de ... noche de silencio que habló cosas div... la sierra; una noche grande, de grand... giosa, que cayó sobre mi alma como ... una noche dulcemente dolorosa, de ... invitan al llanto, pero a un llanto ... ro, raudal, suelto de todas juntas las ... ras de la vida sentimental, las que ... salen de las entrañas del alma cuand... que está sola y abierta por todas ... las hondas confidencias eternamente ... de la soledad augusta, que es honrada ... es muda, y del dulce silencio de los ... que es discreto porque se deja oír ... ces. Una noche de aquellas que ... que levantan el corazón por encima de ... da de los hombres...

Y entonces fué cuando tuve que ver a *Peli-nos,* la criatura bestializada, cuya ...

creí que me haría descender a grandes tumbos de las cumbres aquellas del mundo espiritual y caer otra vez en la vida panza abajo y ridículamente espatarrado a pernear en el charco con risible gentileza de gusarapo engreído...

Pues no hubo tal. Lo que sentí fué una lástima muy noble, una piedad dolorosa del mozuelo, un deseo infinito de regenerar y perdonar, como si yo fuese Dios.

Y el sátiro, enconado, mientras yo pensaba tal, inició la huída, pero antes miró a la zafia Susana con ojos de sangre y le enseñó una navaja muy larga, que blandió en forma de amago; y a mí me enseñó otra cosa: me enseñó burlescamente la lengua, y con cínico ensañamiento me hizo con la mano un gesto gráfico, injurioso y groserísimo, y a trote largo de lobo flaco se hundió en seguida en la red laberíntica de las callejas sombrías de los huertos.

—¡Estamos frescos! —dije a mis amigos aquella tarde, en el paseo, hablándoles del suceso.

—¡Lucidos estamos! —murmuró muy preocupado el maestro.

—¡Estamos perdidos! —exclamaba el pobre cura llevándose las manos a la cabeza.

—Pues ahí tenemos al héroe —añadí yo, señalando un grupo de chicos que veinte pasos a la derecha del camino rodeaban y escuchaban de pie y atentamente a *Pelinos*, que les hablaba sentado en el suelo y fumando un cigarrillo. Había puesto allí la cátedra.

Los escolares nos vieron pronto, y al pasar ya frente a ellos se inició en todos un movimiento de duda. Nosotros, que íbamos muy calladitos, oímos que *Pelinos* le dijo muy despacio al más pequeño:

—¡Anda tú, *beatiyo!* Anda, *mandria*, a besarle a aquel tío la mano, y le dices de mi parte que él a mí...

El cura se santiguó horrorizado. El grupo de los muchachos se abrió como una granada, pero ninguno tuvo el valor de arrostrar la chacota de *Pelinos*, y se quedaron por allí como distraídos, rompiendo el césped con los tacones de los zapatos o dando suaves golpecitos con un canto en la pared...

Y entonces el maestro, que era hombre recto, autoritario y de genio arisco, se fué en derechura a ellos, bufando como gato rencoroso; y sin previas explicaciones, rompió en una cachetina escandalosa, equitativamente repartida entre los pequeños renegados, que aguantaron la lluvia de pescozones con mal disimulados gestos de vergonzosas protestas, verdaderos asomos de rebeldía no observados por el iracundo pedagogo, que no estaba para observar menudencias. *Pelinos* no se dejó echar el guante. Miró al maestro como miran los lobos a los mastines, y apreciando con instinto de irracional su inferioridad de fuerzas, huyó vergonzosamente, a media carrera, de mala gana, como garduño que se deja atrás la presa...

Reunidos al día siguiente nosotros en casa del cura, llamamos al *tío Pelao*, que, resumiendo su perorata defensiva, llegó a decirnos así:

—Y de toos mos y maneras, ésas son delicaezas de ustés, y la mocedá es mocedá, y hay que ejal que ca uno jaga lo que mejol le paeza, que los tiempos son ya mu otros, y usté en la iglesia, y usté en la escuela, y yo en mi casa, y ca uno en la suya y Dios en la de toos, y punto concluío. ¿No verdá?

Nos quedamos como mármoles.

Acudimos en queja al alcalde, el cual nos dijo, sin menear las orejas:

—Si ustés habiesen cogío al mozo en fragante, cogiendo algo de cualisquiá hereá, santo y güeno para jechali la ley encima; pero ondi no hay delito no pué habel castigo, y hoy en día no se pué jacel na sin ley porque ca uno es ca uno, y la genti ya no inora na, y es menos aguantá ca ves, y a naide le gusta que naide se meta en ca naide, y a na que te escuides pa castigal, ya te están tirando por alto, u diciéndote en tus jocicos que si tal y que si cual, y que si crúo o que si cocío, y que si pitos, u que si frautas. ¿Están ustés?...

¡Ya lo creo que estuvimos! Estuvimos a punto de estrangular a la primera autoridad civil de nuestro pueblo; mejor dicho, del pueblo de *Pelinos*, porque suyo sería pronto, al paso que iba.

Las noches de la taberna, muertas antes, eran abiertamente ruidosas y alegres, porque los tíos que tomaron aquello primeramente como sesiones de *títeres* en que *Pelinos* era el héroe, se aficionaron con grosería a las veladas regadas con vino agrio y encendidas por la pimienta de chascarrillos soeces de última fila, reídos por bocazas puercas y por barrigas repletas de guisotes picantes de carne de cabras tísicas.

Cerca de Majadablanca por entonces pasó el PROGRESO volando, y con las puntas de sus alas trazó en los campos dos vías: un tren y una carretera. Un comisionado de apremios, más filósofo y sociólogo que los tíos, predicóles de ateísmo y de anarquía, de libertad y de sagrados derechos, de frailes y de monjas, todo junto. No lo entendieron bien todo, entre otras razones porque el otro tampoco lo entendía; pero es lo cierto que se los llevó de calle. De paso dejó establecida la institución del *cané*, que creció como la espuma.

Lo demás lo hizo el demonio.

...........................................

Hoy, Majadablanca es esto:

Un cura que dice misa para diez o doce mujeres y para cuatro o seis hombres.

Un maestro jubilado que vive tomando el sol en el corral de su casa.

Otro maestro muy joven que enseña todo lo que hay que saber, menos los diez mandamientos.

Cinco vecinos que viven como Dios les da a entender.

Noventa y tantos ciudadanos libres que piensan como escuerzos y blasfeman como demonios.

Otras tantas arpías desgreñadas que beben aguardiente y hablan como carreteros.

Y los ciento y pocos más vecinos del lugar defendiendo a tiro limpio los repollos de berzas de sus respectivos huertos.

El *tío Pelao* nos interrumpió la siesta, nos estropeó la vida...

*Pelinos* nos ha vencido. ◈





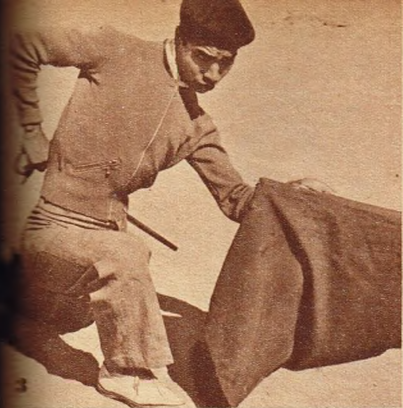
# Toreros en cierne

1 Poniendo en práctica métodos curiosos y originales, un grupo de jóvenes se dedica, en México, a adiestrarse en el difícil arte del toreo. He aquí una caída realmente peligrosa.

2 El arriesgado deporte despierta pasiones todavía. Un banderillero le pone aquí un par de púas al "toro", pesado armatoste que los entusiastas jóvenes utilizan en sus prácticas.

5 La suerte de
El futuro torero
la embestida del
presentado, en este
por un compañero
halla provisto de un
astas unidas por

6 Suerte de
Aunque esta
na" ha de realiz
tes que la de
futuros diestros
yan sin seguir
de las corridas.
resante es

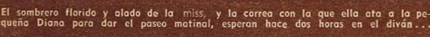


3 Esperando al toro, la espada en la diestra y la muleta en la siniestra, este mozo llegará a emular quizá las glorias del gran diestro de la tauromaquia: Joselillo...

4 El espada adiestrándose. El golpe debe ser certero y a matar. Una falla sería, más que un grave peligro, una vergüenza. Pero el gesto fiero del matador dice de su decisión.







# La perrita impaciente

1



2

El sombrero florido y alado de la *miss*, y la correa con la que ella ata a la pequeña Diana para dar el paseo matinal, esperan hace dos horas en el diván...

Diana se muestra impaciente, corre de un lado a otro, mira en dirección a la puer-ta, se acerca al sombrero florido, a la correa..., ¿qué hacer? La muerde,

¡Zas! Ahora sí; Diana de sombrero. ¿Se parecerá a la *miss*? Lista para salir a la calle. "Con esto, ¿quién no encuentra un lindo novio en seguida?", piensa Diana.

"¿Dónde hay un espejo? ¡Tráiganme inmediatamente un espejo!", grita ensc... Diana, cuando... se oyen pasos que se aproximan con rapidez inquietante... ¡La



4







...viene la correa, ¡y viene el sombrero también! Tiene flores, plumas, una re-cilla y paja... ¡Qué lindo! Y qué divertido olerlo, morderlo, sacudirlo...

"¡Oh, Diana! ¡Mi sombrero!", grita la miss; pero reconoce que la coquetería y la travesura que hay en la perrita son femeninas, y la perdona. Ahora, a pasear.



Miss Claire Anderson ha dado un gran salto y paso volando por
Diana Sinclair, de Filadelfia, Estados Unidos. Lo que no pudimos
es si el aterrizaje de miss Anderson se realizó con la felicidad por ella

# Enfoques

Estos muchachos son ya "peritos lecheros", primer título que otorga la
ha sorprendido en el instante en que realizan prácticas en dicha

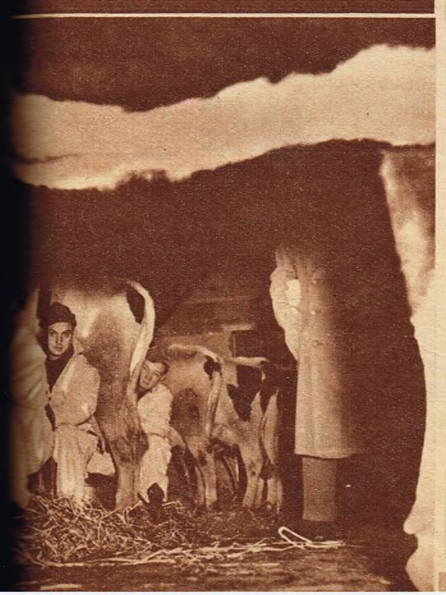




...ta Taylor, de Nueva York, realiza un quite en buena forma, y sus hermosos ...gos fisonómicos se iluminan con la satisfacción del triunfo logrado. Es una ... las más destacadas esgrimistas de la nombrada ciudad de América del Norte.

# ...fotográficos

... Agronomía de Nueva Hamburgo, Nueva York, y la cámara fotográfica los ... fin de lograr la destreza suficiente en la mejor manera de ordeñar las vacas.



### LA COLA DEL GATO

La flexibilidad que tienen los gatos, así como su habilidad para caer siempre de pie, se explica fácilmente si se considera que en la cola tienen tres veces más músculos que la mano y la muñeca del hombre.



### SALUDO TIBETANO

No todos los gestos tienen la misma significación en las diversas partes del mundo. Si entre nosotros, por ejemplo, es una burla sacarle la lengua a una persona, en cambio ese gesto, acompañado por el de cerrar la mano, es el saludo más cordial que puede hacerse a un tibetano. Pero si usted desea realizar la prueba, le aconsejamos que la primera vez lo haga desde lejos. Las costumbres cambian.

# Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRAT

### Epigrama

*Aunque al espejo se miran*
*Las mujeres con frecuencia,*
*En el vidrio nunca ven*
*Que es de vidrio su belleza.*

J. de Iriarte

### COMPAÑEROS

*Adoptar una lechuza como mascota es algo así como traerse la mala suerte a casa, pero como, en cambio, se ahuyentan los ratones, Charles Kornet, guardabosques del Parque Nacional de Yellowstone, no ha tenido inconveniente en hacerlo. Y, por lo visto, ella se ha acostumbrado en seguida a su nuevo compañero, posándose en su pipa para seguirlo a todas partes. Si continúa así, dentro de poco va a fumar en ella, después de un opíparo almuerzo de escarabajos y de ratones.*



### FIGURAS DE BALLET

El *ballet* tiene algo de liturgia pagana en sus complicadas figuras, y, desde luego, se necesita poseer alma de artista para descollar en él. Pero hasta el hombre menos artista sentiría deseos de emular a Yura Zorich, sobre todo si contara con una bailarina con tantas "condiciones" como la de la foto. Para los profanos, no obstante, el *ballet* debe de tener una lejana semejanza con la taquigrafía. Para ellos, en efecto, ambas cosas se parecen en que es más difícil comprenderlas que ejecutarlas. Esta escena, por ejemplo, que asemeja un acto de magia o de encantamiento, representa el sueño de una princesa que piensa en su príncipe. Con razón dicen que el *ballet* es un arte complicado...

### El precio de una nariz

*La Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos acaba de condenar a un automovilista a pagar la suma de 13.000 dólares a una hermosa joven de Oklahoma a quien atropellara con su vehículo, ocasionándole la pérdida de la nariz a consecuencia del accidente. La justicia estableció que dicho órgano es de tanta importancia para la mujer como un brazo o una pierna, y que su pérdida la incapacita en alto grado para conseguir un buen empleo. La noticia no dejará de ser una compensación para ciertas representantes del bello sexo, que han sido generosamente favorecidas por la naturaleza en el reparto de dichos apéndices, aunque sería de desear que, para algunas, éstos se cotizaran a tanto el centímetro...*



### El arte y la fotografía

Foto truculen... con ribetes de ma... gia teatral, es ... que haría las deli... cias de los espiri... tas y que, según su autor, represen... la muerte de san Fra... cisco. El afirma q... se trata de una ... ultramoderna, ... muestra el mome... to mismo en que ... alma abandon... el cuerpo; pero p... los incrédulos es simplemente una prueba más de ... recursos del arte fotográfico.

★

### LA VELOCIDAD DEL CARACOL

No hay ninguna exageración en aquello de "Tan lento como el caracol". Ese animal tarda, en efecto, nada menos que una semana para recorrer mil metros.

★

### Acróbatas del aire

*Hermosa foto que muestra dos aviones arrojando nubes de humo durante un simulacro de combate, y que dibujan en el aire los mil y un arabescos que describen al hacerlo. Podría decirse que son los pintores del cielo...*

### RESULTÓ CIERTO

—¿No me recuerda, señora? Yo fuí quien el año pasado recogió el ramo de flores en su casamiento.

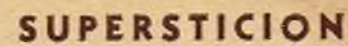



### GOLF Y SILUETA

Una de las ... das estrellas de ... ne nacional, ... escultural que ... provoca la ad... cuantos la co... actualmente to... nes de golf con ... sional de un club ... Según parece, ella ... diestra en los ... en la pantalla, ... una de las ses... práctica, el ... jo, para animarla:

—No se aflija, ... pronto será una ... jugadora. Sus ... los por ahora, ... tado que tiene ... "forma" muy ...

—¿Le parece? — ... pondió ella ... nas —. Gracias; ... imagina usted los ... que tengo que ... comidas para ... en este estado.



**Médico afortunado** *La cuenta más grande que se haya abonado a un médico fué hecha efectiva por la reina Catalina II de Rusia al facultativo inglés Dunsdale. La reina, en efecto, lo llamó para que la vacunara, y le pagó por sus servicios 90.000 libras esterlinas, además de otras 1.800 para gastos de viaje. También recibió Dunsdale un retrato de su real paciente, autografiado, la dignidad de par y una pensión vitalicia de 450 libras por año, y hay quien asegura que, a pesar de todo eso, la vacuna no le prendió...*

**SUPERSTICION**

Los indios karaks, de California, guardan los harpones en una choza sobre la cima de una montaña, porque están convencidos de que si el salmón los viese, ellos no pescarían uno solo de estos peces. Una superstición como otra cualquiera...

# ni ritmo

**NTORESCAS Y HUMORISTICAS**

**Trampa matrimonial**

El marido y la mujer discutían acerca de su casamiento.
—Yo no corría, por cierto, detrás de ti cuando me cortejabas — dijo ella.
—No: una trampa no corre tras el ratón, pero lo atrapa — replicó él.

**EINTE AÑOS Y INCO HIJOS**

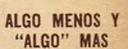


**N. G. Fite, de Houston, Texas, ostenta el nada envidiable *record* de haber sido el padre que a los veinte años de edad tenía la prole más numerosa. Fite, en efecto, que se casó a los catorce años con una chica de quince, tenía cinco hijos a esa edad y, actualmente, a los 48, tiene diez y seis hijos y veinte nietos. Además, conviene hacer notar que Fite se ha divorciado ya y vuelto a casar tres veces. Como se ve, un acaparador de *records* "caseros"...**

*Epitafio*

*un astrólogo aquí,*
*a todos pronosticaba,*
*jamás acertaba*
*pronosticarse a sí.*
*una coz y mil molestias*
*una mula un día:*
*entiende la astrología*
*cielo, mas no a las bestias.*
*Lope de Vega*





**ALGO MENOS Y "ALGO" MAS**

**El día 29 de junio de 1870 se inauguraba en Buenos Aires la primera línea de tranvías a caballo, y al año siguiente, el 1º de noviembre de 1871, el servicio llegaba hasta "el pueblo de San José de Flores". Los cocheros, como se les llamaba a los *motormen*, tocaban un cornetín al llegar a las esquinas, para avisar su paso a los transeúntes desprevenidos. En aquellos tiempos se tardaba en llegar al "pueblo" cerca de una hora y cuarenta minutos. Hoy los colectivos "ponen", en recorrer el mismo trayecto, al barrio de Flores, nada más que veinticinco minutos, y, a veces, nada menos que un muerto y varios heridos.**

**LO QUE SE DICE** Los hombres tienen tres maneras diferentes de arruinarse: las mujeres, los caballos y la agricultura. Esta última es la más lenta y la más aburrida. — Berry Wall.

**Prueba de cariño**

—Ya veo que tú has dejado de quererme, Juan —dijo ella usando su último argumento —; el doctor me ha dicho que necesito un tratamiento para adelgazar, y te niegas a darme el dinero para pagarlo.

—Pero, al contrario, querida, te quiero tanto, que no deseo perder un solo gramo de ti — contestó él.

**DE ACUERDO...**

*—Fíjese usted en esas líneas de 1941.*
*—Sí, son maravillosas.*

VENTA DE AUTOMOVILES

***Retrato en verso*** *El célebre abogado madrileño Daniel Lemus emulaba al personaje de la "La casa de la Troya" en aquello de componer versos al vuelo. Cierta vez que defendía a una muchacha del pueblo, tan bonita como de genio arrebatado, le dijo el juez:*

*—¡Caramba, Daniel, qué clienta más hermosa la suya! Tiene una cabeza de Madona.*

*—¡Y qué cuerpo de Venus! — agregó el secretario, que se hallaba presente.*

*Entonces Lemus, sonriendo, recitó esta cuarteta, que acababa de improvisar:*

*Esta niña, Rosarito,*
*muchacha de poco seso,*
*tiene cuerpo de delito*
*y cabeza de proceso.*

**LA FOTO CURIOSA**



**Delicado truco fotográfico que muestra a un hada saliendo de una rosa. Aumentada a sus proporciones naturales, esta "hada" es — como se ve — de las que no justifican, en modo alguno, aquello de que "de lo bueno, poco"...**







# Recordando el verano

"Se describe mejor el verano en un día de invierno", dijo Ibsen. Quizá ocurra así porque no hay como sentir frío para darnos clara cuenta de que el verano en una playa o en las praderas es algo maravilloso, sobre todo si hay sirenas en esa playa y Dianas jugando en esas praderas. Recordemos, pues, la feliz estación, representada en esta página; habremos de sentirla más intensamente hermosa cuanto más frío y gris sea el día de hoy.


¡DEBE USTED PREPARARSE!
4
CARRERAS
DE GRAN PORVENIR
RADIOCOMUNICACION
AERONAUTICA
RADIO
TELEVISION
CINE SONORO—DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO
y todas las otras aplicaciones de esta maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desee independizarse estableciéndose en Radiorreparación y Venta de Aparatos y Accesorios, o prestando sus servicios en puestos Técnicos, de responsabilidad y bien remunerados en Estaciones Difusoras y de Comunicaciones; Fábricas de Receptores; Laboratorios; Operadores de Radio a Bordo, etc. etc
AVIACION
VUELO—MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPLANOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES
y todas las materias relacionadas con la Aeronáutica son conocimientos indispensables para el progreso y defensa de las naciones y de ahí que, quienes sigan estos estudios contribuyen al bienestar de su patria, a la vez que labran el suyo propio, por ser ellos los llamados a ocupar puestos importantes de Piloto - Oficial de Navegación - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración, etc. etc
INGENIERIA MECANICA
DIESEL—MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos; ofreciendo estas actividades un campo de acción amplísimo para el especialista en Fuerza Motriz, tal como los prepara esta Escuela, para dedicarse a la Transportación; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras, etc
ELECTROTECNIA—REFRIGERACION Y ACONDICIONAMIENTO DE AIRE son otras de las ramas de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Este Plantel lo capacita, con su enseñanza, para desempeñar los más envidiables empleos de esta profesión, como Experto en Instalaciones; Plantas y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel-Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire, etc
MECANICA-DIESEL
ELECTROTECNIA
ESTUDIE EN SU CASA
Por medio de mi Método por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente. Comprende Equipo Profesional y Herramientas para que
GANE MAS DINERO
PIDA LIBRO GRATIS A
Envíe hoy este cupón
Fundado en 1905
NATIONAL SCHOOLS
EDIFICIO BOSTON
BUENOS AIRES
REP. ARGENTINA
Sr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:
Depto. Núm. 380 - 7 X
Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"
NOMBRE
EDAD
DIRECCION
POBLACION
EDO. o PROV.
RADIO
DIESEL
AVIACION
ELECTRO-TECNIA

# Rascacielos contra aviones

En Nueva York se estudia la posibilidad de utilizar los rascacielos como medio [illegible] contra los ataques aéreos, emplazando sobre ellos baterías de ametralladoras. [illegible] foto de arriba podemos apreciar el dominio que las ametralladoras, desde estos [illegible] edificios, podrían ejercer sobre el Hudson. Abajo, vemos el Centro Rockefeller, de 70 pisos, que con baterías antiaéreas sería un serio obstáculo para los aparatos [illegible]

El inmenso edificio del Empire State Building está considerado como el mejor punto para ejercer una perfecta vigilancia del aire, y también el más efectivo, en caso de tener que enviar desde arriba una lluvia de balas sobre el enemigo aéreo.

# Los extraños FANTASMAS del país de



*...se ve mucha sangre de la herida que este fantasma me ha dado.*

DON QUIJOTE.

SIENDO el escenario propicio: una calle estrecha y oscura, mal iluminada por una luna opaca semioculta por el lente ahumado de las nubes, o un caserón grande y viejo de desiertas y amplias habitaciones con rincones en tinieblas, nos es posible pensar detenidamente en fantasmas... Y por más que la época no da fe a esas apariciones incorpóreas que visten sábanas como sudarios y anuncian su presencia con el escalofriante chirrido de las pesadas cadenas que arrastran, el silbar un estribillo en boga puede servirnos de compañía. Alguien ha dicho que es una manera de ahuyentar el miedo. Pero aun así no siempre se recobra la perdida tranquilidad. Entonces pensamos, si las circunstancias nos obligan, que si al doblar una esquina o penetrar en una de esas [illegible] quísimas mansiones nos halláramos, [illegible] po de torcer el rumbo, con uno de esos [illegible] tenebrosos, deberíamos confiar un [illegible] nuestros recursos humanos. Tal vez, [illegible] —si el temor no silenciara nuestras [illegible] vocales—, hubiera un entendimiento [illegible] si bien los fantasmas son seres [illegible] puede pensarse que tal vez un [illegible] rior, perteneciente a su paso por la [illegible] les obligara a acceder a un pedido [illegible]

Pero todo puede no suceder como [illegible] Si la vaporosa aparición ignorara [illegible] idioma; si fuera escapada de una [illegible] tiguas cromoxilografías creadas por la [illegible] nación de uno de los artistas del [illegible] Sol Naciente, nada nos quedaría por [illegible] mejor, sólo esperar. Y confiar en [illegible] oportuna ráfaga de aire alejara de [illegible] vista la inoportuna y molesta aparición. [illegible] en ese caso, tratándose de un fantasma [illegible] nés, ya recobrada la tranquilidad, lejos [illegible] mor, podríamos contar muchas cosas [illegible] santes. Posiblemente diríamos que, [illegible] cómo ni por qué, comenzó a danzar [illegible]

La sirvienta Oikuku rompió una vajilla de su amo, y desde su muerte, deambula un extraño fantasma cuyo cuello está formado por los platos rotos.

# los CEREZOS

**UNA SERIE DE ATORMENTADOS PERSONAJES DE ULTRATUMBA, QUE SE MUEVEN EN TORNO A DIVERSAS LEYENDAS POPULARES JAPONESAS, HAN SIDO REPRESENTADOS EN CURIOSAS CROMOXILOGRAFIAS POR ARTISTAS DEL PAIS DE LOS CEREZOS**

**Escribe**
**Agustín M. Valenzuela**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

El espectro terrible de Kohada Koheji. Durante las noches de verano levanta, con su mano descarnada, una punta del mosquitero y asoma su mueca trágica.



nuestros sorprendidos ojos un farolito de papel, animado por una cara grotesca de ojos grandes y tristes; una cara enmarcada en unos cabellos lacios y renegridos. Y así, ignorándolo, habríamos compartido la compañía de Oiwa, la infortunada mujer que, según cuentan antiquísimas leyendas, tuvo la escasa suerte de unir su existencia a la de un hombre desalmado; a la de un ser de bajos instintos que se complacía en torturarla y que terminó por darle muerte.

Pero como el de Oiwa, podría tratarse de otro de los numerosos fantasmas japoneses. El de Kasane, por ejemplo, que, como el anterior, pertenece también a una pobre mujer víctima del irascible genio de su cónyuge. Pero entonces podríamos mostrarnos orgullosos por ser los primeros en ver semejante aparición, que a través de la leyenda sólo se ha presentado ante su tristemente célebre marido Yoemon.

En cambio, si se nos apareciera de improviso el espectro de Oikuku, tendríamos que agre-

Esta cromoxilografía del artista japonés Hokusai tiene casi cien años. Representa a la antropófaga Hannya en momentos de atacar a una indefensa jovencita.



El trágico rostro de Oiwa, la infortunada mujer que, segun cuentan antiquísimas leyendas niponas, falleció a consecuencia de los terribles y continuos tormentos a que la sometió su desalmado esposo.

gar algo más. Diríamos que hace muchos años, siendo la nombrada sirvienta de un caballero tan rico como malhumorado, tuvo la desgracia de romper un valioso juego de vajilla, y temiendo el castigo que tal accidente le acarrearía no halló a mano nada más expedito que arrojarse de cabeza a un pozo, dándose muerte; y que, ya transformada en espíritu, torturó de continuo a su amo reprochándole con palabras de ultratumba su crueldad para con sus inferiores. También de esa manera nos explicaríamos por qué el original espectro tiene un cuello extraordinariamente largo formado por los mismos platos que perdieron su forma al golpear violentamente contra el suelo...

Podría darse el caso de que viéramos otra clase de fantasma. Un mal proceder voluntario, una acción reprochable, una reacción mal controlada de cólera o enojo, nos enfrentaría a un juez inesperado: el fantasma de la venganza. Primeramente enceguecеríamos ante el brillo insoportable de pequeñas llamas azuladas; después, de entre ellas, veríamos aparecer una figura extraña de cabellos largos y renegridos, de expresivos ojos y boca desdentada. Y solamente el arrepentimiento sincero podría alejarnos de Iwa Fuji — tal es su nombre —, que desde siglos atrás sabe que los hombres piensan en sus malas acciones y se comprometen a no repetirlas ante su fosforescente presencia.

El fantasma de Kohada Koheji, en cambio, no nos abandonaría jamás. Sería tal vez uno de los pocos que, ya perdido en el espacio, permanecería aún fijo en nuestra retina. Y si tuviéramos la poca suerte de ver su descarnado rostro, como se dice que lo vió quien diera lugar a su constante deambular, difícilmente olvidaríamos nunca su tétrico gesto. Una noche de verano despertaríamos sobresaltados por un ruido sólo perceptible por nuestro oído. Y ya acostumbrada la vista a la oscuridad de la alcoba alcanzaríamos a distinguir una mano huesuda descorriendo lentamente un ángulo del mosquitero y tras ella emergiendo un rostro de pesadilla.

Pero si nada malo debiéramos reprocharnos podríamos también compartir nuestra soledad con espíritus — por lo general los fantasmas se presentan ante personas que se hallan solas —; con uno o dos de esos incorpóreos seres orientales. Con dos, tratándose de Uto Yasukata y de su esposa Nishigiki que después de haber hallado la muerte al derrumbarse el hogar en que vivían felices en su anterior encarnación humana, revolotearon como pájaros durante muchos años en torno a las ruinas que los sepultaron. Y con uno si se tratara de la antropófaga Hannya, condenada por los espíritus vengativos a vagar continuamente, desnudo el torso, con una corta espada, y a perseguir a las indefensas jovencitas que, sin compañía, se aventuraban a cruzar en horas de la noche las calles oscuras y menos transitadas del país de los cerezos.

Pero, de cualquier manera, fueran unos u otros los fantasmas que interrumpieran nuestra soledad, nadie llegaría a creernos la aventura. Nos aconsejarían un sedante o una visita a un médico. Y nos dirían que las apariciones pueden tener dos orígenes: el trabajo constante de una mente afiebrada o el genio artístico de algunos pintores japoneses, que dieron forma de cromoxilografías a unas leyendas del Imperio del Sol Naciente. ◈

Iwa Fuji, el espectro de la venganza. Rodeado de llamas azuladas, castiga a los hombres que, llevados de sus malos instintos, hacen daño a sus semejantes.

Muchos artistas japoneses llevaron a la cromoxilografía creaciones fantasmagóricas, producto de su imaginación. Lo que reproduce el grabado es una obra de Toyokuni.

Una crónica de

**Mark Twain**

# ELOGIO DE LAS MUCAMAS

## CON RELACION DE LOS NUMEROSOS MODOS EN QUE CONTRIBUYEN A HACER LA FELICIDAD DE SUS CAPRICHOSOS PATRONES



"Con la más deliciosa de las desenvolturas se untan sus cabellos con nuestra pomada húngara, se perfuman con nuestra agua de colonia..."

**NO** recuerdo quién ha dicho que las mucamas son seres execrables, y contra esta injusta afirmación quiero protestar enérgicamente en representación de todos los solterones de la tierra.

Voy a defender, pues, a las mucamas, y, para ello, lo más eficaz es recordar los grandes beneficios que prestan a sus felices amos.

Ellas nos colocan el almohadón, solícitamente y sin fallar una sola vez, al lado opuesto del punto en que se encuentra la luz eléctrica. De modo que cuando queremos leer en la cama o fumar un cigarrillo — dos cosas que suelen gustar a los viejos célibes —, nos vemos obligados a mantener el libro en alto — posición perfectamente incómoda — para resguardar nuestros ojos de la luz.

Si, por casualidad, al día siguiente ellas encuentran el almohadón en su verdadero sitio, lo ponen en mal lugar, y al rectificar nuestra obra nos maldicen por la tiranía a que las tenemos sometidas. ¡Pobrecitas!

En el caso de que ya no puedan molestarnos más con la lámpara, recurren al cambio de colocación de la cama.

Si separamos el baúl un poco de la pared, con el propósito de poder abrirlo con comodidad, ellas se encargan de acercarlo al muro tantas veces como lo separamos, para demostrarnos que no sabemos en lo que nos hemos metido.

Si queremos tener cerca de nosotros la salivadera, ellas nos la alejarán lo más que les sea posible.

Si necesitamos con urgencia cambiarnos de zapatos, no los busquemos en su debido lugar. Es muy probable que se encuentren en los sitios más inaccesibles. Tal vez estén debajo del techo, cerca de la pared y cubiertos de polvo. Para llegar hasta ellos tendremos que adoptar posiciones inverosímiles, y al salir victoriosos del "subsuelo" de nuestra cama, habremos quedado más parecidos a un albañil en obra que a un *gentleman* vestido.

¡Benditas mucamas! Ellas son las que se llevan los fósforos a la cocina, y, en su lugar, colocan en la mesa de luz objetos perecederos, como, por ejemplo, un botellón o un vaso, sin
que el de proporcionarnos
agradabilísima sensación
al entrar a obscuras en
cuarto, y tanteando en pos
fósforos, tropecemos con

Pero nunca están satisf
a cada momento nos col
deliciosas sorpresas. Pe
que los muebles de nuest
han de encontrarse por l
a nuestro regreso, en la
forma que los hemos de
la mañana. Nada de eso;
del escritorio estará oc
puesto de una mecedora
lugar de la sibarítica
*chair*, cerca de la cama,
el balde del tocador, y
*rocking-chair* habrá ido
par un puesto junto al

**Interpretación gráfica a cargo de la popular cancionista y actriz cinematográfica Marta Swanson**

FOTOGRAFIAS DE JULIO PODESTÁ

Y si nuestra desventura nos obliga a entrar sin luz en las habitaciones, correremos el riesgo de tropezar con la *rocking-chair*, deshacernos la cabeza contra el ropero, y sentarnos, por último, en el balde, el que seguramente ha de estar lleno de agua hasta los bordes, la misma agua que hemos utilizado en las abluciones matinales.

Helas allí, recogiendo del suelo todos los papeles inútiles que arrojamos; ¡con qué cuidado los colocan sobre nuestro escritorio! Y, luego, ¡con qué indiferencia, con qué tranquilidad encienden el fuego valiéndose de nuestras notas y apuntes más necesarios!

Sin embargo, cuando intentamos desembarazarnos de algún objeto usado que ya nos estorba y con tal propósito lo arrojamos al canasto, ellas lo sacan de allí indefectiblemente y nos lo ponen en las narices una y mil veces.

Con la más deliciosa de las desenvolturas se untan sus cabellos con nuestra pomada húngara, se perfuman con nuestra agua de colonia y se lustran los zapatos con nuestra tintura para la barba.

Sus angelicales rasgos expresan un dulcísimo gozo cuando, estando en la puerta hablando con el novio, después de dejarnos subir sin saludarnos hasta el piso donde vivimos, el que siempre es elevado, nos oyen bajar en busca de la llave que está en manos de ellas.

Hay que admirarlas, en fin, en toda la grandiosidad de sus augustas funciones, y debemos confesar que las tratamos con tremenda injusticia cuando se dice de ellas que son seres dignos de toda execración.

Por lo que a mí respecta, puedo asegurar que si alguien eleva a la Cámara un proyecto de aniquilamiento de las mucamas, contará de inmediato con mi total adhesión. ◈



"Ellas nos colocan el almohadón, solícitamente y sin fallar una sola vez, al lado opuesto del punto en que se encuentro la luz eléctrica, de modo que si queremos leer un rato o fumar un cigarrillo..."

"¡Benditas las mucamas que se llevan los fósforos a la cocina y en su lugar colocan en la mesa de luz un botellón o un vaso, sin otro objeto que el de proporcionarnos una sensación agradabilísima cuando, al entrar a obscuras a nuestro cuarto en busca de los primeros, tropezamos con los segundos..."

"¡Con qué cuidado colocan en nuestro escritorio todos los papeles inútiles que arrojamos al suelo, y con qué indiferencia y tranquilidad encienden el fuego con los que, conteniendo anotaciones y datos de verdadero importancia, dejamos sobre la mesa!..."

**EN** uno de los extremos de la aldea había un gran peral, que en primavera semejaba un ramillete de flores. Al otro lado del camino se hallaba la casa del jardinero. Esa tenía una portada de piedra que parecía la de un castillo. Y la hija del jardinero se llamaba Perrine, y era mi novia.

II

De diez y seis años. Tenía tantas rosas en sus mejillas como flores había en el peral. Fué bajo el peral donde le dije: —Perrine, Perrine mía, ¿cuándo nos casamos?

III

Toda ella parecía hecha de sonrisas; sus cabellos jugando con el viento; su talle cimbreante; su pie desnudo en los graciosos zuecos; sus manos, que hacían bajar una rama para aspirar el perfume de las flores; su frente purísima; sus labios rojos que mostraban sus blancos dientes. ¡Ah! ¡Cómo la amaba!

—Para la cosecha —me dijo— será nuestra boda, si el emperador no te hace soldado.

IV

La idea de tener que irme lejos de ella me rompía el corazón, y cuando llegó el momento del sorteo encendí un cirio. ¡Loada sea la Virgen María! Me tocó el número más alto. Pero no así a Juan, mi hermano de leche, quien por mala suerte sacó número bajo.

Lo encontré exclamando entre sollozos:

—¡Madre mía! ¡Pobre mi madre!

V

—No llores, Juan; yo soy huérfano.— No quería creerme cuando le dije: —Voy a partir en tu lugar.

Bajo el portal, vino Perrine con los ojos inundados de lágrimas: eran más bellos que su sonrisa. Y me dijo:

—Has hecho bien, Pedro mío, eres bueno; anda, yo te esperaré.

VI

—¡Derecha, izquierda, derecha, izquierda, paso de carga! ¡Adelante, mar...!

¡Así fuimos hasta Wagram! ¡Tente firme, Pedro! Ahí estaba el enemigo. Vi una línea de fuego. Quinientos cañones tronaban a un tiempo, y el humo oprimía el pecho, y el pie se resbalaba en la sangre.

Sentí miedo y miré hacia atrás.

VII

Atrás... me parecía ver la aldea y el peral con sus flores, que ya se habían convertido en frutos. Cerré los ojos y vi a Perrine rezando por mí. ¡Loado sea Dios! ¡Heme aquí, un valiente! "¡Adelante, adelante! ¡Por la derecha, por la izquierda! ¡Apunten, fuego! ¡A la bayoneta!"

—¡Ah! ¡Ah! ¡Es bravo el recluta!

—Muchacho, ¿cómo es tu nombre?

—Señor, me llamo Pedro.

—Pedro, desde hoy eres cabo.

VIII

¡Perrine! ¡Perrine mía! ¡Cabo! ¡Viva la guerra! ¡Son fiestas las batallas! Es fácil ascender en el ejército, no hay más que poner un pie delante de otro y siempre así...

—¡Por la derecha! ¡Por la izquierda!...

—¿Eres tú, Pedro?

—Sí, majestad.

—Ponte una charretera.

Había gran cantidad de ellas en los hombros de los muertos.




# La canción del



# peral

CUENTO FAMOSO
por **PAUL FEVAL**

ILUSTRACIÓN DE MARIO LEON

IX

—Señor, ¡infinitas gracias, y adelante hasta Moscú!

Los cadáveres marcaban el camino en la enorme llanura de nieve. Allí el enemigo, aquí el río. La muerte a los dos lados.

—Hay que poner en línea el primer pontón, ¿quién lo hace?

—¡Yo, señor!

—Siempre has de ser tú, capitán.

Y me dió su cruz de caballero.

X

¡Loado sea Dios! ¡Perrine de mi corazón!, ¡cómo vas a estar orgullosa de mí! Tengo mi retiro porque ha concluído la campaña. Las campanas nos llaman a la boda. El camino puede ser muy largo, pero la esperanza va más lejos. La aldea está allá abajo, detrás de ese monte.

Veo el campanario, lo reconozco; parece que suena la campana.

XI

Suena..., ¿pero el peral?

Llegó el mes de las flores; sin embargo no veo el árbol florido. Recuerdo que en otros tiempos se lo divisaba de lejos; es porque antes estaba en pie y ahora aparecía derribado.

El árbol de mis primeras ternuras ya había florecido, ya se cubrían de blancas flores sus ramas, pero éstas yacían dispersas por el suelo.

XII

—Dime, Mateo, ¿para qué repican?

—Para una boda, señor capitán — contestó Mateo, sin reconocerme.

¡Una boda! Decía la verdad. En ese momento los novios iban subiendo las gradas de la iglesia. La novia era Perrine, ¡mi Perrine!, más alegre y bella que nunca; y el novio era mi hermano Juan.

XIII

A las personas de mi alrededor les oí decir: "Se aman".

—¡Cómo! ¿Y Pedro? — pregunté.

—¿De qué Pedro habla? — me respondieron.

Yo había sido olvidado.

XIV

A la entrada de la iglesia me arrodillé y rogué por Juan y por Perrine: todo lo que yo amaba.

Cuando concluyó la misa, tomé una flor del peral, una triste flor marchita, y sin mirar hacia atrás continué mi camino.

—¡Loado sea Dios! Se aman; ¡que sean felices!

XV

—Señor.

—¿Ya de vuelta, Pedro?

—Sí, señor.

—Eres comandante y eres caballero; y tienes veintidós años. Puedo darte por mujer una condesa, si lo deseas.

Pedro sacó de su pecho la flor marchita tomada del peral tronchado.

—Señor, mi corazón está así. Prefiero un puesto en la vanguardia, porque quiero morir como soldado cristiano.

XVI

Obtuvo su puesto en la vanguardia.

En el extremo de la aldea hay una tumba de un coronel muerto un día de victoria, a los veintidós años de edad. Y en lugar de su nombre, sobre la piedra hay grabadas estas tres palabras: *¡Loado sea Dios!* ◈

# HACIA UNA CERAMICA



Una bella alumna dando forma a una jarra que a su utilidad de utensilio doméstico ha de agregar, una vez terminada, el atractivo artístico de su linda decoración.

En la sección de alfarería, una joven da los últimos toques en el torno griego a un jarrón de líneas clásicas.

ACABA DE CREARSE LA ESCUELA NACIONAL DE CERAMICA, EN LA QUE OCHENTA ALUMNOS DE AMBOS SEXOS ESTAN APRENDIENDO YA EN BUENOS AIRES EL ARTE MAS ANTIGUO DEL MUNDO

**Escribe Horacio Alberto Estol**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

IMAGINAN algunos que, en remotos tiempos, cuando el hombre prehistórico vió estampada en la tierra húmeda la huella de un pie, tuvo nacimiento la industria cerámica; y el primer recipiente modelado en tierra arcillosa y puesto a secar al sol, fué el

# ARGENTINA





Un grupo de alumnos del turno de la mañana, entregado a las cotidianas tareas que constituyen su aprendizaje de la cerámica.

fruto de aquella experiencia y el paso inicial del hombre en el largo camino de la civilización.

Data de entonces el vastísimo arte de la cerámica que, uniendo en sí las necesidades materiales y el espíritu artístico de la humanidad, procura con sus productos un perfecto informe del carácter de los pueblos y la civilización de cada época, de modo que la historia de la cerámica es también la historia de los progresos de la humanidad a través de los tiempos.

Los más antiguos pueblos reconocieron ya la importancia de este arte, que abarca desde el simple ladrillo y la tosca vasija hasta las más delicadas obras en porcelana; los antiguos egipcios lo incorporaron a la Mitología y el dios Khamus modela el universo sobre una rueda de alfarero, mientras los griegos atribuían la invención de la cerámica a Ceramo, hijo del dios Baco y Ariadna... Ya en esas épocas tan lejanas las manifestaciones artísticas en cerámica iban más allá de la primitiva confección de vasos y vasijas, llegando hasta lo que fueron los magníficos azulejos



Otra alumna, en la clase de escultura, ultima los detalles de una figura de animal, que cobrará luego con el esmalte vistosos colores.



Uno de los aspectos iniciales es el del amasado del material, en el que se utilizan combinaciones [illegible] Cerámica ha solicitado de todas las provincias de nuestro territorio, muestras de tierra, con [illegible]

de Nínive y Babilonia y las pequeñas y maravillosas piezas estatuarias que los egipcios utilizaban para adornar los monumentos fúnebres.

También del Asia oriental llegan pretéritas manifestaciones de este arte, y los técnicos afirman que la alfarería era ya conocida en China diez y siete siglos antes de nuestra era, completándose esta rápida reseña con la mención de las civilizaciones incaica y azteca, donde la alfarería alcanzó igualmente alto grado de perfeccionamiento.

ESCUELA DE CERAMICA

Puede parecer innecesario recordar todos estos antecedentes, ya que la simple contemplación de una cerámica sugiere, automáticamente, la doble importancia, industrial y artística, que se encierra en la obra; mas si recordamos tales antecedentes es para que se comprenda con mayor facilidad el carácter trascendental de una iniciativa destinada a difundir y auspiciar entre nosotros ese arte aplicado. Correspondió planear la iniciativa al ex ministro de I. Pública, doctor Coll, y el actual titular de la cartera, doctor Rothe, la ha llevado a la práctica creando la Escuela Nacional de Cerámica, que el 17 de marzo pasado abrió sus puertas en el local de la calle Bulnes 43. Corresponde señalar aquí, que en el país sólo existe un establecimiento semejante, la Escuela Provincial de Cerámica en Córdoba, y que fuera de algunos ensayos tímidos y aislados, nada se ha hecho hasta ahora en serio por tan importante aspecto de la enseñanza práctica.

Hemos visitado, por eso, la escuela de la calle Bulnes, para revelar al lector la interesante obra que allí se realiza, dirigida por el señor Fernando Arranz, artista de excelentes méritos y creador. también de la escuela de Córdoba, a quien secunda un seleccionado grupo de colaboradores. En el interior del amplio local, sorprendemos a las alumnas del turno de la tarde en plena tarea, y la escuela se nos ofrece como un gran taller que ha sido dividido en secciones con modestos tabiques de madera.

—Tenemos 36 alumnas en el turno de la tarde —dice el señor Arranz— y [illegible] alumnos en el de la mañana, aunque originariamente la escuela fué proyectada para 50 plazas...

Nos explica entonces que la inscripción superó todos los cálculos, pues se presentaron 195 candidatos de ambos sexos, con tanto entusiasmo todos, que aun se registran ingresos cuando, por un azar, queda libre una plaza entre el alumnado.



Bajo la vigilancia del director de la Escuela Nacional de Cerámica, señor Fernando Arranz, a quien secundan en su labor los profesores Vicente R. Puig, L. Quercciola, L. Pasquali y Martín Pampín, esta alumna efectúa sus trabajos.

INDUSTRIA Y ARTE

En las mesas de moldeado, en los tornos griegos, con la espátula o en el amasado de la arcilla, hemos visto hábiles manos femeninas haciendo una apasionada labor creadora; manos de mujeres porteñas, amasando con arcillas de nuestra tierra las pequeñas primeras obras de la cerámica argentina, que pueden ser la base de quién sabe qué proyecciones artísticas e industriales. Para que eso sea posible algún día, se desarrolla en esta escuela un amplio plan de enseñanza con las principales materias que sub[illegible]den a la cerámica. Escultura



...arcillas argentinas. La Escuela Nacional de ...eto de realizar combinaciones de esta índole.

alfarería, moldeado, decoración, cerámica, dibujo, química industrial e historia de la cerámica completan este programa que tiene, sobre todo, el mérito de traducirse en un inmediato resultado práctico.

—En 52 días de trabajo se han hecho más de trescientos cincuenta modelos —nos dice el señor Arranz, mostrándonos parte de esos trabajos en un armario, y agrega—: Todos están listos ahora para el primer fuego...

Se refiere el director de la escuela, entonces, al horno eléctrico de 1.250 grados, que figura entre los elementos del establecimiento y que es a la vez único en el país; en ese horno se efectuarán también trabajos de loza, destacándose para el caso el hecho de que se encuentra en la Argentina un caolín —materia prima esencial para la porcelana— cuya calidad hace pensar que en este aspecto de la cerámica existen insospechadas perspectivas para la industria nacional.

### ESPIRITU ARTISTICO Y PRACTICO

Recorremos el taller donde los profesores, vistiendo sus guardapolvos de trabajo, se confunden con los alumnos en cordial camaradería; se advierte en todos un simpático espíritu de colaboración y entusiasmo, de modo que pareciera que el creador y director de la escuela hubiese logrado infundirles ese personal apasionamiento por el arte, que él revela al referirse rápidamente a sus proyectos. Nos habla de los trabajos que se propone realizar, reproduciendo piezas de la cerámica clásica, incorporando valor artístico a utensilios de uso común, cultivando estilos de ésta o aquélla época...

Mas, paralelo a su apasionamiento de artista, logra imponer a su labor un importante sentido práctico, trabajando también por todas las posibilidades industriales que se pueden reservar para la cerámica.

Nos enseña una gran cantidad de pequeñas bolsitas, explicando:

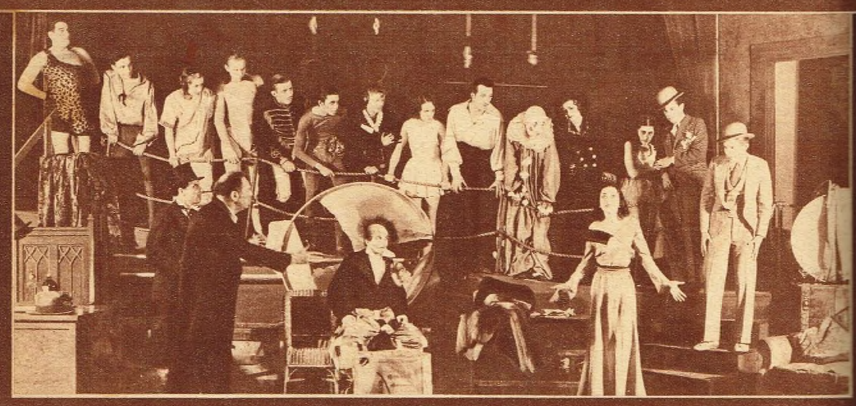
—Estamos ensayando arcillas de todas partes del país. En la actualidad hemos hecho una excelente combinación con tierras procedentes de San Luis y de Balcarce, en la provincia de Buenos Aires, pero seguimos realizando indagaciones...

Para esos fines se han solicitado muestras de tierra a todas las provincias, por intermedio de las escuelas, y una nutrida correspondencia y un muestrario ya considerable prueban el interés que esos experimentos despiertan en el interior.

He aquí, a grandes rasgos, una idea de la obra que se está desarrollando en la primera Escuela Nacional de Cerámica; ochenta alumnos han comenzado este año a aprender el arte más antiguo del mundo, y, merced al esfuerzo de profesores y discípulos, en ese local de la calle Bulnes se trabaja ya para lo que algún día ha de ser —industria y arte— la cerámica argentina. ◈

# Cuando BEN-AMI era SANSON se enamor

Emocionante escena de "El cadáver viviente", de Tolstoi, vigorosa obra que permitió a Ben-Ami lucir todos los recursos de su arte escénico.



Un momento dramático de "El que recibe las bofetadas", del renombrado escritor ruso Leónidas Andreiev, obra que figura en el vasto repertorio con que cuenta Ben-Ami, el gran actor teatral que vino a Buenos Aires a deleitarnos con la maravillosa expresión de su arte exquisito.

# de DALILA . . .

AMIGO DE PAUL MUNI Y EDWARD G. ROBINSON, EL GRAN ACTOR NOS HABLA DE LOS TIEMPOS EN QUE COMPARTIA CON ELLOS UNA HUMILDE BOHARDILLA Y JUNTOS SOÑABAN CON LA GLORIA

**Un reportaje de Carlos Zol**

Especial para LEOPLÁN



Escena de los celos de "Sansón y Dalila", en la que aparecen Ben-Ami y Pauline Lord, la bella actriz de quien el actor estuvo a punto de enamorarse.



Hermoso estudio fotográfico que permite apreciar la singular caracterización de Ben-Ami para su papel en "El cadáver viviente", de León Tolstoi.

LA puerta del camarín se abre y entra el príncipe Mischkin en persona. ¿El príncipe Mischkin?... ¿No es acaso el atormentado personaje de Dostojewsky en "El idiota"?... ¿No es acaso el místico, el redentor flagelado por el infortunio de los pobres de alma?...

Por lo menos lo fué hasta hace unos instantes, cuando la garganta se le quebraba en los estertores de la misericordia. Cuando alzaba las manos trémulas, como palomas asustadas, ante los santos íconos, llorando sin llanto la muerte purificadora de Nastasia Filipovna. Cuando echaba cenizas de consuelo sobre el corazón en llamas de Porfión Ragoyin.

El espejo del camarín fotografía al príncipe Mischkin desde el marco de la puerta. De ahí no se mueve. Los ojos de fuego se miran en sí mismos; como si fueran a quemarse en su propia lava. Quince segundos. Medio minuto quizá. Nadie puede saber a ciencia cierta cuánto tarda un hombre para mirarse dentro de sí mismo.

Si ese hombre es Ben-Ami, el actor maestro, el cálculo resulta imposible. Su edad podrá oscilar alrededor de los cuarenta y cinco años. Los años de vida interior de Ben-Ami quizá sumen siglos.

No me atrevo a indagar. A los templos se entra en puntas de pie.

—¿Qué le pareció?...

Yo soy el que entrevista, pero Ben-Ami es el que pregunta.

—Mi opinión sería una opinión más. Hablemos de usted...

—El príncipe Mischkin me hace sufrir mucho...

—Créame: ese sufrimiento se hace carne en los espectadores. La última escena, por ejemplo, es lacerante...

—¿No le parece que hay mucho de Shakespeare?...

—Eso es. Shakespeare. Ya entra en danza la máscara de la tragedia.

Ben-Ami, ya desprovisto del peluquín, apunta:

—Esos complejos psicológicos son terribles. Son como el agua subterránea que socaba los cimientos de la personalidad. Le aseguro que la normalidad en el hombre es materia discutible. Nosotros, los actores enamorados de nuestros personajes, estamos siempre en el linde peligroso...

Una sonrisa para suavizar la afirmación. Detrás, el cigarrillo compañero, del que sólo se desprende para salir a escena.

—¿Se hace buen teatro en los Estados Unidos?...

—Se hace gran teatro. Medular, cáustico, imprecativo. Teatro de lucha, nutrido de hondas preocupaciones sociales. Los que saben escribir para el teatro no hacen teatro para divertir. Van a la raíz, y la muestran a la luz del sol. O'Neill, Robert Sherwood, Elmer Rice, Clifford Oddets, Maxwell Anderson. Es un árbol con ramas muy fuertes. Las tormentas del mundo lo



vigorizan más y más. El pueblo se cobija a su sombra. "Abe Lincoln", de Sherwood, por ejemplo...

—¿"Abe Lincoln"?... Esa epopeya ha sido llevada al cine...

—En los Estados Unidos se representó durante casi dos años consecutivos... ¡Qué público!... ¡Qué frenesí!... La gente no sabía si llorar o reír... Hubo casos de llanto histérico en plena representación. Recuerdo el de una buena mujer que salió del teatro en uno de los momentos culminantes de la obra gritando con palabras ininteligibles, profiriendo exclamaciones que oprimían el corazón... El pueblo, amigo mío. El pueblo con alma de niño, que grita en la loca sinfonía de la desesperación. El pueblo que sabe reír cuando la vida se olvida, a veces, de tratarlo mal... Perdón, me he puesto sentimental...

—Usted es un sentimental...

—Eso tiene una ventaja. No molesta a nadie... A propósito de "Abe Lincoln": lo traigo a Buenos Aires. Es como si trajera el soplo más puro del teatro de la nueva generación. En esta época entristecida por la bancarrota de los valores morales se agranda, se magnifica la personalidad luminosa, el carácter fornido, la limpia abnegación, el acendrado patriotismo de "Abe Lincoln". Tal como si viviera hoy, tal como lo admiran las generaciones de pueblos libres, aparece la figura tutelar de "Abe Lincoln". Yo me he acercado al personaje con una emoción y con un cariño imposibles de explicar. ¿Usted sabe lo que es esa congoja que sube del corazón a la garganta, que empaña los ojos y vela la palabra?... Tan hondo me alcanza su histórica grandeza...



Junto al conocido actor cinematográfico Edward G. Robinson aparece aquí Ben-Ami en "Sansón y Dalila", pieza con la que hizo su presentación en el teatro de los Estados Unidos. A la izquierda se ve un retrato del actor con su autógrafo.

Ben-Ami, el sentimental, reaparece en primer plano. Yo poseo el privilegio de asistir a sus reacciones. En un momento dado me parece prudente introducir el filo de una pregunta:

—¿Sus estrenos en Buenos Aires?...

—"Levántate y canta", de Clifford Oddets. Una joya de amor y de ternura. El corazón se ensancha frente a un nuevo amanecer... "Hamlet", de Shakespeare, "Espectros", de Ibsen, "Schak", de Leivik...

—¿Qué opina del amor en el teatro?...

—En el teatro, como en la vida misma, es el eterno problema. Ya lo dijo alguien, no recuerdo quién: "La vida es un feo cuarto de hora con algunos momentos exquisitos"... Esos momentos exquisitos son, precisamente, los que nos brinda el amor ¿Qué hay de eterno en el teatro de Shakespeare, por ejemplo?... ¡El amor!... Nunca morimos en el corazón de los que nos aman..., y sólo dejamos de amar cuando morimos... No sé si esta reflexión me pertenece por completo, pero me parece muy bien...

Ben-Ami está disciplinado en la sutileza. Todo es sutileza en él.



Sorprendido por el fotógrafo en su camarín de un teatro de Buenos Aires, Ben-Ami, el celebrado actor que es nuestro huésped, demuestra que él mismo cuida de sus excelentes caracterizaciones, que contribuyen eficazmente a su éxito.

—¿Usted se enamoró alguna vez?...

—¿Conoce usted a alguien que no se haya enamorado alguna vez?...

Contestar con una pregunta equivale casi siempre a contestar dos veces.

—No tengo reparos en decirle que mis amores más interesantes son aquellos que viví en la escena. En "Sansón y Dalila", por ejemplo... Pero no tiene importancia...

—¿Qué es lo que no tiene importancia?...

La curiosidad es una enfermedad como cualquier otra. Insisto con la mirada.

—Estuve a punto de enamorarme de la primera actriz. Posible consecuencia de tomar en serio mi papel de enamorado..., de terrible enamorado... Ensayamos otra obra..., y todo pasó... Como en la vida misma...

El segundo cigarrillo luce su punta de fuego en labios de Ben-Ami.

—Conocemos sus vinculaciones con Paul Muni y Edward G. Robinson...

—Llámelo amistad profunda y sincera. Paul Muni, Edward G. Robinson y yo somos compañeros desde los malos tiempos y seguimos siéndolo en los tiempos buenos. Juntos nos asomamos al teatro. Después, cada cual encontró su camino. A ellos el cine los llamó al triunfo. Yo me quedé rindiéndole honores a mi querido teatro. Mi querido teatro, donde vivo y muero un poco cada día. Lo recuerdo como si fuera hoy. Cierta noche de 1920 representábamos, con el camarada Robinson, "Sansón y Dalila", en el teatro Broadway, de Nueva York. Era mi "debut" en la escena americana. Creo que hubo aplausos. Pero de que hubo lágrimas en los ojos de Robinson y en los míos estoy completamente seguro... Paul Muni se agrandó en el cine. Ya era grande cuando todavía nadie lo conocía... Nos pasábamos horas y horas en la Escuela Dramática con el fuego sagrado de la vocación mordiéndonos..., mordiéndonos... Horas y horas en los cafetines, rumiando palabras inmortales. En la bohardilla, donde pagábamos el alquiler salteado, buscando nuevos efectos, depurando la expresión, cuidando minuciosamente los detalles de la mímica... Qué sé yo... El recuerdo es una fruta agridulce que va madurando en nuestro corazón... A veces me gusta acercarme al recuerdo para verme mejor...

Ben-Ami, físicamente, ya está en Ben-Ami. El espejo del camarín fotografía ahora de cuerpo entero al actor maestro que vino a entregar su regalo de arte a Buenos Aires. ◈

REPORTAJES EN EL ZOOLOGICO

# Las focas, moradoras de todos los mares, le tienen miedo a la tormenta



**Escribe Jacinto Ramos**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DIBUJO DE VILLAFAÑE — FOTOGRAFÍA DE CASTELLANO

**UNOS** dicen que ladramos como los perros... Otros, que gruñimos como los chanchos... ¿Qué le vamos a hacer?

En realidad, los gritos de estas focas que se arrastran por la rampa de cemento de su hermosa pileta del Jardín Zoológico, recuerdan, más que ninguna otra cosa, el mugir de la vaca. Por ello hay, sin duda, una especie: la *phoca vitulina* (o común), que recibe el nombre de *becerro marino*. Gruñan, mujan o ladren, para hacerlo abren de par en par la boca, mostrando el delicioso paladar carminado, y las encías apretadas y firmes que aprisionan unos dientes blanquísimos... El aliento es cálido, muy cálido, y a su ritmo bailan los sutiles bigotes.

El ejemplar más frecuente en Palermo es la *otaria byronia*. Si se le espía de cerca, la hipótesis del mugido se robustece. Tiene gesto de vaca enojada, enojo que se le pasa, rápidamente, al mirarla con insistencia, porque la foca es animal de carácter pacífico, que, como muchas mujercitas que juegan a enojarse, está pidiendo a voces un pretexto para ablandarse.

Nada más entretenido que contemplar las expresiones de un variado grupo de focas. Ellas no pondrán el menor inconveniente... Tienden sus extremidades posteriores en el suelo, se yerguen sobre las anteriores y se quedan quietas, quietas, hieráticas, como hipnotizadas... ¡Les gusta mucho que las admiren a estas simpáticas coquetas!... Su pecho es ancho, robusto y de aspecto virginal. Se le adivina tibio aposento de un corazón generoso. De ninguna de sus especies se cuentan maldades, y eso que son muy diversas. Si acaso, para defenderse de su propio natural, predispuesto a todos los favores, fingen ensimismamientos o ferocidad. Así, por ejemplo, ésta que tiene faz de sacerdote budista, o aquella otra, de expresión severa cual la de un patricio romano, de cuya mandíbula superior arrancan dos colmillos enormes: la *trichechus rosmarus*. Pero ahí está, en contrapartida, la *otaria ursina*, con paternal mirada de vigilante que cuida de que no le atropellen a los peatones de su barriada, y la que, de entre todas, tiene más aspecto de haberse caído de un nido antes de plumar y hallarse perdida en este maremágnum humano de trapisondas y picardías: la *otaria stelleri*. Tal vez hay una que parece enojada de veras, pero cuyo enojo no tiene más trascendencia que el de un gato al que le han pisado la cola: la *cystophora cristata*.

Sin embargo, no les falta motivo para todas las irritaciones y todos los accesos de cólera, porque es bien triste verlas arrastrar sus patas traseras en forma de aletas, despertando la misma compasión que el amputado de los muslos que marcha en su carrito limosnero, apoyando las manos sobre dos taquitos de madera para no desgastárselas y quedarse, también, sin ellas, al avanzar... ¿Se debe a esto el que las focas tengan, en algunas ocasiones, raptos de desesperación que les hacen enderezar su busto, tirar de su cuerpo, penosamente, cuatro o cinco metros, lanzar un grito y arrojarse de pronto contra el suelo, los brazos abiertos, la cabeza desmayada, las aletas inertes, permaneciendo en esta postura horas y horas?... Muda protesta que, traducida en palabras, viene a ser sobre poco más o menos:

—¿Para qué vivir?... Si estamos condenadas a no escuchar jamás detrás de nosotras una voz masculina, aguardentosa, pero apasionada, que nos alabe: "¡Buenas pantorrillas tienes! ¡Que Dios te las conserve a lo alto y te las aumente a lo ancho!"... ¿Para qué vivir?... ¿Para qué vivir?... Terrible tragedia.

Y, no obstante, viven. Viven en todos los mares. Todas las aguas bañan su corto pelo liso y fuerte, gris oscuro o blanco pajizo, porque en todos los meridianos encuentran alimentos estos mamíferos carniceros que se nutren con peces, crustáceos, moluscos y aves marinas, si consiguen cazarlas. Se hallan en las zonas septentrionales en bandas numerosas, se las encuentra en el lago Baikal, en el Ontario y en el Champlain, que ganan remontando el curso del San Lorenzo, en América. Descienden hasta el Cantábrico en España y hasta Las Carolinas. En Asia llegan al Japón. De jóvenes tienen un pelaje lanoso que pierden antes de entrar en el agua. En la zona polar nadan bajo el hielo para buscar su alimento, pero dejan agujeros para salir a respirar y a dormir. Junto a estas bocas las acechan los esquimales para beneficiarse con su carne y con su grasa.

Hay la *foca fétida*, la *foca elefante*, la *foca de capucha*. Alcanzan un tamaño de dos metros y medio. La *foca común*, uno con setenta y cinco. Habita ésta en las costas poco frecuentadas, tiene fama de ser monógama, y, en los lugares en donde no se la persigue, asoma la cabeza entre las olas para ver pasar a las embarcaciones con sus dulces ojos claros llenos de inteligencia. Vive en grupos menos numerosos que las otras.

La más curiosa, la que más relaciones guarda con el hombre, es la *foca fraile* o la *monachus monachus*, del género *monachus*, mientras las antes citadas lo son del *fócidos*. Es una foca que mide más de dos metros, propia del Mediterráneo, que tiene su domicilio en las islas de la costa de Africa, en los mares Adriático, Negro y Egeo, y burla la vigilancia inglesa en Gibraltar, pues se le ha visto en las Canarias y en las islas Madera... Hace tiempo que tiende a desaparecer en el archipiélago baleárico. Le gustan mucho los atunes y se deja domesticar con tanta facilidad como la común, cobrando gran afecto a su domador. Es la famosa *foca parlante* que hace, o hacía, las delicias de los concurrentes a los circos. El criador le mandaba hablar, y su voz plañidera pronunciaba:

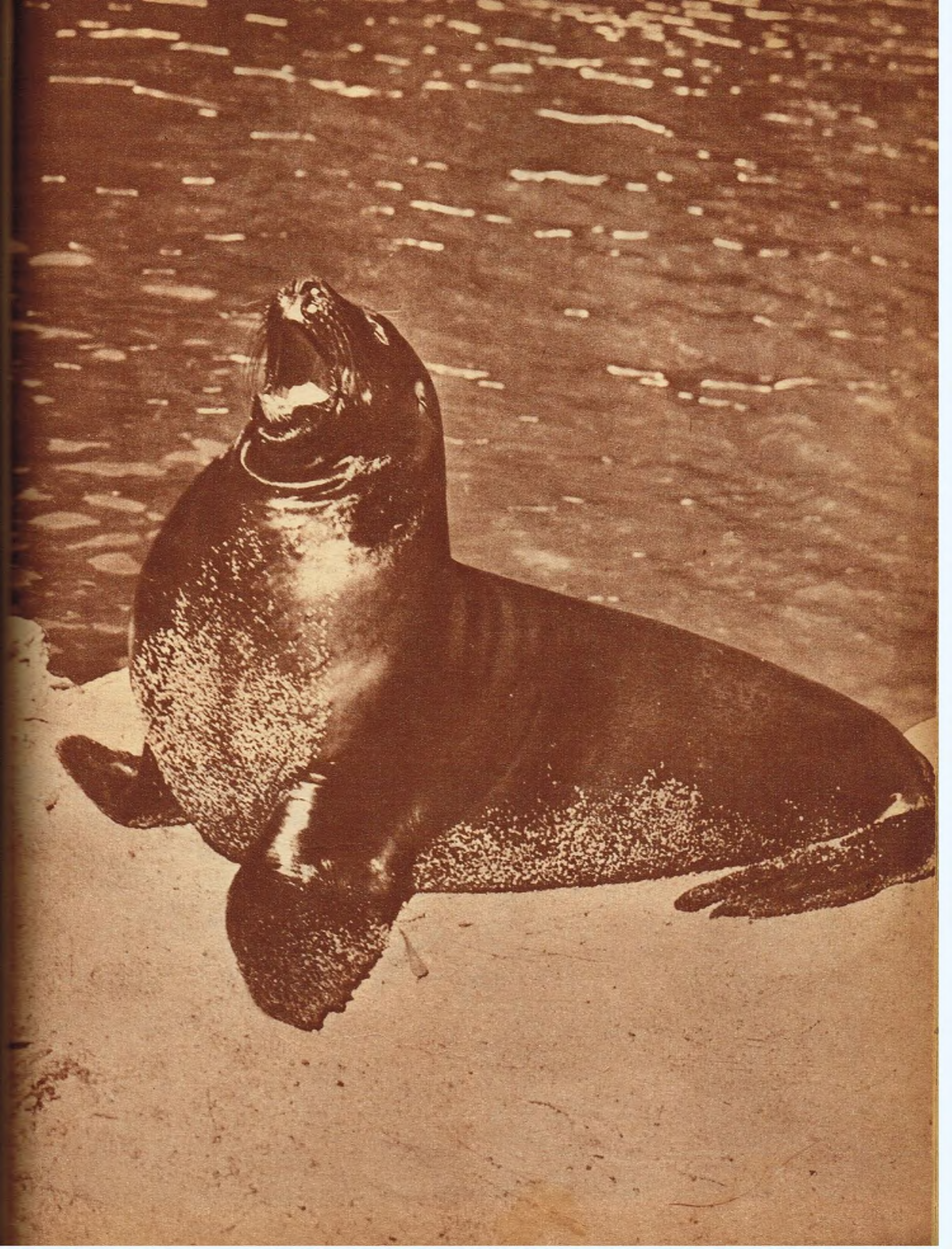
—¡Papá!... ¡Mamá!...

Y las mujerucas de los pueblos se santiguaban.

Animal femenino, muy obediente... Hay un ejemplar mastodóntico en la pileta, que casi nunca sale del agua... Las focas, que gustan de los coloquios con los visitantes y se encuentran muy a menudo con él en la playa de cemento, apenas les grita, corren a su lado y le rodean sumisas... ¡Al fin, hembras!... Pero me parece que para terminar así no vale la pena ponerse románticas.

Son, también, asustadizas. En una tarde de tormenta las he visto agruparse, alzar la vista al cielo y lanzar alaridos presintiendo el rayo... Evocación apocalíptica de cuantas madres, hijas o hermanas sufren en el mundo y claman contra el hambre, la guerra, la muerte y la peste... Pero fueron desfilando y sólo quedaron tres. Y tres focas son poca cosa para un coro de tragedia, sea griega o malaya. Me contenté, pues, con recordar a las viudas de *La corte del faraón* sus consejos prudentes, en forma de *couplets* ligeros, y la lejana mocedad en que los escuchaba con profunda y reverente atención, y en la cual hubiera llevado del brazo a una verbena a cualquier foca con legítimo orgullo.

Porque, ¡no es nada ser el novio de una bella mutilada!... ¡Qué expectación!... ◈



# VIAJE SUBTERRANEO DESDE EL RIACHUELO

## LA NECESIDAD DE AMPLIAR LA CAPACIDAD DE LA RED CLOACAL DE BUENOS AIRES HA IMPULSADO A LAS AUTORIDADES DE OBRAS SANITARIAS DE LA NACION A CONSTRUIR UN TUNEL ENTRE LOS DOS PUNTOS CITADOS

**Una nota de**
**Baldomero Alvarez**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CONESA

La obra de la cual la foto muestra un aspecto, tomado desde el pozo de acceso, resolverá el problema de la escasez de los actuales conductos cloacales de la ciudad de Buenos Aires. Costará diez millones de pesos y tendrá 15 Km. de extensión.

TODO nos molesta: las botas, el saco impermeable que nos han endosado por vía de precaución contra la humedad, la luz, escasa al principio, el agua rezumada por las paredes del túnel y, sobre todo, los doce metros de profundidad a que nos hallamos, bajo tierra, en este pozo. En seguida comprendemos que las precauciones tomadas no son superfluas. Por todos lados, en el amplio túnel que se abre a nuestra izquierda y en la estrecha galería de la derecha, el agua, que como un arroyo corre bajo nuestros pies, nos cubre las botas más arriba del tobillo. Sobre nuestras cabezas, a cuatro metros de altura, la bóveda circular del túnel semeja un arco romano.

—¿Qué tal? —nos interrogan.

—¡Muy interesante! —contestamos, mientras nos enredamos entre los rieles tendidos para las vagonetas de transporte del material extraído.

Las plantas de los pies, escasamente defendidas por la delgada suela de las botas de goma que nos obligaron a calzar, sufren las consecuencias de la falta de costumbre.

—¡Interesantísimo! —concluímos, con la vista perdida en la galería que se adentra en la oscuridad hacia la derecha.

De tanto en tanto, los focos eléctricos de la línea tendida iluminan las cabeceras de los pilares de apuntalamiento, los rieles y los charcos de agua, hasta perderse en la boca oscura de lo que llaman el "ataque", es decir, la excavación inicial. El obrero va allí abriendo camino, como los topos, por medio de palas neumáticas, galería adelante, que luego será apuntalada para prevenir los derrumbamientos.

—Si les parece —nos dice el ingeniero Liska, quien, en representación de Obras Sanitarias y en compañía de un inspector y un capataz de la misma dependencia, nos acompaña y guía en esta visita a la tercera cloaca máxima—, si les parece —repite— empezamos la visita por el "ataque".

Extremo del túnel de ataque. El obrero trabaja con la plomada para guiarse en la dirección en que el compañero efectúa idéntico trabajo en otro pozo cercano. Por día sólo pueden efectuarse cinco metros de avance.



Otra fase del trabajo: el perfilado. Esta faena se ejecuta para ampliar el túnel hasta el diámetro de cuatro metros. Nunca se pasa de los seis metros de extensión en estas ampliaciones, lo contrario podría originar derrumbamientos.



El calor aprieta en estas profundidades; el hombre está a doce metros bajo tierra. Un obrero, durante un descanso, apaga la sed en una fuente natural de agua que, aunque algo salobre, es potable. Esta agua es de una primera



# A WILDE

### ¿QUE HACEMOS BAJO TIERRA?

Estamos en Lanús. Hemos descendido por uno de los pozos de ataque que la Empresa Argentina de Cemento Armado practica para construir, por cuenta de Obras Sanitarias de la Nación, el túnel sanitario que irá desde el Riachuelo hasta Wilde. Se trata de un conducto de hormigón simple. Su construcción ha sido determinada por el rápido crecimiento de la población de la ciudad de Buenos Aires, lo cual impone la necesidad de proceder a la ampliación de la red existente de conducciones cloacales, que actualmente trabaja al límite de su capacidad. Los inconvenientes que esto acarrea quedarán resueltos una vez terminada la obra cuyos detalles de construcción venimos describiendo. De sección circular y constante de tres metros y medio de diámetro interno, la obra se efectúa a profundidades que oscilarán entre los 5 y 12 metros, y en algunos casos hasta 14 metros. Nace el túnel bajo el Riachuelo y continúa luego, dentro del partido de Avellaneda, cruzando las instalaciones de la estación Puente Alsina del ferrocarril Midland. Toma después el camino afirmado a La Plata hasta las vías del F. C. S., donde bajo la calle Ramón Franco llega, finalmente, al establecimiento de bombas elevadoras de Obras Sanitarias, en Wilde. La longitud total de esta obra alcanzará a unos 15 kilómetros aproximadamente.

### COSTO, GASTOS MENSUALES, MATERIAL EMPLEADO

Iniciada la obra desde Wilde en dirección a la capital, fué presupuestada en diez millones de pesos. Pertenece exclusivamente al programa de ampliación de los servicios sanitarios de la capital. La fecha de iniciación de los trabajos fué el 3 de enero de 1939 y se han construído hasta la fecha algo más de 8 kilómetros de conducto. El cálculo del tiempo a invertir, según contrato, es de 48 meses a contar desde el día de iniciación. Se han gastado hasta la fecha $ 4.198.324,24 m|n., con un pago aproximado mensual de $ 315.000 m|n. El metro lineal de conducto tiene un costo, término medio, de $ 650 m|n. ordinariamente, y de $ 1.600 en los casos en que ha de emplearse el aire comprimido, sistema de trabajo del cual hablaremos en otra nota. Diariamente se gastan 70.000 kilos de cemento, 80.000 de arena y 90.000 de piedra partida.

La obra está calculada para una densidad de seis millones de habitantes en la capital federal.

### EN LAS GALERIAS DE AVANCE

Volvamos al instante en que el ingeniero Liska, en el interior del pozo, nos invita a penetrar en la galería de ataque. Se trata en estos casos de los trabajos preliminares que se efectúan una vez excavado el pozo. A ambos lados, por medio de la plomada, el obrero abre un primer boquete de dos metros de altura por uno y treinta de ancho, más o menos, boquete que va a unirse con el que, en sentido contrario, efectúa otro hombre desde otro pozo dos cuadras más allá. Así es como cada dos cuadras, sin molestar en ningún caso el tránsito callejero ni la vida normal de las poblaciones porque atraviesa la obra, se desarrolla el túnel.

La galería, disminuida en su altura por las vigas y tablones de apuntalamiento, nos obliga a doblarnos para no golpear con la frente. Nos ponemos en marcha tras nuestro guía. De tramo en tramo, los cabezales del maderamen se hacen peligrosos para quien desco-

Metro por metro, y a medida que las paredes del tunel se van apuntalando, este obrero continúa su dura labor de ir ampliando la cavidad. Dada la peligrosidad del trabajo, no se escatiman las precauciones, como se ve parcialmente en la fotografía. Hasta ahora sólo se ha producido, felizmente, un accidente fatal.



noce el terreno. Cinco metros más adelante nos es imprescindible cubrirnos la cabeza con la capucha del saco impermeable. Comenzamos a marchar, inclinados por el escaso espacio, chapaleando en el barro, tropezando en los rieles. La línea eléctrica se pierde a lo lejos. Un zumbido cada vez más cercano nos anuncia la proximidad del extremo de ataque. De súbito nos encontramos en el bolsón de la cueva. Allí, un hombre, completamente cubierto con ropas impermeables, desmorona la tierra, avanzando.

El trabajo es lento. No se puede avanzar más de cinco metros diarios. Aun en terrenos consistentes, son de temer los derrumbamientos. Por suerte, sólo ha habido un único caso fatal. Todos estos datos, en aquel ambiente sofocante, entre las paredes como talladas a pico, sin apuntalar, con el agua a las rodillas, los muros mojados — en algunos casos surgen verdaderos chorros, como de una canilla — y las sombras extrañamente sugestivas de las figuras humanas dibujadas en las paredes, no son, precisamente, tranquilizadoras.

Sí es, en cambio, una muestra de lo que puede la tenacidad del hombre en su lucha con la naturaleza y sus leyes.

¡Y todo esto, para... comodidad de los porteños!

## COMO REFUGIOS ANTIAEREOS

Volver es siempre agradable, máxime cuando la vuelta supone abandonar esas profundidades. De retorno a la boca del pozo, nos internamos hacia los conductos ya terminados.

Aquí el trabajo es de otra índole, aunque el peligro no disminuye. Más aun, aumenta. El perfilado, es decir, la ampliación del túnel hasta la dimensión requerida para el cemento, no debe exceder de los seis metros de extensión. Efectuado este tramo se pasa a la construcción del conducto y su revestimiento con cemento. Sobrepasar esta distancia supone un probable derrumbe de tierra y sus consecuencias.

Nuevas fases del trabajo desfilan ante nuestros ojos. La galería ampliada está ahora revestida con nuevo maderamen. Obreros que trabajan en la solera, hombres encaramados en los andamios. Fuman, charlan, martillan, palean, arrastran las carretillas llenas de tierra, y, un poco más allá, aparece el túnel como el vientre de un submarino en su construcción metálica y circular.

Son los moldes de hierro, entre los cuales y la superficie de tierra se cuela el hormigón. Al retirarse la armazón se advierte el conducto de cemento, liso y terminado como por encanto.

Es lo que vemos metros más adelante.

## EL CONDUCTO Y LA ACUSTICA

Respiramos y nos enderezamos por fin. Ante nosotros se abre un amplio círculo limitado por paredes de cemento. Es el conducto ya listo. La iluminación, suspendida por innecesaria, está dada por un farol — sol de noche — que lleva el primero de la fila.

Metros, metros y metros de conducto, a todo lo que da la luz, se extienden ante nuestros ojos.

Todos los ruidos ambientes: el chapotear de los pies en el agua, el zumbido de las palas neumáticas que dejamos atrás, la conversación de nuestros acompañantes, aumentan y se clarifican por la acústica del túnel.

—Observen — nos dice el inspector.

Da un grito y al instante le contesta el eco. Luego la voz se pierde en un pianísimo, como coro de ópera. Nos cansamos de gritar. El eco repite con fidelidad nuestras voces. Menos mal, algo hay aquí abajo para divertirse.

## COMO EN LA GUERRA

Cuando volvemos de nuestra visita, alguien nos sopla al oído:

—Nosotros somos el relevo, los de allá están en primera línea.

¡Cabal! Aumentado por el túnel, el intermitente zumbido de las palas remeda el tableteo de las ametralladoras. La escasa luz, el ambiente subterráneo, las figuras embarradas, nos traen la imagen de la Europa en guerra.

Se nos van los deseos de quejarnos. De cualquier manera, esto es mejor que aquello. Al fin y al cabo, sólo por accidente puede haber aquí peligro. Mientras que allá...

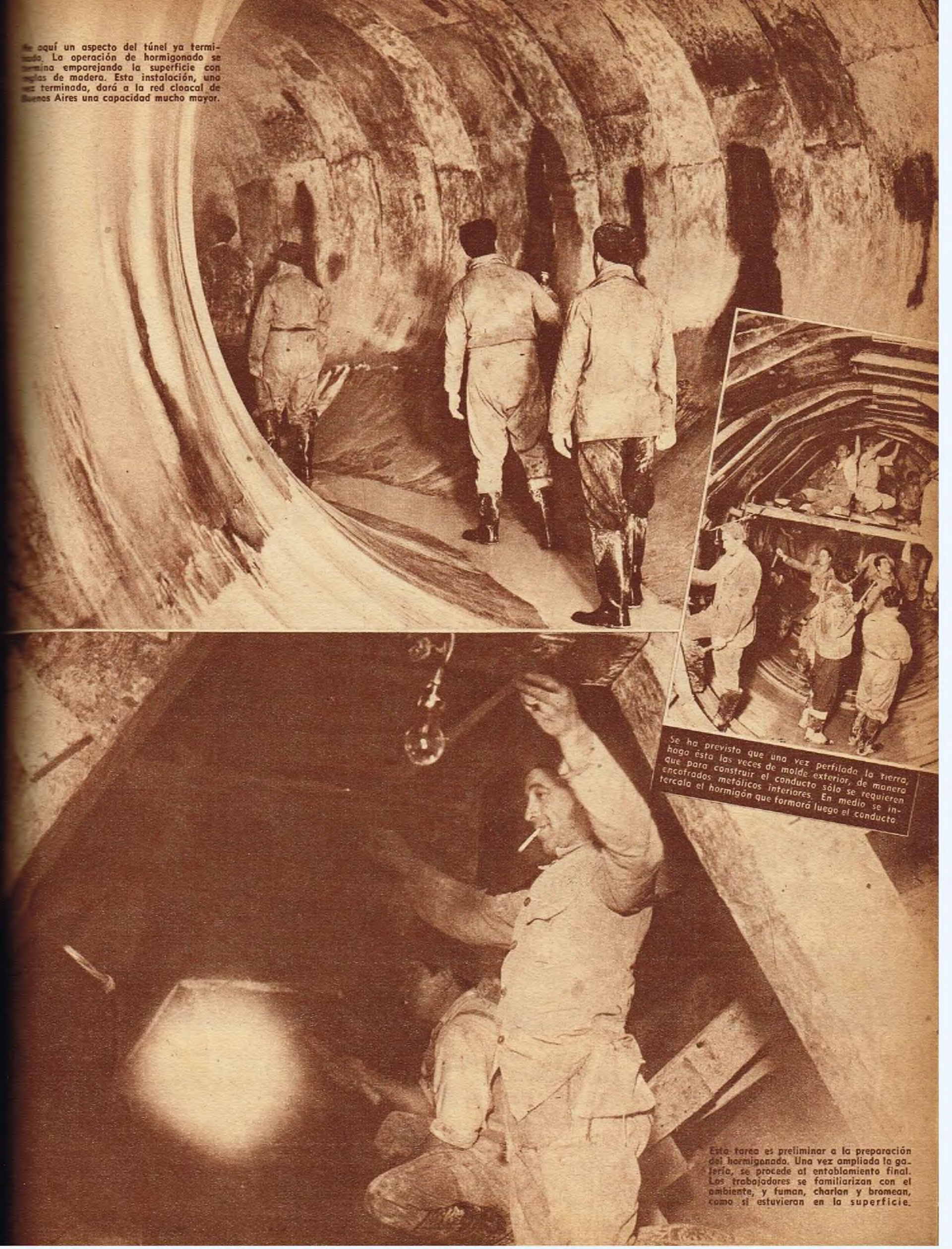
—Estos pozos no se cierran — nos dice el ingeniero Liska, frente a la boca de un pozo que interrumpe el conducto —. Sirven para desagotar el agua hasta que se seca el cemento.

Una escalera se pierde hacia lo alto. Decidimos subir porque ya no queda nada por ver. El ingeniero nos aconseja volver al punto de partida. Por allí, dice, la subida es más cómoda. Esta es muy cansadora. Pueden aflojársenos las manos. ¿Recorrer quinientos metros más, inclinados de nuevo, sudando, evitando los golpes en la frente? ¡No! Más vale asirse con firmeza en los escalones y respirar cuanto antes el aire de la superficie.

Al asomar la cabeza, la lluvia nos azota y refresca la frente. ¡Qué bien sabe el aire fresco a los pulmones! ◈



Cámara especial para descompresión. Tengamos en cuenta que los trabajadores deben acostumbrarse a la alta presión del aire, y lo hacen en esta cámara. Todos los que actúen en esta zona llevarán una chapa, en lugar bien visible, que diga: "En caso de caída o desmayo de este hombre, llevarlo al hospital de Wilde".



He aquí un aspecto del túnel ya terminado. La operación de hormigonado se termina emparejando la superficie con reglas de madera. Esta instalación, una vez terminada, dará a la red cloacal de Buenos Aires una capacidad mucho mayor.

Se ha previsto que una vez perfilada la tierra, haga ésta las veces de molde exterior, de manera que para construir el conducto sólo se requieren encofrados metálicos interiores. En medio se intercala el hormigón que formará luego el conducto.

Esta tarea es preliminar a la preparación del hormigonado. Una vez ampliada la galería, se procede al entablamiento final. Los trabajadores se familiarizan con el ambiente, y fuman, charlan y bromean, como si estuvieran en la superficie.



Salvador Dalí dibuja a su esposa. A la izquierda de la modelo aparece un medio cuerpo con tenedores en los muslos, con una silla encima y una cabeza de tigre. Esa es la fuente en que se inspira el pintor, en este caso.

Alrededor de esta estufa del almacén de Hampton Manor descansan Dalí, su esposa y mistress Crosby, que colabora con ellos en sus agitadas e impresionantes tareas diarias.

# Cómo vive y cómo pinta

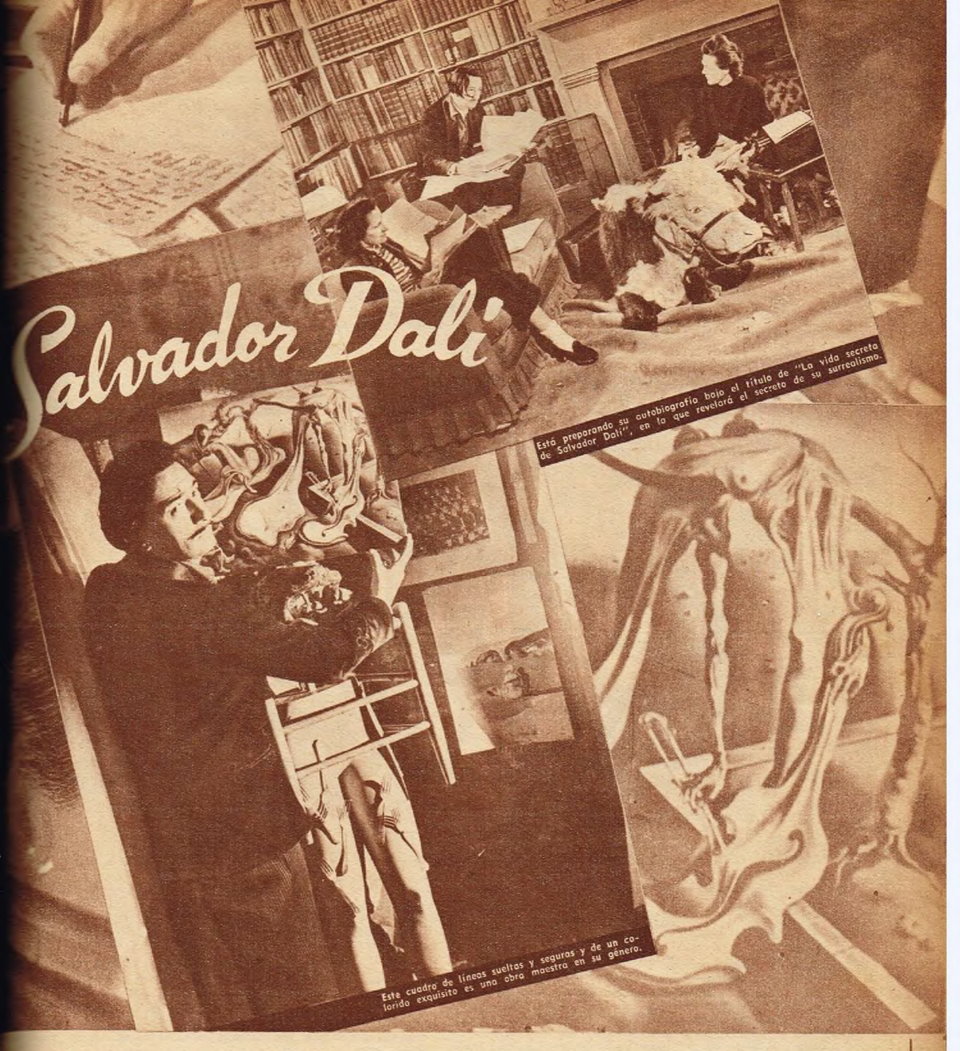
## CRONICA DE UNA VISITA A LA CASA DONDE EL GRAN PINTOR SURREALISTA PROYECTA Y REALIZA SUS EXTRAÑAS CONCEPCIONES PICTORICAS

**Por Jorge Cros**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

TANTO ruido hacía el nombre de Salvador Dalí, y
era la aureola de aventuras surrealistas que lo
un buen día me encaminé a Virginia con el propós
nocer "de visu" la verdad que pudieran contener
das. Por lo pronto, no dudaba de que Salvador
un pintor surrealista, español, audaz, apasionado, que
espléndida casa ajena, a la que él había puesto del
trabajaba de una manera estupenda, dado el ruido que hacía.
no alcanzaba a comprender era que con sólo el recurso
travagancias, por más despampanantes que ellas fueran,
mar la atención de tal manera en medio de ese mundo
no moderno, donde ya hay tantas cosas ruidosas que
ensordece con su propio ruido y no está para atender

# Salvador Dalí



Está preparando su autobiografía bajo el título de "La vida secreta de Salvador Dalí", en la que revelará el secreto de su surrealismo.

Este cuadro de líneas sueltas y seguras y de un colorido exquisito es una obra maestra en su género.

…vo que éstas tuvieran un carácter tan extraordinario que…
Llegué a la casa del pintor un día de nieve y mucho frío. Una … alta, de dos plantas y líneas griegas: la Hampton Manor. Des… supe que esta espléndida finca había sido diseñada por Thomas …ferson, uno de los más grandes arquitectos norteamericanos. Cuan… estaba a pocos metros de la casa oí claramente el sonido de un …o, el que no parecía estar dentro del edificio, sino entre la ar…eda que lo rodeaba. Pero había nevado y el parque estaba …nco; yo sufría seguramente una ilusión acústica. Sin embargo, pu… comprobar que la casa estaba vacía y que las notas provenían … parque. Me dirigí, entonces, hacia donde el ruido me indicaba. … al fin me encontré ante un cuadro que me hizo creer que estaba …ñando: Un piano se levantaba de la nieve que cubría el suelo; unos ocho o nueve negros, entre chicos y adultos, lo rodeaban inmóviles y silenciosos; un perro negro y un chancho parecían ser el adorno de aquello; una mujer blanca ejecutaba le "Danza macabra", de Saint Säens, y, frente a todo esto, Dalí pasaba a su tela, con gran entusiasmo, el cuadro tan "fuera de lugar". En verdad, impresionaba de una curiosa manera tal cuadro: hombres, piano, perro y chancho eran completamente negros, y la nieve, la cara de la ejecutante y las teclas del piano, completamente blancas. Pensé que al pintor le habrían encargado una tela que se llamara "La locura"…

—Nada de eso. Surrealismo — me explicó Salvador Dalí, luego de las presentaciones reglamentarias y de mis preguntas de asombrado.

—Pero — le repliqué — no puedo comprender con exactitud lo que se debe entender por surrealismo…



He aquí uno de los "encantamientos" de que se vale el pintor Dalí para poner su espíritu en condiciones de producir cosas extraordinarias.

Dalí es un gran miniaturista y pasa largas horas dedicado al minucioso trabajo de producir para las joyerías y otras casas de los Estados Unidos.

Salvador Dalí escribe sus memorias. Deja en el papel el vuelo de su inspiración; es espontáneo en todos sus actos e intercala dibujos en sus escritos.

Este cuadro se llama "Efecto de nueve negros, un piano negro, un perro y un chancho negros sobre la nieve", según el pintor surrealista Salvador Dalí.

—¡Muy sencillo! Justamente eso, la inexactitud en la comprensión de lo que ya no pertenece al alma vulgar de toda la humanidad pasada y que todo el mundo comprende porque es común. Pues más allá de la realidad corriente hay una realidad que sólo algunos pintores, pocos, comprendemos, interpretamos, fijamos en el lienzo y entregamos al público como una revelación de la existencia de grandes cosas que flotan en casi todos los ambientes y que el hombre es capaz de captar, aunque imprecisa y hasta inconscientemente.

Confieso que esta explicación me resultó más oscura aun que el chancho y el piano en la blanca nieve.

—Sí, amigo — continuó, animado por una euforia que quizá proviniese del frío reinante —; el alma del hombre y de las cosas conocidas ya pasó a la historia, ya pasó a los lienzos del pasado, ya se hizo, ya se terminó. Ahora estamos en época nueva, y todo en ella debe ser nuevo. Así, las almas son también nuevas. Por esto es que pocos las comprenden. Ni cuando las ven claramente retratadas en la tela.

Como yo no profería palabra, a pesar de mi boca abierta, Dalí añadió:

—Por ejemplo, y para concretar, aquí tiene usted a estos [illegible] a todo este paisaje produciendo el alma de una nueva cosa, [illegible] hasta ahora no había existido nunca, en la que nadie soñó [illegible] y que, por lo tanto, es una verdadera creación, absolutamente [illegible]ginal; comprensible, sin embargo, para todo aquel que observe [illegible] atención psíquica y que tenga sensible la cuerda de las [illegible] abstractas.

—Pero, ¿y esa música?

—Esa "Danza macabra" es lo que en este caso pone a mi [illegible] condiciones de percibir con nitidez plástica el sentido del cuadro [illegible] usted ve, y pasarlo a la tela, para que el mundo pueda gozar [illegible] contemplación de un espíritu nuevo y grande que tienen [illegible]

El asunto comenzó a parecerme sencillo. Pero en cuanto [illegible] lo que estaba apareciendo en la tela y no le encontré relación [illegible]guna con lo que estaba viendo en el panorama modelo, tuve [illegible] recurrir a la repetición mental de las explicaciones sobre [illegible]rrealismo, ponerme "en trance", por decir así, colocarme en [illegible] to de vista de ese nuevo y raro mundo, y percibir por fin [illegible]

...n solamente comparable a la que existe entre el cuerpo y el alma ... cosas. De esta manera pude penetrar un poco en el misterio ... pintura.

...minada la sesión, Dalí, quien no por eso dejaría de trabajar ... le era habitual, me invitó a pasar el día con él. Esto prometía ... jornada interesante, y me propuse hacer de modo que mi pre... no fuera a modificar en absoluto sus movimientos.

–No crea que usted me molesta; puede hasta hablarme en cual... momento, que le contestaré, o no le contestaré. – Y señalando ... cámara fotográfica, añadió –: También puede usar ese adminículo ... quiera.

...vador Dalí vestía pantalones oscuros, una americana de terciopelo ... y chaleco rojo. Su esposa, en cambio, no presentaba exterior... ningún aspecto extravagante. Durante el almuerzo se habló de ...lidades, y, salvo los colores de su traje y los cabellos largos y poco despeinados de Dalí, nada parecía extraordinario.

–En los seis meses que ya llevo aquí he pintado cinco nuevos cua... y muchas miniaturas para joyería, que usted verá luego. Pero ... sólo pinto, también escribo. Estoy escribiendo "La vida secreta ... Salvador Dalí". Esto va a ser la revelación de lo que es el "en...miento" en el surrealismo...

...rminado el almuerzo, me dijo:

–Ahora puede usted seguirme, si quiere.

... se dirigió a su *atelier*.

...llí me encontré con sus obras y con cosas que no sé cómo cla... Un medio cuerpo, de la cintura a los pies, primitivamente ...lado, en tamaño natural, con tenedores de mesa pegados a sus ...s, una silla colocada en su parte superior, y sobre ésta una ... de tigre de Bengala, eran una mínima parte de lo fantástico ... encontré allí. Dibujos y pinturas que representaban paisajes, a los ... después de mucho mirar se les descubría una hermosa cara que ...ba toda la tela. Cuadros que parecían derretidos, con formas ... recordaban la estearina de los candeleros. Sábanas sobre las ... se proyectaban sombras fantásticas. Grandes abanicos y biom...enos de líneas y motivos del trasmundo. Una máquina de es... en el suelo, un par de patines y una cacerola con vino.

...lí sentó a su mujer en un banquito ante una sábana, y se puso ...bujarla. Mi sorpresa no tuvo límites cuando vi surgir bajo su ... un dibujo clásico del más puro estilo; unas formas perfectas, ... que se salían del papel y hablaban a mi espíritu con la misma ... con que me hablaría un Leonardo de Vinci. Me acordé, enton... de aquellas pinturas de Dalí que l... habían revelado como un ...tro de profundos conocimientos pictóricos; cuadros de líneas y ...s seguros, elegantes y sabios.

...e repente se levantó de un salto y se dirigió al cuarto contiguo. ...guida me sobresaltó un fragor como de hundimiento de un te... y fuí a ver lo que pasaba. Abrí la puerta por donde había ...arecido Dalí, y me encontré en una cámara negra, iluminada ... reflectores, y en medio de ella a Dalí llevando en brazos un ...quí envuelto en un sudario. Estaba en pleno "encantamiento". ...o de esto regresó ante su dibujo, y febrilmente retocó lo ya ...do, lo trabajó más, y terminó dándole una expresión que, en ...ad, sólo podía haber sido inspirada por la danza macabra del ...quí con el sudario.

...ego trabajó en sus miniaturas con la quietud y la paciencia de ... Y después, por la noche, trajo al salón escritorio un hermoso ...plar de toro Hereford, lo hizo echarse al lado de la estufa, y ... puso a escribir, ayudado por su esposa y por la señora Crosby, ...taria ésta de Hampton Manor. El escribía apuntes, desordena...nte, según la inspiración del instante; la señora Dalí se ocupaba ...rdenar, corregir, agregar y quitar para dar forma inteligible a ...escritos, y la señora Crosby los pasaba a máquina. Así se está ...rando "La vida secreta de Salvador Dalí".

...o hay duda de que Dalí tiene bien ganado su lugar al lado del ... Picasso; los dos están a la vanguardia del surrealismo en el ... pictórico; y sus contorsiones imaginativas, así como sus audaces ... y realizaciones de simbolismos sacados de lo profundo de ...riginalísima psiquis, están basadas sobre sólidos conocimientos ... arte clásico.

... primera vista, quien no haya penetrado siquiera un poco dentro ... "espacio vital" psicológico de su pintura, sólo encontrará una ...vagancia estimulada por la tendencia de este siglo hacia la ori...dad a toda costa, la cual va tomando el cariz de la locura, ... vez más acentuado, llevado por la fuerza de la costumbre, como ...de con los vicios que intoxican. Pero la verdad es que su co... producción tiene un elevadísimo valor, tanto desde el punto ...vista surrealista como desde el de los cánones clásicos. No im... entonces que los medios a que recurre para inspirarse nos pa...n locura. Casi siempre son estos que parecen locos los que dan ...undo las grandes cosas que caracterizan las épocas.

...espués de una jornada tan nutrida de raras impresiones, nos re...os todos a charlar al calor de una buena estufa en el almacén ...eciente a Hampton Manor. Y allí me despedí de este raro ...sonaje español, de este gran pintor siglo XX, y me fuí con el ...encimiento de haber desentrañado el sólido porqué de su ...aridad en Virginia, en Norteamérica y en todo el mundo del ...

# Nias, la isla de oro

**NO** obstante el enorme desarrollo de los medios de comunicación que caracterizan nuestro siglo, existen partes del mundo que permanecen aún fuera del alcance de esos medios, y, por lo tanto, ignoradas algunas y casi desconocidas otras, como ocurre con la isla de Nias, de las Indias Holandesas. Fué el azar lo que hace poco nos llevó a esa curiosa isla, llamada con justa razón, como veremos en seguida, la "Isla del Oro". En nuestro último viaje a Sidney, realizado en el velero "Oerlikon", una tormenta nos sacó de la ruta, obligándonos a buscar refugio en la tierra más cercana. Así llegamos a Nias. Y mientras el barco era reparado, pudimos observar de cerca algunos aspectos de la vida de esos raros súbditos holandeses.

Desde luego, conocíamos ya algunas características de esta "Isla del Oro", [illegible]
a los relatos un tanto fantásticos [illegible]
el trotamundos Deana Dickason [illegible]
los oídos curiosos de muchísimos [illegible]
de diversos puertos, cuando él [illegible]
"descubrir" Nias, en el año 1933. [illegible]
mente, sólo era conocida "en secre[illegible]
unos cuantos navegantes, que soli[illegible]
viar la ruta" para traficar con su [illegible]
ro desde que habló Deana Dickas[illegible]
bierno de Holanda tomó intervenci[illegible]
asunto y las cosas cambiaron. L[illegible]
cambia, sin embargo, es el aspect[illegible]
camente milenario de sus indíge[illegible]
sus costumbres pintorescas.

En cuanto descendimos del barc[illegible]
mos cuenta de que nos hallábam[illegible]
gente mansa, acostumbrada a [illegible]
pues nos miraban sin miedo, y [illegible]



Viejo jefe de guerreros de Bawamataluwo, que, ante la declinación de su apostura física, trata de hermosearse por todos los medios a su alcance.

En la amplia calle empedrada de B[illegible]
se improvisa una fiesta, en la que [illegible]
guerreros de Nias, en honor de los [illegible]

# LVIDADA DEL MUNDO DESDE EL TIEMPO DE LOS FENICIOS, EXISTE L OESTE DE SUMATRA UNA TIERRA QUE ES EN LA ACTUALIDAD ENTADORA INVITACION A LA FELICIDAD Y A LA FORTUNA

**Una nota de**

**Germán Salles**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

turones de fabricación europea. Pero, aun- nosotros no fuésemos comerciantes, no pu- os evitar insistentes miradas de asombro las prendas de oro puro con que se ador- an. No nos hablaban; sabían que no los com- nderíamos. A poco de andar llegamos a una ea, que, según supimos más tarde, tenía el poso nombre de Bawamataluwo. Nuestro bro creció al encontrarnos en medio de una plia calle, bien empedrada, bordeada de casas struídas sobre pilotes de troncos y techadas ticamente con paja, y cuando descubrimos se nos permitía entrar en cualquier parte sufrir un control molesto. Pero luego com- ndimos que allí todo es extraordinario.

Aprovechando la franquicia, comenzamos entrar en aquellas extrañas viviendas, y tamos que para que éstas se mantuvieran equilibrio, los indígenas han tenido que resolver, como un rompecabezas, la justa combinación de puntales que sostiene toda la construcción, la cual no lleva un clavo ni una ligadura. Al acercarnos a los moradores, pudimos probar, con creciente asombro, que casi todos los adornos de esos indígenas eran de oro, y que otros, de origen europeo, eran, en su mayoría, de vidrio.

No había pasado mucho tiempo desde el arribo del barco, cuando empezó a acudir gente a la gran calle. Nos acercamos y, de repente, nos vimos ante un personaje que parecía venido de otros siglos. Tenía un verdadero yelmo de hierro, un peto de armadura un poco abollado, una lanza y un escudo, y, por detrás, una especie de cola de una tela de color subido, la cual, recogida, llevada hacia adelante y prendida allí en el cinturón, colgaba en forma de delantal. En seguida vimos a a otro personaje de parecida indumentaria, con yelmo, lanza, escudo y delantal, pero que carecía de peto metálico. Y pronto la ancha calle se llenó de mil colores, pertenecientes

El Salto de la Piedra. Esta especie de pirámide trunca debe ser saltada limpiamente por el aspirante a guerrero. Aquí vemos un salto muy bien ejecutado.



s sacerdotisas que pactaron con la Muerte, después de largos estudios, dirigen s casamientos, los viajes y las cosechas de los habitantes de Bawamataluwo.



El gran jefe aparece aquí sentado sobre el monolito de los "espíritus femeninos", indiferente al objetivo de la cámara y a todo, mientras lo embargan aquéllos.



Estos tres atletas de la "Isla del Oro" representan los tres tipos raciales que existen actualmente allí, y que son: el fenicio, el mestizo y el mongol.

a los delantales de los raros y variadísimos guerreros. Se trataba de una fiesta improvisada en nuestro honor, los recién llegados en el "Oerlikon". Algunos de sus pasos y de sus gritos nos recordaron danzas guerreras africanas; pero, con todo, eran menos expansivos, y su ritual tenía un aire simbólico de que carecen las alocadas manifestaciones de los indígenas del continente negro.

Siguiendo a los guerreros, pronto nos hallamos frente al palacio del gran Jefe de Bawamataluwo, y ante éste, que estaba semi desnudo, aunque con el consabido delantal, además de un chaleco de fantasía y un puñal de fina fabricación finlandesa. El gran jefe nos miró con una indiferencia tal, que por un momento dudamos de que la fiesta se estuviera llevando a cabo en nuestro honor. Entonces nos acercamos más, enfocándolo con nuestras cámaras fotográficas, un poco insolentemente. Pero ni aun así reaccionó; su vieja y tranquila cara expresaba estar pensando en la luna.

Un indígena (así lo creímos al verlo) que se había reunido a nuestro grupo nos explicó muy sonriente, y en perfecto inglés:

—No se asombren ustedes. El gran Siulu, Nifoo, está en este momento sentado en la piedra de los espíritus femeninos, y no puede atender a nadie mientras ellos lo embargan.

La piedra era, en verdad, un curioso monolito colocado horizontalmente frente a su palacio y gemelo de otro que estaba del lado opuesto de la entrada, con rosetones labrados en relieve.

—Yo soy hindú — nos dijo, en seguida, nuestro interlocutor—, pero estuve en Inglaterra, y ahora estoy aquí, al servicio de Holanda; y hago mis negocios.

En eso aparecieron, saliendo del fondo del palacio, tres mujeres y una niña, vestidas con ropa de colores vivos y llevando en la cabeza muchos adornos de oro.

—Son las sacerdotisas que han pactado con la Muerte — nos explicó muy serio el hindú — después de largos años de estudios. Ahora ya saben cuándo los demás deben casarse, viajar y cosechar, así que dirigen muchas de las actividades de Bawamataluwo.

Los guerreros les rindieron homenaje, inclinándose en profundo silencio, mientras ellas, de acentuados rasgos mongólicos, posaron con indiferencia ante el objetivo.

Entretanto, el gran Siulu, el Jefe, había bajado del monolito de los espíritus, y con una inesperada voz de trueno lanzó una orden. En seguida aparecieron varios atletas, los que mirados de cerca nos llamaron la atención por sus muy diferentes tipos raciales. Nuestro espontáneo guía, que al parecer se hallaba perfectamente informado de todo lo que atañía a la isla y su pueblo, nos explicó:

—Los primitivos habitantes de Nias, de raza mongólica, trabaron relaciones comerciales con los fenicios, unos 200 años antes de Jesucristo, y éstos llegaron a formar aquí una pequeña colonia fenicia. Con el correr de los siglos se mezclaron ambas razas, y por eso hoy se ven el tipo mongol y el fenicio.

A todo esto ya estaban los fenicio-mongólicos ejecutando prodigiosos saltos por sobre una especie de pirámide trunca, de piedra, que por su arquitectura recordaba el arte egip[illegible]

—¿Y ese ejercicio? — preguntamos.

—Es una prueba final de su capacidad [illegible] integrar el cuerpo de guerreros. Mientras [illegible] consigan saltar por sobre esa "Piedra [illegible] Salto", que tiene seis pies y medio de al[illegible] no serán hombres merecedores del respeto [illegible] pueblo. Usan, claro está, y como ustedes [illegible] una pequeña piedra a modo de trampol[illegible]

Preguntamos a nuestro amable hindú el [illegible]gen de la grotesca vestimenta de los guerre[illegible]

—Es que esta isla tiene una historia [illegible] rara — nos respondió —. Parece que los [illegible]cios la olvidaron, y permaneció ignorada [illegible] mundo durante toda la Edad media. Hasta [illegible] en el siglo XVI fué visitada por naveg[illegible] portugueses, los que se llevaron much[illegible] oro y dejaron en cambio sus armaduras. [illegible] portugueses quizá murieron sin revelar [illegible]creto del descubrimiento de esta "mina de [illegible] porque la isla volvió a ser olvidada [illegible] nuestro siglo. Desde 1910 suelen atracar [illegible] algunos comerciantes que traen telas y [illegible]tos de vidrio, y se llevan oro. Yo vine en [illegible] Pero en 1933 llegó un viajero llamado Dic[illegible] que reveló al mundo la existencia de [illegible] curiosa "Isla del Oro", y puede decir[illegible] sólo desde entonces pertenece a Holan[illegible]

—¿Y cuál es el negocio que usted ex[illegible]

—Vengan a ver — nos contestó, cond[illegible]donos a una de esas casas con ventanas [illegible] techo y que daban sobre la calle princ[illegible]

Una vez allí comprobamos que se [illegible] de una casa de empeños. No inútilm[illegible] hombre había estudiado en Inglaterra y [illegible]dido las ventajas de lo moderno. En [illegible] de celofán, con numeración impresa, gu[illegible] bien clasificados los objetos empeñados [illegible] clientes. Nos maravilló la fortuna que el [illegible] guardaba en esas bolsitas. Todos eran [illegible] macizos, de oro puro, y en gran can[illegible]

—El oro aquí vale muy poco —nos [illegible] al ver nuestra expresión de asombro —, [illegible] en verdad, ésta es la "Isla del Oro".

Si alguno de los lectores de esta [illegible] comerciante y quiere embarcarse en una [illegible]tura productiva, no tiene más que [illegible] indicaciones siguientes:

La isla está situada a 8 millas de [illegible] oeste de Sumatra, y a un grado escaso [illegible] del Ecuador. Hay en ella muchos puebl[illegible] debe detenerse en el llamado Bawam[illegible] y allí preguntar por Like. Es el hin[illegible] en Nias arregla cualquier cosa. ◈

Un grotesco conjunto de soldados, algunos luciendo yelmos, otros con petos de armaduras correspondientes al siglo XVI, obtenidos de los portugueses a cam[illegible]



El perfume
es armonía...
...que atrae con la fuerza de la seducción.
Con la magia de su exquisita fragancia, LOCION CHIPRE de Preal la rodeará de encantadora atracción, al acordarle la nota de elegancia y distinción que usted merece.
LOCION CHIPRE de Preal es atractiva por su aroma suave y exótico, es seductora por su aristocracia.
LOCION CHIPRE de Preal es un perfume armonioso que acaricia los sentidos con su fragancia exquisita.
Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños, desde $ 0.70.
Camauër & Cía. — Inclán 2839/47
LOCION CHIPRE de PREAL
LOCION Chipre de PREAL
(El perfume femenino por excelencia)



# SEDUCCION

Un cuento de ***Raúl Auernheimer***

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

**APRETADOS** los seis en un compartimiento de fumadores, discutíamos acerca de los méritos del nuevo barítono español que entonces era el motivo de todas las conversaciones. Se habló, primeramente, de su voz admirable, después de su físico, de su noble porte, de su gracia, de su ardor, de su distinción. Las enormes sumas que percibía fueron, naturalmente, comentadas, y uno de mis compañeros de viaje, un oficial retirado, observó que, además, tenía un increíble éxito con las mujeres.

Mi amigo Adolfo, sentado a cierta distancia y que hasta ese momento había tratado de leer, entró en la conversación:

—¿Por qué dice usted increíble? Puesto que todos ustedes parecen dispuestos a creerlo...

—Y usted —replicó el oficial—, ¿usted no lo cree?

—Sí y no — dijo Adolfo, bajando su libro —; será necesario entendernos sobre el sentido de la palabra "éxito". Yo he tenido ocasión de asistir a uno de esos enamoramientos llamados "a primera vista"...

Y se puso a contar la siguiente historia:

"Como creo que ustedes saben, soy originario de Praga, ciudad que me eligió diputado, y a la que actualmente represento en la Cámara. Debo añadir que mi familia vivía modestamente, que mi hermano era contador, que ganaba poco; que mi madre estaba casi siempre enferma y que yo tenía varios hermanos y hermanas. Estos detalles tienen su importancia. Un rayo de sol, sin embargo, iluminó nuestra estrecha vida, un rayo de sol, que fué el lujo de mi juventud. Hablo de las tres pequeñas Bucher, tres muchachitas encantadores que venían de cuando en cuando a ver a mi hermana mayor.

"Estas tres bellezas siguieron después muy diferentes caminos. Casada, la mayor, bailó mucho ante oficiales y murió tísica. La segunda, Flora, víctima de su orgullo, rehusó partidos ventajosos y actualmente gana su vida dando lecciones de piano. La tercera, en fin, era la menos hermosa y la más bonita de las tres. Se llamaba Rosa, y era rosa; es todo lo que he retenido de ella, todo lo que puedo decirles sobre sus rasgos fisonómicos. La coloco en el jardín de mis recuerdos cual una flor de pecado, nimbada de una aureola primaveral. Me enamoré de ella, pero otros la amaban también; y a los 19 años de edad se casó con un industrial.

"Un industrial, algo importante en la ciudad de que les hablo; porque su población se dividía en dos clases distintas: los industriales... y sus empleados. Naturalmente, los empleados formaban la mayoría. El padre de Rosa era un empleado superior, director de una fábrica, y no poseía fortuna personal. Se decía que la muchacha tenía mucha suerte por haber encontrado tan buen partido. Su marido era incontestablemente rico, y se le llamaba bello, lo cual no significaba gran cosa, porque todas las madres de hijas casaderas encontraban bellos a los industriales de esta ciudad con tal de que fuesen solteros.
fern se casó un poco tarde, y su

buen mozo había sido definitivamente establecida. Delgado, alto, de ojos sombríos bajo una frente pronunciada, bigote negro y una calvicie reluciente que parecía terminada de encerar. Un pequeño resto de cabellos minuciosamente separados por una raya al medio se tendía sobre la delantera de esta calvicie, como una gran mariposa negra sobre una calabaza. Esta mariposa podía no gustar a la gente joven; las madres, por el contrario, la encontraban espléndidamente demoníaca.

"Sea como fuere, hermoso o no, joven o no, Höfern era un modelo de elegancia. La raya de sus pantalones era impecable, sus corbatas gozaban de renombre igualmente sus amarillos guantes de gamuza. Llevaba un sombrero alto bien puesto, zapatos de charol toda la semana, un monóculo espejeante, retenido por una finísima cadenita de oro, y al que durante una conversación manejaba con gracia y verdadera desenvoltura. Se lo hubiera creído salido de una revista de modas, "la última moda". Por otra parte, Höfern no era solamente elegante; además vivía como un gran señor. Iba a Viena a las carreras, a París una vez al año a pasar allí algunas semanas, a Karlsbad en el verano, para que lo vieran en el famoso establecimiento de "Pupp". Cuando se casó, se supo que lo había hecho para curarse de su diabetes.

"Yo no sé si Rosa amó a este hombre peligroso y demoníaco. Claro que ella nunca se animó a decir lo contrario y, además, no se le preguntó nada.

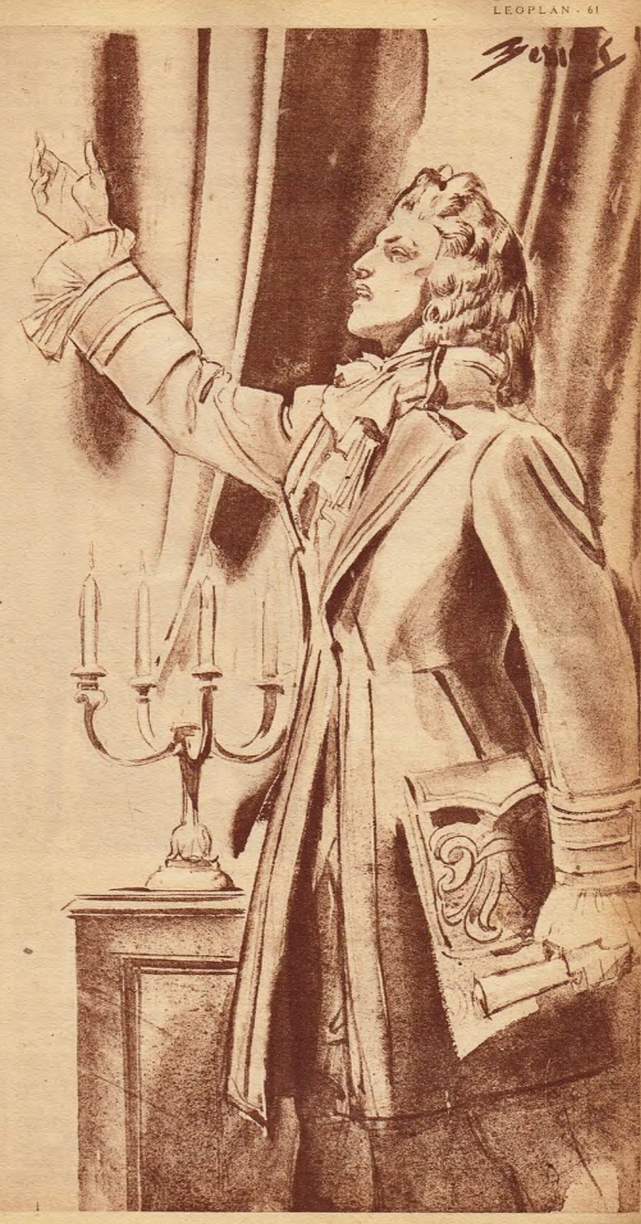
"Cuando ese "hermoso" en el declive se casó, no tuvo más que una preocupación: la de evitar lo que había hecho fracasar a la mayoría de sus amigos. Y eligió un método que frecuentemente había tenido éxito: regalarle un hijo cada año a su mujer.

"Después del tercer nacimiento, Rosa se encontró tan agotada que el viejo trasnochador de su marido la juzgó ya con mucho "handicap". El se fué entonces tranquilamente a París y, como era debido, no dejó de traerle sombreros sensacionales.

"Fué en esos momentos cuando yo partí para Viena, donde entré como escribiente en el estudio de un abogado, y cuando fuí a dar mis adioses a la amiga de mi juventud. La encontré envejecida, marchita, los hombros cansados, la frente surcada de arrugas. Esta joven, mujer de apenas 24 años, representaba más de treinta; era una buena madre, una buena esposa, y nada más.

"Diez años más tarde, cuando regresé a Praga para asegurar mi elección, ella parecía de 23 años a lo más. Sus ojos fulgurantes aclaraban un rostro liso y rosado, sus labios estaban color púrpura; de toda su persona emanaba una impresión de juventud, de ardor, de vida. Se sentía que había fuego en el interior de ella, y parecía verse su llama incandescente en el fondo de sus ojos.

"Esta manera de rejuvenecer en varias etapas es propia de las mujeres. El hombre es joven una sola vez — durante



mucho tiempo, lo sabemos por experiencia — y, de repente, un buen día se acabó. La mujer tiene cuarenta años ayer, veinte mañana, según su capricho. El hombre no puede seguir este tren, y el señor Höfern menos aun, pues realmente había envejecido de modo considerable. Más pequeño que por su pasado, llevaba la cabeza inclinada hacia adelante, y su mentón fláccido y arrugado se apoyaba en el pecho. De su cráneo calvo la mariposa negra se había volado sin esperanzas de regreso; sólo su bigote quedaba negro.

"Decididamente, Rosa ya no tenía "handicap" en absoluto, y su marido se desesperaba por no caer él a su vez en el caso. Pero su habilidad no se desmintió, y yo tuve ocasión de admirarlo durante mi corta estada en Praga, durante la cual fuí el huésped asiduo de la joven señora. Rosa no era coqueta, sino joven, movediza, ávida de vivir, y los hombres sentían eso. Estaba rodeada de admiradores, su salón desbordaba de pretendientes. Pero el dueño de casa parecía insaciable. Era él quien llevaba sin cesar nuevos candidatos, quien atraía hacia su casa a todos los jóvenes que el azar ponía en su camino. Una noche, en una fiesta, vi a Rosa que bailaba con un muchachito funcionario de la prefectura, el señor Schindler. Después del segundo vals, Höfern se acercó al muchacho, le ofreció cigarrillos, se trabó con él en una discusión política y terminó invitándolo para el próximo domingo. Era su sistema. Y hacía lo mismo con los oficiales, con los aristócratas de los alrededores y con los artistas que se encontraban de paso: todos debían dejar sus tarjetas en su casa, todos debían, bajo sus ojos, rendir homenaje a la belleza de su esposa. Así obtenía que Rosa no se encontrase jamás sola en su salón con ninguno de sus suspirantes, y eso era lo que importaba. Ella no tenía materialmente tiempo para enamorarse de alguien, pues vivía en una continuada confusión de placeres, y su sola embriaguez era la satisfacción de su vanidad. Höfern cuidaba de que ella no pudiera tomarse ni un momento de tregua, que estuviera de continuo sumergida en una multitud de distracciones. No faltaba a ningún baile, ninguna reunión, ninguna fiesta de beneficencia. Con el pretexto de que esa vida mundana era indispensable en su situación, el marido agotado seguía, jadeante, a la sonriente y rubia joven mujer en su carrera hacia el placer. Höfern estaba decidido a sostenerse, porque sólo la agitación de una vida así podía salvarlo de lo que él temía.

"Y obtuvo realmente el triunfo de engañar a las malas lenguas, siempre al acecho de un escándalo. Se hablaba mucho de un conde, cuyas asiduidades a la casa de Rosa tenían ya una antigüedad de algunos años; de un oficial de elevada graduación que se esforzaba en triunfar y a quien sus éxitos anteriores parecían predestinar a vencer; pero esos cuentos estaban tan poco fundados que Höfern sonreía con indulgencia.

"Fué en ese momento cuando Roald Andersen vino a Praga y decidió la suerte del industrial, la noche que cantó la parte de Escamillo. ¡Sí, de Escamillo en "Carmen", perfectamente!

"Por otra parte, Höfern fué el forjador de su propia desgracia, pues Roald Andersen no había soñado jamás en detenerse en nuestra ciudad. Pero como debía cantar en la Opera de Viena, y venía de Dresde, su camino conducía forzosamente a Praga. El director de nuestra Opera le telegrafió entonces, rogándole nos acordara una "soirée". Mas el precio exorbitante que pidió el barítono lo hizo retroceder. Sin embargo, el director, conociendo la mentalidad de sus compatriotas, se abstuvo, con mucha astucia, de prevenir a los diarios, y sólo hizo conocer la respuesta del cantante a los



miembros del "Club Metropol". Todas las ciudades de provincia tienen una pandilla de "snobs", y mi ciudad es como las otras. La ambición de rivalizar con la capital los acicatea. Esos "snobs", ricos en su mayoría, fueron atrozmente heridos por la denegación de barítono. Hicieron una colecta y la suma pedida por Andersen fué pronto reunida. Se le telefoneó al empresario del artista, el cual se declaró de acuerdo, y con él se convino en que serían realizadas dos "soirées" de gala en las que Andersen prestaría su concurso. El éxito de la empresa era debido en gran parte a Höfern, quien había donado 3.000 coronas, con la sola condición de que el banquete dado en honor del cantante tuviera lugar en su casa.

"Andersen llegó dos días después. Se instaló en el hotel de "La estrella azul", estuvo invisible toda la tarde, y, por la noche, cantó la parte de Scarpia [illegible] "Tosca". Yo estaba en Praga para [illegible]nunciar un discurso y para asistir [illegible] versas reuniones, pues era el m[illegible] de las elecciones. Asistí a la Opera [illegible] dersen, a quien yo no había visto [illegible] me dejó encantado. La fuerza y [illegible] bre de su voz eran extraordinari[illegible] presentaba a la perfección y su f[illegible] nía algo de extrañamente fascina[illegible] estaba bajo el encanto, y no com[illegible] cómo nuestro público permane[illegible] reservado. Sólo Rosa compartía m[illegible] siasmo.

"—Nunca he visto un hombre [illegible] magnífico — dijo ella, con los ojos [illegible] siados, después del segundo acto, [illegible] do fuí a verla en su palco.

"—Mañana comerá con nosotros [illegible] apresuró a asegurar su marido.

"Rosa, soñadora, jugaba con [illegible] nico, y sonrió de lejos a alguien [illegible] saludaba. Desde hacía algún tie[illegible] había estado notando distraída, [illegible] pada, pálida, cansada, nerviosa, [illegible] no me asombraba, dado el género [illegible] que llevaba. Esa noche su laxitud [illegible] dado lugar a una reacción insosp[illegible] y ella resplandecía de juventud. [illegible] efecto de la música del cantante [illegible] to de la proximidad de la pri[illegible] Mis ojos interrogaron los suyos [illegible] contré su clara mirada que pare[illegible] forzarse en responder. Pero la [illegible] apagó, y comenzó el tercer acto.

"—Hasta mañana a la noche — [illegible] jo, dándome la mano, como si [illegible] querido asegurarse en mí un ali[illegible]

"A la noche siguiente, Andersen [illegible] ba la parte de Escamillo, con ese [illegible] memorable que luego tuvo siempre [illegible] vez que encarnó él ese papel. [illegible] presentó durante tres años en [illegible] rosas jiras a través de toda E[illegible] después tuvo el buen gusto de [illegible] se unas tierras y de retirarse a [illegible] paña para vivir tranquilamente [illegible] mujer y sus hijos.

"Lo oí varias veces en dicho pa[illegible] jamás me subyugó como esa no[illegible] única noche en la que él ignora[illegible] vía hasta qué punto era capaz [illegible] yugar.

"Nuestro público se dió cuenta [illegible] guida. Y si la víspera se le había [illegible] sentir al cantante que se había [illegible] rogar demasiado para venir, aq[illegible] che fué algo así como una indem[illegible] Su talento, toda su persona, [illegible] la sala. Después de la gran aria [illegible] gundo acto: "Torero, en guardia", [illegible] aplausos frenéticos, como nunca [illegible] bía oído ni los oiré en nuestros [illegible] países de lengua germánica. Sólo [illegible] lianos aplauden así; pero se cans[illegible] to. El público, aquella noche, [illegible] durante un cuarto de hora. [illegible] una tormenta con relámpagos y [illegible] nos. Una ráfaga de entusiasmo [illegible] bre la cabeza del barítono, el que [illegible] de sonreír, de inclinarse y de re[illegible] menaje a sus compañeros. Pero [illegible] blico no cejaba. Y al cabo de [illegible] nutos Andersen abandonó la lu[illegible] de reaccionar y esperó el fin de [illegible] névola tempestad. Se mantenía [illegible] el rostro grave, cual una esta[illegible] rreante bajo la lluvia. Y sus com[illegible] Carmen, don José, el coro, el di[illegible] orquesta, siguieron su ejemplo, [illegible] peraban. ¡Qué otra cosa podían [illegible]

"En medio de esta batahola [illegible] Rosa con los ojos. Vi que no [illegible]

que respiraba dificultosamente, con cara radiante vuelta hacia la escena. ...rás de ella, Höfern, con su maligna ...ra de cascanueces, palmoteaba con ... manos como si hubiera querido aho... entre ellas al barítono. Quizá ya esta... arrepentido de la condición que él ha... propuesto. Rosa no había tenido la ...sión de conocer antes a este hombre ...groso, y sólo la misma noche del ...quete debía hablar con él por pri...ra vez.

Yo figuraba entre los convidados y ...pude ser testigo de ese raro encuen... A través del cerco de invitados, la ...ña de casa se adelantó hacia el be... barítono, el cual, ayudado por el di...tor, hacía una entrada triunfal. An...sen quiso inclinarse sobre la mano ... Rosa, pero ella, con un gesto espon...neo, supo evitar este homenaje, y fué ... quien besó la mano que se le ten...

—¡Bravo! — gritaron todas las mu...es, y se apresuraron a seguir su ejem... El barítono se rió, defendiéndose in...mente; todas ellas lo besaron, y los ...bres, Höfern a la cabeza, asintieron ...osos y celosos, como el coro de la ...ra.

Poco más tarde, Rosa, dando el bra... a su célebre invitado, nos precedió ... el comedor. Se instaló en la mesa, ...erta de flores, y con Andersen a su ...echa. Mudo y recogido, este extraño ...ensal lanzaba de cuando en cuando ... vecina una de esas ojeadas lángui... cuyo poder sobre las mujeres co...ía él muy bien. Los ojos de Rosa en...ces se agrandaban, y ella sonreía con ...to descaro. Toda la "soirée" estuvo ... yo la encontré vibrante, quemante; ... vestido, que parecía abrasado, pla...aba por sobre nosotros. No era nece... alardear de psicólogo para saber ... esta mujer estaba tocando el instan... decisivo de su vida.

El cantante se despidió de ella a me...noche, después de haberle pasado un ...elito que ella recibió con una sonri... exaltada y que guardó entre los plie... de su vestido. El empresario apu... a Andersen para que regresara a ... casa, porque debía salir para Viena ... día siguiente, en el tren de las 12. ...das las mujeres, que querían acom...ñarlo hasta la estación, encontraron ... elegida esta hora. Cerca de la puer... Roal Andersen besó la mano de nues... anfitrión, y, en perfecto "hombre de ...ndo", le agradeció "esta encantadora ...irée". Desaparecido él, la vida pare... apagarse en los ojos de Rosa. Como ...dida en un lejano sueño, su sonrisa ... borró; largamente se clavó su mira... en la puerta por la que se había ido ... cambió una que otra palabra con al...os de sus invitados, y de repente se ... para no volver. Su marido, que se ...ía enterado de la causa de su des...rición, nos rogó la excusáramos: ella ...ía jaqueca.

Tomé el tren de las ocho, al día si...ente, para ir a Viena. Deseoso de ...jar solo, siempre trataba de salir a ... hora y, seguro de lo que hacía, me

instalé cómodamente en un compartimiento de primera. ... nos segundos antes de la partida, la portezuela se abrió y ... un señor. Era Roald Andersen.

"Me reconoció, me dió la mano y se sentó frente a ... no pude ocultarle mi sorpresa.

"—Yo creía que usted iba a tomar el tren de mediodía.

"Roald Andersen se sonrió con aire travieso.

"—Es una trampa — dijo —; prefiero viajar solo.

"—¡Yo también!

"El se rió.

"—Bueno — añadió —; puesto que tenemos los mismos ... viajemos juntos.

"Era joven, discreto, bien educado, la gloria no ... mareado. La conversación fué agradable, me habló de ... por donde acababa de realizar una jira, y me mostró ... trato de su mujer, que llevaba consigo, como un buen ... burgués.

"En la estación de Viena, horas más tarde, me pidió ... noche comiera con él, y yo acepté la honrosa invitación.

"Y escuchen bien ahora, porque les tengo preparada ... presa. Esa noche, cuando comíamos frente a frente ... comedor de su hotel, vimos surgir ante nosotros a ... acompañado por el capitán del que se decía era el ... de Rosa. El rostro de los dos hombres era grave, ... emoción, y sus ojos parecían buscar alguna cosa.

"En cuanto nos vieron, se detuvieron a cierta distancia ... dignarse responder a mi saludo. Vino entonces el mozo ... sentó una tarjeta a mi compañero. Este, sorprendido, ... tó y, aproximándose a los dos hombres, los saludó y ... cortésmente sobre el motivo de su visita. Pero aun así ... quedó rígido, y sin más preámbulos preguntó con ... como para que todo el mundo se enterara:

"—¿Dónde está mi mujer?

"Dicho lo cual, tomó su monóculo al vuelo con ... elocuente, y clavó la mirada en el cantante. Andersen, ... ojeada circular, abarcó la sala, como si buscara la ... cuestión. Al no encontrarla, indicó con un gesto su ... tencia en la materia. Pero Höfern no entendía así ...

"—Ella salió esta mañana en el mismo tren que ... — gritó todavía más fuerte.

"Y el capitán, que no quería figurar como comparsa, ... con una voz llena de reproche:

"—En el tren de las ocho, exactamente.

"Algunos comensales, divertidos con el asunto, se ... reír. Pero el industrial, loco de celos, no se daba ... nada de esto.

"—Un empleado la ha visto subir al tren; ella se ha ... con usted.

"El capitán, con aire implacable, secundó a su amigo.

"—Usted la ha seducido; es una corrupción.

"Ahora el cantante se divertía en grande; y, sin ser ... no le disgustaba el pasar por un héroe de novela — ... más cuanto esa novela le resultaba completamente ... Me miró, me hizo una guiñada y se volvió hacia ... hombres:

"—Señores — les dijo —, ¿con qué derecho me ... ustedes de...?

"El industrial no lo dejó terminar.

"—¡Ustedes estaban los dos de acuerdo! ¿Por qué, ... a hacernos creer que tomaría el tren de mediodía? ... le pasó un billetito al despedirse, yo lo vi.

"—Yo también — confirmó el capitán.

"—Pero — replicó el cantante —, era un autógrafo.

"El oficial concluyó con un tono seco:

"—La excusa es demasiado fácil.

"La escena se estaba poniendo fea. Andersen juzgó ... terminarla lo más pronto posible. Y, sin renunciar a ... ventajas de la situación, decidió recurrir a mí. Desig... con un desenvuelto y gracioso gesto, dijo:

"—El señor ha viajado conmigo, y tendrá la bondad de ... firmar mis afirmaciones. Durante todo el trayecto no ... visto a la señora de Höfern.

"Esto fué un buen golpe teatral; yo testimonié la ... del barítono, quien dió su palabra de honor que desde ... anterior no había vuelto a ver a la esposa del industrial ... sentado, los dos hombres no tenían sino que retirarse.

lo hizo en "hombre de mundo". Tomó su monóculo, que danzaba indolentemente sobre su vientre, lo fijó en su ojo derecho, y con toda la dignidad correspondiente al papel de marido engañado, ya en la edad provecta, balbuceó:

"—Le ruego que me perdone.

"Mientras se alejaba, dijo a su compañero:

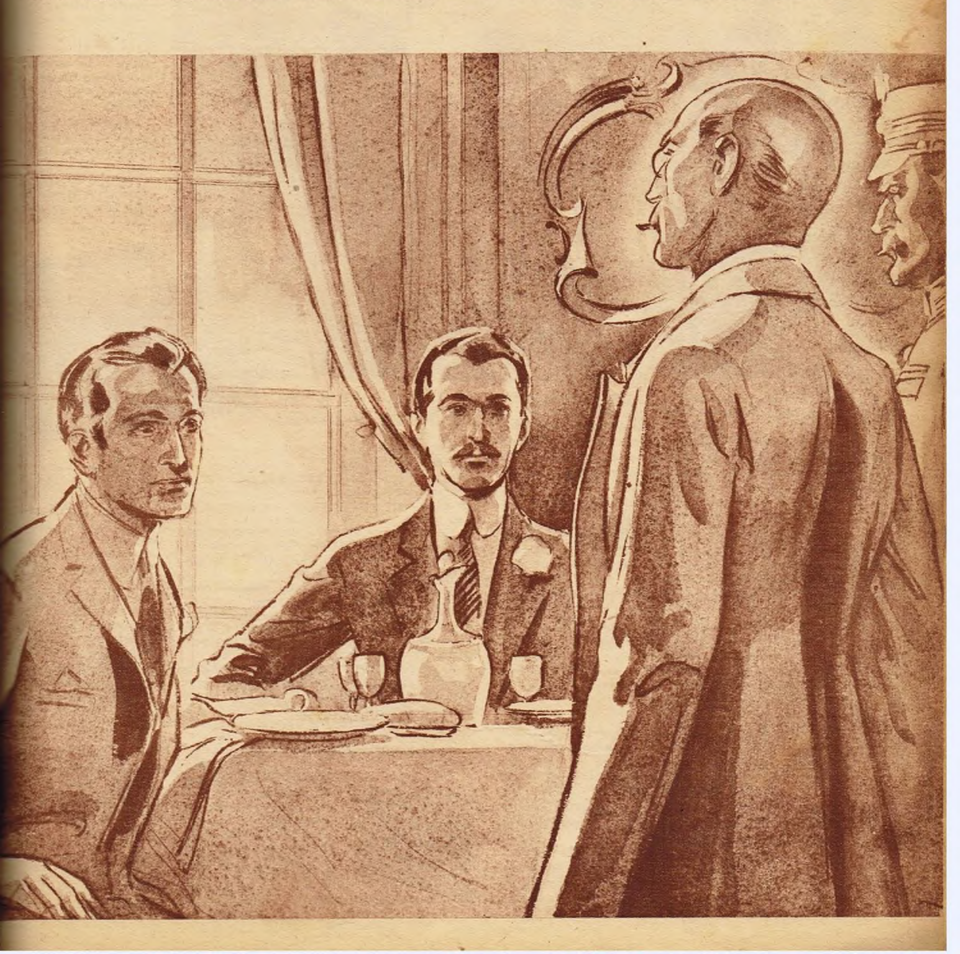
"—Debe de haber partido con otro.

"—Sí, pero, ¿con quién? —bramó el capitán, el cual parecía encontrar culpable la ignorancia de este marido.

"Höfern, con aire mohino, alzó los hombros. Yo no pude evitar cierta emoción viendo a este hombre, antes rozagante y buen mozo, salir con la cabeza gacha del salón restaurante. El mozo, sonriente, cerró la puerta tras él.

"Sin embargo, una cosa hubiera podido consolarlo un tanto, y esto era que el ridículo de la situación no recaía solamente sobre él. El conde, el capitán y los otros suspirantes de Rosa, toda la juventud dorada de Praga estaban, hasta cierto punto, comprometidos en este asunto, todos se creyeron mofados, perjudicados en sus derechos, engañados en sus esperanzas, cuando conocieron el nombre del elegido.

"Rosa había preferido al pequeño Schindler, el menos brillante de todos sus adoradores. El amor de ella, tímido y temeroso, había madurado bajo la voz cálida y acogedora del barítono. Fué aquella noche en la que él cantó, "Carmen", cuando los dos enamorados resolvieron fugarse. Por otra parte, ella no olvidó a Andersen. Un año después obtuvo su divorcio y casóse con el pequeño Schindler, trajo un niño al mundo y lo bautizó Roald. Hubiera podido llamarlo Escamillo; pero tal vez este nombre le pareció demasiado excéntrico". ◈



Una encuesta de **Tibor Sekelj**

# Dime qué llevas en los

OLINDA BOZAN, ENRIQUE MUIÑO, JAIME SARLANGA Y EL PRESTIDIGITADOR JULIO RIVAROLA DESNUDAN SU ALMA EN PRESENCIA DEL CRONISTA AL VACIAR ANTE EL SUS RESPECTIVOS BOLSILLOS

**"Dime con quién andas y te diré quién eres" [illegible] viejo refrán que ya está perdiendo crédito [illegible] gentes de hoy; pues, ¿por qué ha de sernos [illegible] siempre a nosotros cuando andamos con una [illegible] mala, y nunca a esta persona cuando anda [illegible] otros, de lo cual resultaríamos dos buenos [illegible] de dos malos? Entonces se impone la necesidad [illegible] mejor, más lógico, más exacto, para uso [illegible]**

## OLINDA BOZAN Y LOS "IMPERTINENTES"

Olinda Bozan tiene, sin duda alguna, su personalidad bien definida. El que la conoce personalmente hará sus conclusiones directas. El médico especialista la auscultaría para descubrir su carácter. El grafólogo mediría la longitud de las haches y la curva de las jotas. Nosotros, los "bolsillólogos", decimos:

—¡Enséñeme su cartera y le diré quién es!

—Ahí lo tiene todo — contesta acto seguido Olinda Bozán, volcando en la mesa todo el contenido de su cartera.

Antes que nada, las dos cajas de polvos, el *rouge*, dos lápices para los labios y uno negro dicen algo sobre su trabajo y su preocupación de no salir ante el público sin el arreglo necesario, aunque se trate sólo del "público" de la calle.

Y por el llavero con media docena de llaves podríamos deducir que la célebre actriz es al mismo tiempo buena ama de casa; como el otro llavero, más pequeño, que apareció junto a un registro de chofer, nos sugiere no sólo que Olinda Bozán tiene su auto, sino también que ella misma lo maneja. Diríase: un carácter doméstico, sorprendido por el vuelo del tiempo moderno.

Un rebenquito gauchesco atado al llavero significa: amor a la tradición, constancia y firmeza de carácter.

Un pañuelito en uso y otro limpio en reserva nos hacen pensar en una vida ordenada y tranquila, aunque las manchas de *rouge* en el primero, y la manera de guardarlo, indican un matiz bohemio, indudablemente simpático.



Y, finalmente, los "impertinentes" — que por sí mismos son un poco cómicos — en la mano de Olinda Bozán se convierten en una prueba indiscutible de humorismo y hasta de picardía.

Y, si no conociéramos a Olinda, nos bastaría el gesto con el cual vuelca su cartera (véase la foto), para llegar a la conclusión de que es ella la persona más despreocupada y más alegre del mundo.

## EL BOLSILLO INVEROSIMIL DEL PROFESOR RIVAROLA

Sentados en un café, el reportero-"bolsillólogo", y el fotógrafo, se propuso aquél comprobar nuevamente la eficacia de esta rara ciencia de adivinar la profesión de una persona... y muchas de sus cosas.

El reportero eligió a un señor grueso que estaba sentado solo en la mesa, al parecer aburriéndose. Se acercó y le explicó como pudo su deseo.

—¡Cómo no!, ¡no faltaba más! —contestó la "víctima" con una pequeña sonrisa que dió a su rostro un aspecto bondadoso y picaresco al mismo tiempo. Y un segundo después empezó a vaciar sus bolsillos...

Es decir, habría empezado, si hubiera habido alguna cosa en ellos. Porque, aunque muy raro parezca, el revisor, luego de una revisión minuciosa, confesó que en todos los bolsillos no existía ni un solo objeto.

—¿Qué soy entonces? — preguntó el hombre, esperando que el otro adivinara su profesión.

—¡Es usted un pobre diablo! — contestó el reportero con verdadero tono de compasión. Y se preparó a irse.

PROFESOR SMILES
Julio Rivarola
PRESTIDIGITADOR Y VENTRILOCUO

—Pero señor, usted se olvidó de este bolsillo — dijo el "pobre", enseñan[...] el bolsillito sup[...] de la americana.

—Bueno, y ¿[...] puede haber ahí?

Mas, en el [...] momento, el [...] sacó de él un [...] entero de naipes [...] los colocó en la [...]sa. Echó entonces [...] mirada al rep[...] sorprendido. Y en se[...]guida extrajo del [...]mo lugar una taza de café, y otra taza [...] otra, y otra más. [...] siguió un balde [...] una botella de cham[...]paña que salió [...] bolsillito, donde [...]neralmente guar[...]mos un pañuelo [...] seda. Por fin apare[...]ció un conejo — [...] probablemente [...] bezaba todo un [...]dín zoológico — [...] cuando tras el [...]jo asomaba tími[...]mente su hocico [...] coneja, y tras [...] pugnaban por [...] se paso ¡Dios [...] cuántos conejitos [...] reportero se [...]yó...

◆

Cuando el "bo[...]logo" volvió en sí [...] curioso entrev[...] había desaparec[...] (tal vez entró en [...] propio bolsillo), [...] dejar otra huella [...] una tarjetita de [...]ta, donde decía: Pro[...]*fesor Smiles*, [...] Rivarola; pres[...]tador y ventr[...]

# bolsillos y te diré quién eres

FOTOS DE CONESA, PODESTÁ Y ROMERO

ogo, que, no pudiendo valerse de la grafología ni de la quiromancia ni de la astrología, insiste en penetrar los misterios de la vida ajena, terreno que, si bien lo comparte la vecina, es el único que sirve para aplicar la ciencia psicológica. De esta necesidad ha surgido la "bolsillología", ciencia terrible, al alcance de cualquiera, siempre que la víctima, el sujeto en estudio, posea bolsillos, cosa hoy de la que nadie se libra. El "bolsillólogo", al dar vuelta los bolsillos de alguien, le pone el alma al descubierto. Porque las cosas que allí "llevamos" hablan de la vida que "hacemos", y ésta está de acuerdo con lo que "somos". De manera que: "dime qué llevas en los bosillos y te diré quién eres". Y hasta nos atrevemos a afirmar que "el bolsillo es el espejo del alma". Los presentes reportajes "bolsillológicos" parecen ser una demostración afirmativa de esta incipiente e indiscreta ciencia. Olinda Bozán queda al descubierto en cuanto vuelca su cartera sobre la mesa. Los bolsillos de Enrique Muiño refirman la bondadosa personalidad que todos le conocemos. El futbolista Sarlanga trasunta el fútbol y su calidad de *crack* en los objetos que lleva. Y la aventura con Julio Rivarola...; bueno, éste es un caso que prueba que no hay que meterse con los prestidigitadores.

## JAIME SARLANGA PIENSA EN UN VIGILANTE



—Esta cara me parece muy conocida, pero no recuerdo dónde la he visto antes — pensó el "bolsillólogo" —. No obstante, es fácil averiguarlo.

—Perdone, señor, ¿quiere sacar todo lo que tiene en los bolsillos?

El interpelado, persona alta, de figura deportiva, echó una mirada a los cuatro lados buscando a un vigilante. Mas, al fijarse mejor en la expresión tranquila del otro, quedó callado, con una interrogación sin formular.

Evidentemente el pedido del "bolsillólogo" necesitaba una aclaración amplia. Y por último — aunque no muy convencido de que no se trataba de alguna trampa — la "víctima" empezó a sacar las cosas de sus bolsillos.

Primero apareció un reloj (¡parecía de plata!) y un cortaplumas, atados con una cadenita. Luego cayó sobre el mostrador un llavero con dos llaves: una de la habitación y otra de una valijita. (¡Oh, la feliz vida de los bohemios!) Cédula de identidad no faltaba, como tampoco la billetera.

Al revisor de bolsillos, quien se proponía identificar al dueño de este inventario, no se le escapaba un solo gesto, ni una circunstancia.

—¿Hay algo más, señor?

Entonces surgieron de un bolsillo tres billetes de un peso, bien arrugados, y varias moneditas. Al dejar caer estas últimas entre los demás objetos, las moneditas empezaron a rodar, y tres de las seis vinieron a chocar contra la cadena extendida entre el reloj y el cortaplumas, como tres pelotas en la red del arco. "¡Gol!" fué un pensamiento que se escapó a la concentración mental del examinador.

—¿Casualidad?... Imposible. Este hombre debe de ser un jugador de fútbol. Y uno de los que están acostumbrados a meter goles — era la conclusión.

De la cédula apareció una carta color de rosa...

—¡Esto no! — protesta el dueño, volviendo la carta cariñosamente al bolsillo.

—Hum... ¡Buen mozo; no es nada raro!

Un buen jugador de fútbol, y no es enemigo del sexo débil.

De pronto apareció de la billetera una punta de billetes de diez pesos (exactamente una punta).

—¿Dónde estamos?

—Por el barrio de la Boca — contestó el fotógrafo, colaborador del "bolsillólogo".

Y luego de pensar un rato, exclamó éste:

—¡Sarlanga! No hay duda, usted es Sarlanga, el excelente centreforward de Boca Juniors.

—Y, ¿cómo lo adivinó?

—No lo adiviné. La "bolsillología" es una ciencia exacta — fué la respuesta lacónica.

Y en la calle el fotógrafo formuló la misma pregunta.

—Bueno, ¿se fijó usted en un detalle?

—¿Las moneditas?

—Muy bien, y otro detalle más, pequeño, casi insignificante...

—¿...?

—En la "cédula" tenía escrito bien claro su nombre, apellido y profesión. ¿No dije?: La "bolsillología" es una ciencia exacta.



## ENRIQUE MUIÑO TIENE CAJA DE CAUDALES

Hablando un rato con ENRIQUE MUIÑO, casi le parece a uno superfluo buscar otros medios para penetrar más profundamente en su carácter. Es un hombre sincero y de corazón abierto.

Sin embargo, ya que estamos con él, trataremos de hacer una pequeña revista de las cosas que forman parte de su "equipaje" constante.

En las cositas que todos llevamos en los bolsillos, y que también él lleva, no vamos a detenernos, aunque un aficionado a los bolsillos (no se entienda mal) podría hallar también entre ellas interesantes elementos de juicio. Así, por ejemplo, una boquilla no es más que una boquilla. Pero, al examinarla de cerca, el "bolsillólogo" descubrirá que su forma denota sencillez y franqueza, y que su olor revela el gusto aristocrático de su dueño.

Un llavero no dice nada, pues todos lo tenemos. Pero — y esto es lamentable — no todos llevamos en él una llave de caja fuerte. Bien es cierto que Muiño nos asegura que en su caja de hierro no guarda más que los viejos libros de la compañía Muiño y Alippi, y chocolatines para su hijito. Eso lo admitimos, pero... ¡algo es algo!

Sin embargo, es otra cosa de su bagaje lo que más nos llama la atención. Son dos lápices que lleva consigo, y una libretita de dibujo, de apuntes. Examinamos ésta. Apuntes y croquis hechos en cualquier parte: en el café, en el estudio o en el patio. Esas páginas descubren mucho al que sabe leer en ellas: los apuntes tomados de una taza, de un árbol o de una mano, demuestran que Muiño sabe encontrar la belleza de la vida en las cosas pequeñas. El cariño con que se empeña en la representación del sombrero, de la nariz, del zapato de su amigo, nos sugiere que el actor debe creer firmemente en la amistad.



Cuando dibuja una mujer, en seguida agrega en la misma hoja a un galán, o un automóvil o un zapatito de tipo extravagante.

Porque Enrique Muiño, artista del teatro y del pincel, es, por sobre todo, un psicólogo sutil.

Nos ha bastado a nosotros este sencillo experimento de "bolsillología" para comprenderlo. ◈

# El "tapao" de don Goyo

RELATO DE AMBIENTE SALTEÑO

por

***Angélica Aranda de Almada***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE
ARISTIDES RECHAIN




**DESDE** la playa del río Las Arcas hasta el rancho de don Goyo, levantado en una inclinada meseta del cerro Redondo, a más de doscientos metros de altura, se llega por una escarpada sendita abierta a propósito por el dueño de esa vivienda, para evitar visitas o la llegada de curiosos. Subir hasta allí, sólo es posible para los pobladores de la zona ya inmunes a la puna, mal que en ese cerro experimenta de inmediato toda persona ajena al lugar.

Desde el rancho se domina una gran extensión de playa, y cualquiera que intente dirigirse hacia la sendita es visto por don Goyo o su mujer, y si ellos no están al atisbo, es advertido por dos "caschis" enclenques, flacos y pulgosos, que dan el alerta con sus aflautados ladridos.

El viejo don Goyo, como verdadero coyita, es huraño y desconfiado. No le agradan las visitas, ni las de sus parientes, porque sospecha en todos propósitos de robo o curiosidad de saber cómo él vive.

Cuando alguien llega al rancho, lo que ocurre raras veces, y sólo para proponerle compra de la producción de quesos o de cualquier vasija de esa alcallería antigua que don Goyo sacara de cementerios incásicos, el viejo deja a su mujer para que atienda de la peor manera al visitante, y él huye al cerro, al "puesto", nombre con que designan al amplio aprisco y lugar donde pacen los hatos, instalado en la cumbre del cerro Redondo, y desde allí otea, como único entretenimiento, hacia los cuatro puntos cardinales, preferentemente hacia el este, para contemplar la lejana ciudad de Salta, que desde ese mirador parece, envuelta siempre en un halo brumoso, un apeñuscamiento de piedras blancas cruzado por rayas negras, destacándose, apenas perceptibles, las torres como pequeños monolitos, y al pueblo de Campo Quijano, localidad veraniega popular salteña, con su larga calle arbolada que semeja la senda de un monte salpicado de manchas blancas con numerosas banderitas de humo.

❦ ❦ ❦

Todo es silencio en el rancho. Parece deshabitado, no obstante hacer apenas un momento que el visitante, cuando subía la escabrosa pendiente, notó



movimiento y vida, y que un hombre abandonaba corriendo la casita y se internaba, desapareciendo en un recodo de un camino vericueto del cerro.

Detúvose jadeante cerca del rancho, respiró hondo para impedir un ahogo, y sus fosas nasales llenáronse de sangre. Efectos de la puna.

Luego, como nadie saliera a recibirle, gritó, a la vez que llamaba, golpeando fuertemente las manos:

—¡Buenas taaaaaardeeees!

Un chivo, que rumiaba somnoliento detrás de la cocina de "quencha", se incorporó, asomó la cabeza por una esquina, miró al recién llegado, dirigióse a él rápidamente, y parándose en dos patas se abalanzó para dar la topetada.

El visitante, que lo vió a tiempo, esquivó prontamente el golpe, y tomándolo de las astas, lo sujetó violentamente, haciéndole balar.

Abrióse entonces la puerta del rancho y asomó su cara morena, curtida por los vientos, el sol y la suciedad endurecida por el tiempo, una mujer desgreñada, con un mugriento y desgarrado vestido de barracán, y con gesto de enojo, a la vez que acercábase al forastero, preguntó:

—¿Qui quieri? ¿Pa que lo agarrao al guascho? —y asiéndolo al animal por una asta, lo arrastró, encerrándolo en la cocina.

—Para que no me topeteara... Parece que ustedes hasta a los chivos les enseñan a ser agresivos... Diga, ¿por qué, cuando me acercaba, su marido disparó para el cerro?

—Si es qui no quieri que naide lo visite.

—Cómo para venir de visita aquí... Yo vengo porque él me dijo que así lo hiciera, para llevar la plata blanca.

—¡Aaaaaah! ¿Usté qui li va comprar? —y con ojos inquisidores miró al visitante, luego los fijó en un grupo de aves, un gallo y varias gallinas, que estaban con las cabezas juntas como si conversaran, cerca de una mata de pasto.

La mujer sonrió, y, más confiada, fué hasta el centro del patio, puso las manos en forma de bocina y gritó:

—¡Ahuuuuuuuuuu! ¡Ahuuuuuuuuuu! ¡Ahuuuuuuuuuu!

Desde una hondonada, cerca de la cima del monte, una voz recia respondió:

—¡Huuiiiiiiiiijj! ¡Huuiiiiiiiijj! —en tanto que los "caschis" le hacían coro con sus atiplados ladridos.

—¡Veniiiiiii! ¡Es el truecadooooor!

En lo alto del cerro aparece la silueta de don Goyo. El hombre desciende, pero desciende a zancadas, tan rápidamente que el visitante, que no saliera aún del asombro que la causaran las raras actitudes de esa gente, fué sorprendido por un vozarrón a modo de saludo:

—¡Salor, señur!... ¿Trujo los patacones de diez?

—Y claro, pues...

La mujer interrumpe, para decirle al marido:

—Las gallinas han tao conversando. Podis fiarte no más.

—Enton... ponele asiento, que ya güelvo con las piezas blancas —dijo don Goyo, y, tomando una herramienta rústica, especie de escardillo, se internó en la senda del cerro, para regresar más




tarde con una bolsa, envase de
cuya humedad y tierra adherida
ciaban que había sido recién de
rrada.

Sentóse don Goyo en un banco
de su mujer, frente al visitante,
menzó a sacar con cuidado, de la
varios tarros de diferentes tamaños.
le cayó uno al suelo, y, al abrirse,
en descubierto rollos de billetes de
pesos, apresurándose a levantarlo
parlo nuevamente, diciendo disgu

—¡Jue perra! ¡Qué mano i lana

Después fueron contadas las
y pesados los cuadrados de plata
viejo extrajera de la bolsa.

Realizada la operación, el com
entregó trescientos pesos en bille
a diez, que fueron contados por
dedor y su mujer, en forma ori

El colocaba un billete en el
ella paraba un dedo de la mano,
billete y otro dedo, hasta
que efectuaron tres veces antes
el viejo diera su conformidad y
ra el efectivo en uno de los tarros
tenía en la bolsa destinado para
de ese valor.

—Tener dinero en la forma que
ne usted es peligroso. ¿Por qué
deposita en el banco? —aconsejó
sitante.

¡Hum!..., ¿y si crieba el
—repuso don Goyo—. Más dise
guardo ió qui no via criebar nu
enterro, y naide sabe ande lo en
ni mi coia.

—No olvide, amigo, lo que es
Hoy somos, mañana no. A
muerte nos sorprende sin darnos
po siquiera para saber que nos
y menos para confiar un secreto.

—No hay ser, po... Aquí
muere ridepente. Se morimos
viejo con tiempo e más para
las cosas, hasta pa acollararno
semos acollaraos.

—Sin embargo..., es bueno que
creto lo conozcan dos. Por ejemp
y su mujer.

—¡Nu, migo! Secreto en muje
blicar en deario es lo mesmo.
mama..., que Dios la tenga a
Como hago está bien. Lo enterr
de más que ió sabe ande.

❦ ❦ ❦

Transcurrieron dos meses.
mujer de don Goyo.

Los "quebradeños", que son
tre si en la alegría, y más en
visitaban diariamente al que
tonces fuera solitario rancho,
naban con sus mujeres para la
de la enferma; que "volaba en

Una vecina caracterizada, que
rrió como los demás, le indicó
che, al viejo Goyo, la necesida
gencia de trasladar a Salta a la
te y hacerla atender "con un
pues su estado parecía ser muy

—Nu hay ser, Ña —refunfuñó
jo—. Ió tengo esperencia en ma
que tiene la Pepa es tabardillo,
i poco va 'star guapita.

—Conviene que la lleve a la
don Goyo...

—Peru esu cuesta y nu hay
pa gastar...

—¡No diga eso!... Todo el
be que usted es hombre con pla

le cortan la cabeza por treinta mil pesos.

—¡Velay!..., pero es dinero hurrao dende qui sio guagón, y los hurros no son pa tirarlos en médico y bótica. Con yuyos 'el campo si va curar del tabardillo.

Y la enferma, que padecía de fiebre ondulante, según los síntomas que presentaba, mal adquirido seguramente por contagio de las cabras, que estaban enfermas, a deducir por el crecido número de abortos registrados en los hatos, falleció veinte días después, sin asistencia médica.

❦ ❦ ❦

“Shuiiii, tac tac tac”, gritó una lechuza. Era la noche de un sábado. El viejo don Goyo conversaba en su rancho con un pariente, que fuera a visitarlo, y con su sobrino Jacobo, que vivía en la casa desde la muerte de la Pepa.

“Shuiiii, tac tac tac.”

—Esta lechuza e porra, dende hace tres noches anda dando güeltas el rancho, mesmito que cuando murió la finada. Y ma dao por pensar en éste, que anda enfermo —dijo el viejo, refiriéndose a Jacobo.

—Y diai, tío, pa morir semos —respondió el sobrino.

“Shuiiii, tac tac tac.”

Los tres, supersticiosos como son todos los “quebradeños”, quedaron en silencio, mirándose mutuamente, al oír por tercera vez el grito de la lechuza.

El silencio fué quebrado por el visitante.

—La lechuza no anuncéa nada bueno..., pero en la playa hay otros ranchos y bien puede...

—Sí, tamién el de mi ñaño, pero él ta guapito como ió —dijo don Goyo.

—Hay que cuidarse... —habló el pariente—. Güeno, me voy, pa golver pasao mañana.

❦ ❦ ❦

Al día siguiente, domingo, muy “de mañanita”, salió don Goyo del rancho, diciéndole a Jacobo que “golvería por la tarde trempano”. Dirigióse al “puesto” de la cima del cerro, donde tenía más de quinientas cabras.

Rastreando una cabra descarriada, el viejo Goyo recorrió, en su busca, los lugares más escarpados del Redondo, el cerro más alto del lugar, calzando ojotas, fabricadas por él mismo con cubiertas de automóvil, para ahorrar el gasto de alpargatas, calzado que, por ofrecer seguridad para andar sin resbalar en los montes, usan los “quebradeños”.

En un escabroso peladar, a más de mil doscientos metros sobre el nivel del río, que corre a mil ochocientos sesenta metros sobre el nivel del mar, intentó don Goyo mirar al fondo, y, al pisar una piedra con la goma de la ojota mojada con el rocío, resbaló, y su cuerpo, chocando contra las piedras salientes, fué a caer a doscientos metros de profundidad.

Y, como le dijera el comprador de la plata blanca, no tuvo tiempo para darse cuenta de que moriría.

❦ ❦ ❦

Como don Goyo no regresara el domingo, ante esa ausencia desacostumbrada, Jacobo, madrugando el lunes, salió



en su busca, y a mediodía, en el fondo del peladar, halló el cadáver.

Dos días de agotadora marcha por difíciles sendas emplearon para bajar el cuerpo hasta la planicie. Y en el velorio del que fuera hombre adinerado faltó hasta para comprar velas.

El dinero acumulado por don Goyo Chiliguay no sirvió para salvar la vida de su mujer, para costear su propio sepelio, ni para bienestar de sus familiares.

❦ ❦ ❦

Nadie sabe dónde está enterrada la bolsa.

Los supersticiosos pobladores del Redondo hablan ya de luces, de gemidos, de gritos extraños, de aparecidos.

Dentro de poco, la Quebrada tendrá una nueva lenyenda, creada por la fantasía, leyenda que sólo tendrá de cierto el “tapao” de don Goyo. ◈



# El patronato

DE CADA CIEN NIÑOS QUE QUEDAN CIEGOS AL NACER, NOVENTA Y OCHO PUDIERON SALVARSE. - BASANDOSE EN ESTA TERRIBLE CONCLUSION, EL PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS REALIZA UNA NOBILISIMA CAMPAÑA DESTINADA A PREVENIR LA CEGUERA

**UNA VISITA AL JARDIN DE INFANTES DEL "HOGAR SANTA CECILIA"**

**Escribe Gerardo Mendizábal**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" — FOTOGRAFÍAS DE JULIO PODESTA

El más pequeño de los cieguecitos, ayudado por una compañera de más edad, aprende la difícil tarea de comer sin que se derrame una sola gota y sin que se manche el delantal.

Después de la clase de lectura, la "fila india" se impone. Los pequeños cieguecitos abandonan el aula para encaminarse hacia el jardín, lugar donde más tiempo permanecen.

¡CIEGO de nacimiento!...

En estas tres palabras se encuentra condensado el reproche más amargo que puede formular la víctima inocente a quienes lo sumieron en la desdicha.

¡Ciego de nacimiento!...

El 98 % de estos seres injustamente condenados a no ver la luz del sol, a vivir en perennes tinieblas, lo es porque no existe en nuestro país una ley que castigue duramente al que por desidia o por inconsciencia no volcó en sus ojos, al nacer, unas gotas del desinfectante que previene la ceguera. La afirmación no es temeraria. De cada cien niños que quedan ciegos al nacer, noventa y ocho pudieron salvarse, y la ignorancia de quienes estaban a su lado los transformó en seres desgraciados.

Es horrible el pensar que la casi totalidad de esas vidas se debate en la angustia de su infelicidad, que nada ni nadie haga oír su voz de protesta.

¿Nadie?

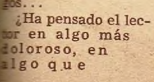
¡No!...

# de ciegos acusa...

El Patronato Nacional de Ciegos intensifica en estos momentos sus campañas para lograr que ese alto porcentaje de no videntes, injustamente clasificados como "niños ciegos de nacimiento", disminuya hasta desaparecer por completo. Esa entidad oficial, que hoy cuenta con todo el apoyo de los poderes públicos y que paso a paso va logrando su objeto, marcó rumbos a la enseñanza de los no videntes. Utilizando los "affiches" y carteles murales, el periodismo, la conferencia callejera, la radio y las disertaciones en las escuelas, el Patronato ha logrado disminuir notablemente, durante el último año, esa espantosa proporción.

Pero, mientras tanto, hasta que el número de los llamados "ciegos de nacimiento" no desaparezca por completo, es también noble preocupación de los que luchan contra el terrible mal alegrar la vida de los que han nacido sin el privilegiado don de ver. Para ello, entre las muchas organizaciones creadas por el Patronato, se ha instalado un Jardín de Infantes, pero un Jardín de Infantes... para niños ciegos...

¿Ha pensado el lector en algo más doloroso, en algo que





Tomados de la mano, estos dos cieguecitos se disponen a iniciar uno de sus habituales juegos. Viéndolos corretear, en sus diversiones, no parece que estos niños carecieran del preciado don de la vista.



La caja de cubos permite que los pequeños ciegos tengan noción de la altura, a la par que desarrolla notablemente el sentido del tacto, para distinguir sus tamaños.

Los más pequeños del Jardín de Infantes. La niña extrae las pesas, elementos también valiosos para enseñar a los cieguecitos la sensación del peso de los objetos.

hiera más profundamente nuestra sensibilidad de seres humanos?...

Ese puñado de criaturas que cantan y ríen como los demás niños con vista ha hallado, por fin, un hogar — el "Hogar Santa Cecilia" — donde les enseñan dulcemente a olvidar que son ciegos.

Allí los cieguecitos aprenden desde la niñez a bastarse por sí solos.

En sus hogares, donde nacieron, ya se trate del más humilde o del más adinerado, al ciego lo presuponen un inútil para las funciones normales. No los han dejado moverse, los han mirado con pena, y aun cuando siempre los rodearan de solícitos cuidados, eran como pájaros en jaulas de oro, niños tristes que permanecían arrinconados horas y horas, con el único consuelo de poder oír...

En el "Hogar Santa Cecilia", sus vidas han cambiado. Ha vuelto a brillar para ellos una luz, pero una luz de esperanza, que en parte los ha reconciliado con la vida. Allí, junto a otros compañeritos, olvidan su desgracia, amoldan el problema que les crea su incapacidad física en su imaginación de niños y, por momentos, son felices. Cada día que pasa se muestran más contentos de haber llegado a ese verdadero hogar, donde pareciera que todo está preparado para que ellos actúen con comodidad y holgura, para que ellos encuentren todo, sin que se cruce en su camino el imprevisto obstáculo; para que el

cieguecito camine sin ver y "vea" como si tuviera ojos.
Juegan..., cantan..., ríen..., escuchan música, recorren los jardines y se familiarizan con la distribución del edificio, parloteando. Vuelve, en fin, a sus espíritus la espontánea alegría de la niñez.

Los hemos visto en las clases infantiles, en un amplio salón de alegre colorido, profusamente decorado con siluetas recortadas y siempre al alcance de sus tiernas manecitas; los hemos visto frente a sus mesitas individuales, entretenidos con sus recortes de madera, formando imaginarias casitas; los hemos visto en el comedor del hogar; los hemos visto lanzarse por el tobogán y los hemos visto jugar, como sólo saben jugar los niños, en el recuadro de arena.

Los cieguecitos proceden como si fueran videntes. Es tal



Esta hermosa niñita ciega "hace" la cama de su muñeca con mayor prolijidad y, quizá, mayor ternura y amor que otros niños videntes de su misma edad, mientras, desde lejos, la celadora observa atentamente sus movimientos.

la adaptación al lugar donde se encuentran, y tal el compañerismo que reina entre ellos, que aun los recién llegados siempre encuentran a un "experimentado" que les presta ayuda. Además, la vigilancia del personal del hogar es permanente. Siempre hay dos o tres profesores que los observan y que están prontos a ayudarlos. Los cieguecitos casi parecen haber olvidado que son tales. Esa es la mayor preocupación de los maestros en el hogar. Que olviden su desgracia, que se sepan útiles a sí mismos, que puedan desenvolverse sin llevar siempre a su lado el lazarillo, que mañana la vida no los obligue a tender la mano para implorar la caridad.

Es indudable que el éxito del Jardín de Infantes sólo ha sido posible por la acción tesonera y eficaz de un grupo de maestras que actúa bajo la dirección de la señorita Edith C. Daubagna, labor en la que también participó eficazmente la presidenta del Patronato Nacional de Ciegos, señora de Pereda, pues el Jardín de Infantes para Ciegos es el primero y único instalado en Sudamérica.

¿Y logran olvidar toda su enorme desgracia de ser ciegos?... El cariño y la enseñanza que reciben en ese hogar, ¿puede borrar la constante angustia de no ver?...

Cuando una débil afirmación sube a nuestros labios, recordamos que al cruzar el patio de juegos vimos, a lo lejos, sentado en un banco, acariciando una flor, a uno de los internados. El niño ciego no reía. Casi teníamos la seguridad de que sus ojos estaban preñados de lágrimas. Pero, cuando nos acercamos a él, presintió nuestra presencia y volvió el rostro para esconder su dolor... ◈

# CARGAMENTO

BAHIA DE LOPEZ

Cobijada por las sombras de la noche, una frágil ballenera, pintada de negro y tripulada por doce marineros de rudo semblante y curtida piel, se desliza raudamente en dirección a la amplia bahía que forman los cabos López y Fetiche en la costa africana comprendida entre los ríos Ogobai y el Nazareth.

Impulsada por las acompasadas bogadas de diez remeros, la aguzada proa de la embarcación corta las olas que en sucesión creciente salen a su paso.

Los bronceados rostros de aquellos vigorosos remeros dejan entrever la ansiedad que los domina y son el fiel trasunto de un vago temor.

El batir de las olas al estrellarse contra la acantilada costa, y la negrura de la noche que los envuelve, aumentan su inquietud.

Los otros dos tripulantes de la ballenera, que van sentados a popa, también son dominados por idéntica zozobra, que procuran disimular. Uno de ellos, el que maneja el timón, joven de veinticinco años, tostada piel y ojos negros y brillantes, puede ser considerado como el prototipo del hombre latino; el otro es un verdadero gigante de casi dos metros de altura, recia constitución, barba poblada, revuelta cabellera y penetrante mirada. Va observando sin cesar el horizonte e indica a los remeros y al timonel la dirección a seguir. El tono autoritario que da a sus palabras no admite réplica alguna. Este verdadero lobo de mar, que debe de poseer la fuerza prodigiosa de un Hércules, es el contramaestre Hurtado. El que va a su lado, manejando el timón, es Lucas, joven suboficial de marina. Ambos sostienen el siguiente diálogo:

—¡Ten cuidado, muchacho, y gobierna bien!

—Pero ¿a qué venimos aquí, contramaestre Hurtado?

—¡Quién lo sabe, Lucas!

—¿Le dijo algo el capitán?

—Más o menos.

—No comprendo ese misterio, contramaestre.

—Ni te hace falta; y cállate, que mientras hablamos como cotorras no observamos el banco. ¿No sientes próxima la resaca?

—Un golpe de timón, y salimos adelante, contramaestre. Está esto tan oscuro, que en la cala de la *Guadiana*, a media noche, se ve mejor que aquí.

—Lo creo, Lucas. ¿No notas olor a pólvora?

—¡Y a cuerda de verdugo, contramaestre!

—¡No te rías, que a lo mejor dentro de un cuarto de hora nos encontramos colgados de las vergas y haciendo trenzados con las piernas!

—¿Lo cree usted, Hurtado?

—¡Naturalmente que lo creo! ¿No sabes que el *Kentucky* ha sorprendido al barco negrero brasileño?

—¿Y castigaron a sus tripulantes?

—Como a ladrones. Los corsarios no andan con vueltas, y cuando apresan una nave negrera castigan a la tripulación con crueldad y saña.

—¡Así que el capitán Cabral no nos hará más la competencia!

—No; lo colgaron de una verga del *Kentucky*, como a los marineros. Se dice que era macabro el espectáculo que ofrecían los negreros colgados de los palos.

—Siento escalofríos, sólo de pensarlo. ¡Veintisiete hombres bailando la danza de la muerte!

—¡Pues no te duermas si no quieres bailarla tú también! ¡Por Satanás! ¿Qué es lo que se ve allí?

El contramaestre se levantó violentamente, haciendo oscilar la ballenera, escupió el tabaco que masticaba y miró hacia el Sur, frunciendo el entrecejo.

—Es la punta de Fetiche —dijo Lucas.

—La veo.

—¿Y allí nos espera Bango?

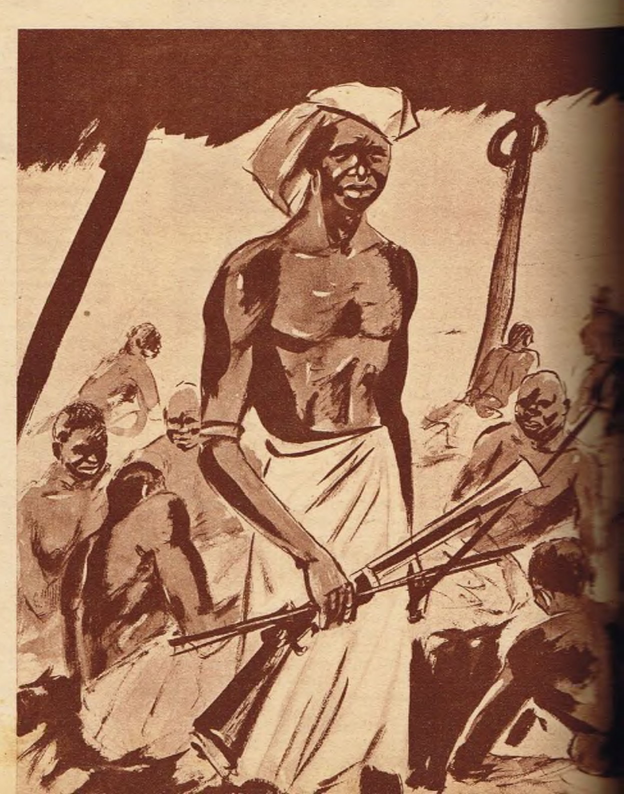
—Sí; le avisé por medio de los negros costeros.

—¿Estará dispuesto todo?

—Así lo creo. Ese farsante de rey sabe muy bien que no se puede pasar una semana en esta costa. El cabo López es bastante frecuentado por los negreros, y los corsarios lo saben muy bien.

—Pero no se ve ninguna señal de peligro.

—Así es; aunque no tendría nada de



# NEGRO

Una novela de *Emilio Salgari*

TAPA E ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

particular que nos amenazara uno, y grande. Los espías de Bango han visto un buque enemigo, y por eso el capitán Vasconcelos nos manda como exploradores, en lugar de entrar en la bahía a velas desplegadas.

—¿Será tal vez el *Kentucky*?

—¡Quién sabe! Cualquiera que fuese, todos los capitanes de cruceros son iguales en su procedimiento de ahorcar a los negreros y devolver los negros a su país.

—¿Creen que así los libran?

—Sí, Lucas — contestó el contramaestre riendo —. No saben que el negro vendido como esclavo quedará siempre esclavo, aunque lo reintegren a su país. Pero basta, muchachos; no hagáis ruido, que hay peligro. ¡Adelante, pero con prudencia!

—¿Vamos a llegar hasta la misma punta de Fetiche?

—Sí. Allí esperaremos la señal.

—He aquí la luna, que aparece en el horizonte.

—¡Mejor, Lucas! ¡Y ahora, adelante!

La ballenera prosiguió velozmente su marcha, dirigiéndose hacia un promontorio que avanzaba audazmente sobre el océano.

Después de un momento de ininterrumpido bogar, el suboficial Lucas preguntó al contramaestre:

—¿Se ve algo?

—No — respondió Hurtado, luego de observar algunos instantes —. Parece que la bahía está completamente desierta.

—Así que, por ahora, no tenemos que temer a la cuerda.

—¡No hables de cuerda, Lucas! Dicen que trae suerte, pero yo creo lo contrario.

—¡Alto! — se oyó murmurar a proa.

—¿Qué sucede? — exclamó el contramaestre levantándose.

—Que estamos sobre el banco.

—Pues arriad el ancla, y al agua.

—¿No llegamos a la punta? — preguntó Lucas.

—No; podríamos caer en una emboscada.

—¡Ya está, contramaestre! — dijo una voz a proa.

—¿Arriasteis el ancla?

—Y ha agarrado firmemente.

—¡Pues al agua, muchachos, y cuidado con las piernas, o de lo contrario alguno volverá rengo a bordo! Ya sabéis que los peces-perros abundan en estos parajes, y cuando les falta la carne negra no desdeñan la blanca.

El gigante empuñó el cuchillo que llevaba a la cintura y se arrojó al agua, sumergiéndose hasta el pecho; sus compañeros, luego de retirar los remos, hicieron lo mismo, y el pequeño grupo, en medio del más profundo silencio, inició su marcha a través del banco de arena, contra el cual se rompían las olas del Atlántico, y se encaminaron hacia el cabo Fetiche, cuyas negras rocas se recortaban sobre el agua, iluminadas por los argentados rayos de la luna.

Después de andar más o menos cincuenta pasos, el contramaestre Hurtado se alzó cuanto pudo sobre un montón de rocas socavadas por la eterna acción de las mareas, y dirigió a su alrededor una ansiosa mirada.

—¿No ve nada? — le preguntó Lucas, que estaba a su lado.

—O soy ciego, o el cabo está completamente desierto — murmuró el gigante.

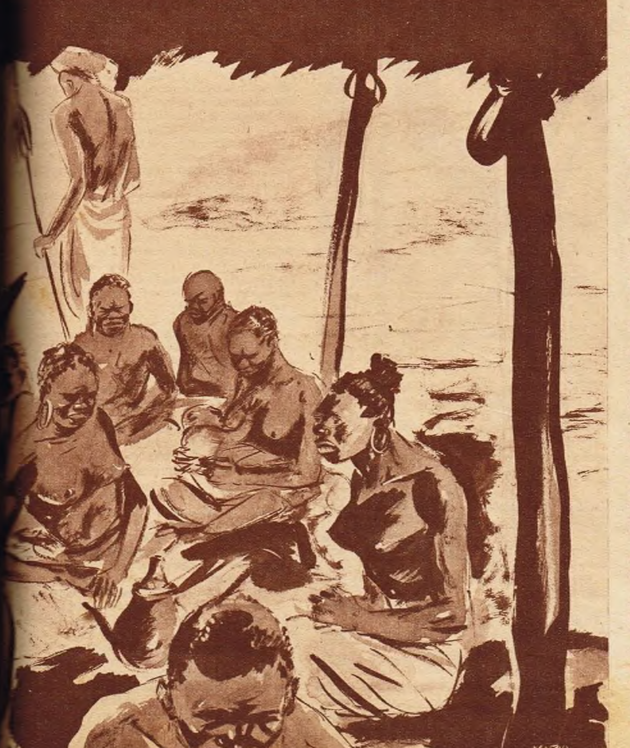
Se volvió hacia la izquierda y miró a lo largo de la costa. En la lejanía divisó un punto negro, apenas visible, que se destacaba sobre el agua.

—¡Estupendo! — exclamó —. La *Guadiana* está allí, y verá la señal. ¡Prosigamos, muchachos, y mano a los fusiles!

El grupo de expedicionarios traspuso los últimos bancos que se alzaban sucesivamente, y después de luchar contra la resaca, que era violentísima y castigaba despiadadamente las rocas del cabo, logró llegar a la cima.

Desde allí los marineros echaron una mirada en dirección a la vertiente opuesta. Una amplia bahía se abría entre el cabo Fetiche y el cabo López, que se erguía más gigantesco y escarpado que el primero, hasta perderse en el océano en una profunda escotadura.

El caudal de agua comprendido entre los dos cabos estaba agitadísimo. Gigantescas olas, que iban aumentando cada vez más, rompíanse al fin con retumbantes bramidos, salpicando sobre multitud de bancos de arena que constituían una especie de barrera difícil de trasponer.





La costa, que formaba un inmenso semicírculo irregular, aparecía poblada de espesos bosques de mangles, entre los cuales veíase un espacioso claro que parecía invitar a pasar por él.

Hurtado recorrió la costa con una fugaz mirada y al fin descubrió una construcción que se levantaba a uno de los lados de aquel espacio libre. Mirando con más atención descubrió un punto luminoso que parecía brillar en el interior de aquella especie de choza.

—¡El barracón! — exclamó frotándose las manos —. ¡Aquella luz que se divisa me indica que los costeros de Bango velan y nos aguardan!

Después oteó con cierta inquietud el horizonte occidental.

—¿Tú ves algo, Lucas? — preguntó al suboficial, que estaba observando con el catalejo.

—Nada, contramaestre — respondió el joven.

—¿Estás seguro? No olvides que los cruceros navegan con los fanales apagados.

—No veo absolutamente nada.

—¡Demonio! — murmuró Hurtado mesándose los cabellos —. ¿Dónde diablos se habrá ocultado esa maldita embarcación?

—Tal vez se refugió en cualquiera otra bahía. Los cruceros no son muchos, y vigilan una extensión de más de seis mil cuatrocientos kilómetros de costa.

—Sé muy bien que no son más de sesenta, y que la costa africana es inmensa. Pero, en fin, hagamos señales, y así se sabrá si debemos temer o no.

—¡Permítame unas palabras, contramaestre! — dijo un marinero.

—Habla, Balboa.

—¿Estará, quizá, entre el Ogobai y el Nazareth?

—Los costeros de Bango lo hubieran visto.

—Es que ahora se encuentran por el Gabón.

—No importa. ¡Pronto, recoged leña, y hagamos la señal!

Los marineros se desparramaron por la costa, y haciendo acopio de leña, formaron tres montones bastante separados entre sí.

Después de lanzar una inquieta mirada hacia Occidente, como si de aquel lado temiera la aparición del crucero, el contramaestre Hurtado prendió fuego a los tres montones de leña.

En seguida levantáronse las llamas coronadas por un penacho de humo negro, tiñendo de rojos matices las rocas de la costa.

El contramaestre, que había sacado del bolsillo un antiguo reloj de descomunales dimensiones, esperó que transcurrieran cinco minutos, y tomando un leño encendido lo agitó en sus manos.

Los marineros, en tanto, ocultos entre las rocas, no apartaban los ojos de la choza que poco antes había descubierto Hurtado. Parecían sumamente impacientes, y de vez en cuando miraban hacia atrás, como si temieran una sorpresa desagradable.

De pronto se vieron varias sombras arrastrarse por las rocas, y luego brillaron en la oscuridad fugaces luces que aparecían y desaparecían.

—¡Muy bien! — murmuró el contramaestre —. ¡Los costeros nos esperaban!

—¿Vendrán los *pombeiros?* — preguntó Lucas.

—Desde luego; y si no vinieran, haría señales a la *Guadiana.* Todas las precauciones son necesarias en estos tiempos, y sobre todo en estos parajes.

—¡Ya están ahí! — exclamaron a coro los marineros.

Una barca se dirigía velozmente hacia la punta que ocupaban aquellos hombres, y a pesar de ser impulsada sólo por dos remos avanzaba con extraordinaria rapidez. Maniobró muy hábilmente y sorteó sin peligro alguno los muchos bancos de arena que se ocultan en la bahía de López, yendo a atracar al pie mismo del promontorio.

—¿Quién vive? — gritó el contramaestre, apuntando con el fusil.

—¡*Pombeiros* de Bango! — le respondieron desde la barca.

—¡Adelante!

Dos negros de elevada talla y contextura musculosa saltaron a las rocas y se aproximaron al contramaestre Hurtado, que seguía apuntando con su arma.

—¡Ah! ¿Sois vosotros, amigos míos? — les preguntó al verlos cerca —. Al parecer, se velaba en el barracón.

—Sí, lo esperábamos, contramaestre Hurtado — contestó uno de los negros.

—¿Y cómo se encuentra Bango?

—Más gordo cada día.

—De lo cual me alegro — asintió irónicamente el marino —. ¿Están ya dispuestos los esclavos?

—Sí; están ocultos en el bosque.

—Buena carga, ¿eh?

—Quinientos negros.

—¿Visteis algún crucero merodeando por la costa?

—Sí; hace tres días estuvo uno rondando por la bahía.

—¿Tenéis la seguridad de que no se ha ocultado entre el Nazareth y el Ogobai?

—Nuestros espías vigilan las orillas de los dos ríos, y no lo vieron.

—Quizá se haya marchado.

—Sin duda alguna; pero si apreciáis vuestro pellejo, no demoréis en el negocio. Bango está inquieto y ansiando dejar la costa.

—Y yo más que él — respondió Hurtado —. Así que ir a decir a vuestro rey que nos aliste pronto. ¡Aquí huele a pólvora, y queremos irnos cuanto antes!

—Debo advertiros que Bango tiene mucha sed, y no tiene ni una sola botella.

—Yo dispongo de muchas para él. No

quedará disgustado el muy bribón! Vamos, ros, que dentro de media hora estará aquí la *Guadiana*.

Los dos negros saltaron a su embarcación, empuñaron los remos y se alejaron prestamente.

Hurtado, enfocando el catalejo, examinó con calma el horizonte por la parte occidental, y después de mover tres o cuatro veces la cabeza como quien no está seguro de una cosa, expresó, dirigiéndose a los marineros:

—¡Dadme el espejo!

Así lo hicieron los marineros.

El contramaestre miró la luna, que aparecía en lo alto del firmamento, y volvió hacia ella el espejo, haciendo que los rayos del astro nocturno se reflejaran en el cristal.

Después un corto lapso vióse a gran distancia un rayo de luz, que de inmediato esparció en torno miles de puntos luminosos.

—¡Adelante, *Guadiana!* — murmuró Hurtado conteniendo un suspiro —. ¡Creo que por esta vez no bailaremos la danza de la muerte!

LOS CRUCEROS

De pie sobre las más altas rocas del promontorio, el contramaestre Hurtado, Lucas y los marineros seguían con ansiedad el avance progresivo que cada vez se observaba mejor de aquel punto negro que poco antes habían divisado en medio del océano, iluminado por la luna.

Minutos más tarde ya se distinguían perfectamente sobre el azul intenso del mar sus blancas velas, aunque la distancia era todavía enorme.

—¡Más de prisa, más de prisa! — murmuraba el contramaestre, dirigiendo inquietas miradas hacia el Oeste —. ¡Temo que el enemigo no esté lejos!

Media hora después la *Guadiana* rozaba los primeros bancos de arena del promontorio. Con una rápida y diestra maniobra viró de babor y evitó los bancos, entrando al fin a velas desplegadas en la amplia bahía, con una seguridad notable, sin tocar una sola vez en los arrecifes ni en la arena.

—¡Ah de la gente! — gritó una voz desde la nave.

—¿Al Nazareth? — preguntó Lucas.

—¡Al Nazareth! — respondió la misma voz.

—¡A los remos, muchachos! — dijo el contramaestre, que parecía muy gozoso —. Por esta vez el crucero no nos atrapa.

Descendió de las rocas seguido por sus marineros, atravesaron los bancos, que la bajamar había dejado casi al descubierto, y se embarcaron en la ballenera.

—¡Bogar de firme! — ordenó Lucas.

La rápida y ligera ballenera entró en la bahía, siguiendo el mismo camino que poco antes había recorrido.

Lucas empuñaba la caña del timón, y el contramaestre se puso a proa, provisto de un remo, para guiar mejor por aquel laberinto de escollos invisibles.

Estaban ya casi en medio de la bahía, cuando los marineros dejaron de remar súbitamente, lanzando una imprecación.

—¿Qué sucede? — preguntó el contramaestre con sobresalto —. ¿Habéis, quizá...?

La frase quedó trunca en sus labios.

—¡Una señal! — dijo con voz sorda.

A lo lejos, hacia el Oeste, donde el horizonte formaba una fina línea con el océano, un rayo de luz azulada serpenteaba en el aire. De pronto brotó de su extremo una lluvia de oro, y oyóse una detonación que alarmó a los tripulantes de la ballenera.

—¡Es una señal! — repitió Hurtado apretando los dientes y conteniendo su furor —. ¡Ya decía yo que por aquí olía a pólvora!

—¡Y a cuerda! — añadió el suboficial Lucas.

—¡A eso, no! ¡La cuerda está aún lejos; yo lo aseguro! ¡Esos perros no nos tienen todavía en sus manos, y la *Guadiana* luchará con el valor de una leona herida!

—¡Hum! — murmuró un marinero, sacando de la boca el trozo de tabaco que masticaba y guardándolo en el bolsillo —. ¡Tengo el presentimiento de que no voy a disponer del tiempo necesario para paladear mi tabaco!

—¿Qué murmuras tú, marinero de agua dulce? — le preguntó el contramaestre.

—¡Que no veo claro en este asunto, contramaestre Hurtado, y que esa nave que lanza cohetes no debe de estar sola!

—¿Qué quieres decir? — le preguntó ansiosamente el gigante.

—Que esa nave está comunicándose con otra y nos prepara una sorpresa entre dos fuegos. ¡Allí; mire usted, contramaestre! ¿No se lo decía yo?

—¡Por todos los demonios del infierno! — gritó Hurtado con furor.

En dirección Sur, y a considerable distancia, se había levantado una sutil línea de fuego, que, después de describir una gran curva, lanzó miríadas de brillantes luces que pudieron distinguirse a quince o veinte millas de distancia.

Ya no existía duda posible: en alta mar dos poderosas naves se cruzaban señales.

¿Eran señales de socorro o, por el contrario, se relacionaban con los negreros?

Si el mar hubiera estado agitado podría creerse que aquellas señales eran de socorro; pero, como las aguas estaban suma-

mente tranquilas, los cohetes significaban, a juicio de los tripulantes de la ballenera, algo muy grave para ellos.

Presumían que se trataba de la *Guadiana*, y que sobre todos se cernía un gran peligro.

Después de los primeros cohetes, ninguna señal luminosa surgió en el horizonte.

En vano los marineros lo miraban ansiosamente, y en vano también el contramaestre lo observaba con su anteojo largavista.

—Ante todo — dijo Hurtado con voz sorda —, es necesario no perder tiempo y avisar de inmediato al comandante. ¡Manos, pues, a los remos, y salgamos a toda marcha!

La ballenera se deslizó vertiginosamente sobre las aguas, y acercándose al barracón, ante el cual veíanse varios negros armados de lanzas y viejos fusiles, gritó el contramaestre:

—¿Está Bango en el río?

—Sí — le respondió el centinela.

—¿Habéis visto los cohetes?

—Sí.

—¡Pues mucha atención, si queréis beber buena ginebra!

—¡No hay temor!

La ballenera se alejó en dirección al Nazareth, uno de los afluentes principales del Ogobai, y en el cual ya había entrado la *Guadiana*.

Este río, uno de los más extensos de aquel territorio, forma un gran delta y se esparce en un número infinito de brazos, de los cuales los más importantes son el Nazareth, el Mugía y el Fernando Vas, que por largo tiempo fueron considerados como ríos independientes.

Altísimas plantas ocultan sus márgenes, surcadas de pequeños cauces, en los cuales se guarecen voraces cocodrilos, ávidos siempre de presa. Entre estos canales extiéndese un inmenso bosque de mangles, que se prolonga diez o doce millas por el territorio dependiente del rey Bango.

En la época a que nos referimos ninguna factoría europea había querido afrontar las pestilentes emanaciones que se desprendían de aquellos canales, y de los cuales huían hasta los mismos negros. El paludismo se enseñoreaba de aquella zona, y los indígenas no ignoraban que bajo aquellas altas hierba los acechaba la muerte, ya en forma de feroz saurio, ya como fiebre galopante.

El olfato de los tripulantes de la ballenera ya había notado los primeros síntomas de aquel aire mortal, producto de la putrefacción de sus aguas cenagosas; pero los negreros, acostumbrados a todas las fatigas y a todos los climas, no eran hombres que se arredraran por semejante cosa.

La ballenera, guiada por la robusta mano de Lucas, cruzó la barra y entró en el Nazareth, casi oculto bajo una muralla de ramaje. Entre los árboles distinguíanse gigantescos mangles, que en aquellas regiones alcanzan una altura considerable; los áloes inclinábanse graciosamente sobre las aguas, y también los árboles de hierro, así llamados por la extremada dureza de su madera. Los bambúes levantábanse de entre multitud de arbustos acuáticos, verdadera causa de las fiebres mortales, y en medio de aquel laberinto de vegetales de todas especies y dimensiones elevábanse hasta las nubes seculares *baobabs*, de dimensiones tan extraordinarias, que puede afirmarse que cada uno de ellos constituye por sí solo un verdadero bosque.

En tan enorme masa de verdor, los marineros, con profundo espanto, oían por doquier roncos aullidos, silbidos agudos, poderosos mugidos, gritos inarticulados; en fin, una ensordecedora sinfonía entonada por las bestias feroces que moraban en aquel bosque maldito.

—¡Esto es un verdadero parque zoológico! — exclamó bromeando el contramaestre —. ¡Cocodrilos, serpientes, hipopótamos, tigres, rinocerontes y leones deambulan por aquí a su antojo! ¡Compadezco a los súbditos del pícaro Bango, que son los que deben proveer de carne a estos señores de la selva!

La ballenera, que continuaba con gran rapidez río arriba, hallóse luego de algunos minutos ante una profunda ensenada, a cuya orilla se veían varias cabañas, junto a las cuales agitábase una multitud de negros.

La *Guadiana* había echado anclas ya en aquel lugar, y su tripulación se ocupaba en arriar las velas.

Con unas pocas bogadas más logró atracar la ballenera a babor de la *Guadiana*, y el contramaestre subió por la escala con la agilidad de un mono, no obstante su edad y su corpulencia.

—¿Dónde se encuentra el capitán? — preguntó abriéndose paso entre los marineros que había sobre cubierta, y que se ocupaban en sacar de la estiba gran cantidad de toneles, fusiles y armas blancas, que colocaban junto a la amura.

—Allí está, a proa, contramaestre Hurtado — dijo un timonel —. ¿Hay alguna novedad?

El interrogado se alejó rápidamente sin responder, dirigiéndose hacia un hombre que daba órdenes a un grupo de marineros reunidos en la cubierta de proa.

Aquel hombre tendría más o menos unos treinta y cinco o treinta y seis años. Era de estatura elevada, cuerpo atlético, aunque estilizado, piel de color aceitunado, y con ojos de un negro tan brillante que lo envidiarían las mujeres. Una barba negra cortada a la americana enmarcaba su rostro, notándose de inmediato que aquel individuo debía de estar dotado de un valor extraordinario y de una audacia a toda prueba.

El capitán Vasconcelos, de origen brasileño, aunque su nave ostentaba la bandera portuguesa, gozaba fama de ser uno de los más audaces negreros que en aquellos tiempos surcaba el Atlántico.

No se arredraba ante ningún peligro. Con extraordinaria sangre fría desafiaba las más violentas tempestades, y sabía hacer frente a los cruceros que en las costas africanas aguardaban su paso y trataban de impedir el comercio de esclavos. Verdadero aventurero, siempre estaba dispuesto a todo; nada le asustaba y desafiaba con el mayor aplomo la muerte, viniese ésta de cualquier lado.

Vanamente le perseguían los cruceros para capturarlo y ahorcarlo como doce años antes habían hecho con su padre, sorprendido por dos navíos ingleses de guerra que lograran darle caza.

El capitán Vasconcelos había hecho ya numerosos viajes desde la costa de Africa al Brasil, siempre con cargamento de esclavos; y aunque ya había logrado una considerable fortuna, no pensaba retirarse de aquella vida.

Su azarosa existencia actual, llena de peligros y de grandes emociones, ejercía en él una fascinación extraña, y no se decidía a despedirse de aquel océano ni a transferir su *Guadiana*, barco que amaba como algo consustancial consigo mismo.

Al ver ante él a Hurtado, trémulo y con la mirada inquieta, comprendió que algo grave debía de haber ocurrido cuando se asustaba aquel gigante, que sabía que era muy difícil de conmover.

—¿Eres portador de alguna mala noticia, Hurtado? — le preguntó acercándose.

—Sí, capitán, de una muy grave — respondió el contramaestre.

—¿Supongo que no habrá fuego a bordo? — dijo Vasconcelos sonriendo.

—¡No, por cierto! ¡Preferiría un incendio a lo que temo que va a suceder!

—¡Habla!

—Vamos a ser bloqueados, capitán.

—¿Por quién? — preguntó Vasconcelos arrugando la frente.

—Por los cruceros.

—¿Están cerca?

—Sí, capitán.

—¿Cuántos son? — preguntó el negrero con voz tranquila.

—Dos, si no me equivoco.

—¿Estás seguro?

—He visto en el horizonte las luces de dos cohetes.

—¿Tratan de darme caza? ¿No les bastó la vida de mi padre? ¡Pues tengan en cuenta que la piel del hijo es muy dura, y que aun no se ha trenzado la cuerda con que han de ahorcarme!

Permaneció unos momentos silencioso y después añadió:

—¿Crees que penetrarán en la bahía?

—Hay en ella muchos bancos, capitán, para que se aventuren entre los dos promontorios. Mi creencia es que nos esperarán afuera.

—¡Pues tendrán que correr bastante, Hurtado! ¡La *Guadiana* no tiene rival en velocidad!

—Pero no se olvide que son dos, capitán.

—Pues pasaremos entre los dos fuegos, ¡y pobres de ellos si se ponen ante mi proa! ¡Nuestro espolón es sólido y los atravesará de parte a parte!

—¿Qué debo hacer yo?

—Preparar los cañones y las armas. Es necesario que dentro de cuatro horas haya terminado todo, para salir aprovechando las tinieblas.

—En consecuencia, ¿debemos alejarnos de la bahía esta noche?

—Desde luego, Hurtado.

—Es que Bango...

—Procederá con toda prisa, o se quedará con sus esclavos. ¡Señor Kardec!

Este se aproximó de inmediato.

Aquel hombre era el segundo comandante de la nave negrera. Tendría unos treinta y cinco años de edad; era de regular estatura, cuerpo macizo y cabeza cuadrada, que descansaba sobre un cuello corto y grueso semejante al de un toro.

A primera vista se hacía antipático, y a bordo de la *Guadiana* no contaba con amistades. Inspiraba indeterminado y vago terror.

La palidez casi cadavérica de su rostro, picado por las viruelas, su sombría mirada y las duras facciones, que acusaban una ferocidad mal disimulada, así como sus modales adustos y rudos, causaban un efecto deplorable en los que lo veían por primera vez.

¿Quién era aquel sujeto? Los marineros lo ignoraban, y ni aun el capitán hubiera podido decirlo.

Tan sólo se sabía que era bretón y que, no obstante sus modales y defectos, era un marino dispuesto a todo y rígido observador de la disciplina que imperaba a bordo.

Tres años antes le encontraron en una chalupa perdida en medio del océano Atlántico, y de inmediato fué admitido como tripulante. Sus condiciones náuticas, los profundos conocimientos que tenía de los negros y de la trata, y su valor personal, le granjearon el aprecio del capitán Vasconcelos, que estimaba a los valientes

y seis meses después le nombró su segundo.

En torno a aquel bretón corrían entre los tripulantes mil sombrías historias: unos afirmaban que había sido cazador de esclavos, otros decían que fuera pirata y que sobre su conciencia pesaba la muerte de muchos semejantes, no faltando los que aseguraran que era un evadido de presidio. El hecho es que ninguno le apreciaba, pero todos le temían, y que hasta el propio capitán le miraba con cierta prevención.

—Señor Kardec — dijo Vasconcelos saliéndole al encuentro —; estamos a punto de ser bloqueados.

El bretón no se inmutó.

—¿Me ha oído usted? — le preguntó el capitán.

—Sí, señor — respondió el segundo con voz tranquila.

—Pues bien, como no deseamos que nos ahorquen, embarcaréis en una ballenera y saldréis a acechar las naves enemigas a la desembocadura del río.

—¿Y después?

—Dentro de tres horas justas nosotros bajaremos por el Nazareth, y usted vendrá a comunicarme lo que haya visto.

—Está bien, señor — respondió el bretón.

—¡Y ahora — dijo Vasconcelos dirigiéndose al contramaestre — vamos al encuentro de ese famoso rey Bango!

### BANGO, EL REY NEGRO

La época en que se desarrollaban los acontecimientos a que nos estamos refiriendo era el año 1858. Y el rey Bango se hallaba en el apogeo de su poder. Sus tropas habían conquistado los países circunvecinos y agrandado los límites de su reino hasta la desembocadura del Ogobai, amenazando absorber a la numerosa tribu de los *bacalaos*, que ocupaban una dilatada extensión en las márgenes de aquel río.

Este rey, borracho y feroz, ejercía en gran escala el nefasto tráfico de negros, entendiéndose directamente con los negreros.

Avaro, como todos los reyezuelos negros, mantenía gran parte de su pueblo sobre las armas para lanzarlo contra esta o la otra tribu del interior, a fin de no tener nunca falto de esclavos el barracón que había mandado construir en la costa. Cuando escaseaban los esclavos, aquel miserable vendía sus propios súbditos.

A su majestad negra no podía faltarle ron, aguardiente y otras bebidas espirituosas, que solamente podía obtener de los negreros; y cuando carecía de ello era capaz de convertir a sus súbditos en alcohol.

Este vil monarca tenía organizada una activa vigilancia sobre una gran parte de la costa, y gracias a ella avisaba con anticipación a los negreros el peligro que corrían, si había cerca alguno de los cruceros ingleses, franceses o americanos que vigilaban sin cesar la amplia bahía de López.

Sus *pombeiros* — nombre con que se designa a los negros encargados de conducir las caravanas de esclavos — estaban escalonados por toda la costa para comunicarle la llegada de los buques negreros.

En un barracón enorme encerraba siempre ciento o ciento cincuenta esclavos, antes de ser estibados en la sentina de los navíos negreros, y muchas veces tenía que conducirlos a toda prisa al interior para que los cruceros, al inspeccionar las costas, no los viesen.

En la margen izquierda del Nazareth estaba este barracón suplementario, porque sólo los buques negreros se aventuraban por dicho río.

Tan pronto ancló la *Guadiana*, Bango salió de su cabaña real, y, acompañado por sus magos, sus grandes dignatarios, sus guerreros y sus trescientas mujeres, marchó al encuentro del capitán Vasconcelos, a quien conocía desde tiempo atrás, y al cual quería recibir dignamente por saber que trataba los negocios con más esplendidez que los otros negreros.

Bango contaba en aquella época poco más de treinta años; pero la vida desordenada que llevaba y el abuso de los licores y del vino de palma le habían envejecido de tal modo, que por su aspecto podían calculársele más de cincuenta años.

Para recibir a Vasconcelos púsose su traje más vistoso, que lo tornaba más ridículo que de ordinario. En su cabeza ostentaba un dorado casco de bombero, y sobre él la corona real, que era de similor, cuajada de trozos de vidrios de colores. Sobre su desnudo cuerpo lucía un frac lleno de cordones dorados y de grandes botones de cobre. Un sinnúmero de brazaletes y collares de cuentas de vidrio completaba el atavío de aquel monarca de negros, el cual saboreaba con deleite un trozo de jabón ordinario, color de rosa, perfumado con una esencia barata.

Vasconcelos, el contramaestre Hurtado y media docena de marineros armados, pues era menester precaverse de aquella gente, muy capaz, si hubiera podido, de apoderarse del buque, desembarcaron al pie del gran barracón, entre los gritos de alegría de la pintoresca corte de Bango y las salvas que con sus anticuados fusiles hicieron los soldados de la escolta del rey de opereta.

## Desinterés



*—No me opongo a que me regale algo útil, como ser: joyas, flores o bombones. ¡Pero ahora ha comenzado a enviarme libros!*

Bango avanzó con mucha gravedad hasta llegar cerca del capitán, a quien estrechó la mano, según la costumbre europea, y en seguida se apoderó de una botella de aguardiente que le alargaba el contramaestre, y la apuró de un solo trago.

—¡Es del mejor! —dijo, como buen catador—. ¡Sin este estimulante no hubiera podido hablar, capitán! ¿Cómo estás? ¿Y tu gente? ¿Me traes mucha bebida? Mi bodega está vacía y tanto mis pobrecitas mujeres como yo nos morimos de sed. Hace tres lunas que te espero y que ansío echar un trago de ron.

—¡Basta! —dijo rudamente Vasconcelos— ¡No he desembarcado para escuchar tus estupideces, Bango! Tengo contados los minutos, y si no salgo pronto de aquí, corro un peligro grave.

—¿Un peligro?

—Sí; dos cruceros me esperan en las afueras de la bahía.

Bango dejó caer la botella de sus manos, y su piel, negra de ordinario como el carbón, se puso grisácea.

—¡Eso quiere decir que yo también corro peligro! —gimió— ¡Y mis *gangas* que no me han dicho nada! ¡Voy a arrojarlos al río como pasto de los cocodrilos!

—Deja tu gente en paz, y escúchame sin hacerme perder tiempo. ¿Cuántos esclavos me tienes dispuestos?

—Quinientos veinte.

—Necesito seiscientos.

—Los completaré con ochenta súbditos míos.

—Tus súbditos te los dejo, pues son tan viciosos como tú. Es necesario que dentro de tres horas esos esclavos estén en mi buque.

—¡Imposible, capitán! En tres horas no puede ultimarse un negocio tan considerable. Déjame siquiera tiempo para poder beber a gusto.

—Si tienes urgencia en desprenderte de esos esclavos, ya me los venderás sin gran demora.

—Es que los esclavos subieron de precio: el traerlos hasta aquí se hace cada día más peligroso, y...

—¡Te conozco, viejo chacal! No comiences con tus artimañas, o, de lo contrario, largo velas y voy a proveerme de esclavos al Congo o a la Coanza, donde con seguridad me los darán más baratos que tú.

—Sí; pero los cruceros te prenderían.

—Eso es cosa mía. Conque, ¿hacemos trato?

—Me pones tan corto plazo...

—¡Basta, Bango! Te dije que tratan de darme caza dos cruceros que me esperan fuera de la bahía.

El astuto negro, que sólo trataba de sacar el mejor partido de aquel negocio, viendo que Vasconcelos estaba resuelto a marcharse sin los esclavos, decidió llevarle al *pombo*, lugar en que se finiquitaban las negociaciones.

Seguido de los magos o *gangas* y de los principales dignatarios, condujo al capitán y a sus hombres al interior de un barracón, donde ya había hecho disponer un trono, consistente en un viejo sillón europeo colocado sobre una monstruosa cabeza de cocodrilo, símbolo o emblema del poder de su tribu.

El capitán Vasconcelos distribuyó las botellas que para ese fin llevaban sus marineros y que contenían aguardiente y ron de alta graduación. Sin este reparto inicial de bebida no había trato posible, pues los negros no saben ultimar sus negocios si no tienen una botella en la mano, vicio que aprovecha el negrero para engañarlos al final, sacando provecho de su embriaguez.

De ordinario, el negocio de una compra de esclavos requiere largas e interminables discusiones, que concluyen siempre en una borrachera general, sin llegar a un acuerdo definitivo. Los negros, como los gitanos, gustan mucho de la charla en los negocios, y no les importa perder doce o quince días en realizar una venta, sobre todo cuando esta venta es de esclavos, y los compradores, como ya está establecido, tienen que pagar la bebida que durante la negociación se consuma.

Empiezan por pedir el doble o el triple del valor del esclavo o de la mercancía, y van rebajando poco a poco, a costa de abundantes libaciones, hasta que notan que el comprador tiene ya agotada la paciencia y, sobre todo, la provisión de bebida.

Vasconcelos, que, como ya dijimos, no estaba para perder tiempo, quería ultimar cuanto antes su compra de esclavos, para escapar de los cruceros aprovechando la negrura de la noche.

—Escúchame, Bango —dijo al rey, que bebía con la mayor avidez posible—; después beberás.

—Habla, capitán; pero te repito que los esclavos subieron de precio.

—Ya me lo has dicho; mas eso no es verdad. Y aunque lo fuese. En el Congo el *ébano vivo* está sumamente barato.

—Sí; pero el Congo está lejos.

—Mi nave es muy velera. Y basta de hablar. ¿Cuántos esclavos tienes?

—Trescientos hombres, todos vigorosos y sanos. ¡La flor de los guerreros!

—¿Y mujeres?

—Ciento ochenta, jovencitas y saludables.

—¿Qué precio pides?

—Déjame pensarlo. ¡Te apuras tanto como tu nave!

—Te dije ya que corro aquí peligro de ser apresado por dos cruceros.

—¿Tratas de asustarme? —gruñó el rey temblando de miedo y mirando a su alrededor, para convencerse de que aun permanecía a su lado la escolta.

—¿Para qué? Yo sé que tú no puedes tener miedo, porque eres un rey poderoso y valiente.

—¡Es verdad! —dijo Bango enfáticamente—. ¡Yo no tengo miedo!

—¿El precio?

—Te advierto que los esclavos son...

—Déjate de vueltas, o juro por tus fetiches que voy al Congo por los esclavos.

—¿Quieres dejarme sin aguardiente? ¡No, no, que me aborrecerán mis mujeres!

—Y tu estómago lo sentiría aún más —añadió el contramaestre Hurtado.

—¡Basta, con mil demonios! —exclamó Vasconcelos, que ya iba perdiendo la paciencia—. ¡El precio, o levo anclas ahora mismo!

—¡No hay que encolerizarse, capitán!

—Es que conozco tus artimañas. ¡El precio, te repito!

—Todavía he bebido muy poco.

—¿Acabarás?

—Está bien. ¿Tú quieres saber el precio? Te advierto que la mercancía ha encarecido. Los *bacalaos* se defienden como demonios, y no se puede tomarlos prisioneros. En el último combate me mataron trescientos hombres, y por lo menos me dejaron mil fuera de combate.

—¿Quieres concluir? —preguntó colérico Vasconcelos, haciendo ademán de levantarse.

—Sí; pero es que te expongo los peligros que cuesta traer esclavos.

—¡Eso no me interesa!

—¿Sabes que he perdido a mis generales más valientes sólo por apresar al gran jefe Niombo?

—¿Niombo? ¿Quién es ese hombre?

—El negro más terrible del Africa ecuatorial. Un hombre que posee una fuerza de Hércules y que, si no lo capturo, destruye todo mi reino.

—¿Era también un rey?

—Sí; era un rey poderoso, y todos los caciques de la corte le rendían tributo.

—¿Viene del interior?

—¡Quién lo sabe! Se murmura que es hijo del rey de los *cacongos;* y si esto no es cierto, por lo menos tiene en sus venas sangre real.

—¿Y cómo lo has hecho prisionero?

—Los míos lo sorprendieron descuidado, pero, así y todo, defendió tan briosamente su libertad, que luchó como un león, y esgrimiendo una poderosa maza, me mató treinta guerreros.

—¿Me lo cederás?

—Sí; mas como se trata de un gran jefe, tiene el valor de diez esclavos.

—Lo veremos.

—Pero...

—¿Tienes algo más que decirme?

—Sí. Me quiero deshacer igualmente de una esclava. Es una mulata superior.

—¡Ajá! ¿También haces esclavas a las mestizas?

—Sí; y aunque ésa es hermosa como el día, no quiero tenerla conmigo. Es una pantera y ha estrangulado ya a tres de mis mujeres.

—¿Qué patraña es la que me estás contando? ¿Cómo puede haber una mulata en este país de negros?

—Muy sencillo. El padre de esa muchacha, que era un gran rey, como yo, tenía entre sus trescientas mujeres una de raza blanca, quizá portuguesa.

—¡Despiertas mi curiosidad, Bango! Si quieres, te compro a Niombo y a la mulata.

—Y yo te los vendo gustoso, porque, francamente, les tengo miedo.

—Este asunto lo trataremos por separado. Ahora dime el precio de tus negros. El tiempo pasa y no quiero dejarme sorprender.

—Por cada adulto cien *pannos;* las mu-

jeres setenta, y a cincuenta los niños. Ya ves que Bango no puede estar más moderado en sus pretensiones.

—¡Lo que tú eres es un ladrón! —dijo el capitán Vasconcelos levantándose, ejemplo que siguieron sus marineros.

—¿Adónde vas? —le preguntó el monarca asustado.

—¡A levar anclas! ¡En otra parte hallaré vendedores más honrados que tú!

—¡Es que la carne negra vale mucho!

—¡Yo ya no la quiero!

—¡Dame una botella de ron, y te prometo que nos entenderemos!

—¡No quiero perder más tiempo!

—Pero ¿quieres que te regale mis negros?

—No; por cada uno de ellos te doy ochenta *pannos*, sesenta por las mujeres y cuarenta por los chicos. ¡Ni un cobre más!

—Pon una botella de ron por cabeza.

—¡Vaya por la botella!

—Y un pañuelo de algodón para cada una de mis trescientas mujeres.

—También lo acepto.

—Y un barril de pólvora para mis guerreros.

—¡Asimismo querrás un gran navío! —añadió el contramaestre Hurtado burlándose.

—¡Y soga para ahorcarlos a todos! —dijo Vasconcelos—. ¡No te daré nada más de lo dicho!

—Es que...

—¡Basta, o me voy! Dentro de dos horas quiero estar lejos de la bahía. Así que llévame a ver los esclavos.

EL TRAFICO DE ESCLAVOS

¡La esclavitud! A la sola mención de esta palabra, todas las fibras de nuestro ser se sacuden como azotadas por la evocación de aquel nefasto período en que el comercio más inhumano y más espantoso se practicaba. Palabra que aun en la actualidad causa verdadero terror en todo el continente africano, pues ella suena a barbarie, a martirios y a injusticias sin cuento.

Fué una verdadera infamia, un crimen sin parangón, el considerar como degenerada a la raza negra, por el color de su piel, para equiparar poco a poco sus individuos a una especie de animales destinados a las rudas labores agrícolas, ni más ni menos que si se tratara de simples animales.

La continua demanda de negros por parte de los plantadores americanos, que veían prosperar en grado sumo sus inmensas haciendas gracias a los robustos brazos africanos, hizo nacer el llamado tráfico negrero o de *ébano vivo*, y con él la caterva de cazadores de hombres que tan terrible fama debía de alcanzar en el mundo entero.

Parece increíble que una idea monstruosa, nacida en una nación culta, por incomprensible aberración del momento, pudiera extenderse luego por otros países, que llegaron a hacer del vasto continente africano el teatro sombrío de sus escenas de exterminio y de sangre. Frondosos bosques y dilatadas llanuras de belleza incomparable, que durante millares de años fueron sólo centros de vida para los seres de la Creación, vieron alterada su proverbial quietud por el estrépito de las armas de fuego. Y los pobres negros fueron cazados como fieras, resonando en aquellos montes, valles y ríos, apacibles durante siglos y siglos, feroces gritos de venganza y guerra, gemidos de moribundos, ayes de heridos, sollozos de madres que veían arrebatados los hijos, mientras los padres y maridos sucumbían en defensa del hogar deshecho; y los que no tenían la dicha de morir iban allá, a tierras lejanas, a perecer en el campo bajo el látigo implacable de los que se decían y consideraban hijos de la civilización y de la cultura...

Donde existía una poderosa tribu no quedaban al paso de los negreros más que brasas humeantes de chozas incendiadas y cadáveres de pobres vencidos, que las fieras, al caer la noche, se encargaban de convertir en limpios esqueletos.

Ni un solo vivo quedaba allí para contarlo; había pasado la devastadora tromba de los negreros, y todo fuera destruído.

Si alguno sobrevivía, ¡desdichado!, mejor hubiera sido para él morir defendiendo su hogar.

Después de ser apresados se los encadena con una doble barra de madera al cuello, que los une dos a dos, en marcha hacia la costa, donde los esperan los navíos siniestros.

Hombres, mujeres, niños, todos marchan unidos, rodeados de guardianes que los azotan con el látigo, desgarrándoles sus flageladas carnes.

Todo intento de fuga es imposible; toda sublevación, funesta para ellos, porque los cazadores de hombres no tendrán piedad para nadie. Aquella larga cadena de desventurados marcha durante semanas y meses a través de los bosques y de los ríos, mal nutridos, sin descansar apenas y sufriendo sobre sus cráneos los quemantes rayos de un sol abrasador.

¡Pobre del que se detenga! Los látigos y aguijones martirizarán sus carnes, y hombres, mujeres y niños irán quedando en el camino como huella terrible del paso de una de aquellas caravanas.

No importa que los infelices esclavos caigan a centenares. La carne negra abunda; y los que mueren son en seguida reemplazados por otros...

Los sufrimientos, el hambre, la sed, las largas jornadas de marcha, la sofocación que les produce el madero que rodea su cuello, no importan nada; y si en la travesía mueren a cientos, de inmediato tienen los negreros doble número de víctimas. ¡Pobres hijos del Africa!

Los primeros que caen en el camino son los niños, los más débiles, y lejos de recibir un consuelo, un alivio en su vía crucis, lo que reciben es un tremendo golpe en el cráneo, y allí quedan para pasto de las hienas, que muchas veces los devoran, palpitantes aún, ante los mismos ojos de sus padres, enloquecidos por la angustia.

Así van cayendo niños, hombres y mujeres; pero la columna sigue su inhumana marcha, dejándolos abandonados, sin fuerzas y con la horrorosa perspectiva de que los destrocen las fieras que acechan su paso.

Los que pueden sobrevivir a tanto martirio hacen desesperados esfuerzos por no caer, por seguir adelante, y sufren los lacerantes latigazos de sus verdugos, de la salvaje horda que los lleva a la costa del inmenso océano.

Han salido más de mil esclavos, y llegan apenas seiscientos. Los demás quedan allí en el camino, marcando con sus esqueletos calcinados por el sol la vía de sangre y de lágrimas que los supervivientes cruzaron.

No todos los que llegan a la costa son embarcados. Muchos de ellos terminan el viaje en completo estado de postración por las fatigas y privaciones, y como el reponerlos exigiría un tratamiento largo y costoso, sus verdugos prefieren matarlos.

## Doble razón



—*Necesito que me aumente el sueldo, patrón. ¡Soy bígamo!*

Los más fuertes reciben una alimentación abundante, se les deja descansar, se les conceden algunas horas de libertad relativa, y así los reponen y robustecen para valorizarlos más.

¿Adónde los conducen? Ellos lo ignoran; pero todos han oído hablar del látigo con que los castigan, y algunos creen que van a servir de alimento a los hombres blancos. En esta angustiosa alternativa permanecen hasta que llega a tierra la nave negrera.

Embarcados, se les hacina en la bodega, donde deben permanecer amontonados en reducidos espacios.

El viaje en tan horribles condiciones dura dos meses, y a veces cuatro. Las enfermedades contagiosas no tardan en desarrollarse entre los negros, causando verdaderos estragos. Pero, ¿qué importa? Aunque de mil esclavos lleguen trescientos al fin del viaje, bastan para hacer un gran negocio en América; principalmente en el Brasil y en las islas del golfo de Méjico se paga a buen precio el *ébano vivo*.

Al fin son desembarcados los últimos supervivientes de aquella hecatombe humana; pero sus dolores no han terminado aún; en las plantaciones les aguardan penas infinitas. Trabajan desde el alba hasta ponerse el sol; los débiles y los enfermos pagan con la muerte su escasez de fuerza, y los que pretenden librarse de aquella inacabable serie de martirios son cazados como bestias feroces y suelen morir bajo las dentelladas de los perros.

Sus tribulaciones y miserias no concluyen ni con la muerte, pues sufren el dolor supremo de exhalar el último suspiro lejos de sus frondosos bosques, de sus plácidas llanuras, de la tribu que los ha visto nacer, de sus hijos, de sus hermanos, de sus padres, a quienes nunca más verán, pues sus ojos se cierran para siempre en una tierra extraña, que fué para ellos cruel.

En el siglo XVIII se lanzó el primer grito, la primera protesta contra tanta barbarie. Y las naciones se decidieron al fin a escucharla. Francia abolió la esclavitud de sus colonias; Inglaterra, en 1809, proclamó la libertad de sus negros, y los Estados Unidos de Norteamérica elevaron la jerarquía social del negro al mismo nivel que la del blanco. Pero eso no bastaba: era preciso destruir los navíos negreros, que continuaban trasportando millares y millares de esclavos a las colonias españolas y portuguesas, en las cuales todavía subsistía la esclavitud.

Para el cumplimiento de tan humanitaria idea surgieron los cruceros, que se escalonaron a lo largo de la costa africana con el fin de capturar a los navíos negreros y ahorcar a sus tripulantes. ¡Vanos esfuerzos! Sesenta navíos no bastaban para vigilar un continente tan extenso, y la esclavitud continúa, la barbarie perdura, y lo mismo en el centro que en la costa de la negra Africa, despiadadas bandas de cazadores de hombres se multiplican cada día, y el *ébano vivo* sigue siendo materia comerciable.

¿Cesará algún día esta expresión de oprobio y vergüenza? En el mar la esclavitud ha terminado. La proclamación de la libertad de los negros en el Brasil, último país donde subsistía, dió el golpe de muerte a los navíos negreros; pero aun dura en Africa, y durará hasta sabe Dios cuándo.

El día que cese, la paz reinará en todas las tribus, que serán felices a la sombra de sus selvas maravillosas y sus oasis de leyenda, que olvidarán con el tiempo la sangre y las lágrimas derramadas por tantos millones de esclavos arrancados brutalmente de sus países nativos, y que podrán de nuevo realizar sus fiestas litúrgicas y entonar himnos a la vida.

### CARGAMENTO DE CARNE HUMANA

En las proximidades del río, y circundado por una inexpugnable empalizada, alzábase el barracón del rey Bango, donde numerosos guardias armados de fusiles y sables montaban vigilancia.

En aquel barracón, y verdaderamente hacinados, los negros aguardaban desde hacía varias semanas la llegada de la siniestra nave que debía alejarlos para siempre de la costa africana. Acurrucados por todos lados, permanecían sombríos y taciturnos; los hijos abrazados a sus madres, los hermanos a las hermanas y los maridos a sus mujeres, de las cuales debía separarlos en América la voluntad cruel de un comprador inhumano. Los más vigorosos e indómitos, cual fieras en sus jaulas, daban saltos tras la empalizada, maldiciendo contra el destino, que los había hecho esclavos. Casi todos ellos ostentaban indelebles cicatrices, reveladoras de sus sufrimientos.

No bien entró el rey acompañado del negrero y su tropa, los esclavos se levantaron, y un sordo murmullo de protesta se dejó escuchar por todo el barracón.

Si aquellos quinientos desgraciados, exacerbados por las privaciones sufridas, hubieran podido apresar por un solo momento a aquel rey borracho y despreciable, con toda seguridad que no hubiera podido consumar su venta al hombre blanco; sólo el miedo a aquellas mortíferas armas les impedía lanzarse como toros furiosos contra aquellos traficantes.

Los saltos de bestias poderosas, los gritos de furor impotente, las miradas torvas que lanzaban sombríos relámpagos, los puños apretados y los músculos ansiando distenderse demostraban claramente el odio que encerraban en sus corazones.

—¡Demonio! —exclamó el contramaestre Hurtado—. ¡Qué aire malsano se respira aquí, amigo Bango! ¿Y ésta es la hermosa colección de negros que has rechazado?

El capitán Vasconcelos, cada vez más impaciente, dió una vuelta al barracón acompañado de varios negros provistos de látigos, deteniéndose de vez en cuando para examinar a este o al otro esclavo. Después, visiblemente satisfecho, volvióse hacia el rey, que había permanecido a distancia prudencial.

—Me conviene el cargamento —le dijo—. Pero ¿dónde se encuentra Niombo?

—Lo tengo encerrado en una cabaña aislada —respondió Bango—. Ese hombre me los hubiera insurreccionado a todos éstos.

—¿Y la mulata?

—Está a su lado.

—Deseo verlos.

—¿Me los pagarás doble que los otros?

—Te lo diré cuando los vea.

—¡Sígueme!

Bango, siempre acompañado de su escolta, llegó a la extremidad del recinto y penetró en un departamento guardado por numerosos soldados.

El capitán Vasconcelos, que le había seguido presa de una viva curiosidad, divisó en el centro, tendido sobre una esterilla, un negro de colosal estatura, que podía considerarse como uno de los más soberbios tipos africanos que hasta entonces viera.

Tendría seis pies de talla, el pecho amplio, anchas espaldas, miembros musculosos y, como contraste en aquel gigante, sus extremidades eran elegantes y finas, pies y manos casi femeninos. A primera vista se comprendía que aquel magnífico ejemplar de la raza negra, además de una fuerza inmensa, debía de tener una agilidad de simio.

Al ver entrar a aquellos hombres levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, mostrando una hermosa fisonomía en la que no había esas deformaciones características en los hombres de raza negra.

De frente ancha, nariz recta y fina, labios un poco gruesos, de rojo subido, y rasgos enérgicos y bien delineados. Sus ojos eran negros, vivaces y de un brillo extraordinario.

Al ver a Bango, que se mantenía cerca de la puerta, el gigante dió un salto de fiera, sacudiendo furiosamente la cadena que le sujetaba las muñecas y los tobillos, pero no pronunció ni una sola palabra.

Acurrucada sobre una estera, cerca de él, dormía una joven mulata, cuyo cuerpo aparecía mal cubierto por una ligera muselina sujeta a la cintura con una cinta de color rosa.

Se levantó bruscamente al oír el ruido de las cadenas, y fijó sus grandes ojos negros en el capitán y su escolta. Su edad oscilaría entre los dieciséis o diecisiete años, y sus esbeltas líneas acusaban el cruzamiento europeo que había tenido. Sus formas, opulentas y de una armonía perfecta, tenían toda la suavidad de la curva; su mirada era a la vez dulce y salvaje; su piel, tersa y fina; de un negro vivo sus cabellos; y unos dientes blancos y menudos como granos de arroz se abrían camino entre dos labios de grana. El aliento de vida, juventud y energía que hacía vibrar a aquellas carnes produjo en el capitán negrero una impresión que jamás había experimentado y que no supo explicarse.

Quedó inmóvil, asombrado, mirando fijamente a la joven mulata, ante la cual las hermosas mujeres que, en sus correrías por los puertos del mundo, había vis-

to quedaban relegadas a segundo término.

—¿Es ésta la esclava que quieres venderme? —preguntó a Bango con una emoción que no pasó inadvertida a éste.

—Sí... ¿La quieres?

—Te la compro por cien metros de algodón, dos fusiles y una docena de pañuelos.

—Trato hecho. ¿Y Niombo no te interesa?

Vasconcelos no respondió: parecía absorto en una profunda idea, sin apartar los ojos de la mulata, que lo miraba a su vez con extraña obstinación, como si tratara de fascinarle.

—¿Y Niombo? —volvió a preguntar Bango.

—Sí —respondió el capitán casi inconscientemente.

—Doscientos *pannos*.

—¡Aceptado!

—Ven a entregarme la mercancía.

Vasconcelos acompañó a Bango, sin que por eso dejara la preocupación que le embargaba. Diríase que la vista de la joven esclava había causado en él una profunda emoción.

El contramaestre Hurtado, que había recibido las órdenes necesarias, dispuso que la tripulación de la *Guadiana* comenzara a descargar la mercancía, consistente en barriles de aguardiente, botellas de ron, fusiles viejos, cuchillos, vestidos militares anticuados, cuentas de vidrio, objetos de buhonería, pañuelos y telas de algodón de muchos colores.

Estas telas son fabricadas exclusivamente para el comercio con los pueblos africanos, bajo un modelo que se repite desde muchísimos años.

Son a rayas blancas y azules o a cuadritos de diversos colores, y es suficiente la más ligera diferencia en el ancho corriente o la más insignificante variación en el dibujo para que sean rechazadas por los negros.

El precio de los esclavos se efectúa siempre en *pannos*, que miden poco menos que la vara; pero para facilitar las operaciones, se estableció que ochenta *pannos* equivalgan a cien francos, y por este precio reciben un fusil viejo, un poco de pólvora, algunas botellas de ron, etc.

Bango, que a pesar de haber bebido dos botellas de ron conservaba toda su inteligencia, examinó detenidamente las mercancías que desembarcaban los marineros de la *Guadiana*.

Mientras tanto, el capitán hizo desembarcar veinte hombres armados y procedía rápidamente al embarco de los negros, que los guerreros de Bango conducían atados a la playa, para impedir cualquier intento de fuga.

A medianoche el cargamento estaba casi completo; solamente faltaban algunas mujeres, Niombo y la mulata. Los demás estaban ya colocados; los hombres a popa y las mujeres y los niños a proa. Los más robustos y peligrosos eran sujetos a fuertes argollas empotradas en las paredes.

Los marineros miraban con satisfacción los últimos preparativos para la marcha. Mientras unos estivaban las mercancías y otros completaban la provisión de agua y embarcaban bastante cantidad de aceite de *clais*, que sirve de alimento a los negros, lo mismo que ciertas nueces amargas, muy nutritivas y apreciadas por aquella gente, el contramaestre mandaba desplegar velas y preparar las armas para reprimir cualquier ataque de los cruceros que los esperaban en las afueras de la bahía.

Bango, sentado en medio de sus riquezas, y rodeado por sus mujeres y dignatarios, había comenzado ya una infernal orgía, brindando a la salud de su gran amigo Vasconcelos, el cual sólo respondía con leves movimientos de cabeza.

El capitán parecía muy pensativo. Apenas si respondía a las preguntas del monarca, que quería saber la época de su regreso para prepararle otro cargamento de negros; permanecía serio ante las gracias del bufón de la corte, que hacía soltar grandes carcajadas a los dignatarios, y se puede afirmar que casi no probaba el licor de su copa, a pesar de las instancias del rey.

¿Pensaba tal vez en los dos cruceros que le aguardaban, u otra cosa más grave turbaba su cerebro, tan sereno y tranquilo de ordinario?

De súbito levantóse bruscamente, empujó a los negros que le rodeaban, y sus ojos se posaron en los marineros que embarcaban los últimos esclavos.

Había descubierto entre ellos al gigantesco Niombo y a la joven mulata.

Por algunos instantes permaneció indeciso. De pronto dirigióse rápidamente hacia la orilla, como si hubiera tomado una resolución instantánea, y volviéndose hacia Lucas, que era el que mandaba a la gente, le manifestó:

—Déjame la mulata.

El oficial no dijo nada, la desató de la cuerda que la unía a los otros esclavos y se la entregó.

El capitán la tomó casi con rabia por un brazo, y llevándola bajo una palmera que extendía sus ramas sobre las orillas del río, le dijo sin más preámbulos:

—¿Quieres ser libre?

La esclava fijó en él sus grandes ojos negros, que fuguraban en sus cuencas, y no contestó.





**Buenas señas**



*—¿Qué clase de tipo es ese Bermúdez?*

*—Mire, cuando vea dos personas en la calle, y una de ellas está bostezando, la otra es Bermúdez.*

—¿Me comprendiste? — le preguntó Vasconcelos con agitación.

—Sí —respondió ella.

—Entonces eres libre.

—Soy tu esclava y tú mi señor —dijo ella, cruzando los brazos.

—Te doy la libertad.

Una amarga sonrisa vagó por los labios de la mulata.

—¡La libertad! —murmuró—. A mi país volvería siendo esclava, pues como tal me han vendido.

—¡Es cierto! —dijo el capitán Vasconcelos—. El esclavo vendido no recobra su libertad; pero el Africa es inmensamente grande y puedes refugiarte en otra tribu que no te conozca.

—No; prefiero ser tu esclava —repitió la mulata con extraña energía, mientras sus grandes ojos no se apartaban del negrero.

—¿Así que rechazas mi ofrecimiento?

—Tú eres mi señor.

—¿Pero tú sabes adónde te conduciré?

—¿Qué me importa?

—Es que yo voy muy lejos, más allá del inmenso océano, y no verás más a tu querida patria.

—¡La esclava no tiene patria!

Vasconcelos la miró con profundo estupor. Aquella obstinación le sorprendía, aumentando la agitación que le conturbaba el espíritu.

—¡Vete, te digo! —exclamó casi con indignación.

—¿Por qué? —exclamó la mulata—. ¿No me has comprado tú?

—¿Pero no comprendes que eres demasiado bella? —exclamó el negrero con voz apenas audible—. No te quiero en mi barco, porque me das miedo.

—¡Yo! —exclamó ella temblorosa.

—¡Tú! — replicó el negrero con mayor violencia—. Tengo miedo de tu fatal hermosura, y quiero ser libre. ¿Me entiendes, mulata?

—Pues entonces, mátame; eres mi señor.

—¡Matarte!

—Si no quieres que yo sea tu esclava, mátame —respondió la mulata, fascinándole cada vez más con su mirada.

—¿Pero no tienes parientes? ¿No tienes una madre, alguien que te una a tu país?

—No tengo a nadie. Mis parientes han desaparecido, mi cabaña fué destruída. Estoy completamente sola en el mundo.

—¿Quién era tu padre?

—Un gran jefe del alto Ogobai.

—¿Y tu madre?

—Una mujer blanca.

—¿Y han muerto?

—Sí, en la guerra.

—¿Y tu tribu?

—Dispersa y esclava. No tengo absolutamente a nadie. Me has comprado y quiero seguirte.

—Vente, pues; pero causarás mi desgracia.

—Mátame; a tus manos moriré feliz.

—¿Por qué?

—No sabría explicarlo.

—Sígueme —dijo bruscamente el negrero, cada vez más conturbado su espíritu.

El cargamento estaba ya listo. La tripulación había izado los botes a las grúas de babor y estribor, y solamente se esperaba al capitán para levar anclas.

En tierra sólo se hallaba el contramaestre Hurtado esperando al capitán para llevarle a bordo.

Vasconcelos dirigió un último saludo al rey negro, que estaba ya completamente borracho, así como toda su corte, y se embarcó en la ballenera acompañado por la mulata.

Bango y los suyos los despedían con roncos clamores.

—¿Ha vuelto el segundo? —preguntó Vasconcelos tan pronto pisó el puente de la nave.

—No, señor —respondió un marinero.

—¡Entonces, arriba el ancla!

—¿Y esta esclava? —preguntó Lucas preparándose a llevarla al entrepuente.

—No es esclava, es una mujer libre —respondió el capitán, mientras su frente se fruncía—. Condúcela a popa y que pongan un camarote a su disposición.

Levadas las anclas, la *Guadiana* comenzó a deslizarse sobre las aguas.

—¡Buen viaje! —gritó Bango, agitando la botella que tenía en la mano.

—¡Así revientes! —respondió el contramaestre Hurtado.

Diez minutos después la nave negrera, con todas las velas desplegadas e impulsada por una ligera brisa que soplaba del Este, surcaba las aguas del Nazareth y se iba perdiendo en la distancia con su carga de *ébano vivo*.

### CAZA DE LA "GUADIANA"

La nave *Guadiana*, que mandaba el capitán Vasconcelos, era una de las más veloces que surcaban las aguas del océano. Había sido construída en los astilleros de Glasgow, según diseños del mismo Vasconcelos. Entre los negreros gozaba de justa fama como embarcación marinera, pues no había otra que la superase. Desplazaba 1.200 toneladas. Estaba en el mar desde hacía tres años.

Su espacioso entrepuente podía contener hasta 800 negros cómodamente ubicados y sin peligro de sufrir las enfermedades que por falta de higiene eran comunes en otros navíos negreros.

El capitán Vasconcelos, que no deseaba correr la infausta suerte de su padre, dió a su nave tal arboladura que pudiera escapar a la persecución de los más rápidos cruceros que le salieran al paso.

No sólo había cuidado la comodidad y velocidad, sino que procuró también que el armamento del buque aventajara al de los navíos enemigos.

La tripulación, integrada por cuarenta hombres escogidos en todos los puertos de América y Europa, era sumamente diestra y de una valentía rayana en la temeridad.

La disciplina manteníase en ella con todo rigor, y las órdenes del capitán eran siempre obedecidas ciegamente.

La *Guadiana* seguía bajando por el Nazareth, oculta bajo la sombra de los grandes árboles.

Había desplegado todas sus velas para aprovechar el viento que debía de soplar en la bahía, y su tripulación, después de cerrar el entrepuente con una verja de hierro para impedir la fuga de los esclavos, habíase puesto en orden de batalla con el fin de rechazar cualquier posible ataque de los navíos enemigos que la esperaban.

Vasconcelos, que en aquel momento parecía no preocuparse ya ni de los negros ni de la esclava, pasó a proa llevando al lado al contramaestre Hurtado y al médico de a bordo, hombre de unos cincuenta años, alto delgado, y que había sido gran amigo del padre del negrero. Su nombre era Esteban. Este doctor había aceptado su peligroso puesto en la *Guadiana*, sólo por cariño al hijo del difunto, pues era un decidido defensor de la libertad de los negros y opinaba que la trata era una ignominia.

A bordo reinaba un silencio casi absoluto.

Los negros callaban, como si el miedo hubiera paralizado su lengua; los marineros, por su parte, tampoco decían nada, y hasta Bango y sus súbditos, que aun permanecían en la orilla del río, habían cesado en sus gritos de despedida.

—¿Se ve algo? —preguntó Vasconcelos.

—No, capitán — respondió el contramaestre Hurtado.

—¿Le sucedería algo a la chalupa del señor Kardec?

—Habríamos oído al menos algún disparo de armas de fuego —dijo el contramaestre—. Sus hombres iban provistos de fusiles.

—¡Hum! —exclamó el doctor moviendo la cabeza—. Temo, Vasconcelos, que este viaje nos cueste la vida.

—¡Bah! Mi nave corre como el rayo y hay en su santabárbara pólvora suficiente para hacer volar una fortaleza.

—¿Y crees que los cruceros son tortugas y carecen de pólvora? Te aseguro que terminaremos mal y que he cometido una tontería enorme al embarcarme con semejante compañía de desalmados.

—¡Diablo! — exclamó el capitán riendo—. ¿Llamas desalmados a unos honrados traficantes?

—El calificativo es justo, Vasconcelos.

—Me parece demasiado duro, Esteban. Yo compro y vendo como cualquier otro negociante. ¿No pagué mi cargamento? ¿Acaso no es para vender?

—Pero tu cargamento es de carne humana, de carne como la nuestra.

—¡Perdón, don Esteban —dijo el contramaestre Hurtado—, pero mi carne es blanca!

—Si te arrancaran la piel, ya verías cómo es igual que la del negro. ¡No sólo es audacia, sino inhumanidad parangonar a un semejante con una caja de azúcar o un saco de café!... ¡Ya se encargarán los cruceros de serviros el café, traficantes de esclavos!

—¿Esas son tus profecías, Esteban? —exclamó Vasconcelos, sonriéndose.

—Si no fueras hijo de mi pobre amigo,

te vaticinaría de todo corazón una soga al cuello.

—Es que esa soga le alcanzaría también a usted — añadió el contramaestre Hurtado.

—Tienes razón. Todas mis protestas de inocencia serían vanas, y lo mismo los ingleses que los americanos me tratarían como al último de los marineros de la *Guadiana*.

—Para evitar eso, mi buque sabrá defenderse de los cruceros, y en caso necesario estoy decidido a servirme del espolón, que es todo de acero y fino como una saeta.

—¿Y no comprendes que maniobra de tal naturaleza te va a averiar la carga? Tan horrendo choque va a romper los miembros a muchos de los desgraciados esclavos.

—Tú los curarás más tarde y...

— ¡La ballenera! —exclamó el contramaestre Hurtado, interrumpiéndole.

—¿Dónde está?

—Sale del río pegada a la orilla.

En efecto, a trescientos o cuatrocientos pasos veíase avanzar una pequeña embarcación, que procuraba mantenerse oculta por los ramosos árboles.

Cuando estuvo próxima a la *Guadiana* viró de bordo y el segundo ganó la escala, hallándose pronto frente al capitán.

—¿Y bien? — preguntó éste con viva ansiedad.

—Estamos bloqueados — contestó el segundo Kardec.

—¿Cuántos navíos?

—Dos, capitán.

—¿Dónde nos aguardan?

—Uno está en la bahía esperando la salida de la *Guadiana*. El otro andará bordeando por alta mar, porque lo he visto cambiar señales con su compañero.

—¡Ah! ¿Quieren atraparnos entre dos fuegos? — exclamó Vasconcelos con ironía —. ¿Vió la nave que nos espera cerca del promontorio?

—Sí.

—¿Qué buque es?

—Un bergantín de unas mil ochocientas toneladas.

—¡Lo venceremos!

—También yo opino así.

—Le haremos encallar en el banco de arena. ¡Hurtado!

— ¡Ordene, capitán!

—¿Conoces la bahía?

—Como la puerta de mi casa.

—¿Sabes dónde se halla el gran banco?

—Perfectamente, capitán.

—¿Y dónde existe el paso?

—También; y lo encontraría con los ojos cerrados.

—Pues dirige hacia allá la nave, y cuando el buque adversario trate de abordarnos, lanzas la *Guadiana* hacia el banco y atraviesas por el paso libre. Así, el navío enemigo, engañado por nuestra maniobra, encallará irremisiblemente. Y ya lo sabes; cualquier falla en la maniobra puede lanzarnos a todos a la muerte.

—Le tengo mucho cariño a mi piel, capitán.

—El crucero encallará si cumples bien tu cometido.

—Sí, pero ¿y el otro? — preguntó el doctor Esteban.

—En el otro pensaremos más tarde.

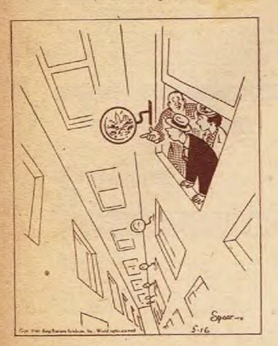
—Ten cuidado, Vasconcelos, que yo conozco tres naves que corren tanto como la *Guadiana*.

—Yo también las conozco, Esteban; pero sé que están en la Costa de Oro.

—Es que el *London* puede ser uno de los que nos esperan.

—¡Cállate, mal augur! ¡Para ese caso

**"Vista" gratis**



*—Y mediante este invento mío, patentado, tienen ustedes una hermosa vista a la calle sin aumento en el alquiler.*

dispongo de buenos cañones! ¡A tu puesto, Hurtado, y usted, señor Kardec, tome el mando de la escuadra de maniobras!

La tripulación toda ocupaba su puesto de combate, pronta a responder al primer cañonazo del crucero; los artilleros ante los cañones, con la mecha encendida en la mano; los tiradores en las bordas, con las carabinas montadas, y la brigada de maniobras dispuesta a ejecutar las órdenes que se le dieran para la dirección del buque.

Aquellos hombres, mosaico heterogéneo de razas, aparecían serenos y tranquilos ante el peligro, inmenso para ellos, de ser atrapados por los cruceros.

El capitán, en tanto, acompañado del doctor Esteban, trataba de descubrir la nave adversaria.

—¿No se ve? — preguntó Vasconcelos, que aguzaba la vista hacia el promontorio —. Esas altas plantas me impiden ver la arboladura; pero dentro de poco nos hallaremos en la boca de la bahía.

—Por suerte se ha ocultado la luna.

—Así lograremos llegar al gran banco sin que nos vean.

—Preparémonos a recibir las balas.

—No tardarán, tenlo por cierto.

—Compadezco a los pobres negros.

—No hay que ponerse sentimental — añadió Vasconcelos —; apuntarán alto para no herirlos. Son muy bondadosos; y como saben que llevamos carga viva, dirigirán sus balas a la arboladura... ¡Ah!

—¿Qué pasa?

—¡Ahí está!

—¿Dónde?

—Veo los extremos de sus palos por sobre las rocas del promontorio. Tiene la proa hacia la salida de la bahía. Quitémonos de aquí, Esteban; dentro de poco silbarán en nuestros oídos las balas.

La *Guadiana* llegó a la desembocadura del Nazareth, traspasó la barra y entró en la bahía de López, llena de escollos y de peligrosos bancos.

La bahía estaba completamente desierta. Bango y los suyos se habían retirado al interior por miedo a que les alcanzara alguna bala perdida.

No distaba ya la *Guadiana* más que cuatrocientos pasos del gran banco de arena, cuando un grito de alarma rasgó el silencio que reinaba en aquella extensión de agua.

—¡La nave! — había gritado una voz que parecía partir de la cima del promontorio.

Después se oyeron otras voces confusas, de entre las cuales sobresalía el agudo silbido del pito de mando del contramaestre Hurtado.

—¡Aquí estamos! — dijo Vasconcelos colocándose en el puente de mando.

Luego gritó con voz enérgica:

—¡Todo el mundo a su puesto de combate!

La *Guadiana*, obedeciendo dócilmente al timón y a la acción de las velas, viró de bordo, orillando el gran banco y haciendo creer a la nave enemiga que huía a lo largo de la costa.

Aquella treta dió sus frutos, pues el crucero se lanzó a velas desplegadas hacia la *Guadiana*.

Era aquél un hermoso y veloz bergantín, que sin sospechar el peligro corría vertiginosamente hacia el banco.

—¡Maravilloso! — gritaba Vasconcelos frotándose las manos —. ¡No correrás mucho, amigo!

Algunos minutos después brilló como un relámpago en el espacio, oyóse una detonación, y la extremidad de babor del penol del trinquete, arrancada por una bala, cayó al agua.

—¡Ah! — exclamó el capitán —. ¿No creéis necesario intimarme la rendición con un disparo sin bala? ¡Eso os costará muy caro! ¡Hola, cañonero de popa, responded al saludo!

CAÑONAZOS Y GOLPE DE ESPOLON

La escaramuza estaba armada y la caza de la nave negrera entraba en su fase primera. Cualquier otro capitán que se hallara en un momento tan difícil como el en que se encontraba Vasconcelos, preso entre dos fuegos, hubiera sentido verdadero espanto, máxime sabiendo la suerte que le aguardaba si caía vivo en las manos de aquel formidable y terrible adversario. Pero el brasileño no era hombre que perdiera la cabeza por nada, y cuanto mayores eran los peligros que le amenazaban, mayor era su audacia y más firme su aplomo.

Tenía una fe ciega en las condiciones náuticas de su buque, que podía competir con los más grandes cruceros destinados a la persecución de las naves negreras.

Formó de inmediato su plan, que consistía en desembarazarse de uno de sus enemigos, a fin de impedir que pudieran unirse los dos. Para lograr esto trataba de inmovilizarlo sobre el gran banco, haciéndole encallar de modo que no pudiera quedar a flote hasta que volviera a subir la marea. En seis horas Vasconcelos tenía tiempo para librarse del otro buque y escapar por el lado oeste.

Los artilleros de popa, ante la orden de su capitán, dispararon los cañones, y una lluvia de fuego y metralla cayó sobre el crucero.

—¡Por ahora basta eso! — dijo Vasconcelos —. ¡Después mandaré confites de mayor calibre!

Aquella doble descarga de hierro lanzada a doscientos metros de distancia del crucero dió en el blanco, pues se oyeron gritos de furor y se vió que ardían algunas velas del buque adversario.

No se arredró éste, sin embargo, y maniobrando con gran habilidad, trató de impedir que la *Guadiana* lograra salir de la bahía.

—¡Hay que apresurarse! — expresó Vasconcelos —. ¡El otro enemigo puede llegar! ¡Hurtado!

—¡Capitán!

—¡Atención! ¿Estamos sobre el paso?

—A quince brazas.

—¡Viremos pronto!

La *Guadiana*, sorteando con maestría el banco, se lanzó por el paso.

—¡Fuego! — gritó Vasconcelos.

La batería de estribor, que tenía ante sí al crucero, disparó sus cañones y lo mismo hizo la fusilería.

El crucero, sorprendido por el huracán de hierro y de plomo, experimentó serias averías. Ardía su velamen, veníase estruendosamente al suelo su arboladura, y trató de llegar hasta la *Guadiana* para lanzarse al abordaje.

De súbito oyóse un formidable estruendo, como si toda su carena se hubiera destrozado sobre los arrecifes, y el crucero quedó varado, inclinándose sobre un costado.

Un ¡hurra! de alegría estalló en el buque negrero, que se veía libre de uno de sus adversarios, pues el crucero enemigo, preso en la arena, no podía ya perseguirla.

Al ver huir a la *Guadiana* el crucero le hizo fuego; pero como estaba muy inclinado, sus proyectiles se perdieron en el aire, y la nave negrera siguió su veloz marcha.

—Querido Vasconcelos — dijo el doctor Esteban, que no abandonó un momento el puesto de mando a pesar del peligro —, eres audaz como nadie y tienes una suerte asombrosa.

—Lo creo, Esteban — respondió el brasileño con satisfacción —. Aquel buque se rompió las costillas sin necesitar de los disparos de mis cañones.

—Pero en cambio el otro nos aguarda.

—Tratemos de evitar su encuentro. La noche es oscura, el viento favorable, y podremos sortearle.

—Nos va a resultar difícil. ¿No ves las señales que está haciendo la nave encallada?

Una voz del vigía interrumpió bruscamente el diálogo.

—¡Barco a tres millas a sotavento!

—¡Rayos y truenos! —exclamó el capitán negrero.

—¿No te lo decía, Vasconcelos?

—¿Viene hacia nosotros? — preguntó el capitán al vigía de la cofa.

—Sí.

—¿Lo ves?

—Completamente.

—¿Es de mucho porte?

—Un bergantín.

—¡Ah! — exclamó entre dientes Vasconcelos —. ¡Señor Kardec!

El segundo, que estaba a proa mirando la nave con un largavista, se aproximó.

—¿Qué ordena, capitán?

—Dígale a la tripulación que no abandone los puestos de combate. En cuanto a la brigada de maniobras, que lleve sobre el puente media docena de barriles de ron y una buena cantidad de granadas.

—¡De ron! —dijo el doctor, sobresaltado—. ¿Tratas de emborrachar a los tripulantes del crucero enemigo?

—Lo que quiero es incendiar su buque. Oígame usted atentamente, señor Kardec.

—Soy todo oídos.

—Dispondrá usted los barriles a lo largo de la amura de babor, y que estén de guardia junto a ellos seis hombres de los más audaces. Si los marinos del crucero

entran al abordaje hará usted rociar el ron sobre su buque y prenderle fuego.

—Perfectamente.

— ¡Rápido!

Después, volviéndose al contramaestre, que estaba a cargo del timón:

—¡Hurtado! — gritó — ¡Gobierna siempre a barlovento! ¡Lucas!

—¡Capitán!

—¿Está bien estibado el *ébano vivo*?

—Sí, mi capitán.

—Adviérteles que se sujeten bien a las argollas, porque va a sobrevenir un choque grandioso.

—¿Va a emplear el espolón?

—Es muy probable.

—Está bien, capitán. Y si los esclavos no se sujetan fuertemente, allá ellos.

El audaz negrero estaba decidido a abrirse paso a toda costa. Aquel hombre, que hubiera sido un perfecto almirante, estaba resuelto a desembarazarse de su segundo enemigo, ya fuera pegándole fuego, o ya dándole un espolonazo que lo hundiese. Sin embargo, no se precipitaba para obrar; aunque era resuelto y valiente, también era prudente, y estimaba mejor para sus intereses la fuga que los medios violentos.

La distancia que separaba a los dos barcos era cada vez menor. Se veía ya perfectamente el crucero, que estaba a dos kilómetros. A primera vista, podría decirse que era un barco de dos palos y de igual tonelaje que la *Guadiana*. Su plan parecía consistir en cortar la retirada por el Oeste al buque que mandaba Vasconcelos.

El negrero, que le examinaba atentamente con un poderoso catalejo, lanzó una exclamación entre dientes:

—¡El! — dijo —. Lo esperaba. Si hubiera sido otro no me aguardaría ahí, sabiendo como sabe esa gente lo que vale mi navío.

—¿Qué murmuras? — le preguntó el doctor.

—Es el *London*, Esteban.

—En consecuencia, el combate es inevitable, Vasconcelos.

—Desde luego.

—Si es el *London*, nos atacará de inmediato.

—¡Calla por lo que más quieras, que demasiado lo sé! ¡Ah! ¿Me han preparado una emboscada en regla? Pues se equivocan en absoluto si sospechan que van a vencer a la *Guadiana* y a hacer con el hijo lo que hicieron con el padre. ¡Ahora verán si soy digno hijo de aquél!

—¿Qué vas a intentar?

— Abrir una brecha con el espolón sin perder un minuto y a incendiarlo a continuación.

—¿Y no crees que sería mejor desarbolarlo?

—¿Y si en vez de eso nos arranca el palo mayor o el trinquete? Convéncete; nuestra salvación está en la rapidez del ataque.

— ¿Entonces renuncias al abordaje?

—Sí; tiene muchos hombres para que tratemos de intentarlo. Trabajaremos con el espolón. ¡Señor Kardec!

El segundo, que había ordenado conducir sobre el puente los barriles de ron, se acercó.

—Esos preparativos son inútiles — le dijo.

—Mi capitán, sin embargo yo creo que el abordaje...

—¿Quiere usted hacerse ahorcar? Que se reúnan los hombres a proa para reprimir el ataque, porque va a funcionar el espolón.

—¿Y los negros que están en la sentina?

—¿Le importan mucho a usted los negros, señor Kardec? No hay que ser tan sensible, y usted mucho menos, que nunca lo ha demostrado. Cada uno a su puesto. ¡Hurtado, prepárate a embestir, y procura que nuestro intento no falle!

El crucero estaba a mil doscientos metros y corría velozmente hacia la nave negrera. Vasconcelos, para engañarlo mejor sobre sus ocultas intenciones, lanzó la *Guadiana* hacia el Norte, como si tratara de eludir el abordaje; pero apenas su nave presentó el costado al enemigo, ordenó:

—¡Fuego!

Toda la artillería de la *Guadiana* disparó a una en formidable detonación, y a bordo del buque enemigo se oyó el sordo ruido del velamen que se venía abajo. De inmediato se oyeron gritos de furor y voces de mando, viéndose brillar dos fogonazos.

Dos balas pasaron silbando por encima de la nave negrera, destrozando parte de la cofa de trinquete y desgarrando dos velas. El vigía que estaba sobre la cofa cayó al puente, destrozándose el cráneo.

—¡Orza, Hurtado! — gritó Vasconcelos.

La *Guadiana* viró con la rapidez de un relámpago, marchando hacia el crucero. Corría con la velocidad de una flecha, y como el viento soplaba favorablemente, parecía rozar apenas el agua, presentando a la nave enemiga la aguda punta de su acerado espolón.

El crucero, que al comienzo creyó que el negrero trataba de huir, sorprendióse al verle ir hacia él a velas desplegadas, aunque sin adivinar su proyecto. Creyendo que intentaba pasar ante él para escapar hacia el Sur, puso la proa al Oeste, dispuesto al abordaje.

Era el momento que aguardaba el capitán negrero.

## Cosas de la moda




*—¿Cincuenta pesos? Pero si me queda horrible.*

*—Ya lo sé, señorita. Pero parecer horrible es lo que se estila este año.*

—¡Fuego! —gritó—. ¡Recto hacia el crucero, contramaestre Hurtado!

La nave adversaria lanzó a su vez un huracán de metralla, contra el negrero, y el fuego se generalizó por las dos partes, quedando los dos buques envueltos en densa humareda.

Los fogonazos se sucedían, las detonaciones retumbaban sin cesar. Las balas y la metralla producían en los buques enormes averías, destrozando la obra muerta, astillando los palos, quemando las velas y las cuerdas, y sembrando la confusión y el espanto; pero aquel fuego no duró muchos minutos.

La *Guadiana*, oculta hasta entonces en el humo, apareció de pronto a escasa distancia del crucero. Su acerado espolón brilló un instante al resplandor de los cañonazos, y en seguida lanzóse velozmente sobre un costado del buque enemigo, vomitando a la vez fuego y metralla por todas sus piezas.

Un inmenso grito de angustia salió del puente del crucero, que se había inclinado de estribor al irresistible impulso del negrero.

—¡Nos vamos a pique!

Después, una verdadera horda de hombres enloquecidos ocupó la proa de la *Guadiana* lanzando gritos ensordecedores.

INEXPLICABLE HERIDA

Fué tan rápida y audaz la maniobra de la nave negrera, que el bergantín adversario apenas si tuvo tiempo de virar. El más completo de los éxitos coronó la arremetida de Vasconcelos.

La *Guadiana* le había abierto con su espolón formidable una enorme vía, por la cual precipitábase el agua al interior del buque con el fragor de una catarata, amenazando hundirlo en el abismo en pocos minutos.

La tripulación del *London* no perdió la serenidad, a pesar del inminente peligro que corría. Viendo la proa de la nave enemiga incrustada aún en el costado de su nave, se dirigió furiosamente a la *Guadiana* para abordarla.

Oficiales, marineros y soldados de infantería de marina hicieron irrupción en la *Guadiana* y se precipitaron como fieras, llenando el aire con sus feroces gritos.

Pero el capitán brasileño había previsto el peligro. En tanto que la brigada de maniobras disponía las velas para alejar la *Guadiana*, él se lanzó a proa a la cabeza de sus tiradores y artilleros para cerrar el paso al enemigo y obligarle a volver al crucero que se hundía.

En aquel espacio reducido, en aquella punta extrema del negrero entablóse una lucha a muerte, mientras en las gavias y en los penoles tronaban las carabinas y llovían las granadas.

Vasconcelos, tan valeroso soldado como hábil marino, con una pistola en la mano izquierda y el hacha de abordaje en la derecha, animaba a sus hombres con voz potente.

Las dos tripulaciones se encontraron en el castillo de proa.

Los de la *Guadiana* lanzáronse contra los primeros enemigos que les hacían frente, sin temor a las descargas cerradas que partían desde la cubierta del *London*.

La lucha fué tan corta como sangrienta, y al fin los tripulantes del crucero retrocedieron a su buque, huída que fué saludada por los negreros lanzando gritos de júbilo.

De súbito la estridente voz de Hurtado gritó:

—¡Todo el mundo al puente! ¡La vena está libre!

La *Guadiana* separóse del crucero, oyéndose el chirriar del espolón al salir de la brecha, y después de oscilar violentamente de babor a estribor, se vió libre en el mar, llevando a su bordo algunos tripulantes del crucero que no habían querido abandonar la proa de la nave negrera.

Una nube de metralla lanzada por los cañones del crucero cayó sobre el castillo del bergantín brasileño, hiriendo y matando a amigos y enemigos; una descarga de fusilería volvió a sembrar la muerte en el puente.

El capitán Vasconcelos, que se encontraba en medio de los combatientes, abrióse de pronto paso por entre los marineros, vacilante y pálido, descendió del puente tambaleándose, y al pie mismo de la escalerilla cayó al suelo, dejando escapar el hacha de abordaje empapada en sangre.

El doctor, que no lo perdía de vista, se lanzó hacia él gritando:

—¡Vasconcelos!

Pero el capitán negrero no respondió.

Estaba desmayado y su rostro tenía la palidez de un muerto.

El doctor Esteban no perdió el valor. En tanto que los cañones tronaban y la fusilería no cesaba de disparar en las dos naves, tomó entre sus brazos a su amigo y, atravesando rápidamente el puente entre el fuego y las balas, lo trasladó al camarote, colocándolo en su litera.

—¡Vasconcelos! ¡Dios mío! ¿Estará quizá herido de muerte?

Sin cuidarse en absoluto de las balas, que amenazaban entrar en el mismo camarote, desnudó rápidamente al capitán, que no daba señales de vida.

Le revisó el pecho, hallando sólo dos ligeras heridas, sin duda originadas por dos cuchilladas dadas de refilón.

—¡Esto no es grave! —decíase a sí mismo el doctor Esteban, sorprendido—. ¿Dónde tendrá la otra herida?

Un hilo de sangre que salía de debajo y manchaba las sábanas de la litera le hizo comprender que la herida la tenía en la espalda.

Dió vuelta con todo cuidado al capitán y vió un pequeño y sangriento agujero abierto bajo el omoplato derecho.

—¡Una bala aquí! —exclamó—. ¡Qué raro! ¡Si yo le he visto luchar siempre dando la cara al enemigo! ¿Quién pudo haberlo herido aquí?

—¡Doctor! —exclamó en aquel momento una voz suplicante.

Esteban se volvió contrariado y vió en la puerta del camarote a la joven mulata con la angustia pintada en el semblante pálida y con los ojos húmedos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Seghira? —dijo serenándose.

—¿Está herido? —preguntó en voz baja la esclava.

—Sí.

—¿De gravedad?

—Lo temo.

—¡Ah! ¡No quiero que muera! —exclamó ella con extraña energía.

El doctor la miró con viva sorpresa, tratando de auscultar en el fondo de su alma, y expresó:

—Hay que esperar.

Sin pérdida de tiempo se dedicó a hacer la primera cura.

La sangre brotaba en gran cantidad de la herida y el capitán podía sucumbir por efecto de la hemorragia. Examinó con mucho cuidado el pequeño orificio, como si tratase de adivinar la dirección que había traído la bala y la clase de proyectil. Después se puso a sondar la herida, sirviéndose para ello de los instrumentos que tenía a mano.

Operaba rápidamente y con mano firme, como hombre que sabe lo que vale el tiempo en esos casos.

—¡Aquí está! —murmuró después de un momento, respirando libremente—. Temía que hubiera lesionado el pulmón; pero veo que se ha desviado hacia una costilla. Saquémosla; esta bala me interesa mucho.

Tomó unas pinzas de plata, las desinfectó en ácido fénico y las introdujo con sumo cuidado en la herida. Buscó algunos instantes con precaución y después las retiró lentamente, procurando no desgarrar mucho el agujero de entrada, hasta que al fin la extrajo.

Las dos puntas de las pinzas sujetaban un objeto redondo cubierto de sangre.

El doctor lo dejó caer en un vaso de agua y después bañó la herida y colocó el apósito con presteza.

Apenas había concluído la operación, el capitán comenzó a dar señales de vida. Lanzó un profundo suspiro, movió débilmente los miembros y después abrió poco a poco los ojos, fijándolos en la persona que tenía ante sí.

—¡Ah! ¿Eres tú, Esteban? —murmuró con voz débil.

—Yo soy, amigo.

—Parece que me hirieron..., ¿verdad? —exclamó esforzándose por sonreír.

—Sí, te han alojado una bala en la espalda.

—¿En la espalda, dices? ¡Imposible! Tú te equivocas.

—Acabo de extraerte el proyectil.

—¿De la espalda?

—Sí, del lado derecho.

—Es que...

—Ahora no hables, Vasconcelos. Más tarde charlaremos de esto. Te conviene descansar.

—¿Y el crucero? ¡No oigo ya el cañón!

—No sé nada, pero me parece que la *Guadiana* huye rápidamente.

—¡Hemos vencido!

Un clamoreo formidable estalló en aquel momento sobre el puente, en tanto que

a lo lejos oíase como una sorda detonación seguida de gritos de dolor.

El doctor precipitóse a la ventanilla del camarote y miró hacia el mar. A una milla escasa el crucero sumergíase en un espantoso hervidero y de él se alejaban a toda prisa varias lanchas cargadas de marineros.

—¿Qué ves, Esteban? — preguntó Vasconcelos, tratando de incorporarse.

—El fin del crucero — respondió el doctor.

—¿Se han salvado... los hombres... que lo tripulaban?

—Sí, diviso algunas chalupas cargadas de marineros y soldados.

—Mejor...; yo... no soy... tan feroz como... ellos.

Y cayó sobre la colchoneta lanzando un gemido. Al cabo de un rato incorporóse nuevamente y sus asombrados ojos se fijaron en la esclava, que se mantenía medio escondida, llorando silenciosamente en un rincón de la cabina.

— Seghira..., pobre muchacha — murmuró —. Me alegra mucho... verte a mi lado.

—¡Señor! — dijo ella adelantándose, mientras en sus grandes ojos velados por las lágrimas brillaba un destello de alegría y ternura.

—Ven... aquí... cerca de mí... Tú sola lloras por mí..., tú y Esteban... Los demás...

No acabó: una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, le abandonaron repentinamente las fuerzas y cayó sin conocimiento.

—¡Muerto! — exclamó Shegira, saltando como una leona herida —. ¡Muerto!

—No — dijo Esteban después de un rápido examen —. Ha querido hablar demasiado y las fuerzas le flaquearon.

— Doctor, usted lo salvará, ¿no es cierto?

—Lo espero, Shegira.

—¡Quiero que viva!

—¡Es extraño! ¿Qué te importa a ti que viva o no? Los esclavos odian siempre a sus señores, y sobre todo a los negreros que los arrancan de su patria. ¿Por qué no aborreces tú al capitán?

— No lo sé — murmuró la esclava —; pero yo no lo odio ni lo odiaré jamás.

—Estás pálida, Seghira. ¿Amas a Vasconcelos?

—Soy una esclava, doctor — respondió la mulata bajando la vista —. Los esclavos del Africa maldita no pueden amar, y yo... amarle a él, a él, que es superior a todos!

—Eres muy bella, Seghira.

— Pero no olvido de que soy una esclava, señor.

—¡Tal vez!... — dijo para sí el doctor —. Se han visto muchos casos. Otros negreros...

Calló al oír pasos en el corredor. Volvióse y vió ante la puerta del camarote al segundo y al contramaestre Hurtado.

Kardek estaba más pálido que de ordinario y en sus ojos se adivinaba una viva inquietud, una agitación profunda. El contramaestre estaba emocionado, y en sus bronceadas mejillas veíanse dos lágrimas, tal vez las primeras que derramaba aquel gigantesco lobo de mar.

—¿Ha muerto? — preguntó con voz apagada el segundo.

—No, señor Kardec — contestó el doctor, mirándole con suma atención.

—¿Es grave la herida?

— Grave sí, pero no creo que sea mortal.

En los ojos del bretón brilló un relámpago y su rostro antipático tuvo un ligero temblor nervioso.

— ¿Lo salvará usted, doctor? — preguntó Hurtado con voz anhelante.

—Creo que sí, Hurtado.

—¡Perros ingleses! — exclamó el contramaestre con ira —. ¡Tratar así a mi capitán! ¡Si lo llego a saber, no queda uno vivo!

—Hubiera sido una crueldad inútil, Hurtado — le replicó el doctor.

—¿Inútil? ¿Pues no quisieron ellos matar a mi capitán?

—¿Quiénes son ellos?

—Los perros del *London*.

— Me parece que no fueron ésos los autores de la herida de tu capitán.

—¿Eh? — exclamó el contramaestre, abriendo enormemente los ojos —. ¿Qué dice usted, doctor?

— Que tu capitán ha sido herido, a traición y por la espalda, mientras hacía frente al enemigo.

—¡Imposible, señor! — exclamó con asombro el contramaestre —. Es cierto que nuestra tripulación se compone de bandidos, pero no creo que ninguno sea capaz de hacerle eso al capitán.

—Quizá haya alguno que esté interesado en que el capitán desaparezca.

—¿Quién es? ¡Dígamelo, doctor, y ahora mismo lo arrojo al agua!

— No lo sé; pero no tardaremos en averiguarlo.

—¿Cómo? — preguntó el segundo con un tono de voz tan extraño, que el doctor se inquietó.

Hurtado estaba más pálido que un cadáver y en sus ojos se leía una ansiedad profunda. ¿Era un acceso de sorda rabia por no conocer al traidor que tan alevosamente intentara asesinar al capitán, o era un terror profundo lo que alteraba su ánimo? ¡Quién sabe! Aquel hombre era tan incomprensible, que cabía suponerlo todo de su proceder.

## Coincidencia



*—¿De manera que quiere usted casarse con mi hija? Bueno, mi respuesta depende de su situación financiera.*

*—¡Qué casualidad! Mi situación financiera depende de su respuesta.*

—¿Me pregunta cómo? —dijo al fin el doctor—. No lo sé aún; pero quizá tenga una prueba en la bala que extraje de la herida.

—¿La conserva usted? —preguntó el segundo con viva ansiedad.

—Sí, señor Kardec, en ese vaso.

—Ha hecho usted muy bien.

—¿Hay algunos heridos que curar en el puente? El capitán no necesita mis cuidados por ahora; se ha adormecido, y este reposo le sentará maravillosamente.

—Hay seis heridos, doctor —contestó Hurtado.

—¿Y muertos?

—Diez.

—¿Y los negros, cómo salieron?

—Con siete muertos y tres heridos.

—Vamos, pues, a curar al que lo necesite, Hurtado. Tú, Shegira, velarás al capitán Vasconcelos.

El doctor recogió sus instrumentos quirúrgicos y salió acompañado de Hurtado. El bretón se quedó en el camarote, apoyado en la pared, con los labios contraídos, la frente fruncida y la mirada fija en el vaso que contenía la bala. Momentos después sus ojos se separaron del vaso, fijándose en la esclava, que, inclinada sobre el lecho, espiaba con viva ansiedad los más ligeros movimientos del capitán herido.

Una llama siniestra brilló en los ojos del segundo al fijarse en las insinuantes formas de aquella mulata, pareciendo como si quisiera devorar aquellas carnes suaves como el terciopelo y ligeramente bronceadas por el sol del Africa.

Después de algunos instantes de muda contemplación, dijo:

—¿Qué haces aquí, Shegira?

La esclava posó en el bretón sus ojos anegados en lágrimas.

—Velo a mi señor —contestó.

—Tu puesto no es éste. Está entre los esclavos del entrepuente.

—Me concedieron la libertad —contestó ella con energía.

—¿Quién te la concedió?

—Mi señor.

—¡Ah! ¿El? —murmuró el bretón con ligera ironía. Dudó un momento, y luego añadió con firmeza:

—Ten cuidado, porque te robará el corazón.

—Es mi señor —respondió la mulata.

—Y después te venderá —continuó el bretón con acento duro.

—Puede hacerlo, si quiere.

—¿Y si otro hombre te dijese: vente conmigo; te daré la libertad completa, qué responderías?

La esclava lo miró como si tratase de leer en el fondo de su corazón, y haciendo después un gesto de repulsión, dijo con un acento que no admitía réplica:

—El capitán Vasconcelos es mi solo dueño.

—¡Ah! —exclamó Kardec con rabia.

Y abandonó la cabina haciendo un gesto de amenaza.

### EL REY DE LOS "BACALAOS"

No obstante el furioso abordaje, el continuado cañoneo, y sobre todo el efecto del terrible choque experimentado al dar el espolonazo, la *Guadiana* reparó pronto sus averías, quedando como antes del combate. Por lo tanto, puede afirmarse que en la terrible lucha sostenida con los cruceros el bergantín negrero tuvo una fortuna extraordinaria.

Su proa, que debía de ser de una solidez a toda prueba, salió casi incólume de la inmensa brecha abierta en el buque enemigo, y bien pronto quedaron reparadas todas las averías, sustituyéndose además las velas y el cordaje que así lo requerían.

Solamente la arboladura había sufrido más considerablemente, y estos daños fueron los que no pudieron repararse por no tener la nave carpinteros hábiles.

De la tripulación habían muerto diez hombres y otros seis fueron conducidos a la enfermería en estado gravísimo.

Una granada que cayó en el entrepuente mató a siete esclavos y cuatro más sufrieron heridas de bala.

En tanto que el doctor se ocupaba en curar a todos estos desgraciados, que lanzaban angustiosos gemidos, el contramaestre Hurtado daba órdenes para la recomposición de los daños sufridos y disponía que los cadáveres fueran arrojados al mar, con gran gozo de los delfines que seguían la nave brasileña.

Cuando el segundo apareció sobre el puente, la *Guadiana* navegaba hacia el Oeste con una velocidad de siete nudos e impulsada por los vientos alisios, que soplan constantemente de Oriente a Occidente.

El océano estaba algo agitado, y al Este se divisaban aún las costas de Africa, desdibujadas ya por la distancia, que se acrecentaba a cada instante.

En aquella misma dirección, y perdidas como puntos diminutos en la inmensidad de las aguas, veíanse las chalupas del crucero, que iban en procura de la bahía de López.

El bretón permaneció algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en aquellos pequeños puntos y abstraído en profundos pensamientos, contraídos los labios y los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera contener la sorda cólera que rugía en su corazón. A poco, y como si bruscamente hubiera tomado una resolución, atravesó la toldilla y se encaminó hacia el entrepuente.

Los esclavos, tendidos en el suelo, dormían unos junto a los otros, como lo permitía lo reducido del espacio. Los más vigorosos, que estaban encadenados a las argollas de las paredes, sostenían a los más débiles.

Las madres, estibadas a popa, estrechaban a sus hijos contra el pecho, como si recelasen que durante el sueño vinieran a robárselos.

Cuatro marineros con las carabinas al brazo y los látigos a la cintura vigilaban en los cuatro ángulos del entrepuente, prontos a reprimir la más pequeña tentativa de insubordinación.

Kardec, el segundo, arrebató el látigo a un centinela, y sin pronunciar palabra se puso a recorrer aquella inmensa sala, cargada ya de emanaciones, como si buscase a alguien entre aquella negra masa humana.

Al cabo de un rato se paró y su látigo castigó con sordo ruido las espaldas de un negro gigantesco que dormía en un rincón.

—¡Arriba, Niombo! —exclamó el bretón con voz gangosa.

El rey africano, bruscamente despertado por aquella agresión brutal, trató de incorporarse, haciendo crujir las gruesas cadenas que lo sujetaban a la argolla empotrada en la pared.

Al ver al señor Kardec se quedó quieto, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¿Qué deseas de mí? —le dijo con voz pletórica de rencor.

—¿Quién eres tú, vil esclavo, para interrogarme? ¿No sabes que en este momento soy tu amo? ¡Es inútil que me mires con odio!

El gigante negro no respondió, pero el fulgor de su mirada dió mayor brillo a sus ojos.

—¡Quiero hablarte! —dijo el bretón—. ¿Conoces a Shegira?

—Sí.

—¿De dónde es originaria?

—Del alto Ogobai.

—¿Quién era su padre?

—Un gran jefe de la tribu de los Pacuinos.

—¿Y su madre?

—Una blanca: portuguesa.

—¿Y cómo se realizó esa unión de una blanca con un rey negro?

—Según referencias, la apresó una banda de cazadores de hombres, que luego la vendió al jefe de los Pacuinos en un precio elevado.

—¿Y viven sus padres?

—Los mataron los soldados de Bango el infame.

—¿Y dispersaron la tribu?

—Completamente. La mataron o la hicieron esclava.

—¿No hay aquí ningún hombre de su tribu?

—No. Los vendieron a todos a un traficante que llegó antes que vosotros.

—¿Tiene parientes Shegira?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Shegira me lo dijo.

—¿Eres acaso su confidente? —preguntó irónicamente el segundo.

—Sí, yo la protegía contra las huestes de Bango.

—¡Eficaz protección la de un esclavo!

—¡Yo soy rey! —exclamó Niombo con arrogancia—. Mi tribu es aún poderosa, y Bango se cuidaba bien de no acercarse a mí, a pesar de estar encadenado.

—¿Quieres que hagamos un pacto?

—Explícate.

—¿Sabes que ella ama al capitán Vasconcelos?

—¡Al capitán! —exclamó Niombo con doloroso acento.

Después, reponiéndose, agregó:

—Shegira es libre y puede amar a quien le guste.

—¡Es que yo no deseo eso! —dijo el bretón con amenazador acento—. ¿Me comprendes? ¡No lo quiero por nada del mundo!

El negro lo miró con sorpresa. No acertaba a comprender aquellos gritos de rabia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Quiero decir que esa mulata debe ser mía —respondió Kardec.

—Acabas de decirme que ama al capitán.

—Pero yo no quiero que lo ame.

—¿También los blancos se odian?

—Más que los negros.

—Entonces tú odias al capitán.

—¡Eso no te importa, esclavo! —respondió brutalmente el segundo.

— ¿Y entonces qué quieres de mí..., del esclavo?

—Tú eres amigo de Shegira.

—Así es.

—Pues te concederé la libertad cuando hayamos atravesado el océano y te daré los medios de volver a tu patria si aceptas el pacto que te propongo.

—¿Cuál? —preguntó Niombo, en cuyos ojos brilló un rayo de esperanza.

—Que persuadas a Seghira de que sea mía.

—¿La amas?

—Sí —dijo el bretón casi con rabia—. Esa mujer ha despertado en mi alma una extraña pasión; su recuerdo me acompaña a todas partes; me ha vuelto loco y es necesario que sea mía. ¿Me comprendes, Niombo?

—Te comprendo, pero el capitán...

—¡Ah! El morirá pronto —dijo el bretón con voz sombría.

—¿Y tú deseas que yo te la entregue?

—Sí, Niombo, y tendrás la libertad. ¿Accedes?

—No.

—¿Rehusas entonces?

—Sí.

El bretón miró al negro, como si no hubiera comprendido bien lo que decía.

—¿Rehusas? —repitió con voz amenazadora—. ¡Tú, vil carroña?

—Niombo es un rey, hijo de rey —dijo el negro con orgullo—. Yo desprecio la libertad que tú me ofreces a ese precio.

—¡Miserable! —gritó el bretón alzando el látigo.

El negro se irguió cuan alto era, distendiendo sus enormes músculos, y miró fijamente al bretón, diciéndole con voz amenazadora:

—¡Cuidado con lo que vas a hacer!

Kardec, que parecía loco de furor ante aquella amenaza, descargó rabiosamente el látigo, pero no logró tocar la piel de Niombo.

Este, con un fugaz movimiento, se lo arrancó de las manos y lo partió en pedazos, que arrojó a la cara del segundo.

— ¡Blanco —rugió Niombo—, cuidado!

—¡Ah, perro! —gritó Kardec—. ¡A mí, marineros! ¡Azotad a este vil esclavo!

Viendo Niombo que los cuatro marineros de guardia se lanzaban contra él, látigo en mano, tuvo un acceso de furor. Aquel gigante, que debía de poseer una fuerza inmensa, consiguió con sobrehumano esfuerzo romper la cadena, y corrió por el entrepuente, gritando:

—¡A mí, hermanos de raza!

Aquel grito, que resonó como un trueno en la prisión de los esclavos, tuvo una contestación rápida.

Un verdadero rugido, fuerte como un huracán, salió del pecho de todos los negros, y a aquel clamor salvaje siguió un fragor de cadenas capaz de imponer pánico en el ánimo más templado.

Los quinientos negros habíanse erguido como un solo hombre. No eran ya quinientos esclavos humildes, atemorizados y encogidos ante el restallar de los látigos; eran quinientos leones dispuestos a la lucha. Los hijos del continente negro se levantaban tremendos, dispuestos a vengar de un solo golpe sus largos padecimientos, sus humillaciones, sus seculares martirios.

Al ver libre a su rey y cruzando el entrepuente, hombres, mujeres y niños se pusieron de pie dispuestos a todo, aunque fuera a dejarse matar.

Los cuatro marineros que habían acudido en socorro del bretón fueron en un momento apresados, agarrotados y reducidos a la impotencia por cincuenta brazos, que los hicieron desaparecer tras una muralla humana.

Ante aquellos potentes rugidos y ante el estruendoso trepidar de las cadenas y las voces de socorro lanzadas por los marineros, la tripulación toda de la nave negrera, con el doctor y el contramaestre a la cabeza, entraron en el entrepuente armados hasta los dientes.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó Esteban, deteniendo con un gesto a los marineros que trataban de lanzarse sobre los enardecidos esclavos.

—¡Que me defiendo! —dijo Niombo, que estaba de pie en medio del entrepuente, teniendo en la mano una carabina sacada a un centinela.

—¡Tú, Niombo! —exclamó el doctor.

—Yo, señor —respondió más sumiso el monarca africano.

—¿Y contra quién te defiendes?

—Contra éste, que viene a injuriarme mientras duermo. ¡Soy esclavo vuestro, sí; pero aquí aun soy rey!

Entonces fué cuando advirtió el doctor

**Amazonas**



*—Dos leches malteadas, y dos botellas de árnica.*

la presencia del segundo, que permanecía pegado a la pared para eludir el asalto de los negros, los cuales hacían esfuerzos sobrehumanos para romper sus cadenas y apresarlo.

—¿Qué hizo usted, señor Kardec? — le preguntó el doctor Esteban con voz grave —. ¿No le basta con ejercer este inhumano tráfico, sino que también necesita provocar a estos desgraciados a latigazos?

—¿Va a enternecerse ahora con estos pieles negras, señor Esteban? — interrogó a su vez el bretón, que había recobrado su aplomo y sangre fría.

—Sabe usted muy bien que el capitán ha prohibido el látigo a bordo de su nave.

—¿Entonces, pretende usted que se les de azúcar a estos perros negros? Esta canalla se negaba a responder a mis preguntas y trataba de castigarla.

—¡Señor Kardec! — exclamó el doctor —. Aun no es el jefe usted aquí.

—En este instante, señor Esteban, mando yo en la *Guadiana*.

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Salga usted de aquí inmediatamente! ¡El comandente vive aún, a pesar de la bala que lo hirió a traición! ¡El jefe es él, y nadie más que él!

Estas palabras produjeron una impresión profunda en el segundo, que, perdida su audacia, sólo pudo contestar:

—Está bien, señor Esteban.

Rozando las paredes salió del entrepuente y subió a cubierta, torvo, agitado, inquieto.

—Tranquiliza a esta gente — dijo el doctor volviéndose hacia Niombo.

A una señal del rey todos los esclavos quedaron apaciguados. Los cuatro marineros de guardia volvieron a ocupar sus puestos respectivos.

—Vuelve a tu lugar, Niombo — añadió el doctor —. Nadie osará molestarte, y ya que has roto tu cadena de esclavitud, yo, en nombre del capitán, te concedo la libertad.

—Gracias, señor — respondió el gigante soltando el arma en tanto que los esclavos murmuraban con admiración:

— Es un gran *tebib* (doctor).

Instantes después, el doctor dijo, dirigiéndose a la tripulación:

—Que nadie toque a estos hombres o mujeres. Es orden del capitán y en su nombre hablo.

Salió sobre cubierta acompañado siempre del contramaestre y de la tripulación, pero apenas puso el pie en la toldilla, lanzó un grito de asombro.

A popa, apoyado con una mano en los hombros de Seghira, pálido, semidesnudo y esgrimiendo en la otra mano una pistola, se hallaba el capitán Vasconcelos. A pesar de la dolorosa y grave herida, manteníase derecho y sus ojos lanzaban relámpagos de indignación.

—¡Vasconcelos! — exclamó el doctor, lanzándose hacia él —. ¡Qué imprudencia estás cometiendo!

—¿Qué ocurre aquí? — preguntó el herido —. ¿Quién se atreve a provocar una rebelión en el entrepuente de mi nave?

—Todo há terminado ya, Vasconcelos. Vuelve a tu camarote, porque te estás matando.

—Oí los gritos de los negros. ¿Quién los ha provocado? ¡Quiero saberlo inmediatamente!

—Nada. Ha sido un latigazo; nada más que eso.

— ¿Y quién se atreve a manejar el látigo en la *Guadiana?* — gritó colérico.

—Kardec.

—¡El!

Viendo al bretón, que permanecía apoyado en la amura de proa, sus ojos se posaron en él, agudos como dos hojas de puñales.

—¡Señor Kardec — le dijo con sorda rabia —, el capitán de a bordo de este bergantín soy yo! En el primer puerto a que lleguemos lo desembarcaré.

Luego, y como si toda su energía se hubiese agotado en aquel instante de cólera, las fuerzas le abandonaron y cayó en los brazos del doctor y de la mulata Shegira.

SOSPECHAS

El capitán Vasconcelos había perdido el conocimiento, así que inmediatamente fué llevado a su cabina, donde se hallaba ahora en grave estado. Su imprudencia al abandonar el lecho y el acceso de cólera que había sufrido produjéronle gran decaimiento, y la herida nuevamente se le abrió.

Su frente estaba perlada por frías gotas de sudor; su piel habíase puesto pálida y terrosa; sin el débil movimiento de la respiración que levantaba apenas su robusto pecho, hubiérase creído que estaba muerto.

El doctor Esteban, inquieto y taciturno ante el estado del capitán, le practicó una nueva cura, para evitar mayor pérdida de sangre, y preguntó a la esclava Seghira:

—¿Qué fué lo que ha sucedido?

—Algo importante.

—Habla, Seghira.

—Se despertó bruscamente y me preguntó dónde habíais puesto la bala extraída.

—¿Y después? — interrogó el doctor frunciendo la frente.

—La sacó del vaso y la examinó con suma atención. En aquel momento vi alterarse su rostro de un modo tan terrible, que me causó terror.

—Prosigue, Seghira.

—Entonces precisamente fué cuando se oyeron los gritos de los negros. El capitán se arrojó del lecho, se apoderó de una pistola y me pidió que le condujera al puente. Estaba sumamente excitado y sus miembros denotaban gran nerviosismo.

—¿Dónde está la bala?

—La volvió a colocar en el vaso.

Esteban agarró el vaso, sacó la bala y la observó detenidamente.

—Este calibre no me es desconocido — murmuró —. ¿Sabrá Vasconcelos de qué pistola ha salido esta bala? ¡Veamos!

Tomó la pistola que momentos antes esgrimía el capitán, un arma de grueso calibre, y vió con verdadera sorpresa que el proyectil se adaptaba perfectamente. La arruga que surcaba la frente del doctor se hizo más profunda y una palidez cadavérica se posesionó de su semblante.

—¡Contramaestre Hurtado! — gritó desde la puerta del camarote.

El gigantesco marino, que se encontraba en el timón, acudió corriendo a la llamada de Esteban.

—¿Qué sucede, doctor?

— Ven — dijo Esteban, metiéndolo en el camarote —. ¿Conoces esta bala?

—¡Ya lo creo! Es una bala de las pistolas que usamos nosotros.

—¿Y hay muchas armas de éstas a bordo?

—Una docena, doctor.

—¿Quienes son las personas que las llevan?

—El capitán y el segundo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Crees tú que algún tripulante del *London* pudiera llevar armas de este calibre?

—No lo creo. Nuestras pistolas son de fabricación brasileña y tienen un calibre especial.

—¿De modo que, a tu entender, esta bala no ha podido salir del *London?*

—Me parece muy difícil, porque los ingleses llevan armas fabricadas en su país.

— Y en el momento del abordaje, ¿quién de nosotros estaba armado con pistolas?

—El capitán y el señor Kardec.

— Durante la lucha, ¿sabes dónde estaba el segundo?

El contramaestre se quedó pensando unos instantes y después agregó:

—Si no me equivoco, me parece que se hallaba cerca de la amura, por estribor.

—¿Delante o detrás del capitán?

—Más bien un poco detrás.

—¿Tenía una pistola en la mano?

—Sí, en la izquierda; pero... ¿Por qué me hace usted estas preguntas, doctor? Despierta usted en mí una sospecha terrible.

Esteban, en vez de responder, le preguntó de pronto:

—¿Tienes confianza en Kardec? ¿Lo crees un hombre honrado?

El contramaestre le miró algo sorprendido, y luego contestó con voz firme y grave:

—En los tres años que ha vivido a bordo le he conocido como un buen marino, audaz y valiente, pero...

—No te interrumpas, Hurtado.

—He oído cosas muy extrañas sobre él. En San Pablo me dijeron que Kardec fué cazador de hombres y que ejerció la piratería en las costas de la Malasia.

—¡Ah! ¿Te dijeron eso?

—Sí, doctor, y una noche oí que decía a algunos de nuestros marineros que si la *Guadiana* fuera suya volvería al archipiélago malayo y en pocos meses nos enriqueceríamos todos.

—Entonces, ese hombre es capaz de cualquier cosa — dijo el doctor —; hasta de asesinar a Vasconcelos para apoderarse de su nave, y...

—Sí — murmuró una voz ronca.

El doctor y el contramaestre se volvieron prestamente y lanzaron una exclamación de asombro. El capitán, pálido toda-

vía, y apoyado con ambos brazos en la cama, los miraba con ojos desorbitados.

—¡Vasconcelos! —gritó el doctor acercándose al lecho y socorriendo al herido.

—Lo oí todo —murmuró el brasileño con voz tenue—. Sí... ese hombre... es capaz de todo... Esteban, esa bala... es de las nuestras. La conocería... entre mil...

—No adelantemos juicios, Vasconcelos.

—Sí, te repito que es capaz de todo —prosiguió el herido con energía—. La bala... es de... su pistola... ¡Sí, Esteban...; sí!

—No podemos acusarle por simples sospechas. Nadie le vió hacer fuego contra ti, y tu herida puede haber sido causada por una bala perdida.

—No, Esteban, no... Kardec me incitaba... a la piratería... en lugar de este tráfico, y procura... apoderarse de mi nave... ¡Vigila..., vigílale sin cesar!

Dichas estas palabras cayó como extenuado, y mirando durante algunos instantes a la mulata, que le acariciaba, amorosa, le sonrió dulcemente y quedóse dormido.

—Este sueño le hará mucho bien —dijo el doctor—. Dejémosle tranquilo y vayamos a visitar a los heridos, Hurtado. Tú, Seghira, vela y que nadie, con ningún pretexto, se acerque a su litera.

—¿Qué teme usted, señor Esteban? —preguntó el contramaestre Hurtado.

—Que se respira aquí un aire de traición. Que huele a villanía a bordo de la *Guadiana*.

Salieron del camarote y subieron a cubierta. Sus miradas se posaron en el bretón: estaba sentado a proa con un cigarrillo en los labios, pensativo e inquieto.

—Vigílale, Hurtado —murmuró el doctor Esteban.

—Descuide, usted —respondió el contramaestre con voz amenazadora—. En cuanto se deslice lo llevo a la barra.

Mientras tanto la *Guadiana* enfilaba, hacia el Oeste, con una velocidad de cuatro nudos, porque los vientos ecuatoriales no son muy fuertes. La corriente del Cabo, que marcha por toda la costa africana y que a aquella altura cambia del Noroeste al Oeste, favorecía la marcha del buque negrero.

Esta gran corriente es la que forma el famoso Gulf-Stream. Tiene una velocidad de una milla geográfica por hora y aumenta a medida que va aproximándose al golfo de Méjico, donde se divide en dos grandes ramificaciones: la primera, que se dirige hacia el golfo, es la principal; la segunda baja hacia la costa brasileña y desemboca en el Río de la Plata.

Sus aguas, más livianas que las del océano, se distinguen perfectamente y se ve cómo se mueven hacia el Oeste.

El hecho de ser aquella parte del Atlántico poco recorrida motivaba que el mar permaneciese desierto.

Excepto los dos cruceros, ninguna otra nave había surgido en el lejano horizonte.

En aquel dilatado espacio comprendido entre el Ecuador y el paralelo 20º sólo se encuentran algunas islas, tales como: Santa Elena, San Mateo, La Concepción y la Trinidad, todas ellas casi inhabitadas y apenas productivas.

Por la noche aumentó el viento, avivando la marcha de la *Guadiana*, que parecía tener prisa por abandonar aquellos peligrosos parajes, frecuentados por los cruceros que hacen escala en Santa Elena.

El oficial Lucas, que hubiera querido encontrarse ya en el Brasil, desplegó nuevas velas para aumentar la velocidad, pues sabía que los vientos frescos duran poco y que son reemplazados por calmas chichas que duran semanas y semanas.

En aquella primera noche el capitán Vasconcelos sufrió varios accesos de delirio. A pesar de los cuidados del doctor, la fiebre se había presentado.

En aquellos accesos sólo hablaba de balas, de traiciones y de pistolas, y el nombre de Kardec era repetido a menudo, y siempre con expresión de odio.

Sin duda había anidado en su corazón la terrible sospecha de que el bretón había tratado de asesinarle para apoderarse del buque y ejercer la piratería en el archipiélago malayo.

Seghira y el doctor Esteban no lo dejaban un solo momento y velaron constantemente a la cabecera hasta que amaneció el nuevo día.

La aparición del sol parece que llevó un poco de calma al herido, porque durmió tranquilamente, y al despertar, su mente estaba perfectamente despejada.

—Habéis pasado muy mala noche por mí, amigos míos —dijo tomando las manos del doctor y las de la mulata—. He estado bastante mal, lo recuerdo; pero ahora me encuentro tranquilo y en mejor estado.

—No pienses en nosotros, Vasconcelos —dijo Esteban—. Lo urgente es que te restablezcas.

—¡Sí, sí! —exclamó Seghira.

—¡Qué buena eres! —dijo el capitán con dulzura—. Hice muy bien en traerte conmigo. ¿Dónde nos hallamos, Esteban?

—A doscientas millas de la costa de Africa.

—¿Sopla bastante el viento?

—Sí.

—Podremos evitar la calma y arribar pronto a la costa del Brasil. Un poco de aire de la tierra natal me hará muy bien; pero el Amazonas está aún muy lejos, y quién sabe si antes de llegar tendré vida.

—¡Bah! Tú eres muy fuerte.

—Es verdad, amigo Esteban; pero tengo muy malos presentimientos. Si logro llegar vivo al Brasil, me despediré para siempre del océano. No quiero continuar con este infame tráfico. Me retiraré a Bahía o a Río de Janeiro, adquiriré una gran posesión y me haré *facendeiro*.

—¿Y yo? —preguntó el doctor.

—Tú vendrás conmigo y...

Volvió la mirada hacia Seghira, cuyos negros ojos se fijaban en él con insistencia, como esperando una palabra, y le dijo con voz conmovida:

—Tú también vendrás, ¿verdad? Te quiero, pobre víctima de la esclavitud, y deseo hacerte feliz.

—¡Ah, señor! —exclamó Seghira.

—Señor, no —dijo el negrero—. Para ti soy simplemente Vasconcelos.

—Gracias, señor; mi vida es tuya.

El negrero lanzó un suspiro y después preguntó:

—¿Están tranquilos los esclavos?

—Sí —contestó Esteban.

—¿Sabes, amigo mío, que proyecto quedarme con todos? Les haré trabajar en mi *facenda* y seré para ellos algo más que un amo.

—Te felicito, Vasconcelos; haces muy bien en abandonar este maldito tráfico.

—Dices bien, amigo Esteban. Ahora comprendo lo horrible de este inhumano comercio. No, no quiero vender estos pobres negros a los feroces explotadores del Amazonas. Vámonos a Bahía: ordénale a Hurtado que cambie de ruta.

—Será necesario abandonar la corriente ecuatorial.

—¿Por qué, Esteban?

—Porque la corriente lleva hacia el ca-





No crea en consejos de comedidos o curanderos; ellos redundarán en perjuicio de su vista.
PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

**Cocinas modernas**



*—Me doy por vencida. No puedo encontrar el depósito de residuos.*

bo de San Roque y nosotros tendremos que ir más al Sur. Esto nos obligará a describir una gran curva y el viaje será más largo.

—Falsa teoría, amigo doctor. No es la mayor o menor distancia la que a nosotros nos debe importar, sino que tenemos que buscar las zonas donde soplen los vientos, que interesan mucho más.

LA CORRIENTE ECUATORIAL

Cuatro días después de abandonar la *Guadiana* la bahía de López, o sea el 24 de septiembre, el viento, que hasta entonces había soplado favorablemente, fué disminuyendo poco a poco, hasta que cesó por completo.

El bergantín negrero se encontraba en la zona calma y que se extiende hasta el Ecuador, entre las dos grandes corrientes de vientos alisios que soplan del Norte y del Sur, zona sumamente peligrosa, porque pasan semanas enteras sin que sople la más ligera brisa y con una temperatura elevadísima, lo mismo de día como de noche, lo cual origina a menudo epidemias, especialmente en las naves que transportan gran número de personas, y sobre todo en los buques negreros.

En esta zona pierden esos navíos buena parte de su carga de *ébano vivo*, cosa que sabían muy bien los peces-perros, que a millares siguen a estos buques, convencidos de que han de darles abundante comida.

Esta zona, verdadera pesadilla de los navegantes, se llama también de la lluvia, porque casi a diario caen aguaceros violentísimos, acompañados de relámpagos, y que, cosa extraña, lejos de refrescar la atmósfera, producen sensibles elevaciones en la temperatura.

La extensión de esta zona es grande y su forma irregular: una especie de V inmensa vuelta hacia el Africa. El vértice de este ángulo se apoya en las Guineas francesa y brasileña, un poco sobre el Ecuador, y los dos lados se abren el uno hacia la costa africana del Senegal, y el otro atraviesa el Ecuador, desciende hacia el Sur en dirección a la Guinea Inferior, y sin tocar la costa se pierde hacia el 7º de longitud del meridiano de París.

La *Guadiana*, que navegaba por la corriente ecuatorial, había de entrar precisamente en esta última punta de la zona y afrontar aquella ardorosa calma. Habiendo apenas comenzado la estación estival, el capitán estaba convencido de poder eludir aquellos sitios y de encontrar el alisio septentrional, el cual, lo mismo que el meridional, sopla sin cesar sobre una zona de 28º ó 30º

Como dejamos dicho, la *Guadiana* se hallaba a trescientas millas de la costa de Africa. Una calma chicha reinaba sobre el inmenso océano, que parecía un plato.

Las velas pendían inertes a lo largo de los mástiles, y el calor había subido bruscamente a 42º en el puente y a 46º en el entrepuente, que era un verdadero infierno en el que se achicharraban los desgraciados negros.

Los tripulantes del buque negrero se esparcían por la cubierta, cobijándose a la sombra de las velas. Solamente se veían de vez en cuando los hombres que hacían el relevo de las guardias, no faltando algunos marineros libres de servicio que descendían hasta lo profundo de la cala en procura de frescura y humedad.

El segundo aprovechaba todas las horas que tenía libres para permanecer encerrado en su camarote, solo y sin conversar con persona alguna.

Desde lo sucedido con el capitán y con el negro Nimbo aparecía de un humor endiablado. No dirigía a nadie la palabra, evitaba encontrarse con el doctor, y sobre todo con el contramaestre Hurtado; no se acercaba jamás a la cámara del capitán, y parecía haber abandonado sus proyectos con respecto a la joven esclava. No obstante, cuando la veía aparecer sobre cubierta acompañada del doctor para disfrutar un poco del aire de la noche, resplandecían en sus ojos sus torpes deseos y palidecía su rostro picado de viruelas.

Cuando se topaba con Niombo, que en su cualidad de hombre libre aparecía de vez en cuando sobre la cubierta, la pildez del bretón se tornaba más cadavérica y sus ojos reflejaban un odio a muerte. Si él hubiera sido capitán de a bordo, aquel rey negro ya no existiría.

La calma retuvo a la *Guadiana* durante siete días bajo aquella lluvia de fuego; pero el 2 de octubre, después de un violento aguacero, acompañado de grandes descargas eléctricas, empezó a soplar una ligera brisa del Nordeste.

Aquel cambio de tiempo llevó un poco de alivio a los pobres negros, que se asfixiaban en el entrepuente, y aun al mismo capitán, que sufría bastante por el fuerte calor, obligado como estaba a permanecer recluído en su angosta cabina.

Por vez primera aquel día se mostró de buen humor y estuvo más locuaz que de ordinario, aunque su herida, que se cicatrizaba muy despaciosamente, le hacía sufrir mucho aun.

—Me siento más tranquilo, Esteban —dijo al doctor, que estaba sentado a su cabecera, así como la esclava, que no lo abandonaba ni un solo momento—. La inmovilidad me hacía sufrir y el calor me deprimía enormemente.

—Te creo, Vasconcelos —respondió el doctor—. La quietud no se hizo para los marinos de tu temple; por más que nuestro bergantín no permanecía inmóvil, pues la corriente le ayudaba algo.

—Pero, ¿es un río esta corriente? —preguntó Seghira.

—Efectivamente; un verdadero río que corre a través del mar —dijo Esteban—. Un río que tiene por cauce y por lecho las aguas del océano Atlántico.

—Es un fenómeno extraño, doctor.

—Quizá, Seghira.

—¿Y hay muchos ríos así?

—Varios; pero de corriente tan violenta no hay más que dos: el que ahora recorremos y que forma la gran corriente del Gulf-Stream, y otro que cruza el océano Pacífico. Los demás se rompen o pierden luego de un corto recorrido, porque su velocidad es bastante limitada.

—¿Y crees tú, Esteban, que esta corriente ejerce alguna influencia en las perturbaciones atmosféricas? —preguntó el capitán brasileño.

—Desde luego; como también se puede afirmar que influyen en los climas de ciertas regiones.

—De modo que, a juicio tuyo...

—Esas corrientes son distribuidoras de calórico. Sin el calor que esparce el Gulf-Stream, Inglaterra sería poco menos que una tierra polar. Las mismas costas de España y de Francia deben mucho de la benignidad de su clima a las cálidas emanaciones de un derivado de la gran corriente que marcha en aquella dirección, orillando las costas del occidente de Europa.

—Sin duda, así debe ser, Esteban; porque Inglaterra se encuentra en el paralelo del Labrador, zona que es hoy casi inhabitable por la crudeza de su clima.

—Si se pudiera desviar la gran corriente del golfo, gozaría el Viejo Continente de muchos beneficios y en sus costas occidentales se disfrutaría de una eterna primavera.

—¿Y de qué manera?

—Sería suficiente con construir un sólido dique en la costa de Africa, con lo cual la corriente no retornaría al centro del Atlántico.

—¿La corriente ecuatorial?

—No, el brazo del Gulf-Stream que se encamina hacia Europa. Tan magno proyecto ha sido ya estudiado por muchos científicos, y quizá llegue un día en que se realice la obra.

—Es que costaría cifras cuantiosas.

—Menos de lo que se cree. Bastaría construir un dique de seis kilómetros hacia la última isla de Cabo Verde para obligar a la corriente a pasar por las costas de Europa, en vez de alejarse de ellas, como hace actualmente.

—Permíteme que dude, Esteban.

—¿Y por qué, Vasconcelos? ¿Qué es lo que genera en Europa los fríos inviernos y las lluvias desastrosas? Siempre la corriente del Gulf-Stream.

—Pero, ¿cómo?

—Sabes muy bien que el brazo principal de la corriente, luego de atravesar el banco de Terranova y la costa de Noruega, se pierde en el océano Artico. En él sus aguas, aun en movimiento, socavan las montañas de hielo; éste baja hacia el Sur en grandes bloques, que se van fundiendo al llegar a las costas noruegas, inglesas, o al mar del Norte. Estas masas de hielo se apropian gran parte del calor que encuentran en la atmósfera y en el agua, que por esta causa sufren enorme descenso en su temperatura. La condensación de los vapores de agua, que de esto resulta, es la razón principal de las lluvias que caen sobre el continente europeo, en cantidad mayor o menor, según ha sido la masa de hielo que la corriente desprende de los inmensos bancos polares.

—Te comprendo: bastaba impedir el desprendimiento de bloques para evitar la lluvia; pero se correría el peligro de sufrir una sequía más desastrosa todavía que las lluvias torrenciales y que el frío traído por los *icebergs*. Desengáñate, Es-

# TRES OBRAS DE INTERES GENERAL

**Ofrecemos aquí una muestra de la amplitud de nuestras ediciones, formada por tres libros que, como todos los presentados por esta editorial, se caracterizan por su interés, por la pulcritud de la impresión y por la elegancia de sus tomos. Son los siguientes: SINONIMOS CASTELLANOS, de Roque Barcia; DICCIONARIO DE LA RIMA, de Juan de Peñalver, y GRATES, Diccionario de Sinónimos Castellanos.**




## SINONIMOS CASTELLANOS, por Roque Barcia

Este interesante y útil diccionario de sinónimos, presentado en una edición económica al alcance de todos, contiene 5.000 acepciones explicadas, proporcionando un tesoro valioso de voces pintorescas, variadas y expresivas.

De verdadero interés y mérito es este trabajo que ofrecemos al público, pues, aparte de servir de magnífica orientación en esta clase de estudios por el indiscutible prestigio de su autor, facilita la forma de construir frases, suministra medios seguros para entender bien el sentido de cualquier obra de lectura y enseña las analogías y diferencias de las voces y su oportuno uso, haciendo más breve y completo el estudio de cualquier rama del saber.

En una edición económica y a un precio sensacional: $ 4.00, el ejemplar (flete 20 centavos).

## DICCIONARIO DE LA RIMA

**por JUAN DE PEÑALVER**

Esta famosa obra, original del notable lexicógrafo español Juan de Peñalver, acaba de ser incluída por la EDITORIAL SOPENA en su valiosa y nutrida colección de diccionarios.

No es, el *Diccionario de la Rima*, una lista de consonantes sin orden ni concierto, sino un catálogo sistemático de voces, cuyo uso conviene tanto al estudiante de literatura como al poeta y, en general, al escritor, ya que con él podrán resolver al instante cualquier duda que se les presente para la redacción de sus trabajos.

Esmeradamente corregida y lujosamente encuadernada en cartoné, esta nueva edición del *Diccionario de la Rima* se vende al extraordinario precio de $ 2.50 el ejemplar (flete, 20 centavos).




## GRATES, DICCIONARIO DE SINONIMOS CASTELLANOS

**Una obra indispensable para facilitar el trabajo y enriquecer el estilo,** con la cual tenemos el convencimiento pleno de llenar una necesidad largo tiempo sentida entre escritores y estudiosos. Pocas serán las personas que no hayan experimentado alguna vez la torturante angustia de no encontrar la frase adecuada, el concepto preciso, el vocablo brillante, que impidan que una idea, aun siendo original, pierda, al exteriorizarse, su ingénita belleza y aparezca deslucida y ajada por falta de feliz expresión. Sólo un buen diccionario nos hará salvar con facilidad aquel penoso escollo.

GRATES, el diccionario de sinónimos más completo que existe en lengua castellana, pues en él se han reunido *Ciento Veinte Mil Vocablos*, cuesta sólo $ **2.50** (flete, 20 centavos).




Estas tres importantes obras han alcanzado ya un señalado éxito de venta, que da la pauta del valor singular de las mismas, por cuya razón aconsejamos adquiera a la brevedad la obra de su conveniencia, antes de que se agote.

**Cualquiera de estos libros puede adquirirlos pidiéndoselos a su librero o a la**

# EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.

**— SIMBOLO DE BUENA EDICION —**

**ESMERALDA 116** **Buenos Aires** **U. T. 34 - 4067**

Adjunto $.........., para que me remitan por certificado y a vuelta de correo: SINONIMOS CASTELLANOS, por Roque Barcia - DICCIONARIO DE LA RIMA, por Juan de Peñalver - GRATES, Diccionario de Sinónimos Castellanos. (Táchese lo que no corresponda).

Nombre..........................................................

Dirección.......................................................

Localidad....................................................... L: 169

NOTA. — Agregar 20 centavos para flete por un libro y 10 centavos por cada libro más.

## Perfección



—¡*Alinear las narices!*

teban; los hombres de ciencia son unos chiflados.

—Yo los llamo bienhechores de la humanidad. Los más grandes genios fueron siempre tildados de excéntricos.

La *Guadiana*, que navegaba con una velocidad media de cinco nudos, siendo la brisa sumamente débil, salió el 3 de octubre del Ecuador a los 20° 15 de longitud Este del meridiano de la isla de Hierro y entraba en el hemisferio septentrional para aprovechar los alisios que debían empujarla directamente hacia el Amazonas. En aquellos doce días apenas había avanzado unas cuantas millas; pero la tripulación estaba segura de arribar a la costa brasileña antes de que terminara el mes, teniendo que recorrer una distancia que ascendía a dos mil quinientas millas.

El océano seguía tranquilo, aunque de vez en cuando lo surcaban enormes olas que corrían en sentido de la corriente ecuatorial. Sus aguas conservaban una transparencia notable y a varios cientos de metros de profundidad se distinguían perfectamente los peces.

Esta curiosa transparencia del agua no se advierte tan sólo en las regiones ecuatoriales y tropicales, sino que se observa asimismo en las altas latitudes.

Alrededor del mediodía cambió bruscamente el tiempo, lo cual obligó al joven Lucas, a quien el bretón había confiado la dirección de la nave, a arriar algunas velas, a fin de disminuir la superficie del trapo.

Negros nubarrones, precursores de tempestad, alzábanse hacia el Sur y avanzaban como caballos desbocados, amenazando invadir todo el cielo, en tanto que la brisa aumentaba sin cesar hasta alcanzar las proporciones de un verdadero huracán. Poco después su velocidad era de veinte metros por segundo, rapidez que sólo logran los vientos de borrasca.

El mar, hasta entonces tranquilo, se agitaba con violencia, haciendo oscilar horriblemente a la *Guadiana* y lanzando en el entrepuente a los negros unos contra otros.

Estos seres, que no habían pasado aún por la furia del océano, comenzaron a lanzar lamentos de terror al oír los retumbos de las olas, el crujir de las cuadernas, los ensordecedores silbidos del viento, y sobre todo aquel horrible balanceo que los amedrentaba, haciéndoles creer que iban a hundirse en los abismos del mar.

Las madres, locas de miedo, estrechaban con angustia contra su pecho a sus hijos, que lloraban desesperadamente, asustados por la tempestad creciente.

El capitán sufría también mucho con aquellos bruscos vaivenes que a cada instante amenazaban lanzarle de la litera, no obstante haber tenido el doctor la precaución de sujetar sólidamente las mantas.

Seghira y el doctor, que permanecían a su lado, trataban en vano de calmarle, pues a pesar de sus heridas quería que lo transportaran al puente para dirigir él en persona las maniobras.

—Mi puesto no está aquí —decía con agitación—. La *Guadiana* me necesita para salvarse.

—Cálmate. El contramaestre Hurtado es un viejo lobo de mar que sabe su cometido. Déjales hacer a él y a Kardec, que, a pesar de todo, es un marino avezado y valiente.

—¡Kardec! — decía el capitán entre dientes—. No me fío de él en absoluto.

Toda la noche permaneció la *Guadiana* defendiéndose del temporal, llevada de un lado a otro como una débil paja y recibiendo en su tolda la enorme masa de agua que le lanzaban las olas al rebasar la obra muerta.

Por fin hacia el alba se calmó algo la furia del viento y cesó la rugiente voz del huracán, permitiendo al capitán y a los negros agrupados en el entrepuente disfrutar un poco de sueño. Gracias a esta bienhechora calma, los esclavos callaron con sus lamentos, pues durante la tormenta, y a pesar de las amenazas de los centinelas y de las palabras tranquilizadoras de Niombo, sus desgarradores gritos de angustia pusieron una nota agorera en la nave de Vasconcelos.

### COLISION EN PLENO HURACAN

Pero aquella bonanza en el tiempo no había de durar mucho. Así que lo que al principio se consideró como un don del Señor para aquellos desventurados, no era más que una corta tregua.

El ciclón, que se condensaba en las profundidades del espacio celeste, no había de tardar en presentarse.

—Temo que vamos a pasar un día horrible — dijo el doctor, oteando desde la claraboya del camarote del capitán el horizonte.

—Sí, señor — contestó el contramaestre Hurtado, que había bajado para saludar a Vasconcelos —. Dentro de poco la *Guadiana* empezará otra vez a danzar.

—¿Han sufrido mucho los negros? — preguntó el capitán —. Los he oído quejarse toda la noche.

—Los violentos balanceos han contusionado a algunos, pero de poca consideración.

—¿Y Niombo?

—Ese negro es audaz y valiente, capitán. Estaba sereno como el marino más diestro.

—¿Seguirá en libertad?

—Sí.

—¿Y qué dice de él Kardec?

—No lo mira con buenos ojos, capitán; pero respeta la voluntad de usted. ¡Si no fuera por eso!

—No se atreverá a nada.

—¡Y que se atreva si quiere!

—No lo hará. Sabe demasiado bien que aquí el capitán soy yo. Dile a Niombo que puede venir a mi camarote. Es el amigo de Seghira, y sé que la protegerá en los momentos de peligro.

—Ya me pidió permiso para venir, capitán; pero yo esperaba sus órdenes. Debe de sentir un profundo cariño por Seghira, pues a cada momento me pregunta por ella y por el estado de salud del capitán.

—Yo sabré agradecérselo.

—¿Qué piensas hacer con él? — preguntó el doctor Esteban.

—Enviarle a Africa y darle los medios necesarios para que vuelva a su tribu. Es un negro que merece ser rey. En las batallas debe de ser un verdadero león. Es innegable que la raza negra tiene muy buenos ejemplares.

—Toda ella goza de un extraordinario vigor.

—¿A pesar del rigor del clima en que viven?

—Quizá por eso es más robusta que la raza septentrional. Desde luego que hablo de la raza a que pertenece Niombo, porque hay otras muchas menos vigorosas.

—¿Pero no pertenecen a una sola familia los negros?

—A una misma familia sí; pero esta familia se divide en muchos grupos, cada uno de los cuales acusa diversas características.

"En primer término está el grupo bosquimano y bosjemán, que representa la raza más antigua y más cercana al tipo originario. Viven estos negros en las regiones interiores de la colonia del Cabo de Buena Esperanza y se extiende hasta Zambeze. Su piel no es negra del todo, sino color de cacao amarillento, y aunque su pelo es crespo, no forman enmarañados rulos. Son de baja talla.

—Es verdad — dijo Vasconcelos —. Los bosquimanos están considerados como los primeros habitantes del continente negro.

—En segundo término están los hotentotes, que ocupan el Africa meridional. Su piel es del color del cuero viejo y su estatura superior a la de los anteriores, llegando generalmente a un metro cincuenta centímetros. En tanto que los primeros son nómadas y viven de la caza, los hotentotes viven del pastoreo.

"El tercer grupo, que es el realmente negro, tiene las piernas un poco arqueadas, los pies planos, la nariz achatada, los labios prominentes y la cabellera corta y lanosa.

"Son los que mejor soportan las fatigas y ocupan gran parte del Africa, con especialidad las regiones centrales.

—¿Y los cafres? — preguntó el contramaestre Hurtado.

—Forman otro grupo, que es el tipo más perfecto. Este pueblo, que mora en la costa oriental del Africa meridional, es altivo y belicoso. Son de elevada talla, pues ordinariamente pasan de un metro setenta y un centímetros, y sus proporciones son armónicas, así como esbeltos y elegantes sus movimientos.

"Además existe el grupo nubiano, que vive en el Africa septentrional y puede calificarse como un pueblo de conquistadores.

"Así que ya ves, Hurtado, que los negros no forman una sola especie."

—Una cosa hay que me preocupa y que no puedo comprender, doctor — dijo el contramaestre.

—¿Cuál?

—Quisiera saber de qué raza proviene la negra. Se dice que viene de la blanca, de uno de los hijos de Noé, de Cam; pero me parece que nuestra raza es completamente distinta de la negra.

—Entras en un tema que aun no está resuelto, Hurtado. Numerosos sabios han estudiado esto durante siglos y siglos, y todavía no se ha resuelto tan complicado problema.

—Así lo creo yo — dijo Vasconcelos, que ...taba gran atención a lo que se con...aba.

—Hay dos teorías y ambas cuentan con ...erosos partidarios. Unos afirman que ...diversas razas humanas descienden de ... único tronco, creado por una voluntad ...renatural...

—De Adán y Eva — objetó el contra...estre.

—Eso es.

—¿Y cómo es que siendo Adán y Eva ...cos, pudieron nacer blancos, amarillos ...colorados?

—Según los defensores de esta teoría, ...s diferencias de colores y de tipos han ...revenido por cruzamientos, por la ac... de los diversos climas, de la alimen...ón, de las costumbres, etc., etc. En ...to se ha comprobado que personas de ... misma raza, transportadas a climas ...intos, se van transformando poco a po... hasta diferenciarse notablemente del ...o originario.

—¿Eres tú adepto de esa teoría? — pre...ntó Vasconcelos.

—No: yo lo soy de la teoría de Lamarck, ... cual tiene el más formidable defensor ... el ilustre Darwin.

—¿Eh? — preguntó el contramaestre ...rtado.

—Sí; según esa teoría, el hombre des...nde nada menos que del mono.

—¡Vamos, doctor! Usted quiere burlarse ... mí — exclamó el contramaestre lanzan... una estentórea carcajada.

—No, Hurtado; hablo con toda seriedad.

—Es cierto — dijo Vasconcelos.

—Que los negros descienden del demo..., pase; pero que mis antepasados hayan ...o monos, eso no lo tolero, doctor.

—Con una pequeña demostración te con...ncerás de ello. ¿Qué diferencia notas ...tre el esqueleto de un mono y el de ... hombre?

—Poquísima, señor Esteban.

—¿Y la cabeza de un gorila no te parece ...éntica a la de un individuo de la raza ...umana? Examina el cráneo de un chim...ncé y lo encontrarás igual al de los asiá...cos y europeos. De aquí hay que deducir ...defectiblemente que la humanidad ha ...nido un ascendiente común, que muy ...en pudo ser el mono del continente eu...opeo.

—Pero es que los monos no tienen voz, ...ñor Esteban.

—Lo sé, y además que sus miembros se ...iferencian de los nuestros y su cerebro ...s más pequeño; pero eso consiste en que ... nuestra es una raza de monos perfec...cionados. Se ha observado que ciertas ra...s mejoran considerablemente al cruzar...se, y que el ambiente y las necesidades de ... vida desarrollan facultades de que an...tes adolecían.

—Pues ya que sé eso, en cuanto me en...cuentre con un mono lo saludaré del modo siguiente: ¡Adiós, primo!

—Procura que no sea un gorila y te con...teste muy afectuosamente.

En aquel instante un formidable trueno estalló sobre el océano, haciendo temblar todo el buque.

—¡Oh! ¡La voz fuerte! — exclamó Hurtado —. Nos espera una noche brava.

—¡A cubierta, Hurtado! — dijo el capitán —. ¡Y no poder yo acompañarte! ¡Maldita herida que me tiene aquí!

—Ten paciencia, Vasconcelos. Dentro de veinte días estarás completamente bien.

—Veinte días son una eternidad, Esteban — dijo el capitán con un suspiro —. ¡Cada uno a su puesto! A mí me basta la compañía de Seghira.

Esteban y el contramaestre subieron al puente, donde ya se hallaban los marineros, dispuestos a afrontar la nueva borrasca que amenazaba tomar proporciones considerables.

Las olas habían tomado direcciones extrañas, pues en vez de venir de un mismo lado, avanzaban de todos los puntos del horizonte en forma de muralla circular, de una altura formidable y coronadas de fosforescentes espumas. Aquel círculo inmenso de revueltas aguas iba estrechándose alrededor de la nave negrera produciendo rugidos ensordecedores.

Todo indicaba que en aquella parte del océano reinaba un ciclón y que la nave se hallaba en el centro de él.

Con la rapidez propia de las regiones ecuatoriales llegó la noche, obscurísima, negra como el abismo.

En vano luchaba la *Guadiana* con el oleaje que mugía a su alrededor.

El segundo, que fuera de toda duda era un valiente marino, se disponía a defender al buque de la tempestad que amenazaba despedazarlo.

Ordenó todas las maniobras necesarias para evitar en lo posible el peligro, pero instintivamente sentía que una gran desgracia amenazaba al bergantín brasileño.

Así fué; hacia la medianoche las ráfagas de aire se hicieron violentísimas, y las nubes que encapotaban el cielo fueron aumentando hasta envolver al buque en una densa masa de vapores.

Huía la *Guadiana*, aumentando su velocidad a cada instante con la del aire que silbaba a través de la arboladura, haciendo crujir los mástiles y amenazando desgarrar las velas.

De súbito, a través de aquella inmensa oscuridad, vieron brillar un punto luminoso.

—¡Atención! Hay cerca una nave — gritó el contramaestre desde proa.

En efecto, un gran buque, seguramente

**De medida...**




*—Me siento muy solo, dentro de este traje...*

un trasatlántico, había surgido de las tinieblas y avanzaba hacia la *Guadiana:* el choque parecía inevitable.

—¡Ah de la nave! — gritó Hurtado.

Sin duda los bramidos de las olas y el viento impidieron a su voz llegar hasta el barco, porque éste continuó su ruta.

—¡Señor Kardec! — gritó el contramaestre, pálido por la emoción —. ¡Nos van a pasar de parte a parte!

En efecto, el trasatlántico se hallaba tan sólo a treinta metros de la nave negrera.

Entre la tripulación de la *Guadiana* se levantó un grito de espanto, del cual sobresalió la voz de Kardec ordenando:

—¡Orza a sotavento! ¡Vira a estribor!

Los marineros se precipitaron por las escotillas mientras el timonel viraba con toda presteza.

La *Guadiana*, por su propio impulso y lanzada además por una poderosa ola, embistió contra el trasatlántico con fuerza increíble, y su acerado espolón se hundió con pujanza terrible en las entrañas del buque.

NAUFRAGA LA "GUADIANA"

La colisión fué tan violenta, que los dos navíos quedaron heridos de muerte. Las olas los separaron, lanzando a la *Guadiana* hacia el Sur y al trasatlántico hacia el Norte.

El huracanado viento llevaba y traía los gritos desesperados de las tripulaciones.

Los marinos de la *Guadiana*, creyendo que la proa estaba abierta y que el agua invadía ya la estiba, se habían precipitado en las chalupas y botes sin preocuparse del trasatlántico, en tanto que los quinientos negros se revolvían como fieras en el entrepuente, aterrorizados por el choque monstruo.

El bretón, que ante aquella catástrofe parecía haber perdido su sangre fría y audacia habituales, ni siquiera intentó oponerse a que los tripulantes se apoderaran de las chalupas, pero el doctor, Hurtado y Lucas hallábanse ya entre los marineros tratando de calmarlos y de impedir su huida. La *Guadiana* aun no había empezado a hundirse: seguía a merced de las olas y corría el peligro de ceder por estribor, si no había quien se encargara del timón, que estaba sin timonel. Urgía maniobrar en las velas, que el viento zarandeaba en todas direcciones, afectando la estabilidad del buque, más bien que buscar en los botes una salvación problemática, pues aquellas revueltas olas y aquel impetuoso viento los harían zozobrar tan pronto los lanzaran al agua.

Ni los ruegos, ni las amenazas, ni aun los argumentos del hercúleo Hurtado hicieron mella en la tripulación, enloquecida por el miedo y ajena a toda demanda de socorro, lo mismo de parte de los pobres esclavos, que conmovían con sus enternecedoras súplicas, que de los tripulantes del trasatlántico, a quienes el insaciable mar iba tragándose en su sima.

Súbitamente, a popa se oyó tronar una voz:

—¿Qué pasa aquí? ¡Cada uno a su puesto; de lo contrario, hago ametrallar a todos!

Era el capitán Vasconcelos. Sobresaltado ante aquel espantoso choque y ante el clamoreo de los negros y de los marineros, comprendió de inmediato que había sobrevenido un desastre grave.

Sin atender a su propia herida ni al peligro que corría, afrontando en su estado de debilidad aquel furioso huracán, arrojóse del lecho y ordenó a Niombo, que lo velaba en unión de Seghira, que lo llevase pronto al puente.

El negro cumplió la orden: lo tomó entre sus robustos brazos y, a pesar de las sacudidas del buque, llevóle a cubierta con igual facilidad que si se tratara de un niño.

Al capitán brasileño le bastó una sola mirada para comprender lo sucedido y lo que estaba a punto de acontecer.

La tripulación, al oír la voz de su capitán, a quien creía casi moribundo, y sabiendo por experiencia que no en vano amenazaba, abandonó las chalupas después de brevísimos momentos de vacilación. Para aquellos hombres el negrero era más terrible que la borrasca y más tremendo que el propio naufragio.

—¿Qué ocurre aquí? — repitió Vasconcelos con tono amenazador.

El doctor Esteban se dirigió hacia él seguido de Hurtado.

—Que hemos embestido a un trasatlántico, capitán — dijo el doctor.

—¿Y nos hundimos?

—Aun no — respondió el contramaestre Hurtado.

—¡Y mis marineros se disponían a huir! ¡Cobardes! ¡Abandonar al desgraciado buque que habéis echado a pique! ¿Dónde está el segundo?

—Aquí, capitán — respondió el bretón adelantándose, confuso y pálido como un cadáver.

—¿Y qué es lo que hace usted? — le preguntó con violencia Vasconcelos, que sentía un profundo odio contra aquel hombre —. ¿Se ha vuelto usted cobarde? ¡Dé órdenes para virar de bordo y para que se proceda al salvamento de esos desgraciados náufragos!

—Es que...

—¡Silencio, yo lo mando! ¡A su puesto, o le pego un tiro!

—¡Retírate, por Dios, Vasconcelos! — le dijo Esteban —. ¡Te estás matando!

—¡No me importa!

En aquel preciso instante una gigantesca ola entró por la popa de la *Guadiana* y barrió la cubierta de extremo a extremo, aterrando a todo el mundo. Niombo, Seghira, Esteban, Vasconcelos y los marineros fueron lanzados al suelo.

No bien pasó la ola se vió al capitán apoyado contra el palo mayor, sin conocimiento.

—¡Pronto, al camarote, Niombo! — exclamó el doctor.

—¿Está muerto? — preguntó ans[illegible]mente Seghira.

—No — contestó Esteban —. Pero [illegible] que se le haya abierto la herida. [illegible]guidme!

Mientras bajaban al capitán a su [illegible]na, la tripulación se dirigió a sus p[illegible] respectivos, maniobrando a fin de [illegible] *Guadiana* se acercara al trasatlántico, [illegible] hacía desesperadas señales de socorro.

No obstante la violencia del viento [illegible] las montañas de agua que por todas [illegible]tes los rodeaban, el negrero viró de [illegible] y se dirigió hacia el trasatlántico.

El agudo espolón de la *Guadiana*, [illegible] había abierto una brecha enorme, [illegible] herido de muerte a la pobre nave, [illegible] hundíase sin remedio, mientras las [illegible] invadían la bodega. En cubierta, la [illegible]lación corría enloquecida, lanzando [illegible] terribles y atropellándose unos a otros [illegible] la ceguera del pánico; rezos, maldi[illegible] desesperadas, gritos de dolor y so[illegible] brotaban de los trémulos labios de [illegible]llos desgraciados. Probablemente, el [illegible]atlántico debía de ir cargado de emi[illegible]tes, pues entre las voces de los náu[illegible] sobresalían los gritos agudos de nu[illegible] mujeres y niños.

En torno a los botes se entablaban [illegible]grientas luchas, pues todos pre[illegible] ocuparlos. Los marineros se revolv[illegible]mo fieras unos contra otros; las [illegible] mujeres, en su pelea por la salvación, [illegible]jaban caer a sus hijos de entre sus [illegible]zos, y ellas mismas caían en seguida [illegible]bién al abismo, empujadas por la [illegible]dad de los hombres que disputaban a [illegible]ros y puñaladas el derecho a ocupar [illegible] botes.

Los de la *Guardiana* hacían desesp[illegible] esfuerzos por acercarse; pero el hu[illegible] que aumentaba por momentos, ret[illegible] el socorro que querían prestar.

Todavía se hallaba el bergantín ne[illegible] a bastante distancia del otro barco [illegible]do una ráfaga furiosa arrancó a éste [illegible] velas de gavia y de trinquete.

—¡Están irremisiblemente perdidos! — gritó Hurtado mesándose los cabellos —. ¡Llegaremos demasiado tarde!

Impotente el negrero para afrontar [illegible] tempestad, comenzó a derivar hacia [illegible] Sur. Kardec impartió órdenes para e[illegible]lo, pero el buque no obedecía.

El trasatlántico, casi anegado por [illegible] agua, se hundía entre las espumantes [illegible]das, que parecían ansiosas de tragar a[illegible]lla presa colosal. El agua invadió al fin [illegible] toldilla, envolviendo en un manto [illegible] muerte a hombres, mujeres y niños. [illegible] chalupas cargadas de personas logr[illegible] alejarse; pero pronto el furor de una [illegible] hizo presa en ellas, sumergiéndolas [illegible] aquel dantesco infierno.

Los gritos fueron tan intensos en aq[illegible] postrer instante, que hasta los menos sensibles marineros de la *Guadiana*, acostumbrados a escenas semejantes, sintieron, [illegible] oírlos, los escalofríos del terror.

Por último sonó una detonación esp[illegible]tosa, motivada por la presión del agua [illegible] el interior del trasatlántico, y éste se hundió con estrépito entre el fragoroso her[illegible]dero del mar, que al fin cubrió tanta desolación y tantas angustias con la blanca sábana de sus espumas. Sin embargo, a[illegible] se oía salir lúgubremente de entre [illegible] ondas el lamento de postrera desesperación de aquellos centenares de víctimas [illegible] quienes el agua ahogó en sus gargantas un supremo grito de auxilio.

—¡Todo ha terminado! — dijo con ho[illegible]da emoción el contramaestre Hurtado — ¡Estamos malditos!

—¡Aun podemos salvar a algunos! —gritó Lucas.

Y desde el bergantín negrero arrojaron al agua maderos y salvavidas; pero nadie pudo asirse a ellos. De los tripulantes y pasajeros del trasatlántico ni uno solo logró salvarse; la sima gigantesca abierta en las aguas al hundirse la nave los tragó a todos.

En ese momento oyóse en la *Guardiana* una voz terrible, angustiosa:

—¡Nos vamos al fondo! ¡La proa está inundada!

Toda la tripulación, con Kardec a la cabeza, se precipitó al sitio indicado. Lucas, pálido y con los cabellos erizados, estaba allí mostrándoles varias grandes vías de agua abiertas en el punto de encaje del espolón.

—¡Estamos perdidos! — gritaron algunos hombres.

—¡Sálvese el que pueda!

—¡A las chalupas!

—¡Ay de quien se acerque a ellas! —exclamó el contramaestre Hurtado, tomando un hacha que encontró a mano —. ¡Señor Kardec!

—¿Qué desea, Hurtado?

—Vamos a la estiba. Tal vez tenga compostura la avería.

—Me temo lo contrario — añadió el segundo con aire tétrico —. Para la *Guadiana* ya no hay salvación.

—No comparto su pesimismo. ¡A mí, carpinteros! ¡Y vosotros avisad al doctor Esteban!

—¿Va usted a tapar la abertura con el doctor? — preguntó el bretón irónicamente.

—No, señor Kardec; pero él nos traerá las órdenes del capitán Vasconcelos.

—¿Y yo que papel represento aquí?

—No lo sé; pero si usted no quiere salvar la *Guadiana* la salvaremos nosotros. Lucas, prepárate a disparar contra esta gente si pretenden abandonar el buque!

—¡Contramaestre Hurtado! — gritó el señor Kardec amenazando —. ¡Soy el segundo de a bordo!

—¡Muy bien, y si desaparece el capitán podrá usted llevarme a la sentina; pero ahora Vasconcelos está vivo y yo soy su contramaestre.

Y sin esperar respuesta, lanzóse a la cámara de proa, llevando consigo un farol encendido y acompañado de dos carpinteros. Llegó a la estiba y se detuvo cerca del mástil de proa, oyendo al agua precipitarse en la cala con ímpetu considerable.

—Temo que la avería sea muy grave —dijo, sintiendo que un frío sudor le bañaba la frente.

Avanzó con mil precauciones y se encontró ante una ancha hendidura abierta a un lado del nacimiento del espolón y larga como de dos metros. Las aguas se precipitaban en gran cantidad dentro del barco.

—¿Les parece alarmante la avería? — preguntó Hurtado a los carpinteros.

—Sí — contestaron.

—¿No se podrá cerrar?

—Con esta tempestad será difícil.

—Hay que intentarlo, Nuño — añadió el contramaestre dirigiéndose al maestro —. Si no se tapona esa brecha, la *Guadiana* se irá al fondo, como el trasatlántico.

—Es que el agua no nos va permitir colocar una plancha.

—Pues, de momento, tapadla de cualquier modo. Cuando amaine la tempestad se hará más sólido el arreglo.

—No perdamos tiempo — dijo el carpintero —. Por su parte, prepare usted las bombas, contramaestre Hurtado.

—Lo haré. Y ustedes al trabajo, que es nuestra salvación.

Cuando salió sobre cubierta encontró al doctor Esteban, que había sido advertido del peligro.

—¿Qué sucede? — preguntó saliendo al encuentro del contramaestre.

—Es cosa de importancia, doctor.

—¿Corremos peligro de hundirnos?

—Por ahora, no; pero si la tempestad no cesa, no sé lo que acontecerá. ¿Y el capitán?

—Desvanecido; pero pronto volverá en sí.

—¿Se le ha abierto la herida?

—Sí, Hurtado. Y si sigue haciendo de las suyas morirá. ¿Dónde está Kardec?

—En el puente de mando.

—Está bien. Después veremos lo que se hace. Sobre todo vela tú por el barco. Yo voy al lado de Vasconcelos.

La tormenta, en tanto, continuaba con furor creciente. La noche era horrible; los relámpagos y truenos se sucedían de continuo.

El viento silbaba en todos los tonos. Algunas veces era tan considerable la masa de agua que caía sobre cubierta, que parecía imposible que el buque pudiera soportar su peso. Los gritos de los esclavos eran tan desgarradores, que asustaban a los centinelas.

Pasada la medianoche, y luego de una luchad sin tregua para lograr impedir el paso del agua por la brecha abierta, los carpinteros dieron por terminado su trabajo provisorio. Y ya se retiraban a descansar cuando una ráfaga arrancó casi toda la arboladura, quedando la *Guardiana* desprovista de velamen. Los cañones, rotos los puntos de sujeción, rodaban por cubierta, produciendo un ensordecedor ruido, al cual dominó de pronto una voz poderosa gritando:

—¡La vía de agua se ha abierto otra vez! ¡Nos vamos a pique!

### LA BALSA

Ese grito angustioso que anunciaba el principio del fin se expandió como un reguero de pólvora por todos los rincones del bergantín de Vasconcelos. Y un clamoreo aterrador brotó de los labios de los quinientos cincuenta hombres que lo tripulaban entre negros y blancos.

Ninguna maniobra, ningún esfuerzo humano podía ya salvar a la *Guadiana*: era una nave condenada a desaparecer tan trágicamente como habían desaparecido el crucero y el trasatlántico en los abismos del Atlántico.

Su proa, que había echado a pique a dos buques en pocas horas, no había podido resistir choques tan tremendos.

Ante la inminencia del peligro, Hurtado, Kardec, Lucas y los carpinteros se precipitaron en la estiba, mientras los artilleros corrían a la batería para sujetar los cañones, que amenazaban abrir nuevas brechas al barco en sus rudos choques contra la amura.

Fué suficiente una sola mirada para que Hurtado y el bretón se dieran cuenta de que la situación era gravísima: el agua entraba con furia en el barco y su nivel subía con alarmante velocidad.

—Señor Kardec — dijo Hurtado, con voz temblorosa por la emoción —, ¿qué se puede hacer?

—Yo también le pregunto lo mismo a usted — respondió el bretón con acento seco.

—Usted es el segundo de a bordo.

Kardec levantó los hombros con indiferencia, y volviéndose hacia los carpinteros le dijo:

—¿Es posible una nueva reparación?

—Nada puede hacerse, segundo — respondieron.

—¿Ni ayudando las bombas?



—No bastarían; es mucha el agua que penetra.

—Es necesario resistir hasta que cese el huracán. Mientras tanto se construirá una balsa.

—¿Y los negros?

—¡Que se hundan! — respondió brutalmente el bretón —. ¿Dónde voy yo a meter seiscientos hombres? El mar se encargará de ellos.

—¡Pero las mujeres, los niños!

—No insista usted, contramaestre Hurtado. Voy a hablar con el capitán.

Subieron todos a cubierta, que presentaba un cuadro desolador.

Los tripulantes corrían desordenadamente de un lado para otro sin atender las intimaciones de Lucas.

Algunos se habían ya provisto de salvavidas temiendo que la *Guadiana* se hundiera de un momento a otro; otros habían botado al mar la ballenera, que las furiosas olas habían hecho pedazos en seguida; los cañones seguían rodando por la cubierta y con sus violentos golpes hicieron saltar en pedazos toda la obra muerta del buque.

—¡A las bombas! — gritó Hurtado, lanzándose entre los marineros.

Kardec, después de haber tratado en vano de calmar a los tripulantes, se encaminó hacia popa.

A la puerta del camarote de Vasconcelos encontró al doctor.

—¿Qué ocurre? — preguntó éste.

—Una gran desgracia. ¡La *Guadiana* se hunde!

—¡Imposible! — replicó el doctor, palideciendo.

—Se volvió a abrir la brecha y entra mucha agua. Debo advertírselo al capitán.

—¡Se lo prohibo! Su estado es muy grave y aun no ha recuperado el conocimiento.

—Pues es preciso que me oiga. El peligro es grave y necesito su consejo.

—¡No le hablará! Su estado es muy grave y esa noticia acabaría con la poca vida que le resta.

—¡Repito que debe saberlo! — insistió el bretón enérgicamente —; por otra parte — añadió con ironía —, no supongo tan sensible al capitán Vasconcelos.

—¡Pues no lo verá usted!

—Vuelvo a manifestarle que la nave va a hundirse de un momento a otro.

—¡Pues cumpla usted con su deber, señor oficial, y no se ocupe de nada más!

—¡Ah! ¿Esa es su respuesta? ¡Pues tanto peor para todos! — murmuró Kardec apretando los dientes.

Salió con furia a cubierta. Parecía haber tomado una última resolución.

Viendo a los marineros que trabajaban sin descanso en las bombas, les gritó:

—¡Diez hombres aquí! ¡Hay que construir una balsa!

—Pero ¿cómo? — preguntó Hurtado —. La marejada lo impedirá.

—Se construirá sobre cubierta. Después pensaremos en botarla al agua.

Los diez hombres se abocaron de inmediato a la obra. Sabían que la *Guadiana* estaba perdida, y comprendieron que la

**Historia... futbolística**



—*¿Los principales hombres del país? Sí, señorita. ¿De Rácing o de Boca?*

única probabilidad de salvación la tenían en la balsa. Al golpe de sus hachas destruyeron todos los restos de la arboladura, la obra muerta y las cámaras.

Ya había invadido el agua el depósito de los penoles y de las velas de recambio y amenazaba inundar el almacén de víveres. Dentro de poco debía aparecer en el entrepuente. ¿Qué iba a ser de aquellos quinientos veinte negros? Esta era la pregunta que se hacían con angustia los marineros, temiendo que en un postrer esfuerzo pudieran invadir el puente.

La balsa, construída con gruesos maderos, sujetos con cuerdas y tirantes de hierro, era incapaz para contener a tanta gente, y todos se preguntaban horrorizados qué ocurriría allí si los negros lograban salir del entrepuente.

Afortunadamente, el huracán iba calmándose, lo cual permitió a los tripulantes lanzar al agua el esqueleto de la balsa, sólidamente sujeto a la *Guadiana* con gruesos cables para evitar que las aguas lo arrastraran.

Entonces se hallaron los marineros en la imposibilidad de construir la plataforma por impedirlo el oleaje.

—¿Qué se hace? — preguntó Hurtado volviéndose hacia el segundo.

—Hay que trabajar en la balsa y todos debemos afrontar el peligro.

—Antes calmaremos el furor de las olas — dijo el doctor Esteban, que había subido sobre cubierta para ver si se hacían los preparativos de salvamento.

—¿Y de qué modo? — preguntaron a una el contramaestre y el bretón.

—Echando aceite en el mar.

—¡Es verdad!

Pronto fueron subidos a cubierta cuatro grandes barriles de aceite de *elais*.

—Arrojadlos al agua poco a poco. Es mejor el resultado que vertiéndolos de golpe — dijo el doctor.

Cuando lo dispuso el contramaestre, los marineros fueron vertiendo lentamente el aceite en el mar. Y entonces se vió un fenómeno extraño, inaudito: las aguas que se elevaban como montañas, revolviéndose con mil mugidos, se calmaron casi instantáneamente en un gran espacio, formando como un espejo tranquilo.

—¡Ahora al trabajo! — dijo el doctor, rompiendo el asombro que el experimento del aceite causara.

—¿Pero no volverán las olas a molestarnos? — preguntó receloso Hurtado.

—Mientras tengamos aceite que verter al mar, no hay miedo. ¡Y ahora a trabajar de firme, que si tardan en estar listas las balsas, nos vamos al fondo!

—Basta con una balsa — dijo Kardec.

—¿Y los negros?

—No hay tiempo para salvarlos. Ahí les queda el bergantín.

—¡Es que no se les puede abandonar! — insistió el doctor.

—¡Pues hágales usted la balsa! — añadió Kardec —. ¡Al trabajo todo el mundo!

No era necesario excitar a los marineros. Unos en las bombas y otros en la balsa, todos trabajaban a porfía, no faltando varios de ellos que se ocuparan en subir a cubierta grandes provisiones de víveres y toneles de agua.

Los carpinteros, para facilitar su obra en la balsa, ocuparon la única chalupa que a bordo quedaba y desde ella cumplían su cometido.

Las tablas de la cámara sirvieron para la plataforma de la balsa, que fué además rodeada de barriles vacíos para mantenerla más a flote. En su centro izaron un penol, que debía servir de palo para la vela, y a popa un remo destinado a timón. Cuando estuvo concluída transbordaron a ella el agua y los víveres, sujetándolos firmemente.

—¡Ya está todo dispuesto para el embarque! — gritaron los carpinteros.

De inmediato condujeron a la balsa velas, cuerdas, armas de todas clases, pólvora, etc., etc., todo amontonado confusamente.

—¡Ahora, a hacer la segunda balsa! — dijo Hurtado —. Hay que pensar en los pobres esclavos.

Un coro de protestas se alzó de todos lados ante esta orden.

—¡Que se ahoguen los negros!

—¡Que se los lleve el Diablo!

—¡Que mueran!

Hurtado se puso rojo de cólera.

—¡Miserables egoístas! — exclamó —. ¡Si no construís la segunda balsa, echo ésta a pique!

—¡Eso no! — gritó un marinero americano —. Somos treinta y no queremos morir.

—Además, el agua invade ya el entrepuente y sólo hay tiempo para huir — añadió otro marinero.

—¡Pues yo os repito que al primero que intente bajar a la balsa lo mato! — dijo el contramaestre apuntando con su pistola — ¡Señor Kardec!

Nadie respondió. El bretón había desaparecido.

—¿Dónde está el segundo? — preguntó.

—¡Búsquelo usted! — respondieron los marineros —. ¡A la balsa! ¡A la balsa!

—A mí, Lucas! ¡A mí, portugueses!

Lucas y algunos hombres acudieron al lado del contramestre para socorrerle; pero todos los otros, a quienes el miedo a la muerte enloquecía, siguieron gritando:

—¡A la balsa ¡A la balsa!

Estaba ya para precipitarse contra el contramaestre y los suyos, cuando en el entrepuente se oyó un clamor salvaje, un inmenso rugido.

—¡El agua invade el entrepuente! ¡Huyamos! — gritó una voz.

El contramaestre palideció.

El doctor salió corriendo de la cámara de popa.

—¿Nos hundimos? — preguntó.

—¡Pronto, amigos! ¡Traed al puente al capitán! — gritó Lucas saliéndole al encuentro.

En aquel momento un torrente de hombres invadió la cámara común y se esparció con ímpetu irresistible por toda la toldilla, arrollando cuanto se le ponía delante.

Un inmenso grito de angustia resonó en la *Guadiana*.

—¡Los negros!

Después, entre los gritos salvajes de los esclavos, locos por el terror, entre el clamoreo de los que corrían empavorecidos y el fragor del huracán, una voz potente dijo estas palabras:

—¡Los negros!

—¡Traidores! ¡Nos han vendido!

HECATOMBE HUMANA

Los negros, que habían comprendido que la *Guadiana* se iba a pique y que la tripulación trataba de abandonarlos, tuvieron un instante de locura furiosa y se precipitaron en el puente con tal ímpetu que arrollaron a varios tripulantes, a Hurtado, a Lucas y al propio doctor.

Esto dió origen a una escena horrible, monstruosa, que se desarrolló entonces en el puente del barco, que empezaba a hundirse.

Eran un centenar. Los otros se habían insurreccionado también y hacían esfuerzos inauditos para romper las paredes de su prisión, ayudándoles en esta tarea los compañeros más fuertes, hasta que al fin se vieron todos libres ante aquellos negreros que tanto les habían hecho sufrir y sólo pensaron en vengarse de ellos.

Sin fijarse en que la *Guadiana* se perdía, se desparramaron por el barco apoderándose de cuantas armas encontraban; una lucha a muerte se entabló entonces entre los negros y los marineros. Estos, paralizados por la sorpresa, reaccionaron bien pronto, y comprendiendo que si no reprimían el asalto estaban perdidos, se replegaron hacia la popa para impedir que la balsa cayera en poder de los negros.

En tanto que un grupo se defendía de los asaltantes, otros marineros sacaban de la armería carabinas, pistolas y hachas de abordaje, que repartían entre sus demás compañeros.

Los negros, como bestias feroces, lo devastaban todo y hacían muchas víctimas entre la marinería.

De una parte y de otra aquellos hombres, enlazados sus cuerpos en la desesperación de una lucha sin cuartel, caían, aferrados, al agua, y la sangre de los negros, mezclada a la de los blancos, corría por el puente hasta precipitarse en el mar.

La verdadera hecatombe iba a ocurrir pronto.

Aquellos quinientos cincuenta hombres estaban suspendidos sobre un abismo que se abría ya para sepultarlos a todos.

Víctimas y verdugos iban a tener la misma sepultura.

El agua subía, subía sin cesar. Había rebosado ya de la estiba, había hecho su aparición en el entrepuente y pronto inundaría la toldilla. Ya la *Guadiana* se mantenía penosamente a flote, y su cubierta estaba casi al nivel de la balsa.

Cada minuto que pasaba era mayor la inminencia de una sumersión total, de una catástrofe como la del crucero y la del trasatlántico. La tripulación, con un supremo esfuerzo, había logrado lanzar a los esclavos hasta la toldilla de proa.

El doctor aprovechó aquel instante para acercarse a Lucas.

—¡Pronto, pronto! ¡Salvemos al capitán!

Corrieron a la cámara, ya inundada, y entraron en el camarote gritando:

—¡Vasconcelos! ¡Niombo! ¡Seghira!

No obtuvieron respuesta alguna.

Esteban se acercó al lecho y lanzó un grito de desesperación.

Sobre la colchoneta, tinta en sangre, yacía el capitán brasileño, con un puñal clavado en el pecho, los ojos desorbitados y los puños firmemente cerrados.

En sus manos crispadas conservaba un trozo de paño arrancado sin duda de la americana del asesino.

—¡Muerto! ¡Asesinado! — gritó Esteban —. ¡Ah, miserable!

Se precipitó sobre el cadáver de Vasconcelos y le arrancó de las manos aquel acusador trozo de paño.

Era azul y parecía haber pertenecido a la guerrera de un marino.

—Pero ¿quién lo ha asesinado? — se preguntó estrujándose los cabellos —. ¿Y Seghira y Niombo?

—Han huído por aquí, doctor — dijo Lucas señalando los portaluces abiertos —. Pero los encontraremos y...

—¡Ah, no, Lucas! ¡No son ellos los asesinos!

En aquel momento se oyó a los marineros correr en tropel hacia la popa seguidos de los negros, que daban aullidos de triunfo.

—¡Pronto, huyamos! — gritó Lucas —. Nuestros hombres están vencidos y el agua invade ya el camarote!

—Déjame aquí con Vasconcelos!

—¡No! ¡Es preciso vivir para vengarle!

Se disponía ya a abandonar el camarote, cuando oyeron gritar por el tragaluz:

—¡Aquí estoy, capitán!

—¡Niombo! — exclamaron a la vez el doctor y Lucas.

El gigantesco negro penetró en el camarote chorreando agua y llevando entre los dientes una navaja.

—¿Dónde está el capitán? — preguntó.

—¡Míralo! — dijo el doctor.

El esclavo abarcó con la mirada el lecho mortuorio y después fijó sus ojos con expresión feroz en el doctor y en Lucas.

—¡Muerto! — exclamó—. ¡Lo habéis matado!

—¡No, Niombo, no! ¡Ha sido un miserable que debió de entrar aquí furtivamente!

—¿Quién?

—Eso te pregunto a ti, que estabas aquí con Seghira. ¿Dónde está tu compañera Seghira?

—La llevé a la balsa. Me lo ordenó el capitán.

—¡Huyamos! — gritó Lucas —. ¡La nave se hunde!

—¡Por aquí! — dijo Niombo señalando el tragaluz — ¡La balsa está cerca!

La *Guadiana*, anegada ya por completo, se hundía vertiginosamente.

El doctor Lucas y Niombo se precipitaron al mar, mientras en la cubierta luchaban todavía los marineros y los negros.

Diez o doce hombres ocupaban ya la balsa. Entre ellos estaba el segundo, a quien durante la lucha no se le había visto.

Los negros, al ver que la balsa iba a escapárseles, trataron de invadirla; pero el bretón, empuñando una carabina y haciendo señal a los otros hombres para que también se armaran, gritó:

—¡Fuego contra esos perros!

El doctor, Lucas y Niombo lograron subir a la balsa en el momento en que Kardec y otro marinero cortaban las cuerdas que la unían al buque náufrago.

Seghira, que estaba en un ángulo, se lanzó hacia Niombo, preguntándole ansiosamente.

—¿Y el capitán?

—¡Muerto! — respondió el doctor Esteban.

—¡Muerto!

Y la infeliz mulata cayó sobre la balsa como herida por un rayo, mientras el débil refugio de aquellos náufragos se alejaba para siempre del bergantín negrero.

Entonces sobrevino una escena terrible. Los esclavos y los marineros se lanzaron al agua, y locos por el terror trataron de subir a la balsa, agarrándose a sus bordes con la fuerza que da la desesperación.

Los marineros que la ocupaban respondieron a tiros a las súplicas de aquellos desventurados seres.

Vanamente trató Niombo de salvar a algunos de los suyos amenazando a los que disparaban. Las detonaciones ahogaban su voz. Ciego por la ira, iba a lanzarse contra los tripulantes para hacer en la balsa algún sitio para los suyos; pero Kardec, que le observaba, le apuntó al pecho con la carabina, diciéndole:

—¡Si te mueves, te envío al otro mundo!

La lucha iba a concluir. La balsa, empujada por el viento, estaba ya lejos de la *Guadiana* y huía rápidamente hacia el Sudeste, quitando a los negros toda esperanza de alcanzarla.

Los más hábiles y fuertes nadadores se esforzaban por seguirla, pero la distancia que los separaba de ella aumentaba por momentos. De pronto estos desgraciados comenzaron a desaparecer, dando gritos de horror, y las aguas se tiñeron de sangre.

Esto sirvió de explicación.

—¡Los tiburones! — gritaron los de la balsa.

—¡Sean bienvenidos! — dijo Kardec con satánica sonrisa —. ¡De buen banquete disponen!

Entonces, a lo lejos, retumbó una detonación espantosa y se vió a la *Guadiana* alzarse del agua casi hasta la quilla para caer en seguida en el abismo. Los esclavos levantaban los brazos en alto pidiendo a Dios una última esperanza de salvarse, y el buque se hundió arrastrando consigo a aquellos centenares de desgraciados que la inhumanidad de un nefasto tráfico arrancó de sus selvas maravillosas para que encontraran la más terrible de las muertes en el insaciable mar.

Los tripulantes de la balsa enmudecieron de terror ante aquella dantesca hecatombe.

Kardec fué el primero en romper aquel silencio impresionante.

—¡Buenas noche a todos! — dijo con voz irónica.

—El doctor Esteban se levantó pálido de ira y le dijo:

—¿Sabe usted quién se ha hundido con la *Guadiana?*

Ante aquella pregunta el bretón se puso pálido.

—Lo ignoro — dijo bruscamente.

—¡El capitán!

—¡El capitán! — exclamaron los marineros —. ¿Pero no está entre nosotros?

—No; a estas horas se halla en el fondo del Atlántico con un puñal en el corazón.

—¡Asesinado!

—Sí, amigos míos, asesinado por una mano traicionera — dijo el doctor.

—¿Por quién? — gritaron todos con indignación.

—Creo que por éstos — dijo el bretón señalando a Niombo, el cual estaba tendido junto a Seghira, que seguía desmayada.

Los tripulantes, llenos de furor, gritaron:

—¡Ah, miserables esclavos!

—¡Linchémoslos!

—¡Quietos todos! — dijo el doctor —. ¡Kardec ha mentido!

—¡Yo! — exclamó temeroso el segundo.

—¡Usted! — dijo el doctor.

—¿Y quién le autoriza para desmentirme, doctor Esteban?




—Déme una prueba de que el asesino es Niombo

—No la tengo, pero...

—Pues yo tengo la prueba de que el asesino es uno de los nuestros.

—¡Miente usted! — gritó el segundo.

—No — dijo Lucas —. La prueba existe, señor Kardec.

—¿Y cuál es?

—Un trozo de paño que el capitán arrancó de las ropas de su asesino, y que aun tenían sus crispadas manos cuando entramos en el camarote — dijo el doctor.

—¡Muéstremelo!

El doctor sacó de su pecho el trozo de paño.

Kardec, al verlo, no pudo contener un sobresalto.

—Es, en realidad, un trozo de americana de marino — dijo el bretón con voz intranquila —, y un día servirá para descubrir al miserable que lo asesinó.

Después, y como si deseara cortar aquella escena, expresó:

—Ahora debemos ocuparnos de nuestra balsa, dejando en paz a los muertos. ¿Dónde está el contramaestre Hurtado?

Nadie respondió.

—¿También murió? — preguntó Kardec.

—Ha desaparecido — respondieron los marineros.

—Otro de los buenos que se ha ahogado — dijo el segundo —. Lucas ocupará su lugar. ¡Pon la proa al Este! Trataremos de alcanzar la costa de Africa, que es la más próxima.

Al cabo de un rato, y mientras la tripulación trataba de orientar la vela, el segundo se levantó para acercarse a Seghira; pero el doctor lo agarró fuertemente por un brazo.

—Señor Kardec — le susurró al oído —, ¿puede usted decirme por qué no trae puesta su guerrera?

—Para estar más listo y, sobre todo, porque en el océano ecuatorial no son de temer los constipados. De todos modos, gracias por su interés, doctor.

Después de este cambio de palabras, dichas en tono bajo, ambos hombres se miraron fijamente y con expresión de odio a muerte.

### AMOR Y ODIO

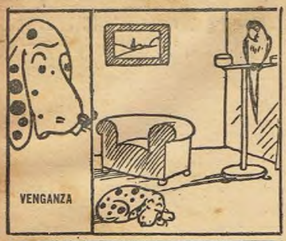
El bergantín negrero había encontrado su fin a unas seiscientas millas de la Guinea Inferior y a cuatrocientas de la Costa de Oro, lo cual denotaba que los náufragos tendrían que tardar muchas jornadas antes de arribar a tierra firme en su balsa.

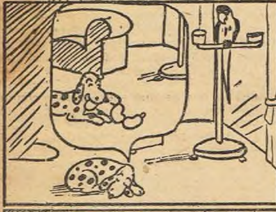
La situación, pues, de los sobrevivientes de la *Guadiana* no era nada prometedora, y mucho menos hallándose como se hallaban en aquel océano batido por los vientos alisios, que empuja las naves hacia Occidente, y por la corriente ecuatorial.

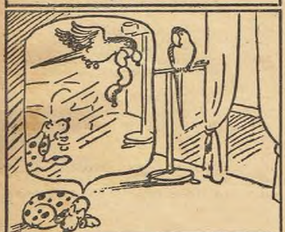
Después de un ligero consejo se hizo el recuento de los hombres y se comprobó que faltaban nueve, entre ellos el contramaestre Hurtado.

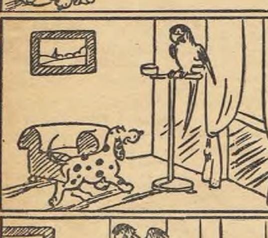
Se hizo el inventario de los víveres, viéndose que en la confusión de los primeros momentos se habían embarcado muchos objetos inútiles, entre los cuales había siete barriles de aceite de *elais*, exce-

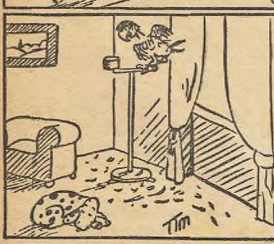
## EL PERRO ASDRUBAL, por TIM










lente para alimentar a los negros, pero insoportable para el estómago de los blancos. Disponían para alimentarse de siete cajas de galletas, de unos cuatrocientos kilogramos de peso; una de conservas, tres barriles de harina, dos de carne de cerdo salada y hasta unos trescientos sesenta litros de agua dulce contenida en tres barriles. Además contaban con un tonel de aguardiente. Los otros bultos contenían vestidos, armas, municiones y objetos de cambio, inútiles en pleno océano Atlántico.

Reduciendo las raciones a lo mínimo, se vió que podían durar dos semanas; pero ¿la provisión de agua alcanzaría para igual tiempo? Esto es lo que se preguntaban con espanto los náufragos, que sabían muy bien que bajo aquellos tórridos calores la sed es un continuo martirio.

Kardec hizo acumular todos los víveres alrededor del plano central y los mandó cubrir de lona para librarlos del sol y de las aguas. Asimismo amenazó con matarlo al que los tocara sin su orden.

El doctor consiguió hacer recobrar el conocimiento a Seghira, que al darse cuenta de la situación preguntó en seguida:

—Lo han matado, ¿verdad?

—Sí, Seghira; pero tranquilízate — le dijo el doctor.

—Estoy tranquila; mire, mis ojos están secos. ¿Conoce usted al asesino?

—Quizá, Seghira. Y ahora una sola pregunta.

—Hable, doctor.

—¿Por qué dejaste solo a Vasconcelos?

—¿Yo? Fué él quien me hizo llevar a la balsa por Niombo. Yo no quería apartarme de su lado.

—¿Crees a Niombo capaz de un asesinato?

—¡El! ¿Por qué motivo?

—Tal vez los celos...

—No; Niombo no odiaba a Vasconcelos.

—Es cierto — dijo Esteban —. Sobre todo ese trozo de paño me indica quién es el asesino.

—¿De quién habla usted, doctor? — preguntó Seghira agarrándolo por un brazo.

—De Kardec — murmuró Esteban.

—¡El!

—Sí, ¿pero tú no sospechas de él?

—Escúcheme, doctor — dijo ella con viva agitación —. Ese hombre siente pasión por mí.

—¡Ah! — exclamó el doctor.

—Sí, ese hombre me ha declarado su amor con sus miradas, y al notar mi desvío debió de tramar la muerte del capitán Vasconcelos.

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Cree usted que ha sido él?

—Sí, estoy seguro.

—¡Lo mataré! — dijo Seghira con odio.

—Ni lo intentes, Seghira.

—¡Quiero vengar al capitán!

—¿Para que te maten sus hombres?

—¿Y qué me importa la vida? Yo le obligaré a confesar su delito.

—¿Cómo?

—Más tarde lo sabrá.

—Quiero saberlo ahora, Seghira. Puedes cometer algún desatino.

—Seré astuta y terrible a la vez. Por sus propios labios me confesará su delito. Sé que me ama, y ese amor lo perderá.

—Te comprendo, Seghira; pero calla. Kardec viene hacia aquí.

—Pues ya empiezo mi plan; me encontrará amable y cariñosa.

Kardec, antes de acercarse a Seghira, buscó a Niombo y le expresó:

—Te prohibo que te acerqués a Seghira; esa mujer no es para ti.

Iba Niombo a abalanzarse contra el bretón, cuando Seghira le detuvo diciéndole:

—¡Déjame, Niombo, yo te lo ordeno!

El negro se retiró sin decir una pa-
bra.

—Seghira, sonriente, se acercó a Ka-
dec y le dijo con dulce voz:

—Le suplico, señor Kardec, que de-
tranquilo a ese pobre rey. Se lo agra-
ceré toda mi vida; se lo prometo.

Al oír aquella voz, que tenía un ac-
acariciador y humilde, el bretón miró a la
joven esclava con asombro.

—¡Tú, Seghira!

—Sea generoso, señor Kardec — conti-
nuó la esclava acercándose casi hasta
carle y fascinándole con sus herm-
ojos —. Yo sé que usted no es malo.

El segundo, admirado ante aquel repen-
tino cambio y apasionado cada vez más
de la hermosura de la mulata, le con-
tó confuso:

—Lo dejaré tranquilo, si tú así lo
quieres.

—Gracias, señor Kardec — contestó ella
sin apartar los ojos de los del bretón
estrechando su mano.

El segundo retuvo con ansia entre las
suyas la pequeña mano de la esclava
acercándole los labios al oído le dijo a-
rosamente:

—¿Quieres ser aquí la dueña?

—¿Qué debo hacer? — preguntó ella
apretando los dientes, mientras un des-
triunfal brillaba en sus ojos de ébano.

Cuando se disponía a contestar, el bre-
tón observó un cambio en el tiempo y
gritó:

—¡Atención, Lucas! ¡El viento va a cam-
biar!

Seghira no se movió de su sitio; pero
sus ojos se dibujaba una extraña son-
y, dirigiéndose al doctor, exclamó:

—¡Ese hombre es mío!

—No te precipites, muchacha. Piensa en
el capitán y en nuestra venganza.

### EL ECUADOR

La balsa, después de haber sido lle-
en todas direcciones por el empuje de las
olas, quedó casi inmóvil, perdida en aq-
inmenso océano, bajo una lluvia de ra-
abrasadores, sofocantes. El viento, que
tanto había arreciado para hundir al ber-
gantín, ahora ya apenas soplaba.

Una ligera brisa se levantó de pro-
con dirección a la costa de Africa.

—¿En qué piensa, doctor Esteban? —
preguntó Lucas, que estaba apoyado en el
remo que servía de timón.

—Pienso en lo grave de nuestra situa-
ción y en los sucesos que han aconteci-
—¿Considera usted que estamos en pe-
ligro?

—Sí, Lucas.

La balsa es sólida.

—Pero el Africa está muy distante.

—Tal vez hallemos alguna nave.

—¡Imposible! Este no es el camino de
ninguna. Además, pronto caerá sobre no-
tros la calma ecuatorial y nos inmovili-
zaremos.

—Es que contamos con víveres para dos
semanas.

—¿Y qué son dos semanas? Dos meses
podemos estar sin arribar a tierra.

—¡Dos meses! ¿Bromea usted, doctor?

—No, Lucas; yo sé de otros naufragios
ocurridos en estos sitios, y cuyos super-
vivientes tardaron más de cuatro meses
en llegar a tierra.

—No es muy halagüeño lo que me dice,
doctor. Así que es mejor hablar de otra
cosa.

—¿Del bretón? — preguntó Esteban co-
odio.

—Sí. Sólo deseo castigarlo.

—Ya hay quien se encargará de ello.

—¿Quién?

—Seghira.

—¡Ella! ¡Pues si parece que lo ama

...s negros tienen un corazón muy original.

—Te aseguro que Seghira odia a ese ...bre más que nosotros dos lo aborre... ...os; pero es necesario ayudarla para ... lleve a buen fin su venganza.

—Yo estoy dispuesto a todo: ¿qué debo ...cer?

—Dirigir siempre la balsa hacia la Gui...

—¿Por qué?

—Porque allí es donde Niombo y Se...ra harán caer al asesino.

—No lo comprendo, doctor.

—Ya lo comprenderás más tarde. Sobre ...do está alerta, porque sé que Kardec ...ta de llegar a la Costa de Oro, que es ... más próxima.

—Pues yo, mientras me sea posible, la ...igiré a la Guinea.

La balsa seguía avanzando con lentitud ...cia Levante. De cuando en cuando un ...pe de mar la levantaba de proa a popa, ... grave riesgo de que zozobraran sus ...upantes.

El Atlántico seguía estando desierto. Los ...bres de guardia no descubrían un so... punto blanco ni obscuro que indicara ... presencia de una nave o de una selva. ...amente algunos peces seguían a la balsa, mostrando su múltiples filas de dien... dispuestas a devorar cualquier presa ... se les arrojara.

Alrededor del mediodía, el segundo lla... a toda la tripulación, y por primera ...z hizo el reparto de víveres, consistente ... algunos bizcochos, un trozo de carne ...lada y poco menos de medio litro de ...ua, ración insuficiente para aquellos ...bres robustos; pero era necesario ha...rlo así si se quería prolongar la existen...a de todos.

Kardec hubiera deseado doblar la ración ... agua a Seghira; pero no se atrevió a ...lo, temeroso de la indignación que hu...iera estallado entre los demás náufra...gos.

El doctor aconsejó que para disminuir la ...ed se comiera menos cantidad de carne ...lada y que se arrojara al mar el aguar...diente, licor peligrosísimo con aquel calor; ...ro las dos proposiciones, y especial...mente la última, fueron rechazadas.

—A los peces no les gusta el aguardiente — respondieron algunos —. Es mejor que nosotros lo bebamos.

En todo el transcurso del día no ocurrió nada de particular a bordo.

La mayor parte de los marineros echa...ron sus siestas a la sombra de las lonas y otros se ocuparon de reforzar la balsa.

Kardec, que parecía ansioso de ver a Seghira, se aproximó a la pequeña tienda que la guarecía y ante la cual estaba tendido Niombo, insensible a los ardientes rayos del sol ecuatorial.

Al divisar al negro desistió de su idea y procuró acercarse al doctor; pero éste fingía no verlo, y también tuvo que abandonar tal propósito.

Cuando ya caía la tarde hizo otra nueva distribución de víveres, consistente en conservas alimenticias, galletas y una escasa cantidad de agua, que fué ávidamente bebida, y que resultó insuficiente para calmar el ardor que ya sentían todos.

Cuando se avecinaba la noche se levantó una ligera brisa que soplaba al Noroeste y que refrescó bastante la atmósfera.

La balsa, inmóvil todo el día, se puso en movimiento, alejándose de la Costa de Oro y acercándose a la Guinea, con gran contento de Lucas, que se orientaba con una pequeña brújula.

Los marineros aspiraban con deleite aquel asomo de frescura y fumaban el poco tabaco que habían podido salvar del naufragio.

La mulata Seghira dejó la tienda que en el día le había servido de refugio y se sentó al lado del doctor, abstraído en la contemplación de la luna. Kardec se sentó cerca de ellos con una caja vacía y fumaba en silencio; sus ojos no se apartaban un momento de Seghira y aguzaba el oído para sorprender su conversación pero sin resultado, pues la joven y el doctor permanecían sin decir palabra.

De súbito, Seghira se levantó diciendo:

—¡Mire usted, doctor!

Esteban, arrancado bruscamente de sus meditaciones, alzó la cabeza y miró en la dirección señalada.

Ante la proa de la balsa, entre las aguas, se veían correr extrañas líneas fosforescentes, como si del fondo del mar surgieran filamentos de fuego.

—¿Eso es fuego? — preguntó Seghira.

—No; es una fosforescencia. Un fenómeno que se admira solamente en los mares ecuatoriales.

—¿Y eso es peligroso? — exclamó la mulata.

—No — dijo una voz detrás de ella.

Seghira, al oírla, contrajo su semblante; pero en seguida se volvió, diciendo con dulce sonrisa:

—¿Estaba usted aquí, señor Kardec?

—Sí, vine a observar este fenómeno, que es curiosísimo. ¿No es cierto, doctor?

—Ya lo creo — respondió Esteban con sequedad.

—Este mar es hermosísimo — añadió Kardec —, y si tú quisieras, Seghira, yo te haría ver un mar mucho más bello que éste, y en el cual admirarías los más maravillosos fenómenos de la creación.

—¿Y dónde se encuentra ese mar? — preguntó la esclava.

—Lejos de aquí: junto a una región que se llama la India.

—Habla usted de la Malasia, ¿verdad, señor Kardec? — dijo Esteban con punzante ironía —. Allí verías, querida Seghira, incomparables maravillas y admirarías a unos hombres terribles que se llaman piratas. ¿No es cierto, también, señor Kardec? ¡Qué lástima que la *Guadiana* no haya podido ir allá! ¿Qué opina usted de eso, señor Kardec?

El bretón no respondió. Se había puesto pálido y ante sus ojos se extendió un velo de sangre. Había comprendido al fin todas las mordaces alusiones del doctor y se alejó de su lado, murmurando:

—¡Ese hombre está aquí de más! ¡Pero el hambre se enseñoreará pronto de la balsa!

Este nuevo incidente entre el segundo y el doctor no hizo más que acrecentar la aversión que entre sí se tenían.

### VELA EN EL HORIZONTE

En el nuevo día siguió reinando la calma ecuatorial, y la balsa apenas si se movía. Esto causó gran desesperación entre los tripulantes, temerosos, como estaban, de concluir con las provisiones mucho antes de que en el horizonte aparecieran las lejanas costas de Africa. Para mayor desgracia, la temperatura, ya demasiado ardorosa, aumentó aún más, haciendo el aire casi irrespirable y tornando en abrasadora la sed de aquellos desgraciados, que la corta ración de agua no alcanzaba a calmar.

Un pequeño termómetro que el doctor tenía y que había sido colgado del palo marcó antes de mediodía, y a la sombra de la vela, ¡50º centígrados!

Aun comprendiendo Kardec que la provisión de agua disminuía rápidamente, absorbida por el calor, no obstante bañar los barriles con gran frecuencia, tuvo que aumentar la ración de agua para evitar una posible rebelión. Al distribuir los víveres



descubrió que durante la noche algunos habían burlado la vigilancia de los marineros y substraído bizcochos y conservas.

Indignado ante tal descubrimiento, que de no ser castigado podía tener consecuencias funestas para todos, juró ante la tripulación que si descubría a los ladrones los haría ahorcar en seguida, sin formación de juicio, o los arrojaría al mar para que fueran devorados por los escualos.

El día pasó entre las torturas de la sed: todos se quejaban por la escasez del agua repartida; pero el segundo se mostró inflexible, y para impedir graves insurrecciones hizo arrojar al mar los fusiles, quedándose solamente con tres.

Aquel hombre, a pesar de sus defectos, estaba dotado de una energía poco común y sabía imponerse a aquella gente brutal y sanguinaria.

Alrededor de la medianoche un suceso inesperado reanimó por algunos momentos el abatido espíritu de los náufragos. El marinero que iba de vigía en lo alto del palo señaló hacia el Sur varios puntos luminosos que brillaban en la superficie.

Al principio todos creyeron que se trataba de los fanales de posición de una o más naves, y Kardec hizo cargar los fusiles para hacer señales de socorro; pero pronto se comprobó, con el desconsuelo y terror fácil de adivinar, que aquellos fuegos eran los ojos de seis o siete tiburones que habían venteado la presencia de unas víctimas.

Muy poco tiempo después se vió a aquellos gigantescos peces merodear en torno la balsa con sus inmensas fauces abiertas, en las cuales brillaba una fosforescencia siniestra.

Un coro de maldiciones partió desde la balsa contra aquellos enemigos, cuya terrible presencia era de mal augurio.

—Estos nos esperan — dijo el doctor a Seghira —. Su instinto los guía aquí, donde tienen una presa segura.

—¿Y asaltarán la balsa? — interrogó la mulata.

—No se atreverán, aunque están dotados de tal fuerza, que pueden saltar dos metros sobre las aguas.

—¿Son feroces?

—En grado sumo, Seghira. Guiados por su instinto prodigioso siguen con obstinación las naves en peligro, las chalupas cargadas de náufragos, las balsas y asimismo los barcos negreros, esperando pacientemente que una tempestad, una epidemia o cualquier otro suceso les lance al agua comida.

—¿Son, pues, aficionados a la carne humana?

—Mucho, Seghira. Generalmente viven de grandes moluscos, merluzas y otros peces de buen tamaño, pero sobretodo prefieren al hombre, cuyo cuerpo tragan de una o dos dentelladas, pues su boca tiene un diámetro de más de un metro. No obstante muestran un gusto bastante extraño: aprecian más la carne del hombre blanco que la del hombre de raza mongol, la del mongol más que la del negro, y de éstos prefieren la de los malayos a la de los africanos. Les ocurre al revés

que a los antropófagos, para quienes es más sabrosa la carne de cualquier raza humana que la de la blanca, que desechan por demasiado amarga o salada. Se asegura también que los tiburones paladean con más deleite la carne del niño que la del adulto y la de la mujer que la del hombre.

—Pues me cuidaré muy bien de caer en sus mandíbulas, doctor — dijo Seghira sonriendo—. ¿Y la carne de ellos es comestible?

—Es malísima; pero a falta de otra puede servir, y si los víveres escasean en la balsa, los marineros tratarán de pescar alguno.

—Yo seré el encargado de ello — dijo Lucas.

—Doctor, mire, ¿qué es aquello? — preguntó Seghira, indicando a cierta distancia una gran extensión de las aguas profusamente iluminada.

—Es una migración de moluscos. Ya tienen los tiburones su aperitivo.

Seghira y el doctor contemplaron aquella gran extensión iluminada que mostraba un aspecto maravilloso

A las cuatro de la mañana el sol emergió bruscamente del horizonte, borrando las tinieblas y poniendo fin a todas aquellas fosforescencias. Los náufragos tuvieron necesidad de guarecerse bajo las velas, porque la temperatura, poco antes de 37º, subió de golpe a 46º.

El cielo se mantenía de una pureza notable, no viéndose ni una nube que atenuara el calor horrible del sol.

Al repartirse el agua, casi todos repugnaban el beberla, no obstante su abrasadora sed, porque estaba muy caliente. Entonces Kardec pudo comprobar que entre la tripulación y el calor habían consumido en sólo tres días más de la mitad de la provisión de que podía disponerse. ¿Qué iba a suceder si pasaban otros cuatro días sin encontrar ninguna nave? Por otra parte, era vano pensar ya en la costa de Africa, sumamente distante para alcanzarla en tan corto tiempo.

Dominado por mortal angustia, se aproximó al doctor.

—Señor Esteban, nuestra situación es muy grave.

El doctor levantó los hombros.

—¿Me comprendió usted?

—Sí; pero yo no puedo hacer nada — respondió Esteban con cierta sequedad.

—Dentro de tres días no habrá agua.

—Pues yo no cuento con los medios necesarios para renovarla.

—¡Si evaporáramos la del océano!

—No tenemos instrumentos para ello.

—Entonces, moriremos —dijo Kardec—. A menos que...

—¿Qué insinúa?

—Nada; pero... yo no quiero que Seghira muera.

El bretón había pronunciado aquellas palabras con una verdadera angustia.

Aquel hombre brutal, feroz, despiadado, debía de amar inmensamente a la esclava, cuando demostraba emocionarse tanto.

El doctor Esteban lo miró fijamente y le dijo con ironía:

—¡Señor Kardec, es extraño en usted tanta ternura para una mujer que tiene sangre negra en las venas!

—¡La amo! — exclamó el bretón con voz sorda.

—¿Así que lo ha vencido a usted?

—Sí — respondió casi con rabia.

—¡Extraño destino! — replicó el doctor con mayor ironía —. ¡Dejarse vencer usted, verdugo de negros, por una hija de negros, por una pobre esclava!

—¡Señor Esteban!

—¡Qué diablos! — exclamó el doctor riendo sardónicamente —. Tenemos nosotros que hablar de otras cosas, señor Kardec, mucho más graves que ésta; el hambre no se enseñoreó aún de la balsa.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

—¡No, no es cierto, doctor! ¡Hablaba usted conmigo!

—¿Me amenaza, señor Kardec?

De pronto oyóse una voz que decía:

—¡Una vela! ¡Una vela! ¡De pie, compañeros!

Ante aquel grito, que significaba la salvación de todos, el fin de sus sufrimientos y de sus angustias, los marineros dejaron la sombra de la vela y lanzáronse a popa, donde un marinero, de pie sobre un barril, miraba fijamente hacia el Oeste.

Kardec, el doctor y Seghira se habían acercado a aquel hombre, que, temblando de emoción, seguía gritando:

—¡Una vela! ¡Una vela!

—¿Dónde? —preguntaron a la vez treinta voces.

—¡Allá! ¡Mirad, camaradas! ¡Allí!

Todos fijaron ansiosamente los ojos en el horizonte occidental, donde el mar se confundía con el cielo.

Un clamoroso júbilo brotó en la balsa.

—¡Sí, es una vela!

—¡Es un bergantín!

—¡No, es una fragata!

—¡No, es una goleta!

—¡Hagámosle señas!

—¡Lucas, los fusiles! — gritó Kardec.

El joven oficial trajo de inmediato las carabinas, que fueron cargadas en seguida. Las tres detonaciones sonaron a la vez.

Los náufragos, presa de una ansiedad indescriptible, aguardaron algunos minutos la respuesta. Un silencio profundo, angustioso, reinaba entre aquellos hombres que tenían la vista fija en el punto blanco que divisaban en el horizonte, como si quisieran atraerle con la mirada.

Aquel navío, del cual solamente se divisaba la extremidad de una vela, tan lejano estaba, permanecía inmóvil, a pesar de que soplaba una ligera brisa.

Transcurrieron dos minutos, largos como diez siglos para aquellos desgraciados, y en lo alto del palo estalló un grito de desesperación.

—¡Se aleja! — exclamó un marinero.

—¡Al remo! ¡Al remo!

Una loca esperanza había dominado a la tripulación; loca porque aquella pesada balsa no podía alcanzar en modo alguno al velero, aunque los náufragos se sirvieron de palos y de tablas como de remos par redoblar su marcha. Lucas, en tanto, seguía disparando las carabinas.

—¡Vanos esfuerzos! La lejana vela fué haciéndose cada vez más invisible, hasta que al término de media hora desapareció en el horizonte.

—¡Estamos perdidos! — exclamaron los marineros.

—¡Maldición! — rugió Kardec.

A la fugaz alegría que había despertado la aparición de la lejana nave siguió un desaliento desconcertante entre los náufragos: gritaban, maldecían, se mesaban los cabellos, se acusaban unos a otros de la pérdida de la *Guadiana*, se amenazaban, en fin, hasta que cayeron todos en una postración completa, mientras la balsa, sin rumbo fijo, navegaba con lentitud a través del océano, escoltada siempre por la formidable banda de siniestros escualos.

### REBELIÓN

A la caída de la tarde, se levantó una fresca brisa, que aceleró considerablemente la marcha de la balsa hacia el Oeste, con lo cual se calmó poco a poco la desesperación y la tristeza que había invadido a los náufragos.

Parecía inminente un cambio de
y que se preparaba alguna borrasca
seada por todos, porque vendría a
car la atmósfera, lo cual hubiera
tuído un precioso don para aquellos
graciados.

Empezó a extenderse por el cielo
nuando la luz de las estrellas, un
velo de vapores, y allá, hacia el
te meridional, veíanse alzar grandes
chas negras. La atmósfera se satura
electricidad, y en la punta del palo
aparecido ya una llama azul, el fuego
San Telmo, al decir de los marineros.

El mismo océano parecía dispuesto a
cudir su sueño rizando su superficie.

Impulsada por aquella brisa, que
mentaba cada vez más, transform
en verdadero viento, la balsa corría
leradamente.

El doctor, Seghira, Niombo y todos
marineros aspiraban ávidamente
aire fresco y vivificante, ya húmedo.

Clamaban por la lluvia que se
ciaba en la atmósfera.

Alrededor de las diez, cuando la
ridad era más profunda, un gran
pago iluminó las nubes y un formi
trueno retumbó en el espacio.

—¡La tempestad! — gritó Kardec—.
¡Bienvenida sea! ¡Marineros, reforzad
palo, asegurar las cajas y los barriles
sobre todo evitad que algún golpe vio
de los olas no os lance al mar! Los
hábiles a preparar la vela mayor
recoger el agua de la lluvia. Dentro
poco tendremos un aluvión de agua.

Apenas si habían los tripulantes
plido las órdenes de Kardec, cuando
océano se embraveció, levantándose
daderas montañas de agua como si en
fondo del abismo hubiera ocurrido
horrible terremoto. Momentos después
entre una interminable sucesión de
nos y relámpagos, comenzó a caer un
luvio de agua, pero ¡qué diluvio!; era
verdadera tromba, una inmensa catarata.
Dijérase que desde el cielo quisieran
gar el océano salado con agua dulce.

Los tripulantes de la balsa se dejaban
inundar con verdadero deleite por aquella
lluvia que empapaba sus vestidos y refres
caba sus carnes tostadas por el sol.

¡Y qué placer más embriagador sentir
la boca llena de agua pura, fresca, que
les esponjaba las secas bocas y que pe-
netraba en un delicioso chorro por sus gar-
gantas retostadas! Era aquello, como bien
dijera Kardec, un verdadero aluvión.

La catarata duró media hora aproxima-
damente, lo cual fué bastante, pues ade-
más de hallarse todos satisfechos, habían
llenado del precioso líquido todos los ba-
rriles y vasijas de que se disponía en la
balsa. Ya no se morirían de sed.

A pesar de que la lluvia había cesado
y el cielo aparecía otra vez limpio, el
viento seguía soplando con fuerza y la
balsa huía hacia el sudeste con velocidad
creciente, saltando penosamente sobre las
olas y cabeceando con violencia.

Los hombres que se habían dedicado a
asegurar los barriles de agua para evitar
que el balanceo la vertiera se tendieron
en la plataforma después de la operación
para resistir mejor las sacudidas. Niombo
y el doctor sostenían a Seghira para li-
brarla del peligro de aquel balanceo.

Lucas y Kardec, que permanecían en el
timón procurando mantener la balsa en
la dirección del viento, habían estado tres
veces a punto de caer al agua.

A eso de la medianoche parecía que el
viento huracanado llegaba a su máxima
intensidad, y a la una la fuerte sacudida
de las olas lanzó al agua una caja que
se apoyaba contra el palo mayor; fué una
pérdida lamentable, porque los cincuenta

kilogramos de bizcocho que contenía cayeron en un momento en las voraces fauces de los tiburones. ¡Y era la última que quedaba sobre la balsa!

Poco después el barril de la carne salada fué rodando hacia la proa. Un marinero se lanzó a sujetarlo, pero vino un golpe de mar y se llevó al barril y al hombre. Fué aquello un relámpago: una cabeza monstruosa, mostrando una cuádruple fila de dientes, salió de las aguas, y los marineros, aterrados e impotentes, vieron desaparecer a su desgraciado compañero entre ella. Un círculo de sangre manchó por un instante las aguas, y después nada.

En lo que restó de la noche siguió el huracán poniendo a dura prueba a los extenuados marineros; pero hacia el alba el viento cesó casi repentinamente, como si quisiera dejar el campo libre al sol que se alzaba majestuoso en el cenit.

Nada había que temer ya. Dentro de poco el mar volvería a estar tan tranquilo como antes y durante largo tiempo, pues en aquellas regiones los huracanes son raros. La balsa, aunque construída precipitadamente, había resistido maravillosamente los asaltos de las furiosas olas y hasta el palo permanecía erguido a pesar de los embates del aire. Pero, ¡qué peligro amenazaba ahora a los náufragos! Si el agua abundaba, otro enemigo no menos terrible que la sed se preparaba a acometerlos: ¡el hambre! Los últimos golpes de mar rompieron las cajas, habían dispersado gran parte de los víveres, y Kardec comunicó a sus compañeros la triste noticia de que a bordo no quedaban más que algunas latas de conservas, varios bacalaos y veinte o treinta libras de bizcochos; en total, alimento para tres días, y eso escatimando las raciones.

—¡Bah! — dijo un marinero —. Cuando no tengamos víveres, ahí están los tiburones. A mí por ahora me basta con el agua.

—Y además — dijo otro con feroz cinismo —, en la balsa abunda la carne. La tripulación de la *Medusa* enseñó a todos los náufragos lo que se debe hacer cuando el hambre aprieta.

—Y no contáis — añadió un tercero — con que aquí viene un piel negra que pesa bastante. Su carne no debe de ser mala.

—Hay otra cosa mejor —añadió otro—, la mulata, que ha de ser un manjar delicioso.

—A ésa no consentirá el comandante que se la toque. Se dice que es su amante.

—¿Y qué importa? ¡De todos modos, carne hemos de tener!

—¿Están ustedes preparando una sublevación? — preguntó Lucas, que se había acercado al grupo —. ¡Mal comienzo!

—Se hablaba de hambre —contestó uno.

—Pues eso es peor aun.

—Bueno, por ahora lo dejaremos; pero cuando los víveres falten, todos tomaremos parte en la extracción del botón.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Lucas, que como marinero joven ignoraba ciertos horrores de la navegación.

—Que antes de perecer de hambre, sortearemos al que debe servirnos de alimento. Y ese sorteo se efectúa con botones.

—¡Antropófago!

—La vida es muy agradable.

—No, señor Lucas. Todos entramos en el sorteo del botón negro.

—¿Y Seghira también? — preguntó el joven suboficial poniéndose pálido.

—Todos somos iguales — añadió un marinero llamado Ovando —, y ella afrontará el peligro de ser comida, como nosotros lo afrontamos.

—¿No te causa horror? ¡Una mujer!

—¡Bah! Es una piel negra — dijeron los marineros a coro.

—¡Pues encontrará defensor!

—¿Será tal vez el comandante? — exclamó irónicamente Ovando.

—¡Yo, sí! — gritó una voz amenazadora.

Kardec, más pálido que de ordinario, con los ojos llameantes y empuñando en la diestra un cuchillo, había aparecido en medio del grupo. Los marineros retrocedieron al verle.

—¡Sí, yo! —repitió lanzando una feroz mirada sobre Ovando —. ¡En la balsa aun mando yo, y si tú, canalla, te atreves a levantar una mano contra Seghira, te hago ahorcar sin piedad!

—Lo veremos, señor Kardec. — respondió el marinero—. ¡Cuando el hambre retuerza nuestros estómagos no habrá comandante a bordo, y todos seremos iguales ante el fatal botón!

—¡Antes te haré ahorcar, miserable!

—¡No se atreverá usted!

—¿Es una amenaza?

—¡Tómelo como quiera! ¡Yo le digo que aquí somos iguales todos!

—Es verdad —dijeron los marineros.

—¡Ah! ¿Es una rebelión? — gritó Kardec —. ¡A mí, amigos!

Tres o cuatro marineros respondieron a la llamada; pero los otros, que poco a poco habían formado un círculo alrededor del grupo, no se movieron. Kardec comprendió que su autoridad era desconocida, pero no se dió por vencido.

Lanzóse sobre Ovando con un salto de tigre, lo apresó por el cuello y arrojólo al suelo.

—¡Miserable! —le gritó casi en los oídos, alzando contra él el afilado cuchillo.

Un amenazador murmullo sonó entre los tripulantes; pero ninguno acudió en socorro del marinero, que se debatía en vano bajo los potentes puños del bretón.

Ya se disponía a herirle, cuando el doctor, advertido por Lucas de lo que ocurría, salió rápidamente de la tienda de Seghira, seguido de Niombo, que llevaba en el puño una barra de hierro.

—¡Quieto, señor Kardec! — dijo el doctor aprisionándole la mano armada —. ¡Ya se ha derramado mucha sangre desde que salimos de Africa!

—¡Deje usted que lo liquide! — gritó con furia el bretón.

—Se perdería usted — le dijo Esteban al oído.

Kardec lo comprendió; la tripulación que lo rodeaba tenía un aspecto amenazador y parecía resuelta a defender a su compañero.

El bretón levantóse lentamente, y sin soltar el arma lanzó sobre los marineros una mirada de desafío y se alejó.

—¡Vosotros a vuestros puestos! — exclamó el doctor con tono que no admitía replica, y luego, dirigiéndose a Ovando, que se levantaba pálido, le gritó:

—Ya lo sabes: otra vez nadie ni nada podrá salvarte.

El marinero no contestó, pero sus ojos se fijaron en el segundo con una expresión amenazadora.

—¡Vete! — le dijo Lucas, empujándole hacia la popa —. Tú quieres hacerte ahorcar demasiado pronto.

La tripulación se dispersó por la balsa; pero entre aquellos grupos se hablaba en voz baja, y no era en favor de Kardec.

—Esto no se presenta nada bien para Kardec — dijo el doctor a Lucas —. El segundo no durará mucho tiempo.

—Pues es necesario que siga mandándonos a todos. Si pierde su autoridad, va a suceder aquí algo muy grave cuando se terminen los víveres.

—¿Qué temes?

## Al pie de la letra




—*¡Así me gusta, Molowsky!*

—Un motín para sacrificar a Niombo o a Seghira. El hambre no razona, y estos hombres parecen decididos a renovar los horrores de la *Medusa*.

—¡Infames!

—Vigile usted, doctor, y no abandone la tienda de esa mulata.

—Niombo no dejará acercarse a nadie, y ese gigante es capaz de contener él solo a diez hombres.

—No bastará, porque Kardec solamente puede contar con cinco o seis adictos, los tripulantes franceses.

—Pero es que aquí estamos nosotros.

—Sí, señor Esteban, y además las armas de fuego las tengo yo.

Aquel principio de rebelión contra la autoridad de Kardec pareció calmarse momentáneamente, pues a la hora de repartir los víveres ninguno osó protestar, aunque la ración había sido rebajada.

El bretón tuvo la prudencia de callar y tratar a Ovando igual que a los demás.

Durante todo aquel día la balsa siguió navegando hacia el Este, empujada por una fresca brisa.

Por desgracia, al caer el sol disminuyó también el viento y la embarcación quedó parada en el océano.

Cuando desapareció la luna, y la obscuridad era profunda, Niombo oyó hacia popa un grito sofocado, y poco después vió salir la cabeza de un tiburón y hundirse en seguida llevando una presa.

Al ver que el doctor y Lucas dormían a poca distancia, y al oír en la tienda la leve respiración de la mulata, no se ocupó de averiguar lo que había acontecido.

A la siguiente mañana se supo que un marinero había desaparecido de la balsa, y que aquel marinero era Ovando. ¿Había caído en el mar mientras dormía, o lo habían asesinado?

Nadie lo supo, y muy pocos se ocuparon en esclarecer tan misteriosa desaparición.

Otra cosa más grave era la que ocupaba el ánimo de todos: el hambre.

En el transcurso de la noche los últimos bizcochos y las últimas cajas de conservas habían desaparecido, y en la balsa no quedaba absolutamente nada que aquellos veintiséis hombres pudieran comer.

### ..TERRIBLE REVELACIÓN

El fantasma del hambre había hecho su aparición entre los náufragos de la *Guadiana*. Y con su presencia empezó a cer-

nirse sobre la balsa un hálito de tragedia.

Al tener noticia de la desaparición de los últimos comestibles, acometió a los tripulantes un ímpetu de furor y sólo se oyó una voz terrible, implacable:

—¡Ahorquemos al ladrón!

Kardec, que parecía más enfurecido que los demás, llamó a consejo a la tripulación y se decidió, a propuesta de Lucas, registrar a todo el mundo y ahorcar inmediatamente al que tuviera encima un solo bizcocho o un trozo de conserva. Se hizo el registro, y nada; se amplió a toda la balsa y aun a la reducida tienda de Seghira, y el resultado fué negativo.

—La lucha es inútil —decía Lucas a Kardec, que parecía hallarse fuera de sí—. Estaba escrito que los sobrevivientes de la *Guadiana* muriéramos de hambre.

El bretón no dijo nada.

—¿Y qué será de Seghira? ¡Pobre!

Al oír esto, una sonrisa sutil apareció en los labios del segundo.

—Veremos —dijo con misterioso acento.

—¿Qué insinúa usted, señor Kardec.

—Yo me entiendo.

—¿Es que tiene alguna esperanza?

—Quizá. Además, la carne de los tiburones no es tan mala y desde anoche deben de haber engordado.

—No lo entiendo a usted.

—Yo sí he entendido —dijo una voz.

—¿Qué ha entendido usted, doctor Esteban? —preguntó el bretón irónicamente.

—Que anoche los tiburones devoraron una buena presa.

—¡Ah!

—Sí, señor Kardec. Ovando se había tornado peligroso.

Kardec, desentendiéndose de la indirecta, preguntó súbitamente al doctor:

—¿No tiene usted hambre?

—¿Por ventura, tiene usted algunas provisiones? —preguntó el doctor, admirado.

—Es posible.

—¿Entonces el que ha robado los víveres fué usted?

—¿Le importa eso a usted? —contestó Kardec rudamente.

—¿No teme que le ahorquen?

—¿Y qué conseguiría denunciándome?

—Vengar a alguno.

—Deje en paz a los muertos, doctor. Le propongo un pacto. ¿Tiene hambre?

—¿Yo solo? ¿Y los demás?

—Para todos no hay.

—¿Y por qué me ofrece el alimento sabiendo que no soy su amigo?

—Porque así defenderá a Seghira.

El doctor le miró con viva ansiedad.

—¿La amenaza algún peligro?

—El más terrible de todos. Anoche decidieron los rebeldes matarla.

—¿Matarla? ¿Por qué?

—El hambre comienza a enloquecerlos, y Seghira puede calmársela.

—¿Quiénes son los rebeldes, Kardec?

—Los compañeros de Ovando. Yo no puedo castigarlos porque sólo me son fieles aquí cinco hombres, mis compatriotas.

—¡Infames! ¿Y por qué ha hecho usted desaparecer los víveres?

—¡No! Están escondidos en sitio seguro; servirán para alimentar a mis amigos, que me han jurado defender a Seghira. ¿Usted quiere ser también mi amigo? Tiene aún mucha influencia sobre esos rebeldes.

—Pero poniéndome de su lado, me haré cómplice de un ladrón.

—¡Déjese de sutilezas! ¿Acepta o no?

—Acepto lo de la amistad, no por usted, sino por defender a Seghira.

—Lo mismo es.

—Una palabra más —añadió el doctor.

—¿Qué?

—Hay que contar con otro amigo.

—¿Cuál?

—Lucas.

—Tendrá su parte.

Se separaron. El bretón fué a popa, donde le esperaban sus partidarios, y el doctor se encaminó a proa, a la pequeña tienda que ocupaba Seghira.

A mediodía llamó Kardec a la tripulación para racionarla de agua; pero nadie respondió. Sólo algunos exclamaron:

—¿Qué necesidad hay de distribuir el agua? El que tenga sed, que beba.

Kardec estimó prudente no replicar a aquella amenaza, así es que, desfondando con rabia el barril, se limitó a decir:

—¡Perfectamente! Y cuando la provisión se acabe beberás la del mar.

—O beberé sangre —contestó amenazador el marinero.

—¡Qué hombres! —dijo Seghira al doctor—. Son tan feroces como los cazadores de esclavos.

—O tal vez más. Cuando los enfurezcan el hambre y la sed, veremos cosas horribles.

—¡La sed! Pero bebiendo agua del mar, ¿no se logra calmarla un poco?

—No, Seghira.

—¿Ni aliviarla?

—Al contrario —dijo Lucas—: hace la sed más rabiosa.

—¿Contiene tanta sal?

—Millones de toneladas —dijo el doctor—. Se calcula que en el océano habrá cinco millones seiscientos cincuenta y un mil metros cúbicos de sodio.

La noche, pesada, calurosa, ardiente, lo ennegreció todo, y la tripulación de la balsa trató de buscar en el sueño el olvido de sus sufrimientos.

Seghira, con la frente apoyada en las manos, los cabellos sueltos sobre la espalda y los pies sumergidos casi en el agua, parecía dormitar, pero de vez en cuando alzaba la cabeza y su mirada se posaba en los tiburones.

Hacía media hora que se encontraba así, aspirando la brisa de la noche, cuando de pronto, hacia la derecha, oyó el apagado paso de alguien que se acercaba.

Creyendo que sería el doctor o Niombo, se dió vuelta, y a los pálidos rayos de la luna vió ante sí al bretón. No pudo contener un estremecimiento de repulsión y de miedo, pero se reprimió de inmediato y una sonrisa floreció en sus labios.

Kardec la contempló en silencio durante algunos momentos y le dijo con emocionada voz:

—¿Qué haces aquí, Seghira?

—Nada, contemplo el mar.

—¿Y en qué piensas?

—En mi Africa, en mis perfumados bosques, en mi país lejano.

Kardec permaneció silencioso, en tanto que la joven le miraba con sus negros ojos.

—¿Volverías a ver con gusto tu país? —le preguntó Kardec después de un rato.

—¡Oh, sí! —suspiró la mulata.

—¿Qué harías tú por el hombre que te llevara a tus frondosos bosques?

—¡Darle mi vida!

—¡Ah!

—¿Qué le pasa, señor Kardec?

—Pensaba en que ese hombre sería muy feliz.

—¡Sí, pero el hombre que podría haberme devuelto a mi Africa ha muerto!...

Kardec palideció de rabia al escuchar esas palabras.

—¿Y no puede hacer lo mismo otro?

—¿Quién?

—¡Yo!

—¡Usted! —exclamó Seghira, mientras una sonrisa de triunfo la alegraba—. ¿Usted, señor Kardec? ¡Creo que bromea!

—No, Seghira —añadió el bretón con fuego—. ¡Yo te amo! ¡Yo te he amado desde el primer instante en que te vi!

—¡No, no!

—¡Sí, Seghira! ¡Te amo y juré que serás mía! ¡Mía..., porque por ti cometería yo toda clase de delitos!

—De modo que cuando el capitán Vasconcelos vivía...

—Te amaba ya..., y por ti... —se interrumpió bruscamente, mirando con terror a todos lados, y gruesas gotas de sudor cubrieron su frente.

Seghira permaneció callada; pero las ventanas de su nariz se dilataron como las de la pantera que olfatea la presa, y una profunda arruga surcó su frente. Había adivinado lo que no terminara de decir el bretón.

Ambos siguieron silenciosos durante algunos minutos, contemplándose a los pálidos rayos de la luna, mientras los tiburones, de vez en cuando, mostraban su siniestra fauce alrededor de la balsa.

—¡Seghira! —exclamó al fin Kardec rodeando con sus brazos a la joven.

—¡Hable! ¡Lo quiero! —dijo la esclava con tono de mando.

—¿No crees tú que yo te amaba cuando Vasconcelos vivía?

—¿Y qué?...

—¡Oyeme!, te amaba y...

—¡Hable!

—Cuando se encuentra un rival dichoso, ¿qué se hace?

—¡Se mata!

—¡Pues bien, por tu amor asesiné yo al capitán de la *Guadiana!*

Al escuchar estas palabras, Seghira sintió como si un latigazo lacerase su cuerpo, y se separó violentamente de Kardec; pero reaccionando a tiempo, y dando muestras de un poderoso dominio sobre sí misma, aun encontró fuerzas para sonreír...

HORRORES DEL HAMBRE

Pero el gesto de desagrado que tal confesión causó en la mulata no pasó inadvertido a Kardec, quien se puso en pie pálido como un muerto, trasfigurada la mirada, contraídas las manos. Dió dos pasos atrás, tambaleándose como si estuviera herido de muerte, y exclamó:

—¡Seghira!

—Kardec —respondió la esclava, dulcificando su voz con un nuevo esfuerzo—, ¿por qué te vas?

—¡Pero, tú!... ¡Aquel grito!... ¡Oh! ¡Tú no me amarás jamás!

—¿Por qué dices eso? ¡No sabes que el alma es insondable! Yo amaba a Vasconcelos; pero ahora... ¡Ha muerto y no me podrá hacer feliz!

—Pero, ¿me odias?

—¿Yo? ¿No eres tú un hombre fuerte? ¿No eres tan valeroso como el capitán brasileño? ¿Por qué no has de hacerme tú feliz en lugar del otro, que duerme el sueño eterno? ¿Le mataste? ¡En mi país el rival mata y la mujer ama al vencedor.

La voz de la esclava tenía un acento extraño, fascinante, y atraído por ella Kardec iba acercándose, hasta casi besarla. Aquel hombre feroz, que parecía no tener corazón ni entrañas, cayó de rodillas ante Seghira derramando copiosas lágrimas.

—¡Te amo! —susurró en su oído.

—¡Y yo a ti! —respondió la esclava, ocultando en lo más recóndito de su alma el odio feroz que por él sentía.

—¡Quiero que seas mía!

—¡Lo seré!

—¿Cuándo?

—Cuando me hayas conducido a Africa.

—¡Júralo!

—¡Lo juro! —dijo la esclava con voz firme.

—¡Dame un beso! ¡Un beso!

Seghira sintió nuevamente que la ola










del odio invadía su ser, y por segunda vez retrocedió con repugnancia.

—¡Un beso, Seghira! — suspiró Kardec ávido de amor.

—Pues bien... ¡Tómalo!

Y aprisionándolo con sus brazos, como si quisiera ahogarle, veló con los párpados la siniestra llama de sus ojos, acalló la protesta de su sangrante alma y la roja flor de su boca unióse a los labios marchitos y secos del bretón.

Este quiso retenerla junto a su pecho; pero ella se retiró violentamente y le dijo con dureza:

—¡Déjame!... ¡Déjame!

—¡Seghira!

—¡Calla! ¡Déjame! ¡Allá, en las floridas costas del Africa hermosa, seré tuya!

Y saltando ágilmente entró en su tienda.

Un grito, salvaje, brotó de su pecho, y haciendo un gesto amenazador exclamó:

—¡Ese hombre es mío! ¡El Africa te será fatal y sus bosques serán tu tumba, maldito!

En seguida se dirigió a la caja vacía que servía de albergue al rey negro.

—¡Niombo! — voceó.

El gigante se levantó de inmediato.

—¿Has oído?

—Todo — respondió Niombo con cruel sonrisa.

—¿Lo matarás?

—¡Sí! ¡A él y a todos!

—¡A todos, no!

—No hablo de los amigos.

—¿Sigue siempre la balsa hacia el Este?

—Recta. La guía Lucas.

—¿Aun estamos muy lejos?

—Sí, pero el viento nos ayuda.

—¿Llegaremos?

—Sí, y volveré a ser rey.

—Y yo seré tuya — dijo ella suspirando.

—Gracias, hija del sol. Te haré dichosa.

Seghira inclinó la cabeza sobre el pecho y encaminóse a su reducida tienda.

No sin sorpresa, vió allí dos cajas de conserva y algunos bizcochos. Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios.

—¡Hasta ladrón se ha vuelto Kardec por mí!

Apartó los alimentos, se acostó sobre la vela que le servía de colchoneta, y se durmió murmurando dulcemente el nombre de Vasconcelos.

Al siguiente día la situación de los náufragos era horrible.

El hambre, ese implacable enemigo, torturaba los estómagos de aquellos desgraciados.

Sus rostros tenían una expresión bestial, y sus ojos, abrillantados por la fiebre, se fijaban ansiosos en la tienda de Seghira.

Unos maldecían a Kardec, a quien consideraban responsable de sus torturas; otros hablaban de sorteos, de botones negros... Los más débiles, tendidos en la balsa, eran presa del delirio, y en sus febriles fantasías creían cambiar trozos de madera por suculenta comida.

Kardec empezaba a mostrar viva inquietud, y temiendo a cada momento una insubordinación, vigilaba sin descanso.

Sentado a corta distancia de la tienda de Seghira, con las pistolas montadas y rodeándole sus cinco compatriotas, estaba dispuesto a cualquiera que se acercara.

El doctor, Niombo y Lucas vigilaban también para defender a la esclava.

En la tripulación, que estaba resguardada bajo la vela, al mediodía se manifestó una viva agitación. Se oía hablar acaloradamente y discutir con amenazas.

Kardec preparó las pistolas y Lucas dispuso su carabina.

—¿Qué van a hacer? — preguntó el bretón a éste.

—Algo muy grave. Les he oído nombrar a Seghira y a Niombo.

—¡Ah! ¿Y quieren comerla?

—Lo temo.

— Tendrán que matarme a mí antes.

En aquel instante se adelantaron los marineros revoltosos, y uno de ellos, un inglés enorme y barbudo, exclamó:

—¡Comandante!

—¿Qué quieres?

— Los demás y yo tenemos hambre.

—Y yo.

— En la balsa sobra uno.

—¿Acaso eres tú?

—Yo, aun no.

—Y bien, ¿qué ocurre?

—Que alguno debe morir. Tenemos hambre, y la carne abunda.

—Lo primero que debes hacer es ofrecer la tuya a tus compañeros.

—¡Vamos! ¡No quiero bromas, señor Kardec! ¡Antes que matar a los blancos hay que liquidar a los negros!

—Ve a prender a Niombo si te atreves.

—Su turno le llegará más tarde. Ahora se trata de la esclava.

—¡Apártate de aquí, miserable, o te mato! — gritó el bretón exasperado.

—¡Le advierto que yo no me dejo asesinar como Ovando!

—¡Que muera la esclava! — gritaron los marineros.

—¡Tenemos hambre!

— ¡Quietos, canallas! —gritó el doctor lanzándose en medio del grupo seguido de Lucas —. ¿Queréis cometer otro asesinato? ¡Sois más feroces que los antropófagos de Nueva Zelandia!

— ¡Cállate, que también te llegará la vez!

—¡A ése será mejor echarlo al mar! ¡Está muy delgado!

— ¡La esclava! ¡La esclava —gritaron.

— ¡Aquí, amigos! —gritó Kardec empuñando las pistolas.

Los cinco franceses, el doctor, Lucas y Niombo rodearon a Kardec, apoyándose contra la tienda, en la cual se hallaba Seghira mirando intrépidamente a los marineros y con un fusil en la mano dispuesta a defenderse.

Los rebeldes, ante aquellos tres fusiles y dos pistolas, retrocedieron.

—¡Adelante el que se atreva! — dijo Kardec.

—¡Muerte al capitán, camaradas!

—¡Sí, muerte! — vociferaron todos.

Como una manada de lobos hambrientos iban a lanzarse dando gritos de fiera contra Kardec, que ya se disponía a hacer fuego, cuando Niombo, dando un salto de león, cayó entre los rebeldes.

El atlético negro, cuya estatura era muy superior a la de los demás, parecía una fiera escapada de las selvas africanas. Rugía como un león y en sus manos blandía una barra de hierro.

—¡Quietos, o los mato a todos!

El inglés, que precedía a sus compañeros, quiso enfrentarlo; pero la barra de hierro cayó con fuerza irresistible. El miserable, con el cráneo roto, cayó ensangrentado al agua.

Los tiburones apenas si le dejaron bajar de la superficie.

—¡Ahora otro! — gritó el rey africano.

Los amotinados, sobrecogidos con aquel acto de vigor sobrehumano, quedáronse asombrados, quietos. Nadie se sentía con ánimo de afrontar a aquel gigante.

—¡Venid por Seghira! — dijo Kardec.

Nadie se movió.

—¡El sorteo! ¡El sorteo! — gritaron varios —. ¡Tenemos hambre!

—Comeos unos a otros — dijo Kardec.

—¡No! — gritó un marinero —. ¡Aquí somos todos iguales!

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos correr todos el mismo peligro.

—¿Pero sois antropófagos? — dijo el doctor.

—¡Calla tú, matasanos!

— ¡El sorteo! ¡El sorteo! —exclamaron todos.

Un marinero abrió una de las cajas que contenían ropas y sacó un puñado de botones blancos y uno de ellos negro, iguales todos por la forma y el peso.

— ¿Cuántos somos? —interrogó.

—Trece — respondió otro, después de haber contado a los compañeros.

—Dadme una bolsa.

—¡Toma la mía!

El marinero agarró los botones, los contó uno a uno mostrándolos a sus compañeros, que se habían colocado en rueda alrededor de él, y los introdujo en la bolsa.

—Muestra las manos — dijeron varios.

Así lo hizo.

—¿Y quién será el primero que escoja?

—Procederemos por orden alfabético — dijo un viejo—. Cabral, a ti te toca.

El portugués que llevaba aquel nombre se adelantó. Estaba desencajado y un temblor general estremecía todo su cuerpo.

Un silencio sepulcral reinaba en la balsa.

Kardec, los cinco franceses, el doctor, Lucas, Niombo y Seghira se mantenían ante la tienda, con las armas montadas y presa de un profundo horror. Los otros que estaban desafiando la muerte callaban, teniendo fijas las miradas en el portugués y los cuchillos en las manos, prontos a asesinarlo si extraía el botón fatal!

—¡Saca! — le dijo el marinero que tenía la bolsa.

El desgraciado cerró los ojos y su temblorosa mano derecha entró en la bolsa. Un frío sudor perlaba su frente y parecía que iba a desmayarse.

—¡Termina de una vez! — le gritaron.

Cabral levantó su mano contraída y la abrió; un grito de horror salió de todos.

—¡El botón negro!

En aquel mismo instante se oyó a Lucas gritar:

—¡Socorro, amigos! ¡Hemos atrapado un tiburón!

### PRESA COLOSAL

Ese grito de Lucas salvó la vida a aquel desgraciado, pues ya los hambrientos marineros se habían lanzado sobre él, cuchillo en mano, dispuestos a ultimarlo.

Los golpes violentos que daba a la balsa, los fuertes bufidos del animal y el agua que se alzaba por popa a gran altura indicaban que Lucas no había mentido.

La tripulación, olvidándose en aquel momento de todo y viendo emerger la cabeza del escualo muy cerca de la popa, se acercó a aquella parte gritando:

—¡Atrapémoslo!

Nadie se ocupaba ya de Cabral, que yacía en el suelo, medio sofocado por la angustia y sin comprender a qué milagro debía el encontrarse con vida.

Todos se hallaban al borde de la balsa ocupados en pescar al tiburón.

—¡Sujetad bien la cuerda! — dijo el bretón —. Si lo atrapamos, hay carne para cuatro semanas.

—Lo mataremos a tiros apenas salga del agua.

— ¡Ahí está! —gritaron varios.

—¡Preparad las armas! — ordenó Kardec.

Agitóse el agua en un impetuoso remolino, y en seguida apareció el tiburón.

—¡Fuego! — gritó Kardec.

Lucas y el doctor descargaron las carabinas, y el escualo se hundió, herido, en las aguas, que se tiñeron de rojo.

— ¡Es nuestro! —dijeron los marineros.

Pero el monstruo defendía su vida valerosamente, y de un coletazo formidable rompió el palo, haciendo caer la vela.

Los náufragos seguían haciéndole fuego y aunque sus heridas aumentaban no moría.

Falto ya de sangre y acribillado a tiros, cesó de agitarse, y después de dar todavía una nueva coletada quedó inmóvil sobre la superficie del agua.

Un clamoreo triunfal saludó su muerte, y todos, Kardec y el doctor entre ellos, se lanzaron sobre aquel cuerpo extraordinario, arrancándole con sus hachas y cuchillos trozos de carne todavía palpitante, y que en seguida devoraban, a pesar de su sabor penetrante y de su dureza.

Aquel tiburón era realmente enorme, de los más grandes que habían visto alrededor de la balsa. Tenía más de once metros de largo, y el diámetro de su boca excedía de los cien centímetros.

Saciada el hambre, la tripulación se dedicó a la tarea de poner aquella carne en condiciones para que les pudiera alimentar durante cuatro semanas.

—Con estas provisiones — dijo el doctor a Seghira — podremos llegar a la costa de Africa sin nuevos martirios.

—¿Faltan muchas jornadas?

—Si continúa esta brisa, una semana.

—Algunos no saldrán de allí.

—El bretón, me lo imagino, pero los demás...

—Son negreros, y nuestra raza nunca perdona. Además, Niombo tiene que vengarme. Intentaron quitarme la vida.

Tres días después de la captura del tiburón, hubo una falsa alarma. Una forma oscura, que tenía la apariencia de una montaña, fué vista hacia el este, y en seguida se esparció la voz de que la tierra estaba cercana; pero después se comprobó que se trataba de una nube.

Aquella desilusión no desanimó a nadie. Todos sentían la proximidad de la costa africana, y estaban convencidos de que no se equivocaban.

Niombo, más que todos, sentía cercana la tierra nativa. El instinto del hombre salvaje intuía mejor que los demás el ambiente y aquellas emanaciones provenientes de los bosque africanos.

Encaramado en lo alto del palo, miraba con profunda atención el horizonte, sintiéndose sumamente emocionado.

Al quinto día no se vió todavía la costa; pero el Africa no debía de estar muy distante, porque un tripulante vió un pájaro costero volar hacia el Nordeste.

Seis días después de la pesca del escualo, y reinando ya una armonía absoluta entre los náufragos, Lucas tuvo la fortuna de ser el primero que, al nacer el alba, lanzó el grito de:

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡Alabado sea Dios!

### LA COSTA AFRICANA

Aquel grito, tantos y tantos días angustiosamente esperado, fué como una clarinada de triunfo para aquellos seres, ya que sonaba en sus oídos con rumores de vida, de amistad, de familia, de patria, y todos se precipitaron en tropel hacia proa, donde Lucas, subido sobre un barril y con el brazo señalando al Este, seguía gritando:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Allá, donde el horizonte se confundía con el mar, una fina línea de un azul oscuro se extendía del Norte al Sur, y en las sutiles ondulaciones que esfumaba la lejanía marcaba los valles y las sierras.

—¡Sí! ¡Tierra! ¡Tierra!

Kardec, Lucas, portugueses, franceses, ingleses y americanos aparecían transformados por la alegría, como si los torvos rostros, las miradas duras y los quejidos de angustia hubieran quedado perdidos para siempre en las aguas de aquel inmenso océano.

Luego de aquella primera emoción de alegría, una verdadera impaciencia, rayana en frenesí, hizo presa en todos; querían llegar lo más pronto posible a aquella costa, como si temieran verla desaparecer.

Improvisando remos con cuantos objetos a propósito hallaron a mano, empezaron a bracear con verdadero furor.

—¡Valor, muchachos! — gritaba Kardec, que se había apoderado de un remo, manejándolo como los demás marineros.

—¡Fuerza, amigos! — repetía Lucas —. ¡Pronto pisaremos tierra!

La costa se precisaba cada vez más claramente: era baja, y por lo mismo no la habían descubierto la noche antes.

¿En qué lugar de la costa africana iban a desembarcar aquellos náufragos?

Sólo Lucas, que había seguido con atención la ruta de la balsa, tenía algunas probabilidades para saberlo; pero se cuidaba mucho de no decirlo a los demás; y sólo el doctor, Seghira y Niombo debían de hallarse también en el secreto.

A mediodía la playa distaba sólo algunos centenares de metros. Era una tierra deshabitada y poblada por grandes árboles muy unidos, entre los cuales se distinguían bananos silvestres, mangos de aspecto majestuoso y gigantes palmeras.

—¡Un último esfuerzo, muchachos! — gritó el bretón.

Quince minutos después la balsa se detenía sobre un banco de arena a sólo escasos metros de la costa.

Lucas y Kardec, provistos de carabinas, desembarcaron seguidos del doctor, Niombo y Seghira y de toda la tripulación, que gritaba estentóreamente.

Hallábanse al borde de una gran selva desierta y silenciosa, cuyos límites se perdían de vista, lo mismo hacia el Norte que hacia el Sur.

—Por ahora acampemos aquí — dijo Kardec —. Más tarde trataremos de buscar caza y frutas, que deben de abundar en este gran bosque.

—¿Podrá decirme dónde nos encontramos, señor Kardec? — preguntó el doctor, que se había sentado a la sombra de un árbol.

—No, señor; esta costa no la conozco.

—¿Estaremos al Sur o al Norte del Cabo López?

—No podría decírselo; pero sea al Norte o al Sur, encontraremos algún establecimiento portugués. Alguien, sin embargo, podrá informarnos sobre el particular.

—¿Quién?

—Niombo.

El rey negro se había subido sobre una roca y parecía examinar con toda atención la costa.

—¿Has descubierto algo? — le preguntó el bretón, mientras los tripulantes desembarcaban los objetos y víveres que contenía la balsa.

—Nada, señor — respondió el negro.

—¿No te es conocida esta playa?

—No.

—¿Ni tú, Seghira?

—No — contestó ella, cambiando una rápida mirada con el gigante negro.

—No importa — dijo Kardec —. De cualquier manera he cumplido mi palabra.

—¿Qué quiere decir?

—Que te he conducido a Africa y que ahora vas a ser mía, Seghira.

—Y tú mío — contestó ella con extraño acento.

Kardec se le acercó y tomándole ambas manos le dijo:

—Te haré dichosa como una reina.

—Y yo a ti — contestó ella con los dientes apretados.

—Haré todo lo que me pidas, Seghira.

—Gracias, Kardec.

—Te llevaré a tu país.

—Sólo un hombre puede conducirnos a él.

—¿Quién es ese hombre?

—Niombo.

—Pues nos conducirá.

—¿Te fías de él?

—Me teme y, por lo tanto, obedecerá.

—Es cierto — dijo Seghira.

El coloso, que estaba a corta distancia, le hizo un rápido gesto.

—Ahora déjame, y ve a disponer el campamento, Kardec — expresó la mulata —. Yo voy a interrogar a Niombo.

El marino se alejó.

Los tripulantes habían concluído de descargar la balsa.

La mulata, luego de permanecer algunos instantes inmóvil, hizo señal al doctor.

—¿Tenemos novedad, Seghira? — dijo éste acercándose.

—Sí — respondió la joven esclava en voz baja —. Niombo reconoció la costa.

—¿Y dónde nos encontramos?

—En las cercanías de Nazareth — respondió una voz.

Era Niombo, que se había aproximado sigilosamente.

—¿Estás seguro de no engañarte? — le preguntó anhelante el doctor.

—Segurísimo. Luego de dos jornadas de marcha está mi reino.

—¿Y qué pretendes hacer?

— Conducir a los blancos a mi país.

—¿Y qué harás con nosotros?

—Lucas y usted son mis amigos, pero los otros me pertenecen — dijo el monarca con aire sombrío.

—¿Los matarás?

—Si Seghira me lo permitiera, ninguno de esos infames saldría vivo de mis manos; pero su castigo será aún peor.

—¿Qué quieres decir?

— Silencio, *tebib;* ya lo sabrás.

—Pero ¿aguardas que Kardec te siga al interior?

—Me acompañará y caerá en la emboscada que le preparo. Seguidme.

Niombo se encaminó hacia el campamento seguido del doctor y de Seghira, y deteniéndose ante el bretón le comunicó:

—He reconocido esta costa.

—¿De verdad? — preguntó Kardec con alegría.

—Sí.

—¿Y dónde nos hallamos?

—En la región que ustedes llaman Loango.

—Lo había presumido.

Una sonrisa diabólica floreció en los labios del coloso negro.

—¿Queréis ver a los blancos?

—¿Sabes tú dónde se encuentran?

—Sí, a dos días de marcha al interior.

—¿Cómo lo sabes?

—Recorrí esta región el año pasado.

—Entonces tu reino no está muy distante.

—Bastante; se halla muy al sur, a veinte jornadas de camino.

—¿Y podrías conducirnos a esa factoría?

—Si están dispuestos tus marineros, desde ahora mismo.

Kardec llamó a consulta a sus hombres y les comunicó las nuevas de Niombo.

— ¡Partamos! —fué la contestación.

Hicieron los preparativos de viaje a toda prisa, decidiendo abandonar allí todo su equipaje menos algunos víveres, y a las dos de la tarde Kardec dió la señal de partida.

Niombo se puso a la cabeza, armado de un fusil; después lo seguían Kardec, el doctor, Lucas y Seghira, provistos de pistolas, y a continuación los marineros en fila india.

El camino era fácil, aunque el bosque se presentaba bastante espeso y sombrío.

La flora africana ofrecíase allí con todo el esplendor de su brillante colorido.

Un profundo silencio reinaba en aquella selva, que parecía ser hollada por primera vez por la planta del hombre.

El gigante negro, que abría siempre la marcha, procedía con infinitas precauciones, y antes de aventurarse entre el boscaje que interceptaba la luz del sol examinaba con atención las ramas y la tierra, como si temiera a cada momento algún peligro.

—Diríase que no está seguro del camino — dijo Lucas.

—Estoy convencido de lo contrario — contestó el doctor —. Los negros se orientan en la selva sin necesidad de brújula.

En aquel momento Niombo, que a cada instante mostraba mayores signos de inquietud, volvióse haciendo a todos señas de que se detuvieran.

Agachóse otra vez, escuchó con atención, y volviendo a levantarse dijo:

—¡Huyamos!

—¿Por qué? — preguntó Kardec.

—¡Las *lascicuayas!* — respondió Niombo.

—¿Qué fieras son?

—Hormigas —contestó el doctor—. ¡Rápido, huyamos, que peligra nuestra vida!

Kardec y los marineros prorrumpieron en una carcajada.

—Pero ¿está loco, señor Esteban? — exclamó el bretón.

—¡Huid, os digo!

—¿De las hormigas?

—¡El que se quede aquí puede considerarse perdido! ¡Ven, Seghira!

La mulata echó a correr detrás de Niombo, que huía desesperadamente hacia el Sur, dando muestras de pánico.

Kardec y los marineros, viéndose abandonados, comenzaron a temer un serio peligro y se lanzaron a todo correr detrás de los otros.

NIOMBO DESAPARECE

Todo aquel que conozca los bosques del Africa ecuatorial comprenderá y justificará el terror que se apoderó de aquellos hombres y la precipitada fuga que emprendieron.

Allí no hay peligro mayor que encontrarse ante una migración de hormigas *lascicuayas.* Se puede esquivar la acometida de un rinoceronte furioso; se puede defender de un león y aun librarse del asalto de una manada de búfalos; pero no hay salvación posible ante las hormigas de aquella especie, que están dotadas de tal voracidad, que en contados segundos se comen al hombre más robusto que hallen en su camino.

Marchan siempre en línea recta, a la sombra de los árboles y evitando las llanuras desnudas, pues le temen al sol. Cuando necesitan atravesar una llanura socaban una larga galería y por ella pasan de un bosque a otro.

Se arrojan con furor a los leopardos y a los leones, y estos poderosos animales, que no temen a los hombres, caen vencidos bajo las robustas pinzas de aquellos insectos.

Cuando hallan un pueblo lo invaden, rodeándolo por todas partes, y los negros sólo se salvan apelando a la fuga y refugiándose en algún río.

Niombo, Seghira y el doctor, después de un cuarto de hora de carrera, se detuvieron a la orilla de un río. Allí no tenían nada que temer, pues les bastaría con arrojarse al agua para librarse de las hormigas, las cuales huyen del agua tanto como del sol.

Momentos más tarde llegaron los otros, jadeantes, sudorosos.

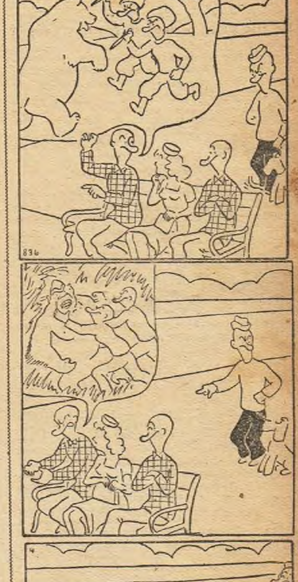
Y en seguida aparecieron las primeras filas de hormigas. Al ver aquel grupo de hombres y olfatear el olor de la carne, se dirigieron a todo correr hacia el río; pero los náufragos se adentraron en el agua.

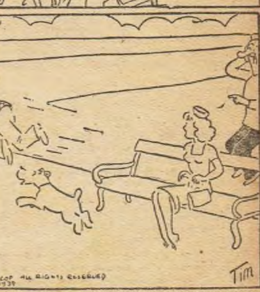
Los voraces insectos, detenidos de pronto en la orilla, cambiaron de dirección y siguieron su marcha, guiados por sus jefes y cabecillas.

El desfile de los insectos duró dos horas largas, pues aquella columna, compuesta

## LOS DOS HERMANITOS

DESENMASCARADOS por TIM





# Aquí le contestamos

En esta sección contestaremos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

JOSÉ D. GUERRERO C., *León, Nicaragua.* — Con mucho gusto hemos hecho entrega de su carta al autor de la crónica a que usted se refiere.

"QUIERO SABER", *Rosario.* — La palabra cuyo significado desea usted saber no existe en el idioma castellano. Descomponiéndola, hallamos que *tri*, significa tres; *deca*, diez, y *fobia*, que deriva de una palabra griega, miedo, obsesión. Seguramente que con dicha palabra se ha querido expresar el temor al número 13, acepción que, en realidad, se halla comprendida dentro de la *simbolofobia*, o temor a los símbolos, como dicho número 13.

J. A. A. G., *Capital.* — Por razones de espacio nos vemos en la imposibilidad de describirle la forma en que se efectúa una encuadernación. Le informamos, no obstante, que en el número 434 de "Maribel", una publicación de esta Editorial, se inició una serie de notas tratando dicho tema, que terminó en el número 445, y que con seguridad lo ilustrará ampliamente para los fines que usted se propone.

FERNANDO TORRES AZUR, *Lima, Perú.* — Hemos tomado nota de su pedido, que procuraremos complacer tan pronto como las circunstancias lo permitan. Agradecemos sus elogiosos conceptos.

"UN LECTOR", *Capital.* — La tinta para mimeógrafos debe ser espesa, acercándose más al estado pastoso que al líquido. Además, el pigmento empleado no debe ser soluble en el líquido que se utilice como vehículo, para evitar que la tinta se corra en los bordes. He aquí una buena fórmula: laca, 60 grs.; bórax, 60 grs.; agua, 750 cc.; goma arábiga, 60 grs.; negro de humo, en cantidad suficiente. Se hierve un poco de agua con la laca y el bórax, hasta su disolución, se agrega la goma arábiga y se retira del fuego. Una vez fría la solución, se completan los 750 cc. de agua y se añade negro de humo hasta que adquiera la consistencia conveniente.

"ATREVIDO", *Portovelo, Ecuador.* — No conocemos ningún tratamiento para el mal que usted alude. Es conveniente que consulte su caso con un médico.

J. A. ZÚÑIGA C., *Zavuma.* — 1º: El desarrollo físico puede ser estimulado mediante la gimnasia respiratoria, los deportes adecuados y sobre todo con una buena alimentación dietética. En términos generales, las vitaminas y el calcio tienen, en ese sentido, una influencia preponderante; 2º: Las exposiciones de arte no se ajustan a fechas determinadas. Para intervenir en ellas, si se trata de salones oficiales, es necesario que el jurado apruebe los trabajos enviados. Siendo particulares, cualquier persona las puede organizar; 3º En la Academia Nacional de Bellas Artes de la Argentina, se otorgan, en efecto, cierto número de becas anuales, que se adjudican por concurso. Puede dirigirse a su secretaría, Avenida Alvear 2802, Buenos Aires, Argentina.

"JABONERO", *Capital.* — La potasa cáustica, KOH, se obtiene por la acción de la cal sobre el carbonato potásico en solución acuosa. Se separa la parte líquida que forma la lejía de potasa, del carbonato de cal insoluble, y se concentra en cápsulas de plata hasta que tenga la consistencia necesaria para solidificarse. Las cenizas de las maderas duras en general son ricas en carbonatos, por lo cual se las utiliza para obtener la lejía, hirviendo las cenizas con cal. En pequeño se obtiene así: se apagan dos partes de cal viva con poca agua para formar una papilla homogénea y se añade, en pequeñas porciones, una solución de 3 partes de carbonato potásico en 10 ó 12 de agua calentada hasta la ebullición. $K_2CO_3 + Ca(OH)_2 = 2KOH + CaCO_3$.

de millares y millares de hormigas, ocupaban una extensión de más de un kilómetro.

Niombo aguardó aún media hora más antes de estar seguro de que el peligro había pasado, y luego se puso en camino seguido de todos los demás.

Al ocultarse el sol, Kardec dió la señal de descanso, y todos se guarecieron bajo un inmenso baobab.

Niombo, que sabía lo peligroso que es acampar en pleno bosque, encendió una gran hoguera para alejar a las bestias feroces; cenaron y luego se entregaron al sueño haciendo la guardia Niombo y dos marineros.

Ya llevaban media hora de sueño cuando el silencio profundo de la noche fué interrumpido por un grito extraño, que no era ni el formidable barrito del elefante, ni el rugido del león o del leopardo.

Era un grito tan poderoso, que debió de ser lanzado por un ser dotado de enorme fuerza pulmonar.

Al oírlo, Niombo se incorporó de un salto, y apuntando con el fusil, dirigía miradas inquietas a las plantas.

—¿Qué es eso? — preguntó Lucas.

—Una *cula-camba* o un *nesciego-nebuve* — respondió el negro con un ligero estremecimiento en la voz.

—¿Un animal?

—De los más terribles — dijo el doctor, que se había levantado también.

—Tan poderoso es — expresó Niombo —, que no se le ha podido apresar vivo, porque entre diez hombres no lo pueden sujetar. Y me parece — añadió volviéndose al doctor — que en este mismo baobab anida una pareja de ellos.

Todos miraron hacia arriba, y a una señal del negro vieron entre las ramas una especie de sombra monstruosa que tenía algo de la forma humana.

—¡En guardia! — gritó el doctor —. Si ese gorila baja, nos atacará.

Un nuevo grito, más fuerte que el anterior, se oyó en las ramas del árbol.

—¡Alerta! — gritó el doctor, corriendo hacia el campo —. ¡El gorila!

Al oír aquella voz, Kardec y los marineros comenzaron a correr tras el doctor.

—¿Qué ocurre? — preguntó el bretón.

—¡Huyamos! — dijo el doctor —. ¡El gorila nos acosa!

—¡Todo el mundo detrás de mí! — dijo el bretón, que no ignoraba de qué enemigo se trataba.

Instantes después el gorila descendió por el tronco del árbol y se dejó caer a pocos pasos de la hoguera, casi apagada ya.

Aquel cuadrumano causaba horror. Al ver a los marineros dispuestos a hacerle fuego lanzó un grito semejante a un trueno y se lanzó sobre ellos con los brazos abiertos, como dispuesto a estrangularlos a todos.

Niombo, Lucas, el doctor y Kardec hicieron fuego; pero el monstruo siguió marchando. Dió un salto, llevándose las manos al pecho, y huyó a través del bosque, lanzando profundos gemidos.

Tranquilizados un tanto los náufragos se disponían a descansar nuevamente.

—¡Niombo! — gritó Kardec.

Nadie respondió.

—¡Niombo! — repitió.

—No lo vemos por ningún lado — dijeron los marineros.

—¿Dónde se ha metido?

—Aquí estaba hace un momento — dijo Lucas.

—¿Habrá ido detrás del gorila? — preguntó Kardec —. Ese maldito negro es muy capaz de ello. ¿Quién lo vió marchar?

—Nadie — respondieron los marineros.

—¿Ni tú tampoco, Seghira? — preguntó el doctor. La mulata no contestó; pero le hizo un rápido gesto.

—Hay que buscarlo — dijo Kardec, que comenzaba a estar inquieto —. No puede hallarse lejos, y lo necesitamos para salir de este bosque.

Algunos marineros, temerosos de la vuelta del gorila, se proveyeron de ramas encendidas y comenzaron a buscar al negro en distintas direcciones, llamándolo a grandes voces.

El doctor se aproximó a Seghira.

—¿Y bien? — le dijo.

—La hora del castigo se aproxima — respondió ella.

—¿Niombo?

—Se fué.

—¿Adónde?

—A sus Estados.

—¿Así que estamos cerca?

—A pocas horas de camino.

—¿Y nos asaltarán?

—Mañana sus gentes se hallarán aquí.

—Pero el bretón se pondrá en guardia.

Una sonrisa jugueteó en los labios de la esclava.

—¿Quién resistirá a un ejército guiado por el propio Niombo?

—Eso es una traición, Seghira.

—Me vengo.

—Pero yo...

—Usted venga al capitán, su fiel amigo, vilmente asesinado por Kardec.

—¿Y los otros?

—No me importan a mí. Pertenecen a Niombo.

—Me asombras, Seghira. Eres implacable.

—Soy hija de la salvaje Africa.

—Pero ¿qué hará Niombo con los marineros? Quiero saberlo, Seghira.

—Lo ignoro.

—No puedo tolerar que los maten. Kardec, asesino de mi mejor amigo, te pertenece; pero los demás son mis compañeros.

—Sálvelos si quiere — dijo ella con acento acre —. Aun están libres; que huyan. ¿Cree que así se salvarían? No, doctor, Niombo los alcanzará antes de que lleguen al océano.

—¡Matarlos será una injusticia!

—¿Y quién ha dicho que Niombo los matará? Yo no lo quiero.

—Tú; pero Niombo...

—Hará lo que yo ordene.

—¿Te ama?

—Sí — respondió ella lanzando un suspiro.

—¿Y tú?

—Yo pago la venganza — respondió Seghira con enérgico acento.

—Niombo es un rey poderoso y valiente y te hará feliz.

Seghira no respondió; pero el doctor vió cómo se deslizaban por sus negros ojos dos lágrimas.

—¿Lloras?

—Amaba demasiado al muerto y no lo olvidaré jamás.

—¡Pobre Seghira!

—El dolor de su pérdida vivirá conmigo — contestó ella.

LOS ESCLAVOS SE VENGAN

La fuga del gigante negro había puesto al bretón de un humor endiablado. Máxime al saber que cuantas pesquisas hicieron por encontrarlo habían sido vanas.

Ni detonaciones, ni gritos tuvieron respuesta alguna. El esclavo había huído sin dejar rastro, llevándose el fusil que tenía en las manos cuando el asalto del gorila.

—El miserable temía que lo siguiéramos considerando esclavo y nos ha abandonado cobardemente — dijo Kardec al doctor.

—Lo creo — contestó éste, meditabundo.

—¿Volverá?

—No lo sé.
—¿Qué me aconseja que haga?
—Nada puedo aconsejarle.
—¿Volvemos a la costa?
—Haga cómo le parezca.
—Esperaremos al alba y mañana trataremos de dejar este maldito bosque.

Kardec dió cuenta a sus compañeros de sus intenciones, dispuso una guardia de cuatro centinelas con fusiles y se sentó en torno al fuego, imitándole los demás.

La noche pasó sin que sucediera nada de particular.

A los primeros albores, Kardec, que deseaba dejar aquella selva y que se mostraba bastante inquieto, hizo levantar el campamento. Luego de pedir consejo a sus hombres, todos se pusieron en marcha para llegar lo más pronto posible a la playa. Durante todo el día los náufragos caminaron con rapidez, aunque no habían adelantado mucho terreno por no ser conocedores de la selva. Cuando la obscuridad se enseñoreó del bosque, los náufragos estaban exhaustos, no habiendo consumido en todo el día más que algunas frutas y bebido agua pútrida y fangosa.

Junto a un grupo de bananos se estableció el campamento, disponiéndose la guardia de costumbre. Ya debía de estar el alba muy próxima, cuando se oyeron en la selva misteriosos rumores.

Los dos marineros que velaban junto al fuego se dirigieron, fusil en mano, hacia el sitio de donde procedía el ruido, pero retrocedieron vivamente, presas de terror. Centenares de hombres avanzaban sigilosamente rodeando el campamento. ¿De dónde salían? ¿Quiénes eran?

Súbitamente sonó en la selva un agudo silbido. Todos aquellos hombres se precipitaron en el campamento como una tromba, lanzando gritos atronadores.

Los centinelas hicieron fuego, pero toda resistencia era imposible. El asalto fué tan veloz y brutal, que en un momento todos los marineros, Kardec, el doctor, y hasta Seghira, se encontraron atados y reducidos a la impotencia.

—¡Miserables! —gritó Kardec, que se debatía furiosamente —. ¿Qué queréis? ¡Somos hombres blancos!

—¡Y yo soy tu esclavo! — respondió una voz potente.

Un coloso negro, adornado de collares y brazaletes, con una corona de oro con tres plumas de águila en la cabeza, portando una carabina en la mano izquierda y en la derecha un látigo de piel de hipopótamo se le paró delante.

—¿Me reconoces? — preguntó.
—¡Niombo!
—¡Soy el rey de los Bacalaos!
—¡Traidor!
—Los insultos son propios de las mujeres — respondió el negro, despreciativo.

Después, aproximándose más a él, restalló aquel terrible látigo, y le preguntó:

—¿Recuerdas aquel día en que en el entrepuente de la *Guadiana*, estando yo atado, me trataste como a un perro?

—¡Mátame! — dijo Kardec con enronquecida voz.

—No, porque no me perteneces. Niombo es mucho más generoso que los blancos.

Y arrojó el látigo lejos de sí.

—¿Me perdonas la vida? — preguntó el bretón.

—¡No! — respondió una voz.

Kardec, al escucharla, se puso sumamente pálido y sintió que se erizaban sus cabellos. Miró con profundo terror, con expresión enloquecida, a la persona que había pronunciado aquel "¡no!" rotundo.

Seghira, libre de sus ligaduras, estaba ante él agrandada por el odio hacia aquel hombre.

—¡Tú! ¡Seghira! ¡Tú!
—¡Sí, yo, Kardec, que quiero vengar al capitán Vasconcelos!
—¡Seghira! — repitió Kardec.
—¡Te aborrezco!
—¡No, no es posible, tú me amas!
—¡Te odio, asesino del capitán!
—¡Calla..., me das miedo! Yo te amo... ¡Seghira..., tú mientes..., yo no maté a nadie!
—¡Tú mataste al capitán Vasconcelos y morirás!
—¡Yo no lo maté!
—¿Qué no? — dijo Niombo adelantándose —. Sabía que mentirías, y por eso hice preparar la *cambambú*.

En todo el Africa central está muy en uso la prueba del juramento. Y consiste en esto: cuando un hombre es acusado de un delito y lo niega, para probar su inocencia o culpabilidad, se le obliga a ingerir el *cambambú*, que es una infusión compuesta de vegetales que produce vómitos de sangre. Un embudo sirve para que el acusado ingiera la infusión, que se le va obligando a tragar poco a poco, después de haberle hecho tomar una pasta.

Si el paciente ingiere toda la infusión y devuelve la pasta en sus vómitos se le declara inocente; si la retiene, se le considera culpable, porque aquella piedra es venenosa y le hace morir.

Kardec, que sabía lo que era el *cambambú*, se estremeció aterrorizado; pero Niombo, inexorable, practicó en él la prueba, y el *cambambú* hizo pronto su efecto. A poco de beber, las fuerzas del asesino le abandonaron; sus ojos se desorbitaron; sus piernas se retorcieron en calambres violentos; su cuerpo estremecióse en un espasmo mortal, y falleció.

Seghira se le acercó contemplando con alegría salvaje su cadáver, y se sentó ante él exclamando:

—¡Estoy vengada! ¡Ya Vasconcelos estará contento!

Luego de esto, Niombo, volviéndose a los de su tribu y señalando al doctor y a Lucas, ordenó:

—Librad a estos hombres. Son amigos míos.

Luego, señalando a los marineros agregó:

—Apoderaos de estos blancos y conducidlos ante mi aliado el rey de los Famas, a quien diréis que se los regalo como esclavos suyos y que como a tales los trate. Les concedo la vida; pero trabajarán en los campos de Africa, bajo el látigo de los negros. ¡Llevadlos!

—Niombo —dijo el doctor—; a ti, que eres generoso, ¡te pido perdón para esos desgraciados!

—No, *tebib* — respondió el negro — Ellos arrastran a los hijos de Africa a trabajar en sus tierras. Justo es ahora que los hombres blancos trabajen en la tierra de los negros. ¡Esa es mi venganza!

—¿Y qué harás de nosotros?

—El *tebib* es mi amigo. Habla ¿adónde deseas ir? Soy otra vez rey de la gran tribu de los Bacalaos, y puedo hacer por ti lo que desees, porque aquí todos me obedecen.

—¿Y si deseara permanecer contigo? Curaré a tu tribu y podré serte útil.

—Gracias, *tebib*; te acepto.

Después le miró con fijeza y agregó sonriente:

—Tú esperas poder librar un día a tus compañeros de la esclavitud; lo adivino en tus ojos. Si puedes, yo no me opondré.

—Y tú, Lucas, ¿adónde quieres ir? Te daré todo el oro que necesites para que puedas vivir tranquilo en tu tierra lejana.

—No quiero oro. Deseo también quedarme contigo.

—Eres mi amigo y te nombro comandante de mis guerreros, pero no pienses en los otros, que fueron infames contigo:

Y se alejó murmurando:

—¡Hombres generosos!

La mulata permanecía aún sentada ante el cadáver de Kardec, sin apartar la vista de aquel rostro que la muerte había descompuesto horriblemente. Niombo aproximóse a ella, la levantó suavemente y le preguntó:

—¿Estás vengada?
—Sí —respondió ella tristemente.
—¿Y serás mía ahora?

Luego de un momento de meditación, la bella mulata posó sus negros ojos en el gigante que pedía su amor, y exclamó:

—¡Sí, seré tuya! ¡Eres bueno y generoso! ¡Hazme feliz!

Dichas estas palabras, se abandonó en los brazos de Niombo, que, ebrio de amor, la alzó como el más preciado trofeo.

**FIN DE LA NOVELA "CARGAMENTO NEGRO"**

---

## Interés... judicial



*—Te felicito. Aquella chica no hace más que mirarte.*
*—No lo dudo. ¡Como que le debo seis meses de la pensión que le acordó el juez en nuestro divorcio!...*

# Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

## EL ABANICO DEL MATEMATICO

Cierto profesor de matemáticas, completamente absorbido por su ciencia, no quería oír hablar más que de ecuaciones, logaritmos y raíces cuadradas. Cuando quiso hacer un regalo a su hija, no se le ocurrió otra cosa que un cierto abanico aritmético, exactamente igual al que muestra el grabado. Pero antes de entregárselo a ella, propone el siguiente problema:

Se trata de cerrar el abanico a medias, de manera que sólo se vea la mitad de la superficie, y entonces las cifras deben dar la misma suma en las series verticales y en las horizontales.

¿Cómo hay que plegar el abanico para conseguirlo?



(La solución en el próximo número)

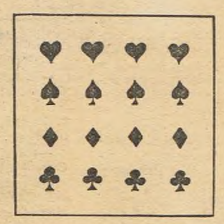
## LOS TRES AMIGOS

Tres amigos: Pedro, Pablo y Juan, se han dormido profundamente. Un bromista les ha pintado el rostro de negro durante el sueño. Los tres amigos se despiertan, se miran mutuamente y se ponen a reír burlándose unos de los otros...

De pronto, los tres frenan su risa, y cada uno comprende que ha sido pintado de negro. ¿Por medio de qué razonamiento lo han comprendido?

(La solución en el próximo número)

## FRASE INTERPRETATIVA



(La solución en el próximo número)

## LOS GATOS

Seis gatos atrapan seis ratones en seis minutos. ¿Cuántos gatos serán necesarios para cazar sesenta ratones en sesenta minutos?

(La solución en el próximo número)

## LA RESISTENCIA DE UN BILLETE





*Sabido es que el papel posee una resistencia que much ni sospechan; claro está que todo es cuestión de disponer cosas de la manera más conveniente.*

*Pocos creerán que un billete de un peso es capaz por solo de sostener una copa, aunque ésta pese un poco más las de cristal puro. Se trata, para realizar el sorprende experimento, de efectuar en el billete una serie de doble cuantos más, mejor, y colocarlo apoyado entre dos copas; tonces puede ponerse sobre el billete, sin temor alguno, copa o cualquier otro objeto.*

*Las dos fotografías que ilustran esta prueba, explican gráficamente cómo ha de efectuarse la operación.*

## FRASE INTERPRETATIVA



## COMPRIMIDO
(NEGOCIO)




(Las soluciones en el próximo número)

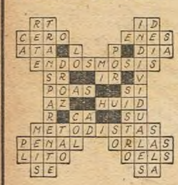
## DIALOGO CHARADA

En el chalet, estando cierto día
que un banquero, en el Tigre, ha edific
así decía un joven invitado
a una bella que a su lado había.
—Perdona la **dos cuarta**, amada mía.
—¡**Tercera cuarta**!; que eres endiablad
—Me **prima cuarta** tu mirar airado.
—¡**Prima cuarta**!
—¿**Prima cuarta**? ¡Qué tontería!
—Como **cuarta segunda** los vergeles
el furioso huracán, y **prima cuarta**
no queda sin que lance al turbio lodo,
tu despego me asusta. De las mieles
de tus labios mi vista no se aparta.
¿Eres de mármol, di, o eres de **todo**?

(La solución en el próximo número)

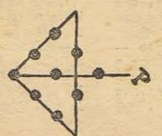
## SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

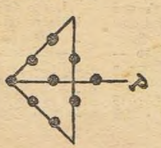
### DEL PROBLEMA: "PALABRAS CRUZADAS"




### DEL PROBLEMA: "LOS PUNTOS"

He aquí la forma de realizar los trazos.





### DEL PROBLEMA: "OTRO PROBLEMA DE PUNTOS"

*Las tres rectas hay que trazarlas así.*



### DEL PROBLEMA: "LOS CIRCULOS"

Así hay que realizar los círculos para cumplir con el enunciado.



### DE LOS "JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"

ENCABEZAR

SOBREVIVIENTE